

LIBRERIA

**ARTHUR C. CLARKE
TH. STURGEON
URSULA K. LE GUIN**
Encuentro con Medusa



22
de

Integran este volumen seis narraciones seleccionadas por Terry Carr entre las mejores historias de ciencia-ficción publicadas en 1972. Tal como nos aclara en la *Introducción*, Terry Carr se propone, de manera especial, mostrar las diversas corrientes del género en una etapa en que la ficción científica parece empeñada en encontrar su identidad, un canon que la libere de las tendencias desintegradoras —la narración de corte policial, la pornoficción, el experimentalismo constructivo, toda la gama de frustradas experiencias en busca de un lenguaje nuevo— incorporando lo que en ellas hay de positivo.

La navaja de Occam, de Sturgeon; *Encuentro con Medusa*, de Arthur C. Clarke; *Más vastos y más lentos que los imperios*, de Ursula K. Le Guin; *Cambio Cruzado en el mundo de solo-martes*, de Philip José Farmer —por citar sólo algunas de las narraciones incorporadas a este volumen— son significativas de esta búsqueda que está a punto de renovar de raíz el mundo de la ciencia-ficción.



AA. VV.

Encuentro con Medusa

Antologías de ciencia ficción Caralt - 22

ePub r1.1

Hechadelluvia & dekisi22.12.14

Título original: *The Best Science Fiction of the Year 1*
AA. VV., 1978

Traducción: José Manuel Pomares y Alberto Pueyo

Editor digital: Hechadelluvia & dekisi

ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

Cuando se edita una antología de las mejores historias de ciencia ficción del año, tal y como vengo haciendo desde hace ya ocho, a menudo se encuentra uno trazando mentalmente el flujo y reflujo de las tendencias a través del trabajo que se está publicando. En los pasados seis años, por ejemplo, hemos visto el influjo de nuevos escritores estupendos que han traído consigo estilos de escribir de los llamados de «nueva ola»: prosa experimental, realismo de corte duro, desplazamientos de la realidad o, a veces, directamente, historias iracundas y apabullantes. Los lectores, críticos, aficionados y otros escritores del género quedaron encantados o espantados ante tales estilos, y autores como Thomas M. Disch y Norman Spinrad se convirtieron en centros de una controversia bastante feroz.

Leyendo los manifiestos y denuncias producidos durante esta batalla de mutua aniquilación, y atendiendo a los argumentos que tan a menudo surgían en las reuniones de gente dedicada a la ciencia ficción, uno podía tener fácilmente la impresión de que el género de la ciencia ficción se estaba desmoronando, perdiendo coherencia y dirección. Pero, a través de todo ello, recordaba una deliciosa descripción que leí hace años sobre la reacción del auditorio ante el estreno de la *Consagración de la Primavera*, de Stravinsky: hubo silbidos y maullidos; hubo aclamaciones y aplausos y, al cabo de poco tiempo, se produjo un enorme tumulto cuando los miembros del auditorio dirimieron a golpes sus diferentes reacciones ante la música. «Eso es lo que yo llamo una estupenda respuesta estética», dijo el narrador.

Y, desde luego, tenía toda la razón. Un género artístico capaz de afectar de un modo tan intenso a sus aficionados, está muy lejos de la extinción y, evidentemente, lo mismo se puede decir en la actualidad de la ciencia ficción. La «nueva ola» ha llegado y ya ha

desaparecido; las historias que podían mantenerse basándose en sus propios méritos así lo han hecho, y los escritores cuyo trabajo fue sometido a la luz deslumbradora de la controversia se han convertido en respetados «habituales» del género. Y ya está sobre nosotros una nueva generación de escritores, personas que leyeron la mejor ciencia ficción experimental y lo mejor de todos los demás géneros y que empezaron a crear historias que abarcan todo el espectro de las posibilidades de la ciencia ficción. Ursula K. Le Guin es una de tales escritoras; como también lo es Alexei Panshin, como lo es un hombre que estuvo escribiendo ciencia ficción durante diez años antes de que la «nueva ola» afectara al género: Robert Silverberg.

Estos escritores y otros muchos se dieron cuenta de una verdad básica para toda clase de arte, y no sólo el arte de escribir ciencia ficción. Las innovaciones son positivas en la medida en que abren puertas, y una vanguardia que trate de destruir antes que de construir sólo conseguirá destruirse a sí misma con mayor rapidez. Y una vez que haya pasado una «ola», lo que haya dejado tras de sí será su contribución positiva, de modo que nos incumbe a nosotros la función de buscadores y conservadores de obras literarias.

Personalmente, creo que la mayor parte del trabajo producido durante el momento cumbre de la «nueva ola» era tan malo como siempre lo ha sido la mala ciencia ficción; si, para mí, existía una diferencia afectiva, sólo era que, en ocasiones, tenía que leer más cuidadosamente una historia para descubrir lo que me disgustaba en ella. Pero la ciencia ficción mala deja de tener importancia con gran rapidez; se la olvida, mientras las buenas historias permanecen en nuestro recuerdo. Y durante los últimos años de la década de los sesenta se escribieron muchas, muchísimas historias buenas, se exploraron nuevos temas o se trataron con nuevo frescor viejas ideas. Gracias a esas historias se ha enriquecido todo el género de la ciencia ficción.

La escritura experimental ostentosa ya no está de moda en la ciencia ficción, si es que lo estuvo alguna vez. Lo que nos preocupa ahora es lo que nos ha preocupado siempre: la exploración. Aún tenemos ante nosotros las maravillas de un universo infinito, y las maravillas del propio potencial de la humanidad se están abriendo a una velocidad más acelerada que nunca. La ciencia ficción es un

género de literatura en expansión, que está ahora en su período más excitante. Si alguna vez nos faltaron las herramientas literarias para enfrentarnos con las riquezas de nuestra imaginación, eso, sin duda alguna, ya no es ahora cierto. Y así, las historias que leímos este año y que seguiremos leyendo en el futuro, ponen más de manifiesto que nunca el sentido de reverencia y majestad que exige el universo.

La técnica específica no es importante. Puede tratarse de una hermosa imaginería romántica, como en «La reina del aire y de la oscuridad», de Poul Anderson: puede implicar descripciones detalladas de la exploración de mundos extraños, como en «Un encuentro con Medusa», de Arthur Clarke; puede ser una vívida evocación de la experiencia interna, como «En las garras de la entropía», de Robert Silverberg, o puede tratarse de cualquiera de la infinita variedad de aproximaciones a la creación ficticia. Lo que importa es el placer que experimentamos al leer estas historias, y cuando se utiliza todo el ámbito de la técnica literaria para evocar la maravilla, el alcance y la belleza del universo —sí, y también sus peligros—, nos encontramos entonces ante un género que no puede dejar de ser excitante.

La colección de historias de este año ofrece numerosos ejemplos del crecimiento y la variedad de la ciencia ficción. Y en el futuro habrá más. (Siempre habrá más en el futuro).

TERRY CARR
Berkeley, California
14 de enero de 1972

ENCUENTRO CON MEDUSA

Arthur C. Clarke

Cuando los críticos de la ciencia ficción empiezan a clasificar a los escritores de ciencia ficción en esta y aquella escuela, una de las líneas divisorias básicas es la que se traza entre los escritores orientados a la ciencia (Hal Clement, Larry Niven), y quienes se preocupan más por la estética de la condición humana (Ray Bradbury, Theodore Sturgeon). Sin embargo, como sucede con todas las líneas divisorias, ésta también oscila y hay escritores que se las ingenian para trabajar a ambos lados de la línea. El principal entre éstos es Arthur C. Clarke, cuyo continuo encanto por las maravillas de la ciencia nunca supera su fascinación por la humanidad. He aquí un excelente ejemplo de la escritura de Clarke en vívido detalle sobre un vehículo de exploración espacial enviado hacia Júpiter... y sobre el hombre que lleva a cabo dicha exploración.

UN DÍA PARA RECORDAR

Se hallaba el Queen Elizabeth a más de tres millas de altura, por encima del Gran Cañón, vagando a la cómoda velocidad de ciento

ochenta, cuando Howard Falcon localizó la plataforma de la cámara que se aproximaba por la derecha. Había estado esperándolo —ninguna otra cosa podía volar a esta altura—, pero no le hacía demasiada gracia tener compañía. Aunque recibía con agrado cualquier muestra de interés público, también quería tener el cielo lo más despejado posible. Al fin y al cabo era el primer hombre en la historia que navegaba en un navío de tres décimas de milla de eslora...

Hasta ahora, este primer vuelo de prueba se estaba realizando a la perfección; irónicamente, el único problema había sido la vetusta nave Chairman Mao, solicitada al Museo Naval de San Diego para que sirviera de base a las operaciones. Sólo uno de los cuatro reactores nucleares del Mao funcionaba todavía, y la velocidad tope del viejo portaaviones apenas alcanzaba los treinta nudos. Afortunadamente, la velocidad del viento al nivel del mar había sido menos de la mitad, por lo que no resultó demasiado difícil mantenerse sobre la cubierta de despegue. Aunque habían pasado unos momentos de ansiedad al comenzar las ráfagas de viento en el instante de soltar amarras, el enorme dirigible se había elevado suave y verticalmente hacia el cielo, como impulsado por un ascensor invisible. Si todo marchaba bien, el Queen Elizabeth IV no regresaría al Chairman Mao hasta dentro de una semana.

Todo estaba bajo control; todos los instrumentos de comprobación daban lecturas normales. El comandante Falcon decidió subir a presenciar el encuentro. Entregó el mando a su segundo oficial y salió al corredor transparente que conducía al corazón de la nave. Allí, como siempre, se sintió anonadado ante el espectáculo del espacio más extenso jamás abarcado por el hombre.

Los diez alvéolos esféricos de gas, de más de cien pies de anchura cada uno, se alineaban como una hilera de gigantescas burbujas de jabón. El resistente plástico era tan claro que podían verse a su través, de extremo a extremo, los detalles del mecanismo elevador desde su cabina delantera de observación, a más de un tercio de milla de distancia. Por todo su alrededor, como un laberinto tridimensional, se desplegaba el almacén de la nave: las grandes vigas longitudinales que iban de proa a popa y los quince anillos que formaban las costillas circulares de este coloso del cielo, cuyas diversas proporciones delimitaban su silueta graciosa y

aerodinámica.

A tan escasa velocidad había poco ruido: sólo el blando azote del viento sobre la envoltura y algún que otro crujido del metal al cambiar el sistema de fuerzas. La luz sin sombras de las filas de lámparas, en lo alto, conferían a toda la escena una calidad curiosamente submarina, y para Falcon todo esto estaba realzado con el espectáculo de las traslúcidas bolsas de gas. Una vez se había encontrado con un inmenso, pero inofensivo escuadrón de medusas que avanzaba palpitante y ciego por encima de un arrecife tropical, poco profundo; las burbujas de plástico del Queen Elizabeth le recordaban las medusas aquellas... especialmente cuando las presiones cambiantes las arrugaban, haciéndolas emitir destellos nuevos de luz reflejada.

Caminó por el eje de la nave hasta que llegó al ascensor delantero, entre los alvéolos de gas uno y dos. Al llegar a la cubierta de observación notó que hacía un calor excesivo, y dictó una breve nota a su grabadora de bolsillo. El Queen obtenía casi un cuarto de su flotabilidad de las ilimitadas cantidades de calor que producía su planta de energía de fusión. En este vuelo de escasa carga sólo seis de los diez alvéolos de gas contenían helio; los cuatro restantes estaban llenos de aire. Pero transportaba además doscientas toneladas de agua de lastre. No obstante, tener en los alvéolos temperaturas elevadas provocaba problemas en la refrigeración de los accesos; era evidente que aquella zona necesitaba perfeccionamiento.

Una ráfaga refrescante de aire más frío le dio en la cara al salir a la cubierta de observación, ante la deslumbradora luz del sol que penetraba por el tejado de plexiglás. Media docena de operarios, con idéntico número de ayudantes superchimpancés, estaban ocupados en colocar la pista de baile, parcialmente terminada, mientras otros instalaban los cables eléctricos y fijaban los decorados. Era una escena de caos controlado, y a Falcon le pareció increíble que fuera a estar todo preparado para el viaje inaugural, dentro de cuatro semanas tan sólo. Bien, a Dios gracias, ese problema no era suyo. Él era únicamente el capitán, no el director del crucero.

Los operarios humanos le saludaron con la mano, y los «chimps» le mostraron los dientes con sus anchas sonrisas, mientras

atravesaba toda esta confusión, camino de la Sala Celeste, ya acabada. De toda la nave, éste era su lugar preferido, y sabía que en cuanto entrara en servicio no lo tendría ya más a su exclusiva disposición. Disfrutaría en soledad cinco minutos.

Llamó al puente, comprobó que todo seguía en orden y se relajó en uno de los sillones giratorios. Abajo, en una curva agradable a la vista, podía verse la ininterrumpida extensión de la envoltura de la nave. Estaba encaramado en el punto más elevado, y desde aquí dominaba toda la inmensidad del más grande vehículo jamás construido. Y cuando se cansara de eso... todo el espacio, hasta el horizonte, lo llenaba el fantástico escenario agreste excavado por el río Colorado durante medio billón de años.

Quitando la plataforma de la cámara (había descendido otra vez y estaba filmando desde un costado), tenía el cielo para él solo. Era azul y estaba completamente vacío, limpio hasta el horizonte. En los tiempos de su abuelo, sabía Falcon, habría estado rayado de estelas de vapor y sucio de humo. Esas cosas ya no existían: la inmundicia aérea había desaparecido juntamente con las primitivas tecnologías que la habían producido, y el transporte a larga distancia de esta era se efectuaba tan por encima de la estratosfera, que no había posibilidad de percibir nada con la vista o el oído desde la Tierra. Las regiones inferiores de la atmósfera pertenecían de nuevo a los pájaros y a las nubes... y, en este momento, al Queen Elizabeth IV.

Era cierto lo que solían decir los viejos pioneros de principios del siglo xx: éste era el único medio de viajar... en silencio, lujosamente, respirando el aire que te rodea y no separado de él, y lo bastante cerca de la superficie como para poder admirar la belleza siempre cambiante de la tierra y la mar. Los reactores subsónicos de la década de 1980, cargados con cientos de pasajeros sentados en filas de diez, no podían siquiera hacer presentir comodidad y holgura.

Naturalmente, el Queen no ofrecería jamás unas condiciones económicas; y aun cuando se construyeran las naves gemelas en proyecto, sólo unas cuantas personas, del cuarto de billón de habitantes que el mundo tenía, gozarían de este silencioso deslizarse por el cielo. Pero una parte de la sociedad acomodada y próspera del globo podía permitirse tales extravagancias y,

verdaderamente, las necesitaba su esparcimiento y ansias de novedad. Había lo menos un millón de hombres en la Tierra cuyos ingresos discrecionales rebasaban los mil nuevos dólares al año, de modo que no le faltarían pasajeros al Queen.

El comunicador de bolsillo de Falcon emitió una señal. El copiloto llamaba desde el puente.

—¿Dispuesto para el encuentro, capitán? Tenemos todos los datos que necesitamos de este viaje, y el personal de la televisión se está impacientando.

Falcon echó una mirada a la plataforma de la cámara, que a la sazón se desplazaba a su misma velocidad, a una décima de milla de distancia.

—Preparado —contestó—. Adelante según lo previsto. Yo vigilaré desde aquí.

Atravesó de nuevo el afanoso caos de la cubierta de observación en busca de una vista más amplia del costado. Mientras caminaba, percibió un cambio de vibración bajo sus pies; pero cuando llegó al fondo del salón, la nave había recuperado su quietud. Utilizando su llave maestra salió a la pequeña plataforma exterior que Sobresalía del borde de la cubierta; cabían allí media docena de personas de pie, separadas tan sólo por bajas barandillas de la inmensa extensión de la envoltura... y del suelo que se divisaba a miles de pies de distancia. Era un lugar impresionante, perfectamente seguro, aun en el caso de que la nave se desplazara a gran velocidad, va que estaba al socaire del viento, tras la enorme ampolla dorsal de la cubierta de observación. No obstante, no estaba ideada para que los pasajeros tuvieran acceso a ella; la perspectiva producía, quizá, demasiado vértigo.

Los cuarteles de las escotillas de proa de la nave estaban va abiertos como trampas gigantescas, y la plataforma de la cámara revoloteaba por encima, disponiéndose a descender. En los años venideros viajarían por esta ruta miles de pasajeros y toneladas de mercancías. Sólo muy de tarde en tarde bajaría el Queen hasta el nivel del mar para anclar en su base flotante.

Una súbita ráfaga de viento azotó las mejillas de Falcon, y éste se aferró aún más al pasamano. El Gran Cañón era un mal lugar para las turbulencias, aunque esperaba no sufrir muchas a esta altura. Sin inquietud de ninguna clase, concentró su atención en la

plataforma que descendía, la cual se encontraba ahora a unos ciento cincuenta pies por encima de la nave. Sabía que el hábil operador que volaba en el aparato había ejecutado una docena de veces esta sencilla maniobra; era inconcebible que se le plantearan dificultades de ninguna clase.

Sin embargo, parecía que se desenvolvía con torpeza. Este último golpe de viento había lanzado la plataforma casi hasta el borde de la escotilla abierta. El piloto podía haber corregido la posición antes de esto... ¿Tendría algún problema en los controles? Era muy poco probable; estos aparatos de control remoto tenían mandos múltiples, sistemas de seguridad y un sinnúmero de mecanismos de emergencia. Los accidentes eran algo casi inusitado.

Pero allá fue otra vez, dando un bandazo a la izquierda. ¿Estaría borracho el piloto? No era posible, pero eso es lo que parecía; Falcon lo consideró seriamente durante un momento. Luego alargó la mano al conmutador de su micrófono.

Una vez más, inesperadamente, recibió una violenta bofetada de viento. Casi no la notó porque estaba mirando horrorizado la plataforma de la cámara. El lejano operador luchaba para hacerse con el control, tratando de restablecer el equilibrio del aparato con los propulsores... pero lo único que conseguía era empeorar las cosas. Las oscilaciones iban en aumento: veinte grados, sesenta, noventa...

—¡Conecta el automático, idiota! —gritó inútilmente en su micrófono—. ¡Tu control manual no funciona!

La plataforma dio un vuelco y se puso boca abajo. Los propulsores no la sostuvieron ya, sino que la precipitaron vertiginosamente hacia abajo. Se habían aliado súbitamente a la gravedad, contra la cual habían estado luchando hasta este momento.

Falcon no llegó a oír el estampido al estrellarse, aunque lo sintió: se encontraba ya en el interior de la cubierta de observación y corría precipitadamente hacia el ascensor que le bajaría al puente. Los operarios gritaron ansiosamente, preguntándole qué había sucedido. Pero tendrían que pasar muchos meses antes de que supiera la respuesta a esta pregunta.

Justo cuando iba a meterse en la caja del ascensor cambió de idea. ¿Y si hubiera sido un fallo de la corriente? Sería mejor andar

por lugares seguros, aunque tardara más y el tiempo fuera vital. Empezó a bajar por la escalera de caracol del interior del eje vertical.

Cuando ya se hallaba a mitad de camino se detuvo a inspeccionar el daño. La maldita plataforma había traspasado la nave, destrozando dos de los alvéolos de gas. Todavía se estaban hundiendo lentamente los grandes jirones colgantes de plástico. No le preocupaba la pérdida de fuerza de ascensión: el lastre podía equilibrar fácilmente esto, dado que quedaban ocho alvéolos intactos. Mucho más grave sería la eventualidad de que hubiese resultado dañada la estructura. Ya oía protestar y gruñir al enorme enrejado de su alrededor por el peso anormal que soportaba. No era suficiente tener la necesaria fuerza de ascensión. Si ésta no estaba adecuadamente distribuida podía quebrar el dorso de la nave.

En el preciso momento en que reanudaba su descenso apareció un superchimp chillando de terror; bajaba por el hueco del ascensor a increíble velocidad, agarrándose con las manos, pero por fuera del enrejado. Presa del pánico, el pobre animal se había destrozado el uniforme de la compañía, tal vez en un intento inconsciente por recobrar la libertad de sus antepasados.

Falcon, que bajaba tan de prisa como podía, le observó avanzar algo intranquilo. Un chimpancé asustado era un animal poderoso y potencialmente peligroso; sobre todo si su miedo se imponía sobre su condicionamiento. Al alcanzarle, comenzó a gritar una retahíla de palabras, y la única que Falcon pudo entender fue la quejumbrosa y frecuentemente repetida de «jefe». Aun en esta contingencia, se dio cuenta Falcon, se dirigía a los humanos para pedir que le orientaran. Sintió lástima de esa criatura, involucrada en un desastre humano que escapaba a su capacidad de comprensión, y del que no tenía la menor responsabilidad.

Se detuvo frente a él, al otro lado del enrejado; no había nada que le impidiera cruzar el marco abierto, si quería. Ahora el rostro del animal estaba tan sólo a unas pulgadas del suyo, y pudo mirarle directamente a los ojos llenos de terror. Jamás había estado tan cerca de un «chimp», ni había podido estudiar sus facciones con tanto detalle. Sintió esa mezcla de afinidad y malestar que experimentamos todos los hombres cuando nos miramos de ese modo en el espejo del tiempo.

Su presencia parecía haber calmado al animal. Falcon señaló hacia lo alto del hueco del ascensor, luego hacia la cubierta de observación, y dijo muy clara y correctamente:

—Jefe... jefe... je.

Para alivio suyo, el chimpancé comprendió: le hizo una mueca que podía ser una sonrisa, e inmediatamente volvió por el mismo camino que había venido. Falcon le había dado el mejor consejo que podía. Si alguna seguridad había a bordo del Queen, estaba precisamente en esa dirección. Pero su deber estaba en la otra.

Casi había terminado de bajar, cuando, con un ruido de metal desgarrado, la nave dobló el morro hacia abajo y se apagaron las luces. Pero se podía ver aún con toda claridad, pues entraba una columna de luz a través de la escotilla abierta y el enorme desgarrón de la envoltura. Hacía muchos años había estado contemplando en una inmensa catedral la luz que se filtraba a través de las vidrieras, la cual formaba luminosos charcos multicolores sobre las viejas losas. La deslumbrante columna de luz que atravesaba el desgarrón superior de la tela le recordó aquel momento. Se hallaba en una catedral metálica que caía del cielo.

Cuando llegó al puente y pudo asomarse por primera vez al exterior, se quedó horrorizado al ver lo cerca que estaba la nave del suelo. A sólo tres mil pies tenía los hermosos y mortales pináculos rocosos y los rojos ríos de barro que seguían profundizando hacia el pasado. No había zonas llanas a la vista donde poder posarse una nave de las dimensiones del Queen con la quilla horizontal.

Tras una mirada al tablero de mandos comprobó que habían arrojado todo el lastre. Sin embargo, la velocidad de descenso se había reducido meramente a unas cuantas yardas por segundo; todavía tenía una posibilidad de luchar.

Sin decir palabra, Falcon se acomodó en el asiento del piloto y asumió el control que aún podía. El tablero de mandos le informaba de cuanto quería saber. Sobraban los comentarios. Por el fondo se oía al oficial de comunicaciones dando un precipitado parte por radio. En este momento, todos los canales informativos de la Tierra habrían dejado vía libre para esta noticia, y podía imaginar la completa frustración de los directores de programas. Estaba ocurriendo una de las catástrofes más espectaculares de la historia... sin que hubiera una sola cámara que lo recogiera. Los

últimos momentos del Queen no provocarían el terror y el espanto de millones de personas, como había sucedido con el Hindenburg siglo y medio antes.

El suelo se encontraba ya a unos setecientos pies tan sólo y seguía aproximándose lentamente. Aunque tenía amortiguadores de propulsión, no se atrevía a utilizarlos por temor a que se rompiera la debilitada estructura; pero se daba cuenta de que ya no tenía elección. El viento les estaba arrastrando hacia una bifurcación del cañón, donde el río quedaba hendido por una cuña rocosa como la roda de un gigantesco y fosilizado barco de piedra. Si seguía la trayectoria que llevaba, el Queen encallaría en aquella meseta triangular, y lo menos un tercio de su volumen quedaría sobresaliendo en el vacío: se partiría como un palo podrido.

De muy lejos, dominando el ruido de metales retorcidos y escapes de gas, le llegó a Falcon el silbido familiar de los reactores al abrir los tubos laterales. La nave se estremeció y comenzó a doblarse hacia abajo. El chirrido de metal desgarrado era ahora casi continuo... y la velocidad de descenso había empezado a aumentar alarmantemente. Una mirada al panel de control de daños le reveló que acababan de perder el alveolo número cinco.

El suelo estaba a unas yardas solamente. Aun ahora no podía decir si su maniobra resultaría o no. Encendió los tubos de propulsión vertical y los puso a la máxima potencia de ascensión para reducir la fuerza del impacto.

El crujido pareció durar una eternidad. No fue violento... sino únicamente prolongado e irresistible. Parecía que el universo entero se desplomaba en torno a ellos.

El ruido de metal desgarrado se fue aproximando como si una bestia enorme royera la nave moribunda.

Luego, el techo y el suelo se cerraron sobre él como una prensa.

«PORQUE ESTÁ ALLÍ»

—¿Por qué quieres ir a Júpiter?

—Como dijo Springer cuando se dirigía hacia Plutón: «Porque está ahí».

—Gracias, dejemos eso a un lado ahora: quiero la verdadera razón.

Howard Falcon sonrió, aunque sólo quienes le conocían bien podían interpretar esa mueca leve y correosa. Webster era uno de ellos: durante más de veinte años habían intervenido juntos en sus mutuos proyectos. Habían compartido triunfos y fracasos... incluso el más grande desastre de todos.

—Bueno, el cliché de Springer aún es válido. Hemos pisado el suelo de todos los planetas terrestres, pero no el de los gigantes gaseosos. Es el único desafío que queda en el sistema solar.

—Un desafío caro. ¿Has calculado el presupuesto?

—Hasta donde he podido; aquí lo tienes. Pero recuerda: no se trata de una misión aislada, sino de un sistema de transporte. Una vez que se haya probado puede volver a utilizarse infinidad de veces. Y esto nos facilitará el acceso no sólo a Júpiter, sino a todos los planetas gigantes.

Webster echó una mirada a las cifras y soltó un silbido.

—¿Por qué no empiezas por un planeta más asequible, Urano, por ejemplo? Tiene la mitad de gravedad y necesitas menos de la mitad de la velocidad de escape. Además, tiene un clima más tranquilo... si podemos llamarlo así.

Webster, evidentemente, estaba impuesto en la materia. Por eso, naturalmente, era el jefe del Programa de Largo Alcance.

—Se ahorra muy poco con la distancia adicional y los problemas logísticos. Para Júpiter, en cambio, podemos utilizar las estaciones de servicio de Ganímedes. Más allá de Saturno debemos establecer una nueva base de aprovisionamiento.

Lógico, pensó Webster; pero estaba seguro de que no era ésa la razón más importante. Júpiter era el señor del sistema solar; Falcon no se conformaría con una hazaña de menos categoría.

—Además —prosiguió Falcon—, Júpiter es el gran escándalo de la ciencia. Hace más de cien años que se descubrieron sus tormentas de radio, pero aún no sabemos qué es lo que las origina. Y la Gran Mancha Roja sigue siendo un misterio tan rotundo como siempre. Podemos solicitar fondos del Departamento de Astronáutica. ¿Sabes

cuántas sondas se han dejado caer en esa atmósfera?

—Un par de centenares, creo.

—*Trescientas* veintiséis durante los últimos cincuenta años: la cuarta parte de las cuales han fallado totalmente. Por supuesto, han recogido infinidad de datos; pero apenas han escarbado en el planeta. ¿Tienes idea de lo grande que es?

—Más de diez veces el tamaño de la Tierra.

—Sí, sí... pero ¿sabes realmente lo que eso significa?

Falcon señaló el enorme globo terráqueo que había en un rincón del despacho de Webster.

—Mira la India... lo pequeña que parece. Bueno, si desollamos la Tierra y extendemos su piel sobre la superficie de Júpiter, ocuparía lo que ocupa la India sobre ella.

Hubo un gran silencio mientras Webster contemplaba la ecuación: Júpiter es a la Tierra como la Tierra es a la India. Falcon —deliberadamente, por supuesto— había elegido el mejor ejemplo posible...

¿Hacía diez años ya? Sí, eso debía hacer. La catástrofe había quedado en el pasado, a siete años de distancia (tenía esa fecha grabada en el corazón), y aquellas pruebas iniciales habían tenido lugar tres años antes del primer y último vuelo del Queen Elizabeth.

Hacía diez años, pues, el comandante (no el teniente) Falcon le había invitado a un vuelo previo: a un periplo de tres días por las llanuras del norte de la India, desde las que se podía contemplar el Himalaya.

—Será una excursión sin riesgos de ninguna clase —le había prometido—. Te alejará del despacho... y te pondrá al tanto de cómo es todo esto.

Webster no se sintió defraudado. Después de su primer viaje a la Luna había sido la experiencia más memorable de su vida. Y, sin embargo, tal como Falcon le había asegurado, resultó ser un viaje sin un solo incidente, perfectamente seguro.

Habían salido de Srinagar poco antes del amanecer, con la inmensa burbuja plateada del globo brillando bajo los primeros rayos del Sol. Habían efectuado la ascensión en completo silencio; no llevaban esos ruidosos quemadores de propano que calentaban el aire de los globos de antaño. Todo el calor que necesitaban lo producía el pequeño reactor de fusión, de unas doscientas veinte

libras de peso tan sólo, suspendido en la misma boca abierta de la envoltura. Mientras ascendían, el láser que llevaban iba parpadeando diez veces por segundo, encendiendo la minúscula bocanada de combustible de deuterio. Una vez que alcanzaran altura lo encenderían sólo unas cuantas veces por minuto, para restituir el calor que se perdía en la enorme bolsa de gas de arriba.

Y así, aun cuando estaban a casi una milla del suelo, podían oír los ladridos de los perros, los gritos de las gentes, los repiques de las campanas. Poco a poco el vasto paisaje dorado por el sol se fue dilatando en torno a ellos. Dos horas más tarde habían alcanzado una altura de tres millas y se vieron obligados a tomar frecuentes bocanadas de oxígeno. Podían relajarse y admirar el panorama; los instrumentos de a bordo hacían todo el trabajo: recogían la información que necesitaban los diseñadores del aún innominado trasatlántico de los cielos.

Era un día perfecto. El monzón del Sudoeste no volvería a soplar hasta dentro de un mes, y apenas si había nubes en el cielo. El tiempo parecía haberse detenido. Les molestaban los partes que la radio iba dando cada hora, porque les turbaba su arrobamiento. Y rodeándoles enteramente hasta el horizonte y mucho más allá, se extendía el infinito y antiguo paisaje empapado de historia: un mosaico de pueblos, campos de labor, templos, lagos, acequias...

Con un verdadero esfuerzo, Webster rompió el encanto hipnótico de ese recuerdo de hacía diez años. Aquel vuelo le había hecho sentirse más ligero que el aire, y le había brindado la ocasión de apreciar la inmensidad de la India, aun en un mundo que podía circundarse en noventa minutos. Y no obstante, se repetía para sus adentros: Júpiter es a la Tierra como la Tierra es a la India...

—Admitiendo tu argumento —dijo—, y suponiendo que dispongamos de fondos, hay otra cuestión a la que tienes que contestar. ¿Por qué ibas a hacerlo tú mejor que, por ejemplo, las trescientas sondas-robots que han efectuado ya ese viaje?

—Porque estoy en mejores condiciones que ellas, como observador y como piloto. *Especialmente* como piloto. No olvides que tengo más experiencia en vuelos aerostáticos que nadie en el mundo.

—Podías hacer de controlador, confortablemente sentado en Ganímedes.

—*Pero jésa es precisamente la cuestión!* Que eso se ha hecho ya. ¿No recuerdas qué es lo que mató al Queen?

Webster lo recordaba perfectamente; pero se limitó a contestar:

—Prosigue.

—¡El tiempo de propagación, el tiempo de propagación! Aquel idiota de controlador de la plataforma creía que estaba manejando un circuito de radio local. Pero, accidentalmente, había conectado con un satélite... Bueno, él no tuvo la culpa, pero debía haberlo notado. Hay medio segundo de demora por propagación en cada ida y vuelta. Aun así, la cosa no habría importado, de haber efectuado el vuelo con el aire en calma. Fue la turbulencia que reinaba sobre el Gran Cañón lo que lo originó todo. La plataforma escoró, y al tratar de corregir la inclinación escoró en el otro sentido. ¿Has tratado alguna vez de ir en coche por una carretera abollada moviendo el volante con medio segundo de retraso?

—No, ni se me ocurriría intentarlo. Pero no me lo puedo imaginar.

—Bueno, pues Ganimedes está a un millón de kilómetros de Júpiter. Eso significa un tiempo de propagación entre la ida y la vuelta de seis segundos. No, lo que necesitas es un controlador en el lugar mismo para afrontar cualquier emergencia en el tiempo real. Déjame enseñarte algo. ¿Te importa que utilice esto?

—Adelante.

Falcon cogió una postal que había sobre la mesa de Webster; eran rarísimas en la Tierra, pero ésta mostraba la perspectiva 3-D de un paisaje marciano y estaba decorada con costosos y exóticos sellos. La sostuvo de manera que quedara suspendida verticalmente.

—Es un viejo truco, pero servirá para lo que quiero. Pon el pulgar y el índice a cada lado como para cogerla, pero sin tocarla. Eso es.

Webster había extendido la mano en actitud de coger la postal, pero sin rozarla.

—Cógela.

Falcon aguardó unos segundos; luego, sin previo aviso, soltó la postal. El pulgar y el índice de Webster se cerraron en el vacío.

—Probemos otra vez, sólo para que veas que no hay engaño. ¿De acuerdo?

Una vez más, la postal se deslizó entre los dedos de Webster y

cayó al suelo.

—Ahora, intenta hacérmelo tú a mí.

Esta vez, Webster cogió la postal y la soltó sin previo aviso. Apenas la dejó caer, la atrapó Falcon. Webster casi imaginó oír su clic, de lo rápida que fue la reacción del otro.

—Cuando me recosieron —comentó Falcon con voz inexpresiva —, los cirujanos introdujeron algunas mejoras. Ésta es una de ellas... pero hay otras. Quiero explotarlas al máximo. Júpiter es el lugar apropiado para ello.

Webster contempló durante largos segundos la postal caída, fascinado por los colores inverosímiles de las escarpaduras del Trivium Charontis. Luego dijo tranquilamente:

—Comprendo. ¿Cuánto tiempo crees que se necesitará?

—Con tu ayuda, más la del Departamento, y todos los recursos científicos que pueda recabar... unos tres años. Luego necesitaremos un año para pruebas... tendremos que enviar lo menos un par de prototipos de ensayo. Así que, si hay suerte... podemos estar listos en cinco años.

—Es lo que yo había calculado, más o menos. Espero que te acompañe la suerte; te la mereces. Pero hay una cosa a la que no estoy dispuesto.

—¿Cuál?

—La próxima vez que hagas un viaje en globo no cuentes conmigo como acompañante.

EL MUNDO DE LOS DIOSES

El descenso desde Júpiter y al planeta Júpiter dura sólo tres horas y media. Pocos hombres habrían podido dormir durante un viaje tan pavoroso como éste. El dormir era una debilidad que Howard Falcon detestaba, y el poco que le hacía falta aún le traía pesadillas que el tiempo no había sido capaz de disipar. Pero no esperaba poder descansar en los próximos tres días y debía

aprovechar lo que pudiera durante el largo descenso hacia el océano de nubes que se extendía sesenta mil millas más abajo.

Tan pronto como la Kon-Tiki entró en su órbita de traslación y vio que todas las comprobaciones de la computadora eran satisfactorias, se dispuso a echar el último sueño previsible. Parecía muy oportuno que casi en ese mismísimo momento Júpiter eclipsara el brillante y diminuto Sol, al entrar él en la sombra monstruosa del planeta. Durante unos minutos, un extraño crepúsculo dorado envolvió la nave; luego, un cuarto de firmamento se oscureció completamente como un agujero en el espacio, mientras el resto era un brasero de estrellas. Por mucho que viajara uno por el sistema solar, ellas no cambiaban jamás; estas mismas constelaciones brillaban ahora por encima de la Tierra, a millones de millas de distancia. Las únicas novedades aquí eran los pequeños y pálidos crecientes de Calixto y Ganímedes; desde luego, había media docena de lunas más arriba, en el cielo, pero eran demasiado pequeñas y estaban excesivamente lejos para poderlas captar a simple vista.

—Corto durante dos horas —informó a la nave nodriza, la cual se encontraba a casi mil millas por encima de las desoladas rocas de Júpiter V, cobijada en la sombra de este satélite diminuto que la protegía de la radiación. Si no sirvió jamás para otra cosa el Júpiter V, al menos hacía de excavadora cósmica, barriendo perpetuamente las partículas cargadas que hacían nociva la permanencia en las proximidades de Júpiter. Su estela se hallaba casi limpia de radiación, por lo que podía cobijarse en ella una nave y mantenerse allí perfectamente segura, mientras la muerte se esparcía como una llovizna invisible por todo el alrededor.

Falcon conectó el inductor de sueño, y rápidamente se le fue emborronando la conciencia, a medida que las pulsaciones eléctricas le invadían el cerebro en suaves oleadas. Mientras la Kon-Tiki descendía hacia Júpiter, aumentando su velocidad segundo a segundo en este inmenso campo gravitatoria, durmió sin ensueños de ninguna clase. Los ensueños le venían siempre al despertar; y Falcon se había traído sus propias pesadillas de la Tierra.

Sin embargo, no soñaba nunca que se estrellaba, aunque a menudo se volvía a encontrar cara a cara con aquel superchimpancé aterrado, cuando bajaba la escalera de caracol entre las

desventuradas bolsas de gas. Ningún chimpancé había sobrevivido; los que no habían muerto en el acto quedaron tan malheridos que hubo que practicarles la eutanasia. Falcon se preguntaba a veces por qué soñaba sólo con esa desdichada criatura —a la que no había visto en su vida más que en sus últimos minutos— y no con los amigos y compañeros que había perdido en la catástrofe del Queen.

Los sueños que más temía empezaban siempre en el momento de comenzar a recobrar la conciencia, después del desastre. Había experimentado poco dolor físico; de hecho no tuvo sensación de ninguna clase. Estaba inmerso en tinieblas y silencio, y era como si no respirara siquiera. Y —lo más extraño de todo— no localizaba sus miembros. No podía mover ni las manos ni los pies, porque no sabía dónde estaban.

El silencio había sido lo primero en ceder. Al cabo de un indeterminado número de horas, o de días, llegó a tener conciencia de un débil latido, y, finalmente, tras pensarlo largamente, dedujo que eran las palpitaciones de su propio corazón. Ésa fue la primera de sus muchas equivocaciones.

Luego habían surgido débiles pinchazos, chispazos de luz, presiones fantasmales en los miembros aún insensibles. Uno tras otro, sus sentidos se habían ido recobrando, y con ellos, el dolor. Había tenido que aprenderlo todo de nuevo, recapitulando la infancia y la niñez. Aunque no le había afectado a la memoria y podía comprender las palabras que le decían, transcurrieron meses antes de poder contestar con algo más que un parpadeo. Recordaba los momentos triunfales en que logró pronunciar la primera palabra, volver la primera página... y, finalmente, aprendió a moverse por su propia voluntad. Eso fue una victoria, efectivamente, y había estado casi dos años preparándola. Había envidiado cien veces a aquel superchimpancé que había muerto, pero él no había tenido la posibilidad de elegir. Eran los doctores quienes habían decidido... y ahora, después de doce años, se encontraba en un lugar jamás visitado por el hombre, desplazándose más de prisa que ningún ser humano en la historia.

La Kon-Tiki estaba saliendo de la sombra, y el amanecer joviano curvó el cielo en un gigantesco arco de luz, cuando el zumbido del despertador sacó a Falcon de su sueño. Las inevitables pesadillas (había estado tratando de llamar a una enfermera, pero no tenía

fuerza siquiera para pulsar el botón) se disiparon rápidamente de su conciencia. La más grande, y quizá la última aventura de su vida iba a empezar.

Llamó al Control de la Misión, que ahora se encontraba a casi sesenta mil millas y estaba entrando rápidamente en el otro lado de la curva de Júpiter, para informar que todo estaba en orden. Su velocidad acababa de rebasar las treinta y una millas por segundo (esto pasaría a los libros), y en media hora la Kon-Tiki traspasaría la orla exterior de la atmósfera, empezando así la más difícil entrada de todo el sistema solar. Aunque habían sobrevivido docenas de sondas a esta suprema prueba de fuego, en realidad se había tratado siempre de equipos de instrumentos sólidamente compactos, capaces de soportar la fuerza de atracción de cientos de g. La Kon-Tiki rozaría hasta los treinta g, y su media sería de más de diez antes de llegar a descansar en las capas superiores de la atmósfera de Júpiter. Con sumo cuidado y precaución, Falcon empezó a abrocharse los complicados sistemas de sujeción que le mantendrían anclado a las paredes de la cabina. Cuando hubo terminado, prácticamente formaba parte de la estructura de la nave.

El reloj inició la cuenta atrás: faltaban cien segundos para su entrada. Para bien o para mal, ya no tenía remedio. Dentro de un minuto y medio rozaría la atmósfera de Júpiter, y sería atrapado inmediatamente por la zarpa del gigante.

La cuenta atrás iba con tres segundos de retraso... lo que no estaba mal, ni mucho menos, considerando los imponderables que podían surgir. Del exterior de las paredes de la cápsula provenía un aliento fantasmal que crecía constantemente, hasta que se convirtió en un alarido elevadísimo. Era un ruido enteramente distinto al de la entrada en la Tierra o en Marte; en esta enrarecida atmósfera de hidrógeno y helio, todos los sonidos experimentaban una elevación de tono equivalente a un par de octavas. En Júpiter, hasta el trueno tendría el tono de falsete.

Con el aumento del alarido, fue creciendo también la pesantez. A los pocos segundos se sintió completamente inmovilizado. Su campo visual se fue reduciendo, hasta que no abarcó más que el reloj y el acelerómetro; quince g, y faltaban cuatrocientos ochenta segundos...

No llegó a perder el conocimiento; pero tampoco esperaba

perderlo. La estela de la Kon-Tiki, al atravesar la atmósfera joviana, debía de ser todo un espectáculo: debía de tener miles de millas de longitud. Quinientos segundos después de la entrada, la atracción empezó a decrecer: diez g, cinco g, dos... Luego el peso desapareció casi completamente. Ahora descendía libremente, una vez neutralizada su tremenda velocidad orbital.

Hubo una súbita sacudida al arrojar los restos incandescentes del escudo protector del calor. Había cumplido su misión y ya no lo volvería a necesitar; ahora podía quedárselo Júpiter. Soltó todas sus hebillas de sujeción menos dos, y esperó a que el control automático iniciara la serie siguiente, más crítica, de acontecimientos.

No vio hincharse el primer paracaídas, pero notó un ligero tirón, y la velocidad de caída disminuyó inmediatamente. La Kon-Tiki había perdido toda su velocidad horizontal, y bajaba verticalmente a mil millas por hora. Todo dependía de lo que sucediera en los sesenta próximos segundos.

Soltó el segundo paracaídas. Miró hacia arriba, a través de la portilla superior, y vio con inmenso alivio esas nubes de reluciente película de metal tras la nave descendente. Como una gran flor en el momento de abrirse, se desplegaron en el cielo los miles de yardas cúbicas del globo, ahuecando el tenue Mas, hasta que quedó completamente hinchado. La velocidad de la Kon-Tiki se redujo a unas millas por hora y se mantuvo constante. Ahora tendría tiempo de sobra; tardaría días enteros en recorrer toda la trayectoria hasta la superficie de Júpiter.

Pero llegaría finalmente, aunque no hiciera nada ya. El globo de arriba actuaba de eficaz paracaídas. No permitía la ascensión, ni habría posibilidad de ello mientras el gas del interior y el del exterior fueran idénticos.

Con su característico y un tanto desconcertante estampido arrancó el reactor de fusión, derramando torrentes de fuego en el interior de la envoltura superior. En cinco minutos la velocidad se redujo a cero; al cabo de seis, la nave empezó a elevarse. Según el altímetro de radar se había estabilizado a un nivel de unas doscientas sesenta y siete millas de la superficie... o de lo que hiciera las veces de superficie en Júpiter.

Sólo una clase de globo podía tener efecto en una atmósfera de

hidrógeno, que es el más ligero de los gases, y era el de hidrógeno caliente. Mientras funcionara el reactor, Falcon seguiría manteniéndose en las alturas, vagando a la deriva por un mundo que era capaz de contener un centenar de océanos Pacíficos. Después de haber recorrido más de trescientos millones de millas, la Kon-Tiki empezaba por fin a justificar su nombre. Era una almadía aérea a merced de las corrientes de la atmósfera joviana.

Aun cuando le rodeaba un mundo enteramente nuevo, transcurrió más de una hora antes de que Falcon pudiera echar una mirada al panorama. Primero tuvo que revisar todos los equipos de la cápsula y comprobar que respondían a sus controles. Averiguó el calor extra que necesitaba para obtener la velocidad de ascenso deseada y el gas que debía dejar escapar para descender. Y, sobre todo, estaba la cuestión de la estabilidad. Debía ajustar la longitud de los cables que sujetaban el inmenso globo, de forma que amortiguaran las vibraciones y conseguir así un desplazamiento lo más suave posible. Por ahora tenía suerte; a este nivel, el viento era constante, y las cifras sobre la superficie invisible le informaron que la velocidad del suelo era de doscientas diecisiete millas y media por hora. Para Júpiter, la cifra era moderada; en este planeta se habían observado vientos de hasta mil millas por hora. Pero la velocidad en sí misma carecía de importancia; el verdadero peligro estaba en la turbulencia. Si se precipitaba en ella, sólo le salvaría la habilidad y la experiencia y una reacción rápida... y éstas no eran cosas que pudieran programarse en una computadora.

Hasta que no quedó satisfecho de que dominaba la sensibilidad de su extraña embarcación no prestó Falcon atención alguna a los requerimientos del Control de la Misión. Luego desplegó los botalones que portaban los instrumentos y analizadores atmosféricos. La cápsula se asemejaba ahora a un árbol de Navidad algo desordenado; pero seguía vagando suavemente impulsada por los vientos jovianos, mientras transmitía torrentes de información a las grabadoras de la nave situada varias millas más arriba. Y ahora, por fin, podía echar una mirada a su alrededor...

Su primera impresión fue inesperada, y hasta un poco decepcionante. Por lo que se refería a las dimensiones de las cosas, era como si estuviera viajando en globo a través de un vulgar paisaje de nubes de la Tierra. El horizonte parecía hallarse a una

distancia normal. No tenía la más mínima sensación de encontrarse en un mundo de un diámetro once veces superior al de la Tierra. Luego prestó atención al radar infrarrojo que sondaba las capas de la atmósfera que tenía debajo... y vio cuán enormemente le habían engañado sus ojos.

Esa capa de nubes que aparentemente veía a tres millas de distancia estaba en realidad treinta y siete millas más abajo. Y el horizonte, cuya distancia de la nave había calculado él en unas ciento veinticinco millas, en realidad estaba a mil ochocientas.

La cristalina claridad de la atmósfera de hidrohelio y la enorme curvatura del planeta le habían engañado completamente. Era mucho más difícil calcular las distancias aquí que en la Luna: todo cuanto veía debía multiplicarse lo menos por diez. Era una cosa muy simple, y él debía haberlo previsto. No obstante, de alguna manera, le turbaba profundamente. No le daba la sensación de que Júpiter fuera enorme, sino de que él había encogido a una décima de su tamaño normal. Quizá, con el tiempo, se acostumbraría a la escala inhumana de este mundo; sin embargo, al contemplar ese horizonte increíblemente distante notaba como si soplara en su alma un viento más frío que la atmósfera que le envolvía. A pesar de todas sus argumentaciones, quizá este lugar no pudiera ser habitado jamás por el hombre. Puede que fuera él el primero y el último en traspasar las nubes de Júpiter.

Arriba, el cielo era casi negro, aparte de unos cuantos cirros de amoníaco, a unas doce millas por encima de él. Hacía frío aquí, en esta orla del espacio; pero tanto la temperatura como la presión aumentaban rápidamente a medida que descendía. En el nivel por el que la Kon-Tiki se desplazaba ahora reinaba una temperatura de cincuenta grados bajo cero, y la presión era de cinco atmósferas. Sesenta millas más abajo haría tanto calor como en la zona ecuatorial de la Tierra, y la presión sería más o menos la misma que la de los mares más profundos. Condiciones ideales para la vida...

Había transcurrido ya una cuarta parte del breve día joviano; el sol estaba a medio camino de su cenit, pero la luz, en este ininterrumpido paisaje de nubes que tenía debajo, poseía una calidad extrañamente blanda. Esos trescientos millones de millas adicionales privaban al Sol de toda su fuerza. Aunque el cielo estaba despejado, Falcon tenía a cada momento la sensación de que

era un día espesamente nublado. Cuando cayera la noche, sobrevendría la oscuridad con suma rapidez; y pese a que era aún por la mañana, había en el aire una luz crepuscular propia del otoño. Pero el otoño era algo que, naturalmente, jamás conocería Júpiter. Aquí no existían las estaciones.

La Kon-Tiki había descendido en el centro exacto de la zona ecuatorial... la parte más apagada del planeta. El mar de nubes que se extendía hasta el horizonte estaba teñido de un pálido color salmón; no se veían los amarillos, rosas y rojos que envolvían a este planeta, visto desde las alturas superiores. La Gran Mancha Roja — el rasgo más espectacular de todo el planeta— se hallaba miles de millas más al Sur. Había estado tentado de descender allí, pero las perturbaciones tropicales del Sur eran excepcionalmente activas, con corrientes que sobrepasaban las novecientas millas por hora. Dirigirse a aquel maelstrón de fuerzas desconocidas no habría sido más que buscarse problemas. La Gran Mancha Roja y sus misterios tendría que esperar a expediciones futuras.

El Sol, que recorría el firmamento dos veces más de prisa que en la Tierra, estaba llegando a su cenit y había sido eclipsado por el plateado dosel del globo. La Kon-Tiki seguía desplazándose suave y velozmente hacia el Oeste, a la constante velocidad de doscientas diecisiete millas y media, pero sólo podía apreciarla por medio del radar. ¿Reinaría siempre la calma aquí?, se preguntó Falcon. Desde luego, los científicos, que habían hablado sabiamente de las calmas de Júpiter y habían pronosticado que el ecuador sería la más tranquila de las zonas, parece que sabían lo que se decían. Él se había mostrado profundamente escéptico respecto a todas estas predicciones, y había coincidido con un científico excepcionalmente modesto, que le dijo bruscamente una vez:

—No hay nadie que conozca bien Júpiter.

Bueno, al menos habría uno cuando terminara el día.

Si es que sobrevivía hasta entonces.

LAS VOCES DE LA PROFUNDIDAD

Ese primer día, el Padre de los Dioses le sonrió. Había tanta paz y tanta calma aquí en Júpiter como las que encontró, hacía años, durante el viaje que hizo con Webster por las llanuras del norte de la India. Falcon había tenido tiempo de dominar sus nuevas aptitudes, hasta el punto de que la Kon-Tiki parecía una prolongación de su propio cuerpo. Esta suerte era mucho mayor de lo que él se hubiera atrevido a esperar, y empezó a preguntarse cuál sería el precio que le tocaría pagar por ello. Las cinco horas de luz que tenía aquí el día casi habían concluido; abajo, las nubes se habían poblado de sombras, lo que les confería una solidez que no poseían cuando el Sol estaba más alto. El color se iba escurriendo del cielo, salvo en poniente, en cuyo horizonte se había formado una franja de un púrpura cada vez más oscuro. Por encima de esta franja hizo su aparición el delgado creciente de una luna bastante próxima, pálida y descolorida sobre la absoluta negrura que se extendía detrás.

Con un movimiento visiblemente perceptible, el Sol fue descendiendo hasta el borde de Júpiter, a más de mil ochocientas millas de distancia. Las estrellas surgieron por legiones... y apareció el hermoso lucero vespertino, la Tierra, en la misma frontera del crepúsculo, recordándole así lo lejos que se encontraba de casa. La vio seguir al Sol en su descenso hacia poniente. La primera noche del hombre en Júpiter había comenzado.

Con la caída de la noche, la Kon-Tiki empezó a hundirse; la débil luz solar no calentaba ya el globo, y esto le hacía perder una pequeña parte de su flotabilidad. Falcon no hizo nada para contrarrestar el descenso. Había estado esperando esto y proyectaba descender.

La invisible cubierta de nubes estaba aún a más de treinta millas por debajo de él; llegaría a ella hacia la medianoche. La captaba con toda claridad mediante el radar infrarrojo, el cual le informaba también que contenía una gran cantidad de complejos compuestos carbonosos, así como los habituales de hidrógeno, helio y amoníaco. Los químicos suspiraban por poseer muestras de esta sustancia algodonosa y sonrosada; a pesar de que algunas de las sondas atmosféricas lanzadas habían logrado recoger unos cuantos

gramos, eso sólo había servido para abrir sus apetitos. La mitad de las moléculas básicas para la vida se hallaban aquí, flotando por encima de la superficie de Júpiter. Y si había alimento, ¿podía estar muy lejos la vida? Ésta era la cuestión a la que, después de un centenar de años, nadie había sido capaz de contestar. Los rayos infrarrojos eran obstruidos por las nubes, pero las microondas del radar las iban cortando en rebanadas, mostrando capa tras capa, descendiendo gradualmente hacia la oculta superficie, casi doscientas cincuenta millas más abajo. Ésta se hallaba separada de él por enormes presiones y temperaturas; hasta ahora, ni siquiera las sondas robots habían logrado llegar a ella indemnes. Allí estaba, atormentadoramente deseable, por su misma condición de inaccesible, en el fondo de la pantalla de radar, ligeramente borrosa y con una curiosa estructura granular que sus aparatos no eran capaces de identificar.

Una hora después de la puesta de sol dejó caer su primera sonda. Ésta descendió veloz las primeras sesenta millas, y luego se quedó flotando en una atmósfera más densa, enviando un caudal de señales de radio que Falcon retransmitió al Control de la Misión. Luego no hubo nada que hacer sino esperar a que amaneciera y estar atento al monitor y contestar de cuando en cuando a alguna pregunta. Mientras era arrastrada por esta corriente constante, la Kon-Tiki podía cuidar de sí misma.

Poco antes de la medianoche, una controladora llamó para comprobar si todo marchaba bien y se presentó con las bromas habituales. Diez minutos más tarde volvió a llamar, y su voz era seria y excitada.

—¡Howard! Escuche por el canal cuarenta y seis; ponga alto el volumen.

¿El canal cuarenta y seis? Había tantos circuitos de telemetría que sólo se sabía los números de aquellos que eran más esenciales; pero tan pronto como lo conectó se dio cuenta de cuál era. Estaba en contacto con el micrófono de la sonda que flotaba ochenta y pico millas más abajo, en una atmósfera casi tan densa como el agua.

Al principio sólo se oía el susurro blando de los vientos extraños que sin duda se agitaban en las tinieblas de este mundo inimaginable. Y luego, emergiendo del ruido de fondo, surgió lentamente una creciente vibración que fue aumentando más y más,

como el redoble de un gigantesco tambor. Era tan balo cine, más que oírse, se sentía, y los latidos prolongaban su ritmo, aunque sin cambiar de tono. Después se convirtió en un precipitado palpitar casi infrasónico. Y luego, de súbito, en plena vibración, paró... tan repentinamente que la conciencia no pudo aceptar el silencio, y la memoria siguió fabricando un eco fantasmal allá en las más profundas cavernas del cerebro.

Era el roído más extraordinario que Falcon había oído jamás, aun entre los innumerables sonidos de la Tierra. No se le ocurría qué fenómeno natural podía provocarlo; tampoco se asemejaba al grito de ningún animal, ni siquiera al de las grandes ballenas...

Y empezó otra vez, siguiendo exactamente la misma pauta. Ahora que le cogió prevenido, consideró la longitud de la secuencia; desde el primer latido apenas perceptible hasta el crescendo final, duró exactamente diez segundos.

Esta vez hubo un eco real, aunque muy débil y lejano. Puede que procediera de alguna de las muchas capas refractarias, inmersa en las profundidades de esta atmósfera estratificada; puede que procediera de un punto más distante aún. Falcon esperaba que sonara un segundo eco, pero no se llegó a producir.

El Control de la Misión reaccionó inmediatamente, y le sugirió que dejara caer otra sonda en seguida. Operando con dos micrófonos, había probabilidades de descubrir su posible punto de procedencia. Y lo extraño era que ninguno de los micrófonos exteriores de la propia Kon-Tiki captaba otra cosa que los ruidos del viento. Los latidos, fueran lo que fuesen, debían quedar encerrados y encajonados bajo una capa refractaria de la atmósfera, en las regiones inferiores.

Provenían, según descubrieron después, de un sinfín de puntos situados a unas mil doscientas millas. Semejante distancia no permitía que uno se hiciera idea de su potencia; en los océanos de la Tierra había sonidos considerablemente débiles que alcanzaban esa misma distancia. En cuanto a la precipitada conclusión de que fueran debidos a criaturas vivientes, el jefe exobiólogo la descartó inmediatamente.

—Me sentiré muy decepcionado —dijo el Dr. Brenner si no encontramos microorganismos o plantas. Pero nada de animales, dado que aquí no existe el oxígeno en estado libre. Todas las

reacciones bioquímicas de Júpiter deben ser de bajo consumo de energía... no hay posibilidad de que una criatura activa pueda generar la fuerza suficiente para desempeñar una función cualquiera.

Falcon se preguntó si sería eso cierto; había oído ya ese argumento, y se reservó su opinión.

—De todos modos —prosiguió Brenner—, algunas de estas ondas sonoras tienen una longitud de ¡cien yardas! Ni un animal del tamaño de una ballena sería capaz de producirlas. Tienen que ser de origen natural.

Sí, eso parecía muy verosímil, y probablemente los físicos acabarían por encontrarle explicación. ¿A qué atribuiría un ciego de otros mundos, se preguntó Falcon, los ruidos que pudiera oír en las proximidades de un mar atemporalado, de un géiser, de un volcán o de una catarata? Probablemente, los atribuiría a alguna bestia descomunal.

Como una hora antes de salir el sol, las voces de las profundidades se desvanecieron, y Falcon empezó a ocuparse de los preparativos para el amanecer del segundo día. La Kon-Tiki se hallaba ahora a sólo tres millas de la capa de nubes más próxima; la presión exterior se había elevado a diez atmósferas, y la temperatura, tropical, era de treinta grados. Un hombre podía estar aquí cómodamente sin otro equipo que una máscara de aire y el grado conveniente de mezcla de helioxígeno.

—Tenemos buenas noticias para usted —informó el Control de la Misión, poco después de amanecer—. La capa de nubes se está disipando. Tendrá un claro parcial dentro de una hora... pero tenga cuidado con las turbulencias.

—Ya he observado algunas —contestó Falcon—. ¿Qué distancia podré alcanzar en visibilidad?

—Doce millas por lo menos hasta la segunda capa térmica. Ese estrato de nubes es sólido... no se deshace jamás.

Y, por consiguiente, está fuera de mi alcance, se dijo Falcon para sus adentros; la temperatura, allá abajo, debía sobrepasar los cien grados. Era la primera vez que el tripulante de un globo tenía que preocuparse no de su techo, ¡sino de su basamento!

Diez minutos más tarde pudo ver lo que el Control de la Misión había observado ya desde su posición aventajada. Había un cambio

de coloración cerca del horizonte, y la capa nubosa se había retorcido y abombado, como si algo la hubiera desgarrado para abrir en ella un boquete. Hizo girar su pequeño quemador nuclear y le confirió a la Kon-Tiki otras tres millas de altitud con el fin de lograr una perspectiva mejor.

Abajo, el cielo se estaba despejando rápidamente de la manera más completa, como si algo disolviera el espeso nubarrón. Ante sus ojos se estaba abriendo un abismo. Un momento después navegaba por el borde de un barranco de nubes de unas doce millas de profundidad y seiscientas millas de anchura.

Un nuevo mundo se extendía por debajo de él; Júpiter había rasgado uno de sus múltiples velos. La segunda capa de nubes, a una profundidad inalcanzable, era de un color mucho más oscuro que la primera. Era casi de un rosa salmón, y estaba moteada curiosamente de pequeños islotes color ladrillo. Tenían todos una forma oval, con sus ejes largos dispuestos de Este a Oeste, en la dirección predominante del viento. Los había a centenares, todos del mismo tamaño aproximadamente; a Falcon le recordaban los pequeños cúmulos algodonosos del cielo terrestre.

Redujo la flotabilidad, y la Kon-Tiki empezó a descender hacia la cara del acantilado que se iba disolviendo. Fue entonces cuando descubrió la nieve.

En el aire se iban formando blancos copos que caían después lentamente. Sin embargo, hacía demasiado calor para que nevara; y, en cualquier caso, había escasísimos vestigios de agua en estas altitudes. Además, estos copos no despedían el menor destello o brillo al precipitarse hacia las profundidades. Cuando poco después se posaron unos cuantos en uno de los botallones de instrumentos, en el exterior de la gran portilla de observación, comprobó que eran de un blanco opaco, apagado, de ningún modo cristalinos y de gran tamaño, como de varias pulgadas. Parecían de cera, y Falcon supuso que eso es lo que eran precisamente. Se estaba efectuando alguna reacción química en la atmósfera que le rodeaba, condensando los hidrocarburos que flotaban en el aire joviano.

Unas sesenta millas más adelante tenía lugar una perturbación en la capa nubosa. Las pequeñas formas ovales de color rojo empezaban a arremolinarse describiendo una espiral: era la silueta del ciclón, tan corriente en la meteorología terrestre. El vértice

estaba emergiendo con asombrosa velocidad. Si se trataba de una tormenta, se dijo Falcon, estaba en un grave aprieto.

Pero entonces su preocupación se convirtió en asombro... y temor. Lo que se desplegaba en el mismo nivel de su vuelo no era una tormenta ni mucho menos. Era algo enorme —tenía docenas de millas de diámetro que se elevaba por encima de las nubes.

La tranquilizadora idea de que pudiera tratarse también de otra nube —un cúmulo hirviente que se elevaba desde los niveles inferiores de la atmósfera— duró sólo unos segundos. No; aquello era sólido. Se abría paso a través del estrato nuboso, de un color rosa asalmonado, como se eleva un iceberg desde las profundidades.

¿Un iceberg flotando en el hidrógeno? Eso era imposible, por supuesto; pero no era demasiado remota la analogía. Tan pronto como enfocó su telescopio en el enigma, Falcon vio que era una masa blancuzca, cristalina, surcada de estrías rojas y marrones. Debía de ser, decidió, de la misma sustancia que los «copos de nieve» que caían a su alrededor: una montaña de cera. Y no tardó en comprobar que no era tan sólida como había creído: sus bordes se deshacían y se volvían a formar continuamente.

—Ya sé lo que es —transmitió el Control de la Misión, que durante los últimos minutos había estado haciendo angustiosas preguntas—: una masa de burbujas, una especie de espuma. Espuma de hidrocarbano. Que la analicen los químicos... ¡un momento!

—¿Qué ocurre? —gritó el Control de la Misión—. ¿Qué ocurre?

Falcon ignoró los frenéticos requerimientos del espacio, y concentró toda su atención en la imagen que tenía en el campo visual del telescopio. Tenía que cerciorarse; si cometía una equivocación, se convertiría en el hazmerreír del sistema solar.

Luego se relajó, miró el reloj y desconectó la enervante voz del Júpiter V.

—Hola, Control de la Misión —dijo muy seriamente—. Aquí Howard Falcon, a bordo de la Kon-Tiki. Tiempo de Efemérides, las diecinueve, veintiún minutos y quince segundos. Cero grados, cinco minutos, latitud Norte; ciento cinco grados, cuarenta y dos minutos, longitud Oeste; Sistema Uno. Díganle al Dr. Brenner que hay vida en Júpiter. Y que es *grande*...

LAS RUEDAS DE POSEIDÓN

—Me alegra mucho comprobar que estaba equivocado —replicó el Dr. Brenner por radio, alegremente—. La naturaleza siempre tiene algo escondido en la manga. Mantenga la cámara de larga distancia centrada en el blanco y denos las imágenes lo más claras que pueda.

Los seres que se movían de un lado para otro en aquellas laderas de cera estaban aún demasiado lejos para que Falcon pudiera distinguir muchos detalles, aunque debían ser de gran tamaño para poderse divisar desde semejante distancia. Casi negros, y en forma de puntas de flecha, evolucionaban mediante lentas ondulaciones como gigantescas rayas o mantas, sobrenadando por algún arrecife tropical.

Quizá fuera un ganado celeste paciendo en los pastos de nubes de Júpiter, pues parecían triscar por las oscuras estrías rojas y marrones que recorrían los flancos de los flotantes acantilados como lechos desecados. De cuando en cuando se sumergía alguna en la montaña de espuma, desapareciendo completamente de la vista.

La Kon-Tiki se desplazaba despacio con respecto a la capa de nubes que tenía debajo; tardaría lo menos tres horas en encontrarse encima de aquellas montañas inconsistentes. Era una carrera entre la Kon-Tiki y el Sol. Falcon confiaba en que no cayera aquella oscuridad antes de poder contemplar más de cerca las mantas, como ya las había bautizado él, así como el frágil paisaje por el que rebullían.

Fueron tres largas horas. Durante todo este tiempo mantuvo los micrófonos exteriores a todo volumen, preguntándose si se encontraría aquí la fuente de los latidos de la noche anterior. Desde luego, las mantas eran lo bastante grandes como para haberlo producido; cuando por fin pudo hacerse una idea exacta de sus dimensiones, se encontró que tenían casi un centenar de yardas de envergadura. Eso significaba que eran tres veces el tamaño de las más grandes ballenas... aunque debían pesar unas toneladas tan sólo.

Media hora antes de la puesta del sol, la Kon-Tiki se encontraba encima de las «montañas».

—No —dijo Falcon, contestando a las repetidas preguntas del

Control de la Misión sobre las mantas—, no manifiestan aún reacción alguna ante mi presencia. No creo que sean inteligentes; parecen inofensivos herbívoros. Y aunque intentaran atraparme, estoy seguro de que no podrían llegar a las alturas en que me encuentro yo.

Sin embargo, se sintió un poco decepcionado cuando vio que las mantas no mostraban ningún interés por él mientras sobrevolaba su suelo nutricional. Quizá no tenían ningún medio de detectar su presencia. Cuando las examinó y fotografió a través del telescopio, no descubrió el menor indicio de órganos. Aquellas criaturas eran simplemente enormes deltas negras, agitándose en ondulantes movimientos por los montes y valles que, en realidad, eran poco más consistentes que las nubes de la Tierra. Aunque parecían sólidas, Falcon sabía que quienquiera que pretendiese caminar por esas blancas montañas se hundiría en ellas como si fueran de papel.

Una vez en las proximidades, pudo distinguir las miríadas de células o burbujas de que estaban formadas. Algunas de las burbujas eran considerablemente grandes —de una yarda o más de diámetro—, y Falcon se preguntaba en qué caldera de brujas se habrían formado. Debía haber suficiente fondo petroquímico bajo la atmósfera de Júpiter para cubrir todas las necesidades de la Tierra por espacio de un millón de años.

El corto día casi había concluido cuando pasó por encima de la cresta de los montes de cera, y la luz huía rápidamente de la parte inferior de sus laderas. En la vertiente Oeste no había mantas; y por alguna razón, la topografía era muy diferente. La espuma estaba esculpida en forma de largas terrazas horizontales, como el interior de un cráter lunar. Casi podía imaginar que eran gigantescos peldaños que bajaban a la oculta superficie del planeta.

Y en el más bajo de estos peldaños, libre de las arremolinadas nubes que la montaña había desplazado al emerger hacia el cielo, había una tosca masa oval de una o dos millas de diámetro. Apenas se la distinguía, pues era sólo un poco más oscura que la espuma blancuzca sobre la que descansaba. La primera impresión de Falcon es que se encontraba ante un bosque de pálidos árboles, como hongos gigantescos que jamás habían visto el Sol.

Sí, debía ser un bosque: podía ver centenares de troncos delgados que se elevaban de la cera blancuzca en la que estaban

arraigados. Pero los árboles formaban una masa asombrosamente compacta y apretada; apenas quedaba espacio entre ellos. Puede que, en definitiva, no fuera un bosque, sino un solo árbol inmenso... como una de esas gigantescas higueras de Bengala de múltiples troncos. Una vez vio en Java una higuera de Bengala que ocupaba un área de más de seiscientas yardas; este monstruo era lo menos diez veces superior.

La luz casi se había ido. El paisaje de nubes se había vuelto purpúreo con la luz refractada del sol, y dentro de unos segundos se desvanecería también esa coloración. A la luz postrera de ese segundo día en Júpiter, Howard Falcon vio —o creyó ver— algo que suscitaba las más graves sospechas sobre la identidad de aquella cosa oval.

A menos que la luz confusa le engañara, aquellos centenares de delgados troncos golpeteaban adelante y atrás, en perfecta sincronía, como un macizo de algas mecidas por el oleaje.

Además, el árbol no estaba ya donde lo había visto al principio.

—Sentimos decírselo —dijo el Control de la Misión poco después de la puesta de sol—, pero creemos que va a entrar en actividad el Foco Beta en la próxima hora. Probabilidad de un setenta por ciento.

Falcon consultó rápidamente la carta. Beta: latitud de Júpiter, ciento cuarenta grados... eso estaba más de dieciocho mil seiscientas millas, estaba muy por debajo del horizonte. Aun cuando las grandes erupciones desarrollaban diez megatones, Falcon se encontraba demasiado lejos de la onda expansiva para correr grave peligro. La tormenta de radio que iba a desencadenar, no obstante, era cuestión completamente aparte.

Las explosiones de decámetros que a veces hacían de Júpiter la más poderosa fuente de radio de todo el firmamento habían sido descubiertas en la década de 1950, para completo asombro de los astrónomos. Ahora, más de un siglo después, su verdadera causa seguía siendo un misterio. Sólo se conocían los síntomas; pero su explicación era totalmente desconocida.

La teoría del «volcán» era la que mejor había resistido la prueba del tiempo, aunque nadie imaginaba que este vocablo tenía el mismo significado en Júpiter que en la Tierra. A intervalos frecuentes —a menudo varias veces al día— se desencadenaban

titánicas erupciones en las regiones inferiores de la atmósfera, probablemente en la superficie del propio planeta, y una enorme columna de gas, de más de seiscientas millas de altura, brotaba hirviendo, como decidida a huir al espacio.

Frente al más poderoso campo gravitatorio de todos los planetas, no tenía la más mínima posibilidad. Sin embargo, algunas escurriduras, unos cuantos millones de toneladas tan sólo lograban alcanzar la ionosfera joviana; y cuando esto sucedía, se desencadenaba todo un infierno.

Los cinturones de radiación que envuelven el planeta Júpiter empuñan por completo los débiles cinturones Van Allen de la Tierra. Cuando se establece entre ellos un cortocircuito debido a una columna ascendente de gas, el resultado es una descarga eléctrica millones de veces más poderosa que la más grande descarga terrestre; provoca un colosal trueno de radio que invade enteramente el sistema solar y prosigue más allá, hacia las estrellas.

Se había descubierto que estas explosiones de radio procedían de cuatro grandes zonas del planeta. Quizá había en ellas puntos débiles que permitían que el fuego interno irrumpiera en el exterior de tiempo en tiempo. Los científicos de Ganímedes, la más grande de las lunas de Júpiter, creían ahora que podían predecir el inicio de una tormenta de decámetros: su precisión era más o menos la de los que pronosticaban el tiempo allá a principios de 1900.

Falcon no supo si alegrarse o asustarse ante una tormenta de radio; desde luego, le daría más mérito a la misión... si salía con vida. Su rumbo había sido planeado de forma que se mantuviera lo más alejado posible de los grandes centros de perturbación, especialmente del más activo, el Foco Alfa. Por suerte, la amenazadora Beta era la más próxima a él. Esperaba que la distancia, casi las tres cuartas partes de la Tierra, fuera suficiente para mantenerse a salvo.

—Probabilidad, el noventa por ciento —dijo el Control de la Misión, con claro acento de premura—. Y olvide esa hora. Ganímedes dice que puede ocurrir en cualquier momento.

Apenas había enmudecido la radio cuando comenzó a elevarse rápidamente la aguja de medición de fuerza del campo magnético. Antes de que llegara a salirse de la escala, cambió de dirección y empezó a descender tan rápidamente como se había elevado. Muy

lejos, y miles de millas más abajo, algo había dado una titánica sacudida al corazón derretido del planeta.

—¡Allá resopla! —gritó el Control de la Misión.

—Gracias, ya lo sé. ¿Cuándo recibiré el embate de la tormenta?

—Puede esperar la primera sacudida dentro de cinco minutos, y en diez, su apogeo.

En la lejana curva de Júpiter empezaba a elevarse hacia el espacio un embudo de gas tan amplio como el océano Pacífico, a una velocidad de miles de millas por hora. Los rayos sacudían ya, sin duda, las regiones inferiores de la atmósfera del alrededor... pero no eran nada comparados con la furia que estallaría cuando alcanzara el cinturón radiactivo y empezara a descargar su desbordante cantidad de electrones sobre el planeta. Falcon empezó a recoger todos los botallones del instrumental extendidos fuera de la cápsula. No tenía más precauciones que tomar. Tardaría cuatro horas en ser alcanzado por la sacudida atmosférica; pero la ráfaga de ondas de radio, que se desplazaba a la velocidad de la luz, estaría aquí en una décima de segundo, tan pronto como se disparara la descarga.

El monitor de la radio, que examinaba el espectro de un extremo a otro, no registraba aún nada extraordinario, sino el normal zumbido de fondo. Luego, Falcon observó que el nivel del ruido aumentaba gradualmente. La explosión estaba acumulando fuerza.

A semejante distancia no esperaba ver nada. Pero, súbitamente, vio danzar un débil parpadeo como de un relámpago de calor a lo largo de todo el horizonte oriental. Simultáneamente saltaron la mitad de los interruptores del cuadro principal, se apagaron las luces y enmudecieron todos los canales de comunicación.

Intentó moverse, pero fue completamente incapaz de hacerlo. La parálisis que se había apoderado de él no era meramente psicológica; parecía haber perdido todo el dominio de sus miembros y experimentaba una dolorosa sensación de hormigueo en todo el cuerpo. Era imposible que el campo eléctrico pudiera haber traspasado la protección de esta cabina. Sin embargo, había un pálido resplandor en el tablero de instrumentos, y pudo oír el crujido inequívoco de una descarga.

Los sistemas de emergencia entraron en funcionamiento con una serie de detonaciones, y se restablecieron las cargas. Volvieron a

encenderse las luces. Y la parálisis de Falcon desapareció tan rápidamente como había venido.

Después de mirar el tablero para asegurarse de que todos los circuitos habían vuelto a la normalidad, se volvió rápidamente hacia las portillas de observación.

No tuvo necesidad de encender los reflectores de inspección: los cables que sostenían la cápsula parecían estar incandescentes. Eran rayas de luz de un azul eléctrico que se extendían hacia arriba contra la oscuridad, desde el gran anillo de sujeción hasta el ecuador del gigantesco globo; y, rodando lentamente a lo largo de varias de ellas, se veían luminosas bolas de fuego.

El espectáculo resultaba tan extraño y hermoso que era imposible ver en él amenaza de ningún género. Pocas personas, Falcon lo sabía muy bien, habían contemplado la bola del relámpago desde tan cerca... y, desde luego, ninguno habría sobrevivido, de navegar en un globo lleno de hidrógeno, en la atmósfera de la Tierra. Recordaba la muerte del Hindenburg entre las llamas, destruido por una chispa extraviada cuando anclaba en Lakehurst en 1937. Como tantas veces había sucedido en el pasado, la vieja película se le representó horriblemente vívida en su imaginación. Pero, al menos, aquello no podía suceder aquí, aun cuando había más hidrógeno sobre su cabeza que en el último zeppelin. Tendrían que transcurrir unos cuantos billones de años, sin embargo, antes de que alguien pudiera encender fuego en la atmósfera de Júpiter.

Con un crepitar como el del tocino en la sartén, el circuito de comunicación cobró vida otra vez:

—Hola, Kon-Tiki ¿me escucha?, ¿me escucha?

Era una voz entrecortada y tremendamente desfigurada, aunque inteligible. Falcon recobró su ánimo: había restablecido contacto con el mundo de los hombres.

—Le oigo —dijo—. Estoy sobrecargado de electricidad, pero sin el menor daño... por ahora.

—Gracias... creíamos que le habíamos perdido. Por favor, compruebe los canales de telemetría tres, siete y veintiséis. También el aumento de la cámara dos. Tampoco creemos que sean exactas las cifras que dan las sondas externas de ionización...

De mala gana Falcon apartó la mirada del fascinante espectáculo

pirotécnico que se desarrollaba en torno a la Kon-Tiki, aunque de cuando en cuando siguió asomándose a las portillas. Primero desapareció la bola incandescente; luego, los globos de fuego se dilataron poco a poco hasta adquirir proporciones críticas, tras lo cual estallaban suavemente y se desvanecían. Pero incluso una hora más tarde, seguía habiendo aún débiles resplandores por todo el metal del exterior de la cápsula; y los circuitos de radio siguieron con ruidos hasta mucho después de la medianoche.

Las restantes horas de oscuridad transcurrieron sin el menor incidente... hasta unos momentos antes de amanecer. Dado que era una claridad que provenía del Este, Falcon infirió que estaba presenciando los primeros anuncios del amanecer. Luego se dio cuenta de que faltaban aún veinte minutos para que despuntara el día... y que la claridad que surgía a lo largo del horizonte avanzaba hacia él de forma perceptible. Se separó velozmente del arco de estrellas que perfilaba el borde invisible del planeta, y Falcon vio que se trataba tan sólo de una estrecha franja, recortada con toda nitidez. Parecía el haz de luz de un enorme reflector desplazándose bajo las nubes.

Unas sesenta millas más allá de la primera columna de luz inquieta venía otra, paralela, que se movía a la misma velocidad. Y más allá, otra, y otra... hasta que todo el cielo parpadeó con una alternancia de planos de oscuridad y de luz.

Ahora, pensó Falcon, se hallaba ya habituado a las maravillas, y parecía imposible que este despliegue de pura, silenciosa luminosidad representara el más mínimo peligro. Pero era tan asombroso y tan inexplicable, que sintió un miedo frío, crudo, que le minó su propia capacidad de autodomínio. Ningún hombre podía contemplar semejante espectáculo sin sentirse como un pigmeo en presencia de fuerzas que escapaban a su capacidad de comprensión. ¿Sería posible que, en definitiva, tuviera Júpiter no sólo vida, sino también inteligencia? ¿Una inteligencia, quizá, que sólo ahora empezaba a reaccionar ante una presencia extraña?

—Sí, lo vemos —dijo el Control de la Misión con una voz que reflejaba su propio miedo—. No tenemos idea de qué pueda ser. Espere, vamos a llamar a Ganímedes.

El espectáculo se estaba disipando lentamente; las franjas móviles del lejano horizonte se hicieron mucho más débiles, como

si la energía que las producía se estuviera agotando. A los cinco minutos, todo había concluido; el último impulso de luz parpadeó en dirección a poniente y se desvaneció. Su desaparición produjo a Falcon una inmensa sensación de alivio. La visión había sido tan hipnótica, tan turbadora, que no podía resultar beneficiosa para ningún hombre el contemplarla demasiado tiempo.

Se sentía más desasosegado de lo que estaba dispuesto a admitir. La tormenta eléctrica era algo que podía entender; pero esto era absolutamente incomprensible.

El Control de la Misión seguía aún en silencio. Falcon sabía que estaban consultando los bancos de datos de Ganímedes, mientras los hombres y las computadoras centraban sus mentes en el problema. Si no encontraban allí ninguna respuesta, sería necesario llamar a la Tierra; eso equivaldría a una demora de casi una hora. La posibilidad de que ni aun la Tierra fuera capaz de ayudarle era algo sobre lo que Falcon no quería ni pensar.

Nunca se alegró tanto de oír la voz del Control de la Misión como cuando habló por fin el Dr. Brenner. El biólogo parecía aliviado, aunque serio... como el hombre que acaba de pasar una crisis intelectual.

—Hola, Kon-Tiki. Hemos resuelto su problema, pero aún nos parece increíble. Lo que usted ha visto es un fenómeno de bioluminiscencia, muy similar al producido por los microorganismos de los mares tropicales de la Tierra. Aquí se encuentran en la atmósfera, no en el océano, pero el principio es el mismo.

—Pero el proceso —protestó Falcon— era tan regular... tan artificial. ¡Y tenía una anchura de cientos de millas!

—Era incluso más grande de lo que puede imaginar; usted ha visto sólo una pequeña parte. El fenómeno entero tiene una anchura de más de tres mil millas y parece una rueda en revolución. Ha visto solamente sus rayos, al cruzarse con usted a la velocidad de unas seis décimas de milla por segundo...

—¡Por segundo! —Falcon no pudo dejar de exclamar—. ¡Ningún animal puede desplazarse a esa velocidad!

—Por supuesto que no. Deje que le explique. Lo que usted ha visto se ha originado por el choque de la onda que ha provocado el Foco Beta, la cual se ha desplazado a la velocidad del sonido.

—Pero ¿y la regularidad del proceso? —insistió Falcon.

—Eso es lo sorprendente. Se trata de un fenómeno muy raro, pero es idéntico al de las ruedas de luz observadas en el golfo Pérsico y en el océano Indico, sólo que de un tamaño mil veces superior. Escuche esto: Del Patna, de la Compañía Indobritánica; golfo Pérsico, mayo de 1880, 23,30 horas: «Se avistó una enorme rueda luminosa, girando sobre sí misma, cuyos rayos parecían barrer el costado del barco al pasar. Los rayos tenían de doscientas a trescientas yardas de longitud; cada rueda contenía unos dieciséis rayos...» Y aquí tenemos otra anotación del golfo de Omán, con fecha del 23 de mayo de 1906: «La luminiscencia, intensamente brillante, se acercó velozmente a nosotros, lanzando vivos rayos de luz hacia poniente en rápida sucesión, como el haz de un faro... A babor nuestro se formó una gigantesca rueda de fuego, cuyos rayos se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Toda la rueda estuvo girando sobre sí unos dos o tres minutos...» La computadora-archivo de Ganímedes ha sacado unos quinientos casos. De no pararla a tiempo habría sacado un montón más.

—Me ha convencido... pero aún estoy perplejo.

—No le culpo. En realidad, no se le llegó a encontrar una explicación completa hasta finales del siglo xx. Parece que estas ruedas luminosas son consecuencia de los terremotos submarinos, y acontecen siempre en aguas poco profundas, donde pueden reflejarse las ondas de choque y dar lugar a una serie de ondas estacionarias. Unas veces son como barras y otras como ruedas que giran: las «Ruedas de Poseidón» las llaman. Se ha comprobado esta teoría provocando explosiones subacuáticas y fotografiando los resultados desde un satélite. No es de extrañar, que los marínenos fueran supersticiosos. ¿Quién habría creído una cosa así?

Conque era eso, se dijo Falcon. Al estallar el Foco Beta debió emitir una serie de sacudidas en todas direcciones... a través del gas comprimido de las regiones inferiores de la atmósfera y a través del mismo cuerpo sólido de Júpiter. Al chocar y entrecruzarse estas ondas debieron anularse aquí y acrecentarse allá, y el planeta entero resonó como una campana.

No obstante, la explicación no le anuló la sensación de maravilla y terror; jamás olvidaría esas vacilantes franjas de luz desplazándose vertiginosas por las profundidades inalcanzables de

la atmósfera joviana. Tenía la impresión de encontrarse no meramente en un planeta extraño, sino en alguna mágica región situada entre el mito y la realidad.

Era un mundo en el que podía suceder absolutamente cualquier cosa; donde, con toda probabilidad, ningún hombre era capaz de vaticinar qué le reportaría el futuro.

Y aún le quedaba por pasar un día entero.

MEDUSA

Cuando llegó, por fin, el verdadero amanecer, sobrevino un súbito cambio en el tiempo. La Kon-Tiki se desplazaba en medio de la ventisca. Los copos de cera caían con tanto espesor que la visibilidad era prácticamente nula. A Falcon empezaba a preocuparle el peso que se podía acumular en la parte superior de la envoltura. Luego observó que los copos depositados en la parte exterior de las portillas desaparecían rápidamente; la continua emanación de la Kon-Tiki los evaporaba tan pronto como la rozaban.

De haber hecho este viaje en globo en la Tierra habría tenido que preocuparse también de la posibilidad de una colisión. Al menos, no corría este peligro aquí: cualquier montaña joviana debía encontrarse varios cientos de millas más abajo. Y en cuanto a los flotantes islotes de espuma, chocar con ellos sería probablemente como traspasar burbujas de jabón, ligeramente más consistentes.

De todos modos, conectó el radar horizontal, que hasta ahora no le había servido para nada; sólo el haz vertical, que le daba la distancia de la superficie invisible, había sido de alguna utilidad. Y entonces se llevó otra sorpresa.

Diseminados por el inmenso sector del cielo que tenía delante, aparecieron docenas de ecos grandes y brillantes. Eran completamente independientes unos de otros, y al parecer se hallaban suspendidos en el espacio. Falcon recordó la frase que

solían utilizar los primitivos aviadores para describir uno de los peligros de su profesión: «Nubes rellenas de rocas». Era la descripción perfecta de lo que aparecía delante de la trayectoria de la Kon-Tiki.

Era una visión desconcertante; luego Falcon se dijo de nuevo que nada que fuese realmente sólido podía revolotear en esta atmósfera. Quizá fuera algún extraño fenómeno meteorológico. En cualquier caso, el eco más cercano se encontraba a ciento veinticinco millas.

Lo comunicó al Control de la Misión, el cual no pudo facilitarle explicación alguna. En cambio, le dio la agradable noticia de que saldría de la ventisca dentro de treinta minutos.

No le previno, sin embargo, del repentino viento que cogió a la Kon-Tiki súbitamente de través, casi en ángulo recto respecto de la trayectoria que llevaba. Falcon tuvo que echar mano de toda su pericia y emplear al máximo el escaso control que podía ejercer sobre su torpe vehículo para evitar que zozobrara. Unos minutos después corría veloz en dirección Norte, a más de trescientas millas por hora. Luego, tan súbitamente como había empezado, la turbulencia cesó; seguía desplazándose a gran velocidad, pero con viento suave. Se preguntó si le habría cogido el equivalente joviano de una corriente en chorro.

La tormenta de nieve se había disipado, y vio que Júpiter se había estado preparando para él.

La Kon-Tiki había entrado en el embudo de un gigantesco remolino de unas seiscientas millas de diámetro. El globo estaba siendo arrastrado por la curvada pared de la nube. Arriba, el sol brillaba en un cielo claro; pero allá abajo, este inmenso agujero de la atmósfera perforaba las ignotas profundidades y alcanzaba un suelo brumoso donde parpadeaban los relámpagos casi continuamente.

Aunque la nave era arrastrada hacia abajo tan lentamente que no se percibía ningún peligro inmediato, Falcon abrió el chorro de calor de la envoltura hasta que la Kon-Tiki se mantuvo flotando a una altitud constante. Hasta ese momento no apartó los ojos del fantástico espectáculo del exterior para inspeccionar nuevamente el problema del radar.

El eco más próximo se hallaba ahora a unas veinticinco millas

tan sólo. Todos ellos, inmediatamente se dio cuenta, estaban esparcidos a lo largo de la pared del remolino y se movían por ella, al parecer, atrapados en el torbellino como la propia Kon-Tiki. Orientó el telescopio en la dirección que apuntaba el radar y se encontró con que tenía ante sí una extraña nube moteada que ocupaba casi todo su campo visual.

Se distinguía con dificultad porque era apenas algo más oscura que el muro gigantesco de bruma que servía de fondo. Hasta que no transcurrieron unos minutos, no se dio cuenta Falcon de que ya la había visto anteriormente.

La primera vez la había visto reptar por las itinerantes montañas de espuma, y la había tomado por un gigantesco árbol de múltiples troncos. Por fin podía apreciar ahora su verdadera dimensión y complejidad, y darle un nombre más apropiado para fijar su imagen en su mente. No se parecía en absoluto a un árbol, sino a una medusa: a una medusa, tal como podía haberla visto, con sus tentáculos a rastras, navegando por las cálidas aguas de la corriente del golfo.

Esta medusa tenía un diámetro de más de una milla, y sus innumerables tentáculos colgantes medían varios centenares de pies. Se inclinaban adelante y atrás al unísono, empleando más de un minuto en completar cada ondulación... casi como si la criatura bogara torpemente por el cielo.

Los otros ecos correspondían a otras tantas medusas más lejanas. Falcon enfocó el telescopio hacia media docena de ellas, y no apreció variación alguna en sus formas o tamaños. Todas parecían pertenecer a la misma especie; se preguntó por qué vagarían perezosamente en esta órbita de seiscientas millas. Tal vez se estaban alimentando del plancton aéreo que el remolino había succionado, tal como había hecho con la propia Kon-Tiki.

—¿Se da usted cuenta, Howard —dijo el Dr. Brenner cuando se hubo recobrado de su estupor inicial—, de que ese ser es más de cien mil veces superior en tamaño a la más grande de las ballenas? Aun cuando no fuera más que un globo de gas, pesaría lo menos ¡un millón de toneladas! No tengo ni idea de cuál puede ser su metabolismo. Debe generar megavatios de calor para mantener su flotabilidad.

—Pero si no es más que un globo, ¿por qué da el radar un eco

tan condenadamente claro?

—No tengo la más remota idea. ¿Puede aproximarse más?

La pregunta de Brenner no era superflua. Si variaba de altitud para aprovechar las diferencias de velocidad del viento, Falcon podía aproximarse a la medusa cuanto quisiera. De momento, no obstante, prefería conservar su actual distancia de veinticinco millas, y así lo dijo con firmeza.

—Comprendo lo que quiere decir —contestó Brenner, un poco de mala gana—. Quedémonos donde estamos, de momento.

Ese «nosotros» le sonó a Falcon extrañamente divertido: las sesenta mil millas adicionales introducían una considerable diferencia, según su punto de vista.

Durante las dos horas siguientes, la Kon-Tiki navegó sin incidentes por la curva del gran remolino, mientras Falcon probaba los filtros y el contraste de la cámara, tratando de obtener una imagen clara de la medusa. Empezaba a preguntarse si no sería su coloración evanescente una especie de camuflaje; quizá, como muchos animales de la Tierra, trataba de confundirse con el paisaje. Era una argucia que utilizaban tanto el cazador como la caza.

¿En qué categoría se encontraba la medusa? Ésa era una cuestión a la que no era posible contestar en el corto espacio de tiempo que le quedaba. Sin embargo, poco antes de las doce del mediodía, sin el más ligero aviso, llegó la respuesta...

Como un escuadrón de antiguos caza-reactores, surgieron veloces cinco mantas del muro de bruma que formaba el embudo del remolino. Volaban dispuestas en V y se dirigieron directamente hacia la nube gris pálido de la medusa; y no cupo la más mínima duda en el espíritu de Falcon de que iban a atacarla. Se había equivocado por completo al suponer que eran inofensivos seres vegetarianos.

Sin embargo, sucedía todo a un ritmo tan pausado que era como presenciar una película a cámara lenta. Las mantas avanzaron ondulantes a la velocidad de treinta millas por hora más o menos; parecieron tardar siglos en llegar hasta la medusa, la cual seguía navegando imperturbable a una velocidad más moderada. A pesar de sus enormes dimensiones, las mantas parecían diminutas comparadas con el monstruo al que se aproximaban. Cuando se lanzaron sobre su dorso, parecían del tamaño de los pájaros que se

posan sobre las ballenas.

Falcon se preguntó si la medusa podría defenderse por sí misma. No veía él que las mantas atacantes corrieran peligro alguno mientras evitaran los largos y torpes tentáculos. Y puede que el huésped ignorara la presencia de estas criaturas, como si se tratara de insignificantes parásitos que ella toleraba, igual que los perros toleran las pulgas.

Pero ahora era evidente que la medusa se encontraba en un aprieto. Con agónica lentitud, comenzó a inclinarse como un barco a punto de naufragar. Al cabo de diez minutos se había ladeado cuarenta y cinco grados; estaba también perdiendo altura rápidamente. Era imposible no sentir piedad por este monstruo asediado, y el espectáculo trajo a Falcon recuerdos amargos. De una manera grotesca, la caída de la medusa era casi una parodia de los últimos momentos agónicos del Queen.

Pero sabía que sus simpatías estaban mal dirigidas. La inteligencia superior sólo podía desarrollarse entre los depredadores, no entre criaturas que vagaban ramoneando por la mar o por el aire. Las mantas estaban muchísimo más próximas a él que esa monstruosa bolsa de gas. Y, en definitiva, ¿quién era capaz de simpatizar verdaderamente con una criatura de un tamaño cien mil veces mayor al de la ballena?

Entonces observó que la táctica de la medusa parecía producir su efecto. La zozobra sacudió a las mantas y se apartaron aleteando de su lomo... como buitres interrumpidos en pleno festín. Pero no se alejaron demasiado, y siguieron revoloteando a pocas yardas, en torno al monstruo acosado.

Hubo un relámpago súbito y cegador, a la vez que sonó un crujido de descarga eléctrica en la radio. Una de las mantas se enrolló, de extremo a extremo, y se precipitó en línea recta hacia abajo. Mientras caía, fue dejando un penacho de humo negro tras de sí. El parecido con la caída de un avión envuelto en llamas era tremendamente asombroso.

Entonces las restantes mantas se elevaron a un tiempo y se alejaron de la medusa, aumentando su velocidad mediante una pérdida de altitud. En cuestión de minutos habían desaparecido entre los muros de la nube, de los cuales habían surgido. Y la medusa, que había dejado de descender, inició el movimiento que

restablecería su posición horizontal. Poco después navegaba en completo equilibrio, como si nada hubiera ocurrido.

—¡Maravilloso! —exclamó el Dr. Brenner tras un momento de estupor—. Ha desplegado defensas eléctricas, como algunas anguilas y rayas. Pero ¡esa descarga ha debido ser lo menos de un millón de voltios! ¿Puede ver usted el órgano que ha podido producir esa descarga? ¿Algo así como electrodos?

—No —contestó Falcon, después de poner su telescopio a la máxima potencia—. Pero hay algo muy extraño. ¿Ve usted esa franja? Revise las primeras imágenes. Estoy seguro de que no estaba ahí antes.

Había aparecido una lista jaspeada y ancha en torno a la medusa. Formaba una especie de damero asombrosamente regular, cada uno de cuyos cuadros estaba rayado a su vez con un complejo trazado de pequeñas líneas horizontales. Estaban espaciados por distancias iguales, en un orden perfectamente geométrico de hileras y columnas.

—Tiene usted razón —dijo el Dr. Brenner con un acento en su voz que parecía muy próximo al terror—. Acaba de aparecer. Y miedo me da decir lo que creo que es.

—Bueno, yo no tengo ningún prestigio que perder... al menos como biólogo. ¿Quiere que lo diga yo?

—Adelante.

—Eso es una enorme banda radiométrica. Como las que se usaban antiguamente, a principios del siglo xx.

—Me temía que iba a decir eso. Bueno, ahora sabemos por qué daba un eco tan claro.

—Pero ¿por qué aparece ahora?

—Probablemente, como consecuencia de la descarga.

—Se me acaba de ocurrir otra idea —dijo Falcon lentamente—. ¿Cree usted que nos estará escuchando?

—¿A esta frecuencia? Lo dudo. Eso son antenas de metros; no, de decámetros, a juzgar por sus dimensiones. ¡Hum... podría ser!

El Dr. Brenner se quedó callado, ponderando evidentemente algún nuevo derrotero de sus pensamientos. Luego prosiguió:

—¡Apuesto a que están sintonizadas para las explosiones de radio! Eso es algo que la naturaleza no ha tenido que producir jamás en la Tierra... Nosotros tenemos animales con sonar e incluso

con sentidos eléctricos, pero ningún ser ha desarrollado jamás un sentido semejante a una radio. ¿Para qué iba a servir en un lugar de tanta luz? Pero aquí es diferente, Júpiter está empapado de energía radioeléctrica. Vale la pena utilizarla... y puede que incluso acumularla. ¡Esa criatura podría ser una instalación eléctrica flotante!

Una nueva voz terció en la conversación:

—Aquí el comandante de la misión. Todo esto es muy interesante, pero hay una cuestión mucho más importante que solventar. ¿Es inteligente? Si lo es, debemos tener presentes las normas de Primer Contacto.

—Antes de venir aquí —dijo el Dr. Brenner con cierta tristeza—, habría sido capaz de jurar que cualquier ser que construyera un sistema de antenas de onda corta tendría que ser inteligente. Ahora no estoy seguro. Esta criatura puede haberlo desarrollado naturalmente. Supongo que igual de fantástico resulta el ojo humano.

—Entonces debemos ir sobre seguro y suponer que es inteligente. De momento, por tanto, esta expedición queda sometida a todas las cláusulas de la norma primera.

Hubo un largo silencio, mientras cada uno de los que estaban a la escucha digerían las implicaciones de esta situación. Por primera vez en la historia de los vuelos espaciales tendrían que ser aplicadas las normas que se habían elaborado después de más de un siglo de debates. El hombre había sacado un provecho, eso se esperaba de sus errores en la Tierra. No solamente las consideraciones morales, sino también su propio interés, exigían el no repetirlos en los otros planetas. Podía ser catastrófico tratar a una inteligencia superior de la misma manera que los colonos americanos habían tratado a los indios, o como casi todos habían tratado a los africanos...

La primera regla era: guarda las distancias. No intentes aproximarte, ni aun comunicarte, hasta que «ellos» hayan tenido tiempo suficiente de estudiarte. Nadie habría sido capaz de decir qué podía entenderse exactamente por «tiempo suficiente». Eso quedaba a criterio del hombre según la situación.

Sobre Howard Falcon había venido a recaer una responsabilidad que jamás había pensado. Durante las pocas horas que le quedaban de estar en Júpiter, podía convertirse en el primer embajador del

género humano.

Y ésa era una paradoja tan deliciosa que casi deseó que los cirujanos le hubieran restituido la facultad de reír.

INSTRUCCIONES DE PRIMERA CLASE

Estaba oscureciendo, pero Falcon, con los ojos fijos en la nube viviente del campo visual del telescopio, apenas se dio cuenta. El viento que impelía constantemente la Kon-Tiki en torno al embudo del gran remolino le situó a doce millas de la criatura. Si le acercaba seis millas más, iniciaría una maniobra evasiva. Aunque estaba seguro de que el arma eléctrica de la medusa era de corto alcance, no deseaba poner a prueba esta hipótesis. Ése sería un problema para futuros exploradores, a quienes deseaba buena suerte.

La cápsula se había quedado casi a oscuras. Esto era extraño, porque aún faltaban horas para el crepúsculo. Maquinalmente, echó una mirada al radar de barrido horizontal, como había hecho a cada rato. Aparte de la medusa que estaba examinando, no había ningún objeto en unas sesenta millas a la redonda.

Súbitamente, pero con una potencia tremenda, empezó a oír los golpes acompasados que brotaban de la noche joviana: el latido que crecía más y más de prisa, y luego se paraba en pleno crescendo. La cápsula entera retemblaba como un garbanzo dentro de una olla.

Dos cosas comprendió Falcon al mismo tiempo, en el intervalo del silencio repentino y doloroso. Esta vez no provenía de miles de millas de distancia, a través de un circuito de radio. Estaba en la mismísima atmósfera que le rodeaba.

El segundo pensamiento era más inquietante aún. Había olvidado completamente —era imperdonable, pero había tenido otras cosas evidentemente más perentorias en que pensar— que la mayor parte del cielo que tenía arriba quedaba totalmente tapado por la bolsa de gas de la Kon-Tiki. Como era ligeramente plateado

para que conservara su calor, el globo hacía de eficaz pantalla ante el radar y el campo visual.

Falcon lo sabía, naturalmente; éste había sido uno de los pequeños defectos del diseño, pasado por alto porque no parecía revestir importancia. Ahora, en cambio, le parecía a Howard tremendamente importante... al ver la fila de tentáculos gigantescos, más gruesos que el tronco de cualquier árbol, que descendían rodeando completamente la cápsula.

Oyó chillar a Brenner:

—¡Recuerde la norma primera! ¡No lo asuste!

Pero antes de darle la respuesta adecuada, empezó de nuevo aquel redoble irresistible y ahogó todos los demás sonidos.

La prueba que verdaderamente revela el grado de adiestramiento de un piloto es el modo como reacciona no ante emergencias previsibles, sino ante aquellas que nadie puede prever. Falcon no se paró más de un segundo en analizar la situación. Con un rapidísimo movimiento tiro de la cuerda de apertura.

Esta palabra era un residuo arcaico de la época de los primeros globos de hidrógeno; en la Kon-Tiki, la cuerda de apertura no abría bruscamente la bolsa de gas, sino que accionaba sólo una serie de claraboyas dispuestas en la curva superior de la envoltura. Inmediatamente, el gas caliente se precipitó al exterior; la Kon-Tiki, privada de su elemento de ascensión, inició una veloz caída en este campo gravitatorio dos veces y media superior al de la Tierra.

Falcon tuvo una fugaz visión de los grandes tentáculos que se sacudían acercándose y alejándose. Le dio tiempo a observar que estaban provistos de amplias vejigas o sacos, los cuales, probablemente, les conferían la flotabilidad; y que terminaban en una multitud de antenas que eran como raíces de plantas. Casi esperaba una descarga eléctrica... pero no ocurrió nada.

Su precipitado descenso fue aminorando a medida que la atmósfera iba siendo más densa, a la vez que la desinflada envoltura hacía las veces de paracaídas. Cuando la Kon-Tiki llevaba descendidas unas dos millas, consideró prudente cerrar las claraboyas otra vez. Perdió otra milla en restablecer su flotabilidad y recuperar el equilibrio, y se aproximaba peligrosamente al límite de su seguridad.

Escrutó ansiosamente a través de las portillas superiores, aunque

no esperaba ver nada, sino el bulto oscuro del globo. Pero se había desplazado lateralmente durante el descenso, y consiguió ver la medusa parcialmente a un par de millas por encima de él. Estaba mucho más cerca de lo que esperaba... y seguía bajando más de prisa de lo que habría creído posible.

El Control de la Misión estaba llamando angustiosamente. Falcon gritó:

—Estoy bien... pero sigue aproximándose. No puedo bajar más.

Eso no era totalmente cierto. Podía descender mucho más: unas ciento ochenta millas más. Pero sería un viaje sin retorno, y la mayor parte del recorrido tendría muy poco interés para él.

Entonces, con gran alivio por su parte, vio que la medusa planeaba horizontalmente a menos de una milla de distancia. Quizá había decidido acercarse a este extraño intruso con precaución; o quizá, también, había tropezado con esta capa incómodamente caliente. La temperatura se hallaba por encima de los cincuenta grados centígrados, y Falcon se preguntó cuánto tiempo seguiría funcionando su equipo de sostenimiento de vida.

El Dr. Brenner volvió a ponerse en contacto con él, preocupado aún por la norma primera.

—¡Recuerde: puede que sólo sienta curiosidad! —exclamó sin mucha convicción—. ¡Procure no asustarla!

Falcon se estaba cansando de esta advertencia, y recordó una discusión que presenció una vez por televisión entre un letrado y un astronauta. Después de escuchar una minuciosa exposición de todas las implicaciones de la norma primera, el incrédulo astronauta había exclamado: «Entonces, si no hay otra alternativa, ¿debo quedarme quieto y dejarme devorar?» El letrado ni siquiera esbozó una sonrisa cuando le contestó: «Ésa es una excelente recapitulación».

En aquel momento le había parecido divertido; ahora no se lo parecía en absoluto.

Y entonces Falcon vio algo que le hizo sentirse aún más desdichado. La medusa seguía girando por encima de él, a una milla de distancia... pero uno de sus tentáculos había empezado a estirarse de una manera increíble, y se extendía hacia la Kon-Tiki, al tiempo que se hacía más delgado. De niño, había visto una vez el embudo de un huracán que descendía desde una tormentosa nube a

las llanuras de Kansas. La cosa que ahora se venía hacia él le despertó vívidos recuerdos de aquella negra, contorsionada culebra del cielo.

—Se me están agotando las posibilidades a toda prisa — comunicó al Control de la Misión—. Ahora sólo puedo elegir entre la alternativa de asustarla... o producirle un dolor de estómago. No creo que encuentre a la Kon-Tiki muy digestiva, si es eso lo que se propone.

Aguardó unos momentos la respuesta de Brenner, pero el biólogo permaneció en silencio.

—Muy bien. Me quedan veintisiete minutos, pero voy a poner en marcha el cronómetro de ignición. Espero tener la suficiente reserva para corregir mi órbita más tarde.

No podía ver ya a la medusa: se había situado otra vez directamente encima de él. Pero sabía que el tentáculo que descendía debía estar muy cerca del globo. Tardaría casi cinco minutos en poner a pleno rendimiento el reactor...

El fusor estaba cebado. La computadora de órbitas no había desechado la situación como completamente imposible. Las bocas de los tubos propulsores estaban abiertas, dispuestas a engullir las toneladas de hidrohelio que hicieran falta. Aun en condiciones óptimas, éste sería el momento de la verdad... ya que no había habido ocasión de probar los resultados reales de la propulsión a chorro en la extraña atmósfera de Júpiter.

Muy lentamente, algo impulsó la Kon-Tiki. Falcon trató de ignorarlo.

El encendido estaba proyectado para seis millas más arriba, en una atmósfera cuatro veces menos densa y treinta grados más fría. Lástima.

¿Cuál era la inmersión menos profunda para alejarse en la que podrían funcionar los tubos? En cuanto se encendiera el propulsor, enfilaría hacia Júpiter con sus dos g y media, a fin de ayudarse a conseguirlo. ¿Tendría posibilidad de zafarse a tiempo?

Una mano enorme y pesada tentó el globo. La nave entera se bamboleó arriba y abajo como uno de esos yo-yós que acababan de ponerse de moda en la Tierra.

Naturalmente, Brenner podía estar perfectamente en lo cierto. Quizá estaba tratando de mostrarse amistosa. Tal vez debía intentar

él establecer contacto por radio. Qué debía decirle: «¿Minina, preciosa?» «¿Quieto, Fido?» O: «¿Llévame a tu superior?»

La proporción titrio-deuterio era correcta. Estaba preparado para encender la mecha con un cerilla de cien millones de grados.

La delgada punta del tentáculo descendió, tentando en torno al borde del globo, unas sesenta yardas más arriba. Era más o menos del tamaño de una trompa de elefante, y por la forma delicada en que se movía, parecía que era casi igual de sensitiva. Tenía unos pocos palcos que hacían de bocas inquisitivas. Seguro que el Dr. Brenner estaría fascinado.

Éste era el momento. Echó una rápida mirada a todo el panel de control, inició la cuenta final de ignición de cuatro segundos, arrancó el precinto de seguridad y apretó el botón de LANZAMIENTO.

Se produjo una fuerte explosión y una repentina pérdida de peso. La Kon-Tiki cayó libremente, con el morro apuntando hacia abajo. Arriba, el globo, desprendido, ascendía rápidamente arrastrando al inquisitivo tentáculo. Falcon no tuvo tiempo de ver si la bolsa de gas chocaba con la medusa, porque en ese momento se puso en marcha el propulsor, y tenía otras cosas en que pensar.

Brotó una rugiente columna de hidrohelio caliente de los tubos del reactor, imprimiendo un impulso más grande aún... pero hacia Júpiter, y no al contrario. No podía escapar todavía porque el control automático tardaba demasiado. A menos que recuperara el control completo y lograra establecer el vuelo horizontal en los próximos cinco segundos, el vehículo se hundiría demasiado en la atmósfera y se destruiría.

Con agónica lentitud —los cinco segundos parecieron cincuenta— consiguió ponerla horizontal, y luego elevar el morro hacia arriba. Volvió los ojos una sola vez, y echó una última mirada a la medusa, la cual se encontraba ya a muchas millas de distancia. El globo desprendido de la Kon-Tiki había escapado de su presa al parecer, pues no vio el menor vestigio de él.

Ahora volvía a ser dueño otra vez... ya no vagaba impotente al capricho de los vientos de Júpiter, sino que regresaba, con su propia columna de fuego atómico, hacia las estrellas. Confiaba en que el propulsor le daría la velocidad y altitud constantes, hasta alcanzar una aceleración cuasi-orbital en el borde de la atmósfera. Luego,

mediante un breve impulso de pura fuerza del cohete, alcanzaría la libertad del espacio.

En plena trayectoria hacia su órbita miró en dirección Sur y vio el tremendo enigma de la Gran Mancha Roja —esa isla flotante cuyo tamaño era dos veces el de la Tierra— elevándose del horizonte. Se quedó mirando su misteriosa belleza, hasta que la computadora le advirtió que faltaban sólo sesenta segundos para la conversión a propulsión de cohete. Apartó los ojos de mala gana.

—En otra ocasión —murmuró.

—¿Qué? —dijo el Control de la Misión—. ¿Qué ha dicho?

—No importa —contestó.

ENTRE DOS MUNDOS

—Ahora eres un héroe, Howard —dijo Webster—, no una mera celebridad. Les has dado algo en que pensar... has inyectado algo de emoción en sus vidas. Ni uno solo, entre un millón, realizará un viaje a los Gigantes del Exterior, pero el género humano entero irá con la imaginación. Y eso es lo que cuenta.

—Me alegro de haber hecho un poco más fácil tu trabajo.

La amistad entre ambos era demasiado antigua como para que Webster se sintiera molesto por la nota de ironía. Sin embargo, le sorprendió. Y no era éste el único cambio que había observado en Howard desde su regreso de Júpiter.

El administrador señaló hacia el famoso lema sobre su mesa, copiado de un empresario de antaño: ¡ASOMBRA ME!

—No me avergüenzo de mi trabajo. Nuevos conocimientos, nuevos recursos... todo eso está muy bien. Pero los hombres necesitan también novedades y emociones. Los viajes espaciales se han convertido en una rutina; tú los has convertido de nuevo en una gran aventura. Tardaremos mucho, mucho tiempo en encasillar a Júpiter. Y puede que tardemos muchísimo más en comprender a esas medusas. Aún creo que había una que sabía cuál era tu punto

ciego. En fin, ¿has decidido tu próximo objetivo? Saturno, Urano, Neptuno... di cuál.

—No sé. He pensado en Saturno, pero no soy necesario allí. Tiene solamente una gravedad, no dos y media como Júpiter. Así que pueden ir perfectamente los hombres.

Los hombres, pensó Webster. Había dicho «los hombres». Jamás había empleado antes semejante expresión. ¿Cuándo le había oído emplear por última vez la palabra «nosotros»? Está cambiando, se está distanciando de nosotros...

—Bueno —dijo en voz alta, levantándose de su silla para disimular su malestar—, vamos a empezar la conferencia. Las cámaras están preparadas y todo el mundo aguarda. Verás un montón de viejos amigos.

Dijo esto último con mucho énfasis, pero Howard no contestó. Cada vez era más difícil leer en la correosa máscara de su rostro. En vez de eso, se apartó de la mesa del administrador, se soltó de su tren de ruedas de manera que no hiciera las veces de silla y accionó su mecanismo hidráulico, levantándose con sus siete pies de altura. Había sido un acierto psicológico por parte de los cirujanos el añadirle doce pulgadas más, para compensar de algún modo lo que había perdido cuando se estrelló el Queen.

Falcón esperó a que Webster hubiera abierto la puerta. Luego giró limpiamente sobre sus ruedas neumáticas y avanzó a la suave y silenciosa velocidad de veinte millas por hora. Esta exhibición de velocidad y precisión no la hizo como un alarde de arrogancia; más bien se le había convertido en algo inconsciente.

Howard Falcon, que un día había sido un hombre y que aún podía pasar por tal por intermedio de un circuito vocal, sintió una serena sensación de triunfo... y por primera vez desde hacía años, algo así como una paz en el espíritu. Desde su regreso de Júpiter, las pesadillas habían cesado. Había encontrado su puesto al fin.

Ahora sabía por qué le obsesionaba aquel superchimpancé del malogrado Queen Elizabeth. Ni hombre ni bestia, estaba entre dos mundos; igual que él.

Sólo él podía desplazarse sin protección por la superficie lunar. El equipo de sustentación de vida del interior del cilindro metálico que había sustituido a su frágil cuerpo funcionaba igualmente bien en el espacio o bajo el agua. Los campos gravitatorios diez veces

superiores al de la Tierra eran un inconveniente, pero nada más. Y no había una gravedad que fuera mejor que las demás...

El género humano se estaba convirtiendo en algo muy lejano, y los lazos de parentesco se hacían más tenues. Quizá estos fardos respiradores de aire, sensibles a la radiación, formados de compuestos carbonosos, no tenían derecho alguno a salir más allá de la atmósfera; debían permanecer en sus medios naturales: la Tierra, la Luna, Marte.

Algún día los verdaderos dueños del espacio serían máquinas, no hombres... y él no era ni lo uno ni lo otro. Consciente ya de su destino, sintió un sombrío orgullo de su soledad sin igual: era el primer eslabón inmortal entre dos órdenes de la creación.

Sería, en definitiva, un embajador: entre lo viejo y lo nuevo... entre las criaturas de carbono y las criaturas metálicas que un día llegarían a sustituirlas.

Las dos necesitarían de él en los azarosos siglos venideros.

LA NAVAJA DE OCCAM

Theodore Sturgeon

Con todo el mundo hablando sobre la contaminación y sus implicaciones para el futuro, no es sorprendente que la ciencia ficción se haya unido al coro de especulación y presagio —porque el futuro, para bien o para mal, es el dominio de la ciencia ficción. Theodore Sturgeon nos ofrece aquí su propio comentario sobre nuestra difícil situación: una ingeniosa idea, narrada con especial talento por Sturgeon.

I

Joe Trilling tenía una forma divertida de ganarse la vida. Era una buena forma de vida aunque, desde luego, no ganaba tanto como podía haberlo hecho en la ciudad. En compensación, vivía en las montañas, a poco menos de un kilómetro de un pueblecito pintoresco, entre el aire sano y los bosques de pinos y abedules, junto con grandes cantidades de laurel silvestre, y él era su propio jefe. No existía mucha competencia en lo que hacía; tenía a su esposa y a sus hijos por allí cerca todo el tiempo y recibía más pedidos de los que podía cumplir. Era una de esas personas que trabajan por la noche y, una vez que la familia se acostaba, podía

dedicarse tranquilamente a su trabajo, sin ser interrumpido. Se sentía tan feliz como una almeja.

Una noche —en realidad, al amanecer—, fue interrumpido. *Pom-pom, pom, pom*. Golpes en la ventana, dos cortos, dos largos. Se quedó helado y se volvió, porque conocía aquellos golpes. No los había escuchado desde hacía años, pero habían formado parte de su vida desde que nació. Vio el rostro en el exterior y se llenó los pulmones para lanzar un grito que les habría despertado en el parque de bomberos del jardín comunal, pero entonces vio el dedo sobre los labios y dejó escapar el aire. El dedo le llamó con señas y Joe Trilling volvió la espalda, apagó una llama, leyó un indicador, tomó una nota, apretó un conmutador y, alegre pero silenciosamente, se dirigió hacia la puerta exterior. Se deslizó fuera, la cerró con mucho cuidado y miró en la oscuridad.

—¿Karl?

—Shhh.

Allí estaba, en el borde del bosque. Joe Trilling se dirigió hacia allí, susurrando porque Karl se lo había pedido; chocaron el uno contra el otro, maldijeron y se dijeron el uno al otro los nombres más puercos. Esto no sería fácil de explicar a un extraterrestre; no se trata, necesariamente, de algo que hagan los humanos. Es algo de tipo cultural. Significa: quiero tocarte; significa: te quiero; pero ellos eran hombres y hermanos, de modo que se lanzaron el uno en brazos y hombros del otro, lanzando despreciables juramentos e insultos hasta que, al final, ni siquiera aquellas palabras fueron suficientes y permanecieron de pie en las sombras, sosteniendo cada uno los bíceps del otro, y haciendo muecas y penetrando cada uno en el otro con los ojos. Entonces, Karl Trilling movió la cabeza a un lado, hacia la carretera, y se alejaron de la casa.

—No quiero que Hazel nos oiga hablar —dijo Karl—. No quiero que ni ella ni nadie sepa que he estado aquí. ¿Cómo está?

—Estupenda. ¿Vas a verla... o a los niños?

—Sí, pero no en este viaje. Allí está el coche. Podemos hablar allí. Realmente, temo a ese bastardo.

—¡Ah! —exclamó Joe—. ¿Cómo está el gran hombre?

—Muy mal —contestó Karl—. Pero estamos hablando de dos bastardos diferentes. El gran hombre sólo es la persona más rica del mundo, pero no tengo miedo de él, especialmente. Estoy hablando

de Cleveland Wheeler.

—¿Quién es Cleveland Wheeler?

Entraron en el coche.

—Es un rentista —contestó Karl—. De hecho, es el segundo rentista. Salí del jet ejecutivo y cogí un coche de la compañía y alquilé otro... y después éste. Estoy razonablemente seguro de que no ha sido intervenido. Esto es una especie de contestación a tu pregunta sobre quién es Cleve Wheeler. Otras contestaciones serían que es el hombre situado detrás del trono. El siguiente. Un genio polifacético. Un tiburón asesino.

—El siguiente —dijo Joe, respondiendo a la única frase que tenía cierto sentido—. ¿Es que el viejo se está hundiendo?

—Oficialmente, y se trata de un secreto oficial, su nivel de hemoglobina es de cuatro. ¿Significa eso algo para ti, doctor?

—Pues claro que sí, doctor. Anemia, si son ciertos otros rumores que he oído. El hombre más rico del mundo... muriéndose de hambre.

—Y edad avanzada... y testarudez... y obsesión. ¿Quieres saber cosas de Wheeler?

—Cuenta.

—Mister Suerte. Nacido con todo. Perfil de moneda griega. Músculos miguelangelescos. Descubiertito precozmente por un inteligente director de escuela elemental, enviado a una escuela privada, solía dirigirse directamente a la sala de estar de los profesores por la mañana y decir lo que había estado leyendo y pensando. Entonces, dedicaron a un maestro para que trabajara con él, o saliera con él o cualquier otra cosa. Escuela superior a los doce y su curso fue: baloncesto, fútbol y salto de altura —tres títulos por cada una—, sí, se graduó en tres años, summa cum. Leyó todos los libros de texto al principio de cada periodo y ya nunca más volvió a intentarlo. Tenía, más que ninguna otra cosa, la costumbre del éxito.

»En la universidad, lo mismo. Empezó a los dieciséis, en su primer trimestre, y se lo tragaba todo. Muy popular. Se graduó de nuevo con las mejores notas, claro.

Joe Trilling, que lo pasó muy mal en la universidad y en la escuela de medicina, sudando como un peón, gruñó envidiosamente:

—He visto a uno o dos así. Todo el mundo se maravilla, nadie se da cuenta de lo fácil que fue para ellos.

Karl sacudió la cabeza.

—No fue exactamente así con Cleve Wheeler. Si algo le resultó fácil fue debido a la naturaleza de su equipo. Era como un coche de cuatrocientos caballos moviéndose en un tráfico de sesenta caballos. Cuando echaba mano de sus músculos, los utilizaba de verdad, quiero decir hasta que uno mordía realmente el polvo. Un tipo muy voluntarioso. Bueno, tuvo la oportunidad de elegir sus trabajos... demonios, pudo elegir carreras. Trabajó en una empresa arquitectónica que pudo utilizar sus habilidades matemáticas y administrativas, su presencia pública, conocimiento de materiales y de arte. Gravitó directamente hacia la cúspide, logrando que lo admitieran como socio. Y mientras lo hacía, se sacó un doctorado. Se casó extremadamente bien.

—Mister Suerte —dijo Joe.

—Mister Suerte, sí. Escucha. Wheeler se convirtió en socio, hizo su trabajo y conocía lo que se llevaba entre manos... todo lo que podía aprender o comprender. El aprendizaje y la comprensión no son suficientes para enfrentarse con algunas cosas como la codicia o la estupidez inesperada, o accidentes, o cambios indeseables. Dos de los otros socios se metieron en un asunto con el que no te voy a aburrir, un complejo de apartamentos muy publicitados en un lugar equivocado, para residentes equivocados, en un terreno adquirido de modo equivocado. Wheeler lo vio venir, se entrevistó con ellos y habló del asunto. Ellos dijeron que sí a todo y después se lanzaron de cabeza y, de todos modos, hicieron lo que querían, algo que Wheeler no esperaba en absoluto. Lo único que la elevada capacidad y una moral recta y una buena educación nunca le dan a uno es acabar con la inocencia. Cleve Wheeler era un inocente.

»Bueno, pues sucedió el desastre que Wheeler ya había predicho, pero fue mucho peor. Esas cosas, cuando salen a la luz, tienen la particularidad de dejar al descubierto otras muchas cosas podridas que estaban ocultas. La empresa se derrumbó. Cleve Wheeler nunca había fracasado en una cosa en toda su vida. Era lo único en lo que aún le faltaba práctica. Cualquiera que tuviese la inteligencia más rudimentaria habría comprendido que ése era el momento para marcharse, incluso para aceptarlo. Contener sus pérdidas. Pero no

creo que ni se le ocurriera pensar en ello.

Karl Trilling se echó a reír repentinamente.

—En una de las novelas de Philip Wylie hay una tremenda descripción de un incendio forestal y de cómo los animales huyen del fuego, con las zorras y los conejos corriendo juntos, las lechuzas volando durante el día para escapar de las llamas. Aparece entonces ese escarabajo, avanzando pesadamente hacia el mismo borde de ocho hectáreas de verdadero infierno. Se detiene, mueve rápidamente sus sensores, gira hacia un lado y comienza a rodear el incendio —se echó a reír de nuevo—. Eso es lo que Cleveland Wheeler tiene de especial debajo de todos esos músculos, cerebro y brillantez. Si tuviera que hacerlo y fuese un escarabajo, no volvería la espalda, ni se largaría. Si todo lo que pudiese hacer fuese rodear el terreno, empezaría a caminar.

—¿Qué sucedió? —preguntó Joe.

—Esperó. Utilizó todo lo que tenía. Utilizó su cerebro y su personalidad y su reputación y todas sus habilidades mundanas. También tomó prestado y prometió... y trabajó. ¡Oh sí, trabajó mucho! Pues bien, mantuvo la empresa. Limpió lo que estaba podrido y lo volvió a reconstruir desde el interior, haciéndolo esta vez con fuerza y rectitud. Pero eso costó mucho...

»Le costó tiempo... todas las horas de cada día, excepto aproximadamente las cuatro que solía dormir. Y justo en el momento en que había logrado el equilibrio y empezaba a recuperarse, le costó su esposa.

—Dijiste que se había casado muy bien.

—Se casó con lo que uno se casa cuando se es un joven ufano situado encima de todo y subiendo aún más. Supongo que ella era una joven agradable y quizá no se la pueda achacar nada, pero no estaba más acostumbrada al fracaso que él. Él solo pudo rodear el terreno. Pudo alquilar una habitación y desplazarse en autobús. Ella no supo hacerlo; y el caso es que, con mujeres así, siempre hay algún amante previamente descartado, que sigue esperando su oportunidad.

—¿Cómo lo tomó él?

—Fue duro. Se había casado de la misma forma que jugaba al fútbol o se presentaba a los exámenes... con todo lo que tenía. Eso le afectó algo. Supongo que todas esas cosas le afectaron, pero eso

fue lo más difícil de soportar.

»De todos modos, no dejó que eso le detuviera. No permitió que nada le detuviera. Continuó, hasta que quedaron pagadas todas las cuentas... hasta el último céntimo, incluyendo todos los intereses. Después, se mantuvo hasta que el valor de la red fue exactamente lo que había sido antes de que sus antiguos socios empezaran a comérsele el corazón. Y a continuación, lo abandonó. ¡Lo abandonó! Vendió su derecho y su título por un dólar.

—Finalmente reventado, ¿eh?

Karl Trilling miró desdeñosamente a su hermano.

—Reventado. Eso es una cuestión de definición, ¿no crees? El objetivo de Cleve Wheeler era cero... ¿puedes comprenderlo? De todos modos, ¿qué es el éxito? ¿Acaso no es decidir lo que uno va a hacer y después hacerlo tal y como se pensó?

—En tal caso —observó su hermano con tranquilidad—, el suicidio es un éxito.

Karl le lanzó una prolongada y penetrante mirada.

—Correcto —admitió, pensando en ello por un momento.

—De todos modos, ¿por qué cero? —preguntó Joe.

—He realizado muchas investigaciones sobre Cleve Wheeler, pero no pude meterme en el interior de su cabeza. No lo sé. Pero puedo suponerlo. Tenía la intención de no deber nada a nadie. No sé lo que sentía por la empresa que había salvado, pero puedo imaginármelo. El hombre en que se convirtió, en que se estaba convirtiendo, no deseaba deberle absolutamente nada. Yo diría que él sólo deseaba salir de ello... pero según sus propias condiciones, lo que incluía no dejar nada en lo que se pudiera trabajar sobre él, a modo de acusación.

—Muy bien —admitió Joe.

Karl Trilling pensó: Lo bueno del viejo Joe es que sabe esperar. Hemos estado apartados durante todos estos años, sin apenas comunicación, excepto las felicitaciones de cumpleaños —y, a veces, ni siquiera eso—, y aquí está, como si continuáramos juntos cada día. Yo no estaría aquí si no fuese importante; no le estaría contando todo esto a menos que él necesitara saberlo; él no necesitaría saber nada a menos que fuera a ayudar. Todo lo que no está dicho... no tengo que pedirle nada. ¿Qué estoy interrumpiendo en su vida? ¿Qué voy a interrumpir? No tendría que preocuparme

por eso. Él se encargará de ello.

—Me alegro de haber venido, Joe —dijo.

—Muy bien —dijo Joe, lo que significaba todas las cosas que Karl había estado pensando. Sonrió burlonamente, le dio una palmada en el hombro y siguió hablando.

—Wheeler se retiró. No resulta fácil seguir sus andanzas durante ese período. Aparece inesperadamente en todas partes. Vivió al menos en tres comunas... quizá más, pero aquellas tres estaban hechas un verdadero lío cuando él llegó y eran un modelo cuando se marchó. Inició negocios... todos ellos cosas que no se habían realizado con anterioridad, como un supermercado sin estanterías, sin música en conserva, sin juegos ni sellos, sólo con un limpio montón de cajas abiertas de las que el cliente tomaba lo que deseaba y lo marcaba de acuerdo con la tarjeta situada en la caja, con un marcador que colgaba de una cuerda. Huevos y carne y pescado congelados y cosas así, y con los productos locales a un precio que sólo era un dos por ciento superior al precio de venta al por mayor. La gente era honrada porque nunca podían estar seguros de si el contador de comprobación conocía los precios de todo, además, engañar en los precios de la lista habría sido demasiado embarazoso. Sólo con un enorme almacén vacío por techo y sin empleados que malgastaran miles de horas de trabajo marcando los artículos individualmente, con unos precios que derrotaban a cualquier casa de descuentos que haya podido existir jamás. También vendió ese negocio y siguió su camino. Inició la fabricación de alimentos orgánicos infantiles, sin productos conservantes, vendió de nuevo y siguió su camino. Desarrolló un recipiente de plástico que se quemaba sin contaminar. Lo patentó y vendió la patente.

—He oído hablar de eso. Sin embargo, no lo he visto por ahí.

—Quizá lo veas algún día —dijo Karl, con tono cauteloso—. Sí, quizá lo veas. En cualquier caso, tenía abierta una oficina CPA de detallista en Pasadena y él se limitaba a hacer sus cosas por ahí. Nunca oí hablar de fracaso alguno en cualquier cosa que intentase.

—Eso suena como una edición junior del gran hombre, de tu honorable jefe.

—No eres el único en haberte dado cuenta de eso. El jefe puede no ser muy brillante en muchos aspectos, pero nadie criticó nunca

su sentido de los negocios. Siempre ha extendido sus tentáculos para atrapar piezas sueltas de cada sector. Por todo lo que sé, hace años que había puesto su mirada en Cleveland Wheeler. No me cabe la menor duda de que le hizo ofertas de vez en cuando, pero en ese período Cleve Wheeler no parecía dispuesto a trabajar para nadie tan grande. Su modelo de actuación es llevar las cosas a su aire, y eso no es posible en un imperio establecido.

—Herederero aparente —observó Joe, recordándole algo que había dicho antes.

—Correcto —asintió Karl—. Sabía que empezarías a captar la idea antes de que terminara.

—Pero termina —pidió Joe.

—De acuerdo. Mira, lo que voy a decirte ahora sólo quiero que lo sepas. No espero que lo comprendas, ni lo que significa, ni lo que tiene que ver con Cleve Wheeler. Necesito tu ayuda y no puedes ayudarme a menos que conozcas toda la historia.

—Adelante.

Karl Trilling continuó.

—Wheeler encontró a una mujer. Se llamaba Clara Prieto y sus antepasados procedían de Sonora. Era endemoniadamente brillante... y, a su manera, supongo que tan brillante como Cleve, aunque con una décima parte de sus conocimientos académicos... y también era bonita. Además, era a Cleve a quien deseaba y no lo que él pudiera conseguirle. Se enamoró de él cuando no tenía nada... cuando realmente no deseaba nada. Cada uno era una alegría para el otro, cada hora, cada día. Supongo que eso sucedió aproximadamente en la misma época en que él empezó a montar este o aquel negocio, volviendo a ganar algo. Se compró una pequeña casa y un coche. Compró después dos coches, uno para ella. No creo que ella lo deseara, pero a él todo le parecía insuficiente; siempre estaba buscando más cosas que hacer por ella. Iban alguna noche a casa de unos amigos, ella procedente de las tiendas donde iba a comprar, y él desde el lugar donde estuviera trabajando por entonces, de modo que los dos tenían coche. Él la seguía, de regreso a casa, de modo que observó cómo perdía el control y se estrellaba. Murió en sus brazos.

—¡Oh, Dios!

—Mister Suerte. Escucha: una semana más tarde dobló una

esquina en el centro de la ciudad y se encontró asistiendo al robo de un banco. Recibió una bala que le rozó la parte posterior de la nuca. Tuvo que permanecer echado durante siete meses y dispuso de tiempo para pensar. Cuando salió del hospital se enteró de que su director de negocios había hecho un desfalco con todo y se había marchado hacia el sur con su secretaria. Se lo llevó todo.

—¿Y qué hizo él?

—Se puso a trabajar y pagó la cuenta del hospital.

Permanecieron sentados en el coche, en la oscuridad y en silencio, durante largo rato, hasta que Joe preguntó.

—¿Estuvo paralizado allí, en el hospital?

—Durante casi cinco meses.

—Me pregunto qué fue lo que pensó.

—Puedo imaginarme lo que pensó —dijo Karl Trilling—. Lo que no puedo imaginarme es lo que decidió. Las conclusiones a las que llegó. Lo que decidió ser. Maldita sea, no hay palabras exactas para expresarlo. Todos nosotros hacemos lo mejor que podemos con lo que tenemos, o tratamos de hacerlo. O deberíamos hacerlo. Él lo hizo... y con el mejor material posible para empezar. Lo puso a funcionar inmediatamente; trabajó duro; era honrado, leal y justo; era hábil e inteligente. Y salió del hospital con esas dos últimas cualidades intactas. Sólo Dios sabe lo que ha sucedido con las demás.

—Así es que se fue a trabajar para el viejo.

—En efecto... y, de algún modo, eso me asusta. Era como si todas sus calificaciones no fueran suficientes para convenirles a ambos hasta que a él le sucedieron esas cosas... hasta que esas cosas le hicieron convertirse en lo que es ahora.

—¿Y qué es eso?

—No se puede contestar brevemente a esa pregunta, Joe. El viejo se ha convertido en un mito moderno. Nadie le ve nunca. Nadie puede predecir lo que va a hacer, ni por qué. Cleveland Wheeler fue ascendiendo hacia su sombra y desapareció casi tan completamente como el jefe. Sólo hay unas pocas cosas que se puedan decir con seguridad. El jefe siempre ha sido un recluso y, durante los diez años que Cleve Wheeler ha estado con él, él también se ha convertido cada vez más en un recluso. Se ha tratado de negocios, como siempre se trata con él, claro, lo que significa los

largos y constantemente inhabituales períodos de tranquilidad y después esos cambios y tratos espectaculares e inesperados. Se puede suponer que el viejo sueña esas cosas y que algún genio muy poderoso de su equipo se encarga de realizarlas. Pero podría ser el genio quien instigara los movimientos... ¿Quién puede saberlo? Únicamente las personas cercanas a él... Wheeler, Epstein, yo mismo. Y yo no lo sé.

—Pero Epstein murió.

Karl Trilling asintió en la oscuridad, con un gesto de cabeza.

—Epstein murió. Lo que deja solo a Wheeler para vigilar el almacén. Yo soy el médico personal del viejo, no de Wheeler, y no existe la menor garantía de que pueda serlo alguna vez de Wheeler.

Joe Trilling volvió a cruzar las piernas y se reclinó en el asiento, mirando hacia la susurrante oscuridad.

—Todo empieza a adquirir forma —murmuró—. El viejo está en vías de desaparecer, tú también puedes desaparecer y no hay nadie que se pueda hacer cargo, excepto este Wheeler.

—Sí, y no sé ni lo que él es, ni lo que hará. Sé que dispondrá de más poder que cualquier otro ser humano sobre la Tierra. Tendrá tanto poder que estará por encima de cualquier codicia que tú o yo podamos imaginar... tú o yo no podemos pensar en esas magnitudes. Pero, como muy bien puedes comprender ahora, se puede decir que es un hombre que ha visto demostrado en sí mismo que el ser bueno, astuto, fuerte y honrado no tiene un valor particularmente grande. ¿Hacia dónde irá con todo esto? Y, a partir de la hipótesis de que ha estado tomando cada vez más las decisiones en los últimos tiempos y extrapolando a partir de eso... ¿adónde se dirige? De lo único que puede uno estar seguro es de que alcanzará el éxito en todo lo que intente hacer. Ésa es su costumbre.

—¿Qué desea? ¿No es eso lo que estás tratando de descifrar? ¿Qué podría desear un hombre así, si supiera que puede conseguirlo?

—Sabía que había venido al lugar adecuado —dijo Karl, sintiéndose casi feliz—. Eso es, exactamente. En cuanto a mí mismo, dispongo ahora de todo lo que necesito y existen otros muchos lugares a los que podría ir. Quisiera que Epstein estuviera por aquí, pero está muerto y ha sido incinerado.

—¿Incinerado?

—Eso es... No te habías enterado de eso. Instrucciones del viejo. Yo mismo me ocupé. Habrás oído hablar de piscinas privadas de agua caliente y fría... pero apostarí a que nunca has oído hablar de un hombre con su propio crematorio privado en el segundo piso del sótano.

Joe levantó las manos.

—Supongo que si puedes meterte la mano en el bolsillo y sacar dos mil millones de dólares de verdad, puedes tener lo que quieras. Y a propósito... ¿era eso legal?

—Como bien dices... si dispones de dos mil millones. En realidad, el médico forense del condado estaba presente y firmó los documentos. Y también estará allí cuando el viejo se marche... está todo en las instrucciones finales. ¡Eh!... Espera. No quiero arrojar ninguna sospecha sobre el médico forense. No estaba comprado. Hizo un examen muy competente del cuerpo de Epstein.

—Muy bien... Ya sabemos lo que hemos de esperar cuando llegue el momento. Lo que a ti te preocupa es después.

—Exacto. ¿Qué ha estado haciendo el viejo... y me refiero ahora al viejo de la corporación? ¿Qué ha estado haciendo durante los pasados diez años, desde que contrató a Wheeler? ¿Estaba haciendo algo diferente de lo que estuvo haciendo antes? Y esa diferencia, si es que existe, ¿hasta qué punto se debe más a Wheeler que al jefe? Eso es todo lo que tenemos para empezar, Joe, y, a partir de ahí, debemos extrapolar lo que Wheeler va a hacer con la mayor fuerza económica privada que este mundo haya conocido jamás.

—Hablemos de eso —dijo Joe, empezando a sonreír.

Karl Trilling conocía los signos, de modo que también empezó a sonreír un poco. Hablaron del asunto.

II

El crematorio, situado en el segundo piso del sótano, era

puramente funcional, como si todas las concesiones al sentimentalismo y al ritual se hubiesen hecho en alguna otra parte, o hubieran sido canceladas. Esto último describía con mayor exactitud lo que había sucedido cuando al final, un final muy largo, había muerto el viejo. Todo se hizo con precisión, de acuerdo con las instrucciones, inmediatamente después de que él estuviera certificadamente muerto y antes de que se hiciera ningún anuncio público... todo se hizo inmediatamente, incluyendo el momento en que la boca cuadrada del horno se abrió con un fuerte y sobrecogedor sonido metálico, escuchándose un estrépito de calor, una llamarada azul del tono que los viejos herreros llamaban color paja. El sencillo ataúd se deslizó rápidamente hacia el interior, con pequeñas llamas explotando en lo que eran sus esquinas, y la puerta se cerró de un golpe. Sólo hizo falta un momento para que los ojos se ajustaran a la estancia desnuda, a la plataforma vacía y engrasada, a la puerta cerrada. Se necesitó el mismo momento para que los acondicionadores se llevaran el repentino olor a pino chamuscado.

El médico forense se inclinó sobre la pequeña mesa y estampó su firma dos veces. Karl Trilling y Cleveland Wheeler hicieron lo propio. El médico rasgó las copias, las dobló y se las metió en el bolsillo. Miró hacia la puerta cuadrada de hierro, ahora cerrada, abrió la boca, la volvió a cerrar y se encogió de hombros. Extendió su mano.

—Buenas noches, doctor.

—Buenas noches, doctor. Rugosi está fuera... él le mostrará el camino para salir.

El médico forense le estrechó la mano a Cleveland Wheeler, en silencio, y se marchó.

—Sé perfectamente lo que está sintiendo —dijo Karl—. Habría que haber dicho algo. Algo memorable... el fin de una era. Algo así como: «Un pequeño paso para el hombre...»

Cleveland Wheeler sonrió con la brillante sonrisa del héroe universitario, quince años después... un poco menos amplia, un poco menos uniforme, bastante reflejada en los ojos. Después dijo, con la voz de mando que utilizaba dijera lo que dijese:

—Si cree usted estar citando las primeras palabras de un astronauta en la luna, está equivocado. Las primeras palabras que

pronunció las dijo desde la escalera, cuando movió su bota hacia abajo. Dijo: «Es una especie de material blando. Le puedo dar una patada». Eso siempre me ha gustado mucho más. Era real, no fue repetido, ni recordado, ni pensado y tenía que ver con ese momento y con el siguiente. El médico forense dijo buenas noches y usted le dijo que el chofer le estaba esperando fuera. Me gusta eso mucho más que cualquier otra cosa que nadie pudiera decir. Y creo que a él también le hubiera gustado —añadió Wheeler, haciendo un gesto apenas perceptible con una barbilla muy fuerte, ligeramente hendida, hacia la caliente puerta negra.

—Pero él no era exactamente humano.

—Eso es lo que dicen.

Wheeler medio sonrió, incluso al volverse, y Karl se sintió fuera de lugar, con la propia habitación que adquiría una importancia secundaria, y lo próximo que fuera a hacer Wheeler, y lo siguiente y lo que hiciera después convirtiéndose en algo mucho más real que el aquí y el ahora.

Karl se encargó de terminar rápidamente con aquello.

—Quiero decir exactamente lo que he dicho, Wheeler —dijo, con un tono uniforme.

No pudieron haber sido las palabras que, por sí mismas, podrían haber logrado otra semisonrisa y el olvido. Fue el tono de la voz, y quizás el «Wheeler». Existe un ritual para estas cosas. Para aquellos pocos que se encontraban a su mismo nivel y en el nivel inmediatamente inferior, él era Cleve. Más abajo, él era mister cuando alguien le dirigía la palabra, y Wheeler cuando alguien se refería a él a espaldas suyas. Ninguno de sus iguales le llamaría mister, a me nos que tuviera la intención de anunciar un insulto; del mismo modo, ninguno de sus iguales ni de sus subordinados inmediatos le llamarían Wheeler. Fuera cual fuese el componente, hizo que Cleveland Wheeler apartara la mano del pomo de la puerta y se volviera. La expresión de su rostro aparecía completamente alerta e interesada.

—Será mejor que me diga lo que quiere decir, doctor.

—Haré algo mejor que eso —dijo Karl—. Venga.

Sin ningún gesto, sugerencia o explicación, se dirigió hacia la parte posterior izquierda de la habitación, dejando que fuera el propio Wheeler quien decidiera si seguirle o no. Wheeler le siguió.

Una vez en la esquina, Karl se volvió hacia él.

—Si alguna vez le dice esto a alguien... incluso a mí mismo, a partir del momento en que abandonemos esta habitación, lo negaré. Si alguna vez vuelve a entrar aquí, no encontrará nada en lo que apoyar su historia.

Tomó una complicada hoja de diez centímetros de acero inoxidable, sacándola del cinturón, y la introdujo entre los grandes bloques de mampostería. Silenciosa, masivamente, la hilada de ladrillos de la esquina empezó a moverse hacia arriba. Mirándolos a la débil luz del estrecho pasillo que pusieron al descubierto, cualquiera podría haber comprendido que se trataba de bloques reales y que traspasarlos sin aquella llave y sin un conocimiento preciso de dónde colocarla, habría sido un proyecto de difícil ejecución.

Una vez más, Karl siguió su camino sin mirar a su alrededor, dejando que Wheeler decidiera por sí mismo el seguirle o no. Wheeler le siguió. Karl escuchó sus pasos tras él y se dio cuenta con placer y con algo parecido a la admiración de que cuando los pesados bloques descendieron ruidosamente, asentándose sólidamente tras ellos, Wheeler pudo haber mirado hacia atrás por encima del hombro, pero no se detuvo por ello.

—Se habrá dado cuenta de que nos encontramos a lo largo del horno —dijo Karl, como si se tratara de un conductor de autobús explicando una gira turística—. Y ahora estamos tras él.

Se hizo a un lado para que Wheeler pasara junto a él y viera la pequeña habitación.

Era lo bastante grande para contener la plataforma rodante que sobresalía de la parte posterior del horno, que disponía de un pequeño espacio para estar de pie a cada lado. En el extremo más alejado había una pequeña mesita, con un maletín negro sobre ella. Sobre la plataforma rodante se encontraba el ataúd, con las esquinas chamuscadas y con la parte superior y laterales húmedos y ligeramente humeantes.

—Siento haber tenido que cerrar la puerta de piedra de ese modo —dijo Karl con naturalidad—. No espero que venga nadie por aquí abajo, pero no desearía tener que explicar nada de esto a otras personas, excepto a usted.

Wheeler estaba mirando fijamente el ataúd. Parecía

perfectamente tranquilo, pero sólo era en apariencia. Karl se daba cuenta de lo que le estaba costando.

—Desearía que me lo explicara a mí —dijo Wheeler, y se echó a reír.

Fue la primera vez que Karl vio a aquel hombre haciendo mal una cosa.

—Lo haré. Lo estoy haciendo.

Abrió el maletín con un clic y lo dejó abierto y plano sobre la pequeña mesita. Hubo un brillo de cromo y acero y de pequeños frascos introducidos en diminutos bolsillos. La primera herramienta que sacó fue un destornillador.

—No hay necesidad alguna de utilizar tornillos cuando se les está quemando —dijo alegremente, y colocó una punta bajo una esquina de la tapa. Golpeó hábilmente el mango con el puño y la tapa quedó suelta con un ruido seco—. Levante esto contra la pared que está detrás de usted, ¿quiere?

En silencio, Cleveland Wheeler hizo lo que se le pedía. Eso proporcionó a sus músculos algo que hacer; le ofreció la oportunidad de apartar la cabeza por un momento; le dio la posibilidad de pensar... y también dio a Karl la oportunidad de echar un rápido vistazo a su firme actitud.

Es un «mensch», pensó Karl, realmente lo es...

Wheeler levantó la tapa limpia y cuidadosamente, y los dos permanecieron de pie, uno a cada lado, mirando hacia abajo, al interior del ataúd.

—Él... se hizo bastante más anciano —comentó Wheeler por fin.

—No le ha visto usted recientemente.

—Muy de vez en cuando —dijo el ejecutivo—. Me he pasado más tiempo en la misma habitación con él durante el pasado mes que durante los últimos ocho o nueve años. Sin embargo, en cada ocasión sólo era cuestión de minutos.

Karl Trilling asintió con un gesto de cabeza, comprensivamente.

—Ya he oído hablar de eso. Llamadas telefónicas, en cualquier momento del día o de la noche, y después aquellos largos silencios durante dos o tres días, sin llamar a nadie, sin permitir que nadie entrara...

—¿Me va usted a hablar de esa especie de estufa falsa?

—¿Estufa? ¡Horno! Y no es falso, en absoluto. Una vez que

hayamos terminado aquí, hará perfectamente su trabajo.

—Entonces, ¿a qué viene todo este teatro?

—Eso fue para el médico forense. Esos papeles que firmó están ahora en una especie de país de nunca jamás. Cuando deslicemos esto de nuevo en su lugar y encendamos el fuego, serán tan legales como él cree que son.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque hay ciertas cosas que debe usted saber.

Karl se inclinó sobre el ataúd y desplegó las manos nudosas. Se apartaron de mala gana y él las presionó hacia abajo, obligándolas a extenderse a ambos lados del cuerpo. Desabrochó la chaqueta y la apartó; desabrochó la camisa y abrió la cremallera de los pantalones. Una vez terminada esta tarea, levantó la vista y se encontró con la aguda mirada de Wheeler que se fijaba no en el cuerpo del viejo, sino en él.

—Tengo la sensación de no haberle visto a usted nunca antes de ahora —dijo Cleveland Wheeler.

Silenciosamente, Karl Trilling respondió: *Pero tú sabes lo que haces*. Y, Gracias, Joey. Tenías toda la razón. Joe había conocido la respuesta a aquella engorrosa pregunta. ¿Cómo debo actuar?

Habla simplemente tal y como habla él, había dicho Joe. Sé todo el tiempo tal y como es él...

Sé lo que es él. Un hombre sin ilusiones (no sirven para nada), y sin esperanza (¿quién la necesita?), que posee la costumbre del éxito. ¿Y quién puede decir que hace un día bonito de tal modo que todo el mundo que se encuentre alrededor sienta inmediatamente atraída su atención y diga: *Sí, SEÑOR?*

—Ha estado usted muy ocupado —respondió Karl secamente.

Se quitó la chaqueta, la plegó y la dejó sobre la mesa, junto al maletín. Se puso guantes de cirujano y rasgó la envoltura estéril de un escalpelo nuevo.

—Algunas personas gritan y se desmayan la primera vez que ven una disección.

Wheeler sonrió ligeramente.

—Yo ni grito ni me desmayo.

Pero a Karl Trilling no se le escapó observar que sólo entonces, en el último momento posible, vio Wheeler realmente el cuerpo del viejo. Cuando lo hizo, ni gritó ni se desmayó; lanzó un gruñido de

asombro.

—Pensé que esto le sorprendería —dijo Karl, con sencillez—. Sin embargo, y para el caso de que se lo esté preguntando, debo decirle que realmente era un hombre. La especie parece ser ovípara. Mamífero también, pero tiene que ser ovípara. Desde luego, me gustaría mucho echarle un vistazo a una hembra. Eso no es una vagina. Es una cloaca.

—Hasta el momento —dijo Wheeler con voz hipnotizada—, pensé que esa observación suya sobre que «no era humano» sólo era una forma de hablar.

—No, usted no lo pensó —dijo Karl con sequedad.

Dejando que las palabras quedaran suspendidas en el aire, como hacen las palabras cuando un interlocutor tiene el talento de aislarlas con cuñas de silencio, hizo hábilmente una incisión en el cuerpo, desde el esternón hasta la sínfisis púbica. Éste era siempre el momento más difícil para quien lo veía hacer por primera vez. Resulta duro no percibir visceralmente que el cadáver no siente nada y no protestará de nada. Pendiente de Wheeler, Karl buscó en él un grito sofocado o un estremecimiento. Pero Wheeler se limitó a contener la respiración.

—Podríamos pasarnos horas... supongo que semanas explicando los detalles —dijo Karl, haciendo con habilidad una incisión transversal en el área ensiforme, casi alrededor del trapezoide, a cada lado—, pero esto era lo que quería que viese.

Cogiendo la carne en la juntura de la cruz que había cortado, en el lado izquierdo, estiró hacia arriba y a la izquierda. Las capas cutáneas se separaron con facilidad, con la grasa bajo ellas. No eran de color rosado, sino que tenían un tono lavanda blancuzco. Entonces, aparecieron a la vista la estrías musculares situadas sobre las costillas.

—Si hubiera palpado usted el pecho del viejo —dijo, indicando hacia la parte derecha— habría notado lo que parecían costillas humanas normales. Pero mire esto.

Con unos pocos golpes hábiles separó las fibras musculares del hueso en una zona intercostal de unos diez centímetros cuadrados, y raspó. Surgió una costilla y, a medida que fue ampliando la zona y raspando entre ésta y la siguiente, quedó claro que las costillas estaban unidas por una delgada capa flexible de hueso o quitina.

—Es como las barbas de ballena... hueso de ballena —dijo Karl
—. ¿Ve esto?
Seccionó una pieza y la flexionó.
—¡Dios mío!

III

—Ahora, mire esto.

Karl tomó unas tijeras quirúrgicas del maletín, cortando a través del esternón hacia la derecha y arriba, en dirección a la clavícula y después a través del margen inferior de las costillas. Deslizándolo después los dedos bajo ellas, tiró hacia arriba. Todo el costillar se abrió como una puerta, con un chasquido apagado, dejando al descubierto el pulmón.

El pulmón no era rosado, ni tampoco tenía el color negro amarronado de un fumador, sino que era amarillo... con ese amarillo brillante y claro del sulfuro puro.

—Su metabolismo es fantástico —explicó Karl, enderezándose por fin y estirándose para aliviar la tensión de sus hombros—. O lo era. Vivía del oxígeno, lo mismo que nosotros, pero él lo descomponía principalmente del óxido de carbono, del bióxido y trióxido de sulfuro, y del anhídrido carbónico. No quiero decir que pudiera... quiero decir que tuvo que hacerlo. Cuando se vio obligado a respirar lo que nosotros llamamos aire puro, sólo podía hacerlo durante algún tiempo y después tenía que ocultarse y hacer unas pocas inhalaciones de su propia atmósfera. Mientras fue joven pudo soportarlo durante horas seguidas, pero a medida que fueron pasando los años, tuvo que pasarse cada vez más tiempo en la atmósfera espesa que él podía respirar. Aquellas largas desapariciones suyas y aquella reclusión... no eran tan maniáticas como la gente suponía.

Wheeler hizo un gesto hacia el cuerpo.

—Pero... ¿qué es él? ¿De dónde...?

—No se lo puedo decir. A excepción de una buena cantidad de detalles médicos y bioquímicos, ahora sabe usted tanto como yo. Llegó, de algún modo, procedente de alguna parte. Llegó, vio y empezó a moverse. Mire esto.

Abrió la otra parte del pecho y entonces desgarró el esternón hacia arriba, apartándolo. Señaló. El tejido del pulmón no estaba dividido en dos partes iguales, sino que se extendía a través de la línea media.

—Un solo pulmón, a través de todo el pecho, aunque posee estos dos lóbulos. Tanto los riñones como las gónadas muestran la misma fusión derecha-izquierda.

—Le aseguro que le creo —dijo Wheeler con la voz un poco ronca—. ¡Maldita sea! ¿Qué es entonces?

—Un bípedo sin plumas, como Platón describió en cierta ocasión al Homo sapiens. No sé qué es. Únicamente sé que es... y pensé que debía usted saberlo. Eso es todo.

—Pero usted ha visto a otro antes. Eso es evidente.

—Claro. A Epstein.

—¿Epstein?

—Claro. El viejo tenía que disponer de un intermediario... alguien que pudiera pasar sin sospecha algunas horas con él y horas fuera. El viejo podía hacer muchas cosas por medio del teléfono, pero no todo. Se puede decir que Epstein era una especie de mano derecha, que podía contener la respiración un poco más que él. Sin embargo, eso le afectó al final y murió por su causa.

—¿Por qué no dijo usted algo antes de ahora?

—En primer lugar, porque valoro mi propia piel. Podría decir mi reputación, pero piel es la palabra justa. Firmé un contrato como su médico personal porque él necesitaba a un médico personal... era otra forma de camuflaje. Pero yo hacía un precioso y pequeño trabajo de doctor, excepto que a través del teléfono y, según me di cuenta hace poco, las nueve décimas partes de lo que hacía era pura diversión. Pero supongo que hasta un médico es una persona en quien se puede confiar. Uno o el otro me llamaban y me daban una serie de síntomas y yo, muy prudentemente, sugería y prescribía. Después, recibía otra llamada en la que se me decía que el paciente estaba mejorando, y eso era todo. Hasta recibí pruebas... sangre, orina, deposiciones, y hacía mis estudios sobre ellas, y nunca me di

cuenta de que eran de la misma fuente que el médico forense examinó y por la que firmó.

—¿Qué quiere decir con eso de la misma fuente?

Karl se encogió de hombros.

—Él podía conseguir todo lo que deseaba... cualquier cosa.

—Entonces... ¿lo que el médico forense examinó no era...? —y movió una mano, señalando hacia el ataúd.

—Pues claro que no. Ésa es la razón por la que el crematorio tiene una puerta trasera. Existe un sutil y pequeño truco de bolsillo que se puede comprar por cincuenta centavos y que opera del mismo modo. Este cuerpo estuvo dentro del horno. El compañero —un semejante que vino de Dios sabe dónde; le juro que no lo sé—, estaba allí fuera, esperando al médico forense. Cuando se apretó el botón, se inició el fuego y ese otro ataúd se deslizó hacia el interior, empujando a éste hacia el exterior, empapándolo al mismo tiempo con agua a medida que iba pasando. Mientras hemos estado aquí, el cuerpo humano se ha convertido en cenizas. Mis instrucciones personales, privadas y secretas, tanto para Epstein como para el jefe, eran esperar hasta estar seguro de encontrarme solo, venir después aquí al cabo de una hora y apretar el segundo botón, que hará deslizar este ataúd de regreso al fuego. No debía hacer ninguna clase de investigaciones, ni hacer preguntas, ni redactar informes. Parecía todo muy lógico, pero no era razonable, como tantas otras de sus órdenes —se echó a reír repentinamente—. ¿Sabe usted por qué el viejo, y también Epstein, si es que no se dio usted cuenta, nunca estrechaban la mano a nadie?

—Supongo que era porque tenía una obsesión con los gérmenes.

—Era porque la temperatura normal de su cuerpo alcanzaba los cuarenta y un grados y medio.

Wheeler se tocó una de sus manos con la otra y no dijo nada.

Cuando Karl tuvo la impresión de que la cuña de silencio era ya lo bastante espesa, preguntó a la ligera:

—Y bien, jefe, ¿hacia dónde vamos, a partir de aquí?

Cleveland Wheeler se apartó del cuerpo, volviéndose lentamente hacia Karl, como si apartara su mente de algo con un esfuerzo.

—¿Qué me ha llamado usted?

—Es una forma de hablar —dijo Karl, y sonrió—. En realidad, yo estoy trabajando para la compañía... y eso es usted. Estoy

cumpliendo órdenes, que habrán sido final y completamente realizadas cuando apriete ese botón... No tengo ninguna otra orden. Así que todo depende de usted.

Los ojos de Cleveland Wheeler volvieron a dirigirse hacia el cuerpo.

—¿Se refiere a él? ¿A esto? ¿A lo que debemos hacer?

—A eso, sí. O bien lo quemamos, y nos olvidamos... o convocamos una reunión de directores generales y a un grupo de científicos. O bien aterrorizamos a todo el mundo en la Tierra llamando a los periódicos. Ciertamente eso se ha de decidir, pero yo estaba pensando en algo mucho más amplio que eso.

—¿Como por ejemplo...?

Karl hizo un gesto hacia la caja, con la cabeza.

—Me preguntaba qué estaba haciendo él aquí. ¿Qué ha hecho? ¿Qué estaba intentando hacer?

—Será mejor que continúe hablando —dijo Wheeler y por primera vez dijo algo de un modo que sugería falta de confianza en sí mismo—. Ha tenido usted algún tiempo para pensar en todo esto. Yo... —y con una actitud casi impotente, extendió las manos.

—Comprendo eso —dijo Karl con suavidad—. Hasta ahora he estado actuando como un conferenciante, y lo sé. No voy a importunarle con personalismos, excepto para decirle que ha absorbido usted todo esto con menos temblor de rodillas que cualquier otra persona en el mundo que pueda recordar.

—De acuerdo. Bien, existe una técnica muy simple que se aprende en álgebra elemental. Está relacionada con la construcción de gráficas. Se sitúa un punto en la gráfica allí donde lo sitúa la información conocida. Se logra más información y se coloca otro punto y después un tercero. Con sólo tres puntos —desde luego, cuantos más mejor, pero se puede hacer con tres—, se les puede conectar y establecer una curva. Esa curva posee ciertas características y es justo extender la curva un poco más con la suposición de que será confirmada por la información que se obtenga posteriormente.

—Extrapolación.

—Extrapolación. Eje X, la fortuna de nuestro último jefe. Eje Y, tiempo. La curva es su fortuna... que es como decir su influencia.

—Una gráfica bastante alta.

—Durante más de treinta años.

—Sigue siendo bastante alta.

—Muy bien —dijo Karl—. Ahora, y sobre esos mismos treinta años, otra curva: cambio en el medio ambiente —extendió una mano hacia arriba—. No le voy a leer ningún tratado sobre ecología. Seamos más objetivos que eso. Digamos simplemente cambios. Muy bien: un aumento mensurable en la temperatura media debido al CO₂ y al «efecto invernadero». Trace la curva. Incidencia de los metales pesados, mercurio y litio, en el tejido orgánico. Trace una curva. Del mismo modo: hidratos de carbono clorados, hipertrofia de las algas debido a los fosfatos, incidencia de coronarias... Muy bien, superpongamos todas esas curvas en el mismo gráfico.

—Ya sé adónde va usted a parar. Pero debe tener mucho cuidado con esa clase de juego estadístico. Del mismo modo, el aumento de accidentes de tráfico coincide con el aumento en la utilización de botes de aluminio y de pañales de plástico para los bebés.

—Correcto. No creo estar cayendo en esa trampa. Sólo deseo hallar contestaciones razonables a un par de situaciones que, de otro modo, serían irracionales. Una es ésta: si los cambios que se están produciendo en nuestro planeta son el resultado del simple descuido —siendo ésta una cosa más o menos casual—, entonces, ¿cómo es que nadie se preocupa de forma que beneficie al medio ambiente? Vale la pena pensarlo. Prometí que no habría lecciones de ecología. Repito la cuestión: ¿cómo es que todo ese descuido produce un cambio y no una conservación?

»Siguiente cuestión; ¿cuál es la dirección que lleva ese cambio? Habrá leído usted escritos especulativos sobre «terraformación» —alteración de otros planetas para convertirlos en habitables para los seres humanos—. Suponga que se ha hecho un esfuerzo para cambiar este planeta con objeto de adaptarlo a otros seres. Suponga que desearan más agua y estuvieran dispuestos a fundir los casquetes polares mediante el «efecto invernadero»; aumentar los óxidos de sulfuro; eliminar ciertas formas marinas, desde el plancton a las ballenas; reducir la población mediante aumentos de cáncer de pulmón, enfisemas, ataques cardíacos e incluso la guerra.

Los dos hombres se encontraron mirando hacia el rostro inerte

del ataúd. Karl dijo con suavidad:

—Considere los negocios en que estaba metido... industria petroquímica, combustibles fósiles, procesado de alimentos, publicidad, todas aquellas cosas que producen los cambios o ayudan a quienes los producen...

—No le estará echando a él la culpa de todo eso, ¿verdad?

—Desde luego que no. Él encontró millones de voluntariosos ayudantes.

—No pensará que trataba de cambiar todo un planeta sólo para sentirse cómodo en él, ¿verdad?

—No, no lo creo... y ésta es precisamente la cuestión central que debo señalar. No sé si hay por ahí otros como él y Epstein, pero puedo suponer lo siguiente: si los cambios que se están produciendo ahora se mantienen, y se aceleran, entonces seguro que podemos esperar la llegada de ellos.

—En tal caso, ¿qué le gustaría hacer? —preguntó Wheeler—. ¿Movilizar al mundo contra el invasor?

—Nada de eso. Creo que trataría de invertir los cambios de un modo lento y tranquilo. Si este planeta es normalmente inadecuado para ellos, entonces lo mantendría así. No creo que tuvieran que ser rechazados. Creo que, simplemente, no vendrían.

—O quizá lo trataran de alguna otra forma.

—No lo creo —dijo Karl—, porque ya lo han tratado de este modo. Si pensaran poder hacerlo con flotas de naves espaciales y cañones super-zap, lo estarían haciendo ya. No... ésta es su forma de hacer las cosas y, si no funciona, pueden intentarlo en algún otro sitio.

Wheeler empezó a estirarse pensativamente del labio. Karl dijo con suavidad:

—Todo lo que se necesitaría sería alguien que supiera lo que estaba haciendo, con suficiente capacidad de mando y que tuviera la habilidad de hacerlo pagar. Hasta puede que ellos organicen la vida de un hombre... para conseguir la clase de hombre que necesitan.

Y antes de que Wheeler pudiera contestar, Karl levantó su escalpelo.

—Quisiera que hiciese usted algo por mí —pidió en tono penetrante, con un nuevo tono de mando, que era el propio tono de

Wheeler—. Quiero que lo haga porque yo lo he hecho y que me condenen si deseo ser el único hombre en el mundo que lo ha hecho.

Inclinándose sobre la cabeza del ataúd, hizo una incisión a lo largo de la línea del cabello de una sien a otra. Después, apoyando los codos contra el borde de la caja y afirmando una mano con ayuda de la otra, introdujo el escalpelo directamente en el centro de la frente y después hacia abajo, en dirección a la nariz, partiéndola exactamente en dos partes. Continuó hacia abajo, a través del labio superior, después del inferior rodeando el punto de la barbilla y bajándolo hacia el cuello. Después, se incorporó.

—Ponga las manos en sus mejillas —ordenó.

Wheeler frunció brevemente el ceño (¿cuánto tiempo hacía que nadie le había hablado de aquella manera?), dudó y a continuación hizo lo que se le decía.

—Ahora, apriete las manos hacia abajo.

La incisión se amplió ligeramente bajo la presión y entonces, abruptamente, la carne cedió y toda la piel del rostro se desprendió. La inesperada falta de resistencia hizo que las manos de Wheeler fueran a parar al fondo del ataúd y se encontró cara a cara, a pocos centímetros de distancia, con el cuerpo.

Al igual que los pulmones y los riñones, los ojos —¿ojos?— pasaron al medio, muy ligeramente reducidos en el centro.

La pupila era ovalada con su eje alargado transversal. La piel era de un color lavanda pálido, con vasos amarillos y en el lugar de la nariz había un agujero de franjas fibrosas. La boca era circular; los dientes no estaban situados exactamente en forma radial; había muy poca barbilla. Sin moverse, Wheeler cerró los ojos, los mantuvo así durante un segundo o dos y después, valientemente, los volvió a abrir.

Karl se apresuró a rodear el extremo del ataúd y pasó un brazo alrededor del pecho de Wheeler. Éste se dejó caer pesadamente sobre él, por un momento, y a continuación se incorporó rápidamente, apartando el brazo.

—No tenía por qué haber hecho eso.

—Sí, creo que tenía que hacerlo —dijo Karl—. ¿Acaso habría querido ser usted la única persona en el mundo que hubiese pasado por una cosa así sin tener a nadie a quien poder contárselo?

Y después de todo, Wheeler fue capaz de reír.

Una vez que hubo terminado, Karl dijo:

—Alcánceme esta tapa.

Muy obedientemente, Cleveland Wheeler acercó la tapa del ataúd y la colocaron entre los dos.

—Apriete ese botón.

Karl apretó el botón y ambos observaron cómo el ataúd se deslizaba hacia el cuadrado de llamas. Después, se marcharon.

Joe Trilling tenía una forma divertida de ganarse la vida. Era una buena forma de vida aunque, desde luego, no ganaba tanto como podía haberlo hecho en la ciudad. En compensación, vivía en las montañas, a poco menos de un kilómetro de un pueblecito pintoresco, entre el aire sano, y los bosques de pinos y abedules, junto con grandes cantidades de laurel silvestre, y él era su propio jefe. No existía mucha competencia en lo que hacía.

Lo que él hacía era fabricar simulacros de especímenes médicos, la mayoría de ellos para las fuerzas armadas, aunque tenía numerosos pedidos de las escuelas médicas, productoras de cine y algún que otro individuo ocasional, a quien no hacía preguntas. Podía hacer un modelo de cualquier cosa en el interior, fijándolo o penetrando un cuerpo o cualquier parte de él. Podía hacer modelos para que fuesen observados, o sentidos, oídos y palpados. Podía proporcionar gangrena que olía mal, o tiroides húmedas, con verdadera humedad. Podía fabricar un modelo único, o bien hacerlo en cadena. Para decirlo en pocas palabras: el doctor Joe Trilling era el mejor en lo que hacía.

—El golpe —le dijo Karl (en circunstancias mucho más relajadas que las anteriores; ahora de día, ante unas cervezas)— el verdadero golpe fue el momento del rostro. ¡Dios, Joe! ¡Ése sí que fue un hermoso trabajo!

—Sólo cosas de aquí y de allá. La parte más hermosa fue tu idea... que le pusiera las manos encima.

—¿Qué quieres decir?

—He estado pensando en eso —dijo Joe—. No creo que ni tú mismo té dieras cuenta de lo brillante que era ese golpe. Está muy bien el haber montado un espectáculo para ese tipo, pero haber conseguido que pusiera las manos, así como los ojos y el cerebro en ello... ése fue un golpe maestro, digno de un genio. Es como...

bueno, recuerdo cuando era niño y regresaba a casa procedente de la escuela y puse la mano sobre la barandilla de una cerca y alguien había escupido en ella —expuso la mano y la sacudió—. A pesar de todos los años pasados, aún puedo recordar lo que sentí. No lo he podido borrar de mi memoria durante todos estos años y ni siquiera todos esos lavados han podido borrarlo. Es algo más que una cuestión cerebral o psíquica, Karl... es algo más que el recuerdo de un episodio. Creo que existe una especie de mecanismo de recuerdo en las propias células, especialmente en las manos, que puede ser invocado. Lo que intento decir es que, independientemente del tiempo que pueda vivir, Cleve Wheeler va a sentir siempre esa piel deslizándose bajo las palmas de sus manos, y eso le va a situar frente a frente con aquel rostro. No, tú eres el genio, no yo.

—¡Bah! Tú sabías lo que estabas haciendo. Yo no —aseguró Karl.

—¡Un cuerno que no lo sabías!

Joe se reclinó muy hacia atrás en su tumbona de jardín, hasta ese punto podía elevar su cerveza y mirar hacia el sol a través de ella, desde abajo. Observando al mismo tiempo las burbujas en una perspectiva nebulosa (porque se hinchan a medida que suben), murmuró:

—¿Karl?

—¿Sí?

—¿Has oído hablar alguna vez de la navaja de Occam?

—Mmm... Hace ya mucho tiempo. Es un principio filosófico. O lógico, o algo así. Veamos... Dado un efecto y una elección de posibles causas, la causa más simple siempre es la que, con mayor probabilidad, será verdad. ¿Es eso?

—No demasiado exacto, pero lo bastante cerca —dijo Joe Trilling, perezosamente—. Mmm... Tú eras quien solía proclamar que la lógica es autosuficiente y que no es necesario que tenga nada que ver con la verdad.

—Y sigo proclamándolo.

—Muy bien. Tú y yo sabemos que la codicia y el descuido humano se bastan por sí mismos para destruir este planeta. Pero nosotros no pensamos que eso fuera suficiente para las personas como Cleve Wheeler, que son las que realmente pueden hacer algo al respecto, así que le construimos un extraterrestre que respiraba

una atmósfera sucia y densa. Quiero decir que él no habría hecho nada por salvar el mundo de haber tenido únicamente nuestras razones, así es que le proporcionamos una emprendedora razón propia. Sacada exclusivamente de nuestras cabezas.

—Dictada por todos los factores de que disponíamos. Sí. ¿Adónde vas a parar, Joe?

—¡Oh!... Sólo quiero decir que nuestro complicado truco es en el fondo bien simple, en el sentido de que lo redujo todo a una sola causa. La navaja de Occam trocea las cosas hasta dejar únicamente las causas más simples. Las causas aisladas, por sí solas, tienen una mayor oportunidad de ser correctas.

Karl dejó su jarra de cerveza con un golpe.

—Nunca había pensado en eso. He estado demasiado ocupado para pensar en eso. *Supón que tuviéramos razón.*

Se miraron el uno al otro, temblando.

Finalmente, Karl preguntó:

—¿Qué buscamos ahora, Joe... naves espaciales?

EN LAS GARRAS DE LA ENTROPÍA

Robert Silverberg

No creo que Bob Silverberg haya escrito alguna vez una novela corta mejor que ésta: una historia sutil, fluida, fascinante y compleja sobre un hombre que trata de recoger los trozos de su vida destrozada... descubriendo que sólo se trata de trozos. Todo depende de cómo se los disponga.

Chasquidos de electricidad estática procedentes de la blanda y dorada nube de los altavoces aéreos que derivan casi pegados al techo de la cabina del crucero espacial. Un silbido: los filtros de comunicación se están abriendo. Inmediatamente seguirá un anuncio del puente, no hay la menor duda. Luego, la voz neutra y mecánica del capitán:

—Nos acercamos al Canal de Panamá. Todos los pasajeros deben regresar a sus botellas hasta el anuncio de seguridad. Cuando surjamos al otro lado viajaremos a ochenta luces hacia la estación propulsora de tránsito de Perseo. Gracias.

En la cabina de John Skein se enciende una luz de aviso, bañándole con su luz roja, amarilla, verde, deslizándose a lo largo del espectro visible y lanzándole también algunos infra..., y también algunos ultra. No todos los pasajeros inscritos a bordo del crucero poseen equipo de sensibilización humana. La señal no se detendrá hasta que Skein se halle seguro dentro de su botella. Vamos, le dice la luz, entra, entra. Nos acercamos al Canal de

Panamá.

Se levanta dócilmente y atraviesa la pequeña cabina para dirigirse al contenedor de acero mate en forma de botella, de dos metros y medio de alto, que le protegerá de la tensión dimensional provocada por el paso a través del canal. Es un hombre alto, de rostro anguloso, labios finos, mentón desafiador, cabellos negros y lacios aplastados contra un cráneo abombado. Su piel es bronceada, pero sus ojos son los de un hombre para quien es invierno desde hace mucho. Se halla en el año cincuenta de su segundo ciclo. Viaja solo en dirección a un mundo del sistema de Abbondanza, quizá la última etapa de un viaje que le ha llevado varios años.

La botella se abre girando sobre sus lujosos goznes plaqueados en rodio cuando sus detectores, identificando la masa de Skein y su radiación térmica, le señalan que su protegido se halla en la zona de entrada. Penetra en ella. Se cierra herméticamente sobre él, envolviéndole en un campo magnético perfectamente estanco.

—Siéntese, por favor —le dice la botella con voz suave—. Sitúe sus brazos en las anillas de estasis y sus pies en las bandas de seguridad. Cuando haya hecho esto, los campos de fuerza se activarán automáticamente y quedará al abrigo de cualquier peligro durante el período de turbulencia que se va a producir. —Skein, que está habituado a los viajes hiperlumínicos, se ha adelantado a las instrucciones y se encuentra ya en estasis—. ¿Desea usted música? —pregunta la botella—. ¿Un libro? ¿Una bobina audiovisual? ¿Conversación?

—Nada, gracias —responde Skein. Y aguarda.

Ahora soporta muy bien la espera. Antes era un hombre impaciente, pero esta etapa de su vida es muy frágil, y le ha enseñado el arte de la resignación estoica. Permanecerá sentado allá con el aire contemplativo de un Buda hasta que la nave haya salido del canal. Silencioso, solitario, autosuficiente. Si esta vez tan sólo no hubiera fugas. O al menos, negocia con sus demonios particulares los términos de su tortura, al menos no hubiera saltos al futuro. Si debe ser arrancado de nuevo de la matriz del tiempo, prefiere ser arrojado a su pasado, nunca a su futuro.

—Estamos casi en el canal —le dice la botella con su agradable tono.

—Está bien. No hace falta que te preocupes por mí. Avísame

simplemente cuando pueda salir de aquí sin peligro.

Cierra los ojos. Intentando imaginar la nave: una frágil y brillante aguja púrpura penetrando en las tinieblas cada vez más densas, sumergiéndose en el torbellino celeste que se abre justo ante ella, el maelstrom de fuerzas que se entrechocan, la fuerza de tensores contravariantes. El llamado Canal de Panamá a través del cual va a precipitarse dentro de poco el crucero, adquiriendo durante su paso un impulso tal extra que se arrancará del espacio normal de cuatro dimensiones; emergerá, al otro lado del canal, en una bolsa del Universo extraña y tranquila, donde la velocidad de la luz es el límite inferior, y nadie sabe cuál es el límite superior.

La alarma resuena fuertemente en el corredor: clang, clang, clang. Empieza la dislocación. Skein está tenso. ¿A qué se debe parecer, fuera? ¿Pliegues de negro y reluciente terciopelo, manchas de velludo continuo desgarrado enrollándose en torno a la nave? ¿Inmensos relámpagos golpeando el casco? ¿Sarcásticos centauros galopando en los distorsionados cielos? ¿Máscaras de frustración, inmóviles en trágicas muecas, derivando entre las nebulosas estrellas? ¿Bandas de color anaranjado, verde, púrpura, arco iris enfermos, blandos, retorcidos? Estamos penetrando. *Clang, clang, clang.* Una nueva fase del viaje se está iniciando ahora. Piensa en su destino, intentando mantener una imagen firmemente grabada en su mente. Una imagen nítida, aunque se trata de un mundo que no ha visitado más que en sus cortos períodos de fugas temporales. Pero muy a menudo, demasiado a menudo en aquellos momentos de desorientación temporal. Los colores se hallan alterados en aquel mundo. Arena púrpura. Árboles de hojas azules. ¿Exceso de manganeso? ¿Falta de cobre? Le perdonará sus colores si le proporciona una respuesta a su pregunta. Inmediatamente, Skein siente la fuerte pulsación familiar en la base del cuello, como si la parte superior de su columna vertebral se hinchara como un balón. Maldice. Intenta resistir. Tal como temía, ni siquiera la botella puede protegerlo enteramente de tales tensiones. En el exterior de la nave el Universo se desgarra, y algunos de sus jirones penetran en el interior y lo lanzan hacia una epilepsia particular de las líneas temporales. El espacio-tiempo se abre para él. Va a entrar en fuga. Se retuerce, intentando resistir, sabiendo que es inútil. Las corrientes del tiempo lo azotan, lo envían rodando un poco más

lejos en el futuro, luego a la misma distancia en el pasado, como si no fuera más que el escupitajo de un insecto pegado a una caña seca. Ya no puede resistir por más tiempo. Que no sea al futuro, suplica. Que no sea un salto al futuro. Y se abandona. Y se rompe. Y sus fragmentos se esparcen por el tiempo.

Por supuesto, si X llega antes que Y permanecerá eternamente delante de Y, y nada en el desarrollo del tiempo podrá cambiar esto. Pero la peculiar posición del «ahora» no puede ser expresada fácilmente más que por el hecho que nuestro lenguaje posee tiempos. El futuro será, el presente es, el pasado era; la luz será roja, ahora es amarilla, y antes era verde. Pero con esos términos, ¿describimos realmente el carácter cronológico del tiempo? A veces decimos que un acontecimiento es futuro, luego que es presente, y finalmente que es pasado; y de este modo parecemos no utilizar los tiempos de la conjugación, y sin embargo estamos describiendo un desarrollo temporal. Pero éste no es en absoluto el caso; ya que no hemos hecho más que traducir nuestros tiempos por las palabras «luego» y «finalmente», y por el orden en que hemos situado nuestras proposiciones. Si omitiéramos esas palabras, o sus equivalentes, y transpusiéramos nuestras proposiciones, nuestras frases ya no serían comprensibles. Decir que el futuro, el presente y el pasado son, en un sentido dado, es esquivar el problema del tiempo recurriendo al lenguaje de la lógica y de las matemáticas, que no tienen tiempos de conjugación. En un lenguaje tal atemporal, sería sensato decir que Sócrates es mortal porque todos los hombres son mortales y Sócrates es un hombre, aunque haga muchos siglos que Sócrates está muerto. Pero si no podemos describir el tiempo ni por un lenguaje conteniendo formas verbales con valor temporal, ni por un lenguaje que no las contenga, ¿cómo podremos entonces simbolizarlo?

Es consciente del curioso desdoblamiento de su mente, tiene la sensación de haber venido ya aquí, y se da cuenta que se trata de un salto atrás. Siente un cierto alivio. Es pasajero a bordo de su propio cráneo, observando por los ojos de John Skein un acontecimiento que ya ha vivido y que es impotente de cambiar.

Su despacho. Todo su dorado esplendor. Un domo de cristal en la cúspide de la Torre Kenyatta. Cuando los amplificadores se hallan en funcionamiento, puede ver en una dirección hasta Serengeti, hasta Mombasa en la otra. Contar las moscas en un elefante en

Tsavo Park. Una pared de luz en el lado este-sudeste del domo, conteniendo sus unidades de acceso de datos. Nadie puede mirar aquella pared durante más de treinta segundos sin sufrir un fuerte exceso de información. Excepto Skein: extrae de allí su alimento, hora tras hora.

Mientras se desliza en la mente de aquel Skein más joven, siente una cierta alegría a la vista de su despacho, como Eneas alegrándose al tener una visión de Troya antes de su caída, como Adán girándose hacia el Edén. Es hermoso. Ese gran escritorio liso con sus delicados componentes enteramente a su servicio. La mullida alfombra psicosensitiva, tan útil y tan bella. La escultura móvil de bandas ondulantes, deslizándose fuera y dentro del domo, exponiendo a cada desplazamiento molecular las más recientes de sus posibles estructuras, cuyo número es ilimitado. Un despacho de hombre rico; siempre ha sido intransigente en la persecución de la elegancia. Ha ganado el derecho al lujo por medio de una inteligente utilización de sus talentos innatos. Girándose ahora en aquel maravilloso domo perdido para siempre, capta ávidamente aquel instante de satisfacción, sabiendo que muy pronto volverá a reproducirse ante él una amarga escena, una de las escenas de la aplastante oscuridad de su vida. ¿Pero cuál?

—Haga entrar a Coustakis —se oye decir, y sus palabras le dan la respuesta. Aquella escena. Va a revivir su propia destrucción. Sin duda no hay ninguna necesidad de someterle a esa repetición. La ha sufrido al menos siete veces; ya no más. Es una espiral de tormento infinito.

Coustakis es calvo, tiene ojos azules, una nariz ganchuda, la mirada desesperada de un hombre que se acerca al final de su primer ciclo y que no está aún seguro que se le vaya a conceder un segundo. Skein piensa que debe tener unos setenta años. El hombre es desagradable: viste sin elegancia, avanza a pasitos bruscos y agresivos, y muestra en cada gesto y cada mirada que hierve de celos a la vista de la opulencia que rodea a Skein. Skein no siente ninguna necesidad de apreciar a sus clientes, de todos modos. Tan sólo de respetarlos. Y Coustakis es un hombre brillante; hay que respetarlo.

—Mi equipo, incluso yo personalmente, hemos estudiado muy atentamente su proposición —dice Skein—. Es un plan muy audaz.

—¿Están dispuestos a ayudarme?

—Corro grandes riesgos —hace notar Skein—. Nissenson tiene una personalidad muy fuerte. Y usted también. Podría resultar afectado. El concepto mismo de la sinergia implica un riesgo para el Coordinador. Mis tarifas están calculadas en consecuencia.

—Todos sabemos que un Coordinador cuesta caro —gruñe Coustakis.

—Yo no soy caro. Pero pienso que usted puede satisfacerme. La cuestión es saber si yo podré a mi vez satisfacerle a usted.

—Es usted críptico, señor Skein. Como todos los oráculos.

—Temo no ser un oráculo —sonríe Skein—. Apenas un elemento conductor a través del cual se realizan contactos. No puedo prever el futuro.

—Puede usted evaluar las posibilidades.

—Tan sólo en lo que a mi concierne. Y puedo llegar a evaluaciones equivocadas.

Coustakis se agita.

—Entonces, ¿van a ayudarme?

—Mi tarifa —dijo Skein— es medio millón ahora, y un quince por ciento en la sociedad que vaya a fundar usted gracias a los contactos que le proporcionaré.

Coustakis se muerde el labio inferior.

—¿Tanto como eso?

—Tenga en cuenta que voy a tener que repartirlo con Nissenson. Los consultantes como él son muy caros.

—Ya lo veo. Un diez por ciento.

—Le ruego me disculpe, señor Coustakis. Creía realmente que habíamos superado la etapa de las negociaciones en esta transacción. Tengo un día muy atareado, de modo que...

Skein desliza una mano por encima de un rectángulo negro encastrado en su escritorio, y una parte del suelo se abre silenciosamente, revelando el acceso al ascensor. Hace un gesto en aquella dirección. La alfombra revela los colores de los pensamientos de Coustakis: el negro de la cólera, el verde de la ambición, el rojo de la inquietud, el amarillo del miedo, el azul de la tentación, todos ellos mezclados en un cambiante dibujo que traiciona los cálculos que se están efectuando en su cerebro. Coustakis va a aceptar. Sin embargo, Skein permanece de pie,

mostrándole la puerta, haciendo ademán de acompañar a su visitante.

—¡Está bien! —estalla Coustakis—. ¡Un quince por ciento!

Skein ordena a su escritorio que eyecte un cubo contrato.

—Coloque su mano aquí, por favor —le dice a Coustakis, y en el momento en que éste toca el cubo aprieta su propia palma contra la cara opuesta. Inmediatamente, la superficie lisa y cristalina del cubo se oscurece y se vuelve rugosa, bombardeada por la doble emisión sensitiva.

—Repita detrás de mí —dice Skein—. Yo, Nicholas Coustakis, cuya huella manual y cuya estructura vibratoria quedan impresas en este contrato al mismo tiempo que hablo...

—Yo, Nicholas Coustakis, cuya huella manual y cuya estructura vibratoria quedan impresas en este contrato al mismo tiempo que hablo...

—... hago cesión, conscientemente y de buen grado a la Sociedad John Skein, en pago de los servicios profesionales que por la misma me serán prestados, de una participación en la Empresa de Transportes Coustakis o cualquier otra empresa que la suceda...

—...hago cesión, conscientemente y de buen grado...

Siguen hablando, uno detrás del otro, dando una descripción de la Empresa Coustakis y de la naturaleza irrevocable de la participación de Skein en esta sociedad. Luego Skein archiva el cubo contrato y dice:

—Si telefonea a su banco y hace la transferencia de la suma estipulada en nuestra transacción, estableceré contacto con Nissenson y podremos empezar.

—¿Medio millón?

—Medio millón.

—Usted sabe que no tengo tanto dinero en el banco.

—No perdamos el tiempo, señor Coustakis. Posee usted bienes. Puede hipotecarlos. Un crédito se obtiene fácilmente.

Con aire ceñudo, Coustakis solicita un préstamo sobre sus bienes, lo obtiene, transfiere los fondos a la cuenta de Skein. Todo esto toma ocho minutos; Skein utiliza este tiempo para estudiar de nuevo el perfil sensitivo de Coustakis. Le disgusta tener que ejercer presiones económicas tan sórdidas, pero después de todo el servicio que ofrece le expone a peligros, y debe cubrir los riesgos con fuertes

garantías previniendo el caso que ocurriera alguna desgracia.

—Ahora podemos empezar —dice Skein, cuando la transacción queda ultimada.

Coustakis casi ha inventado un sistema de transporte instantáneo y económico de la materia. Desgraciadamente, jamás será útil para los seres vivos, ya que el proceso implica la destrucción del material que es enviado y su reconstitución virtualmente simultánea en otro lugar. La frágil entidad que es la mente no puede resistir el fulgurante impacto del haz de electrones provocado por el transmisor de Coustakis. Pero sus posibilidades son inmensas en el campo de los transportes de mercancías; el transmisor de Coustakis podrá enviar coles a Marte, computadoras a Plutón, y, una vez instalados los terminales, deberá ser capaz de alcanzar los planetas habitados de los otros sistemas.

De todos modos, Coustakis aún no ha puesto perfectamente a punto su sistema. Durante cinco años ha estado batallando con un problema insoluble: mantener el haz consistente entre el emisor y el receptor. La difusión del rayo ha hecho fracasar la mayor parte de sus experimentos; una desviación marginal trae como resultado la pérdida de parte de las informaciones transmitidas, de tal modo que lo que se envía llega invariablemente incompleto. Coustakis ha gastado todo su dinero en la vana búsqueda de una solución, y finalmente se ha visto obligado a dar el desesperado y costoso paso de pedir ayuda a un Comunicador.

A cambio de un precio convenido, Skein le pondrá en contacto con alguien que puede resolver su problema. Skein tiene una red de consultantes en varios mundos, expertos en tecnología, en finanzas, en filología y en casi todas las demás materias. Utilizando su propia mente como centro de coordinación, Skein abrirá una comunión telepática entre Coustakis y uno de sus consultantes.

—Sitúen a Nissenson en estado receptivo —ordena a su escritorio.

Coustakis, parpadeando rápidamente, visiblemente incómodo, dice:

—Antes, acláreme algo. Ese hombre, ¿verá todo lo que hay en mi mente? ¿Tendrá acceso a mis secretos personales?

—No. No. Filtro la comunión con el mayor cuidado. Nada pasará de su mente a la de él, excepto la naturaleza del problema que

usted quiere que le resuelva. Y nada pasará de la de él a la de usted excepto la respuesta.

—¿Y si no hay ninguna respuesta?

—La habrá.

Skein no devuelve el precio convenido en caso de no tener éxito, pero nunca ha sufrido ningún fracaso. Por principio ya no acepta casos en los que se hace evidente la imposibilidad de resolverlos. O Nissenson verá la solución que busca Coustakis, o le hará una sugerencia que conducirá a Coustakis a descubrir esta solución por sí mismo. La comunión telepática es el elemento fundamental. Una serie de discusiones suplementarias no conducirían a ningún lado. Coustakis y Nissenson podrían estudiar las posibles soluciones durante meses, hacer uso de ordenadores durante años, debatir juntos las dificultades durante decenios, sin hallar ninguna respuesta. Pero la comunión crea una sinergia de mentes que es más importante que una simple suma de las facultades de los dos cerebros. Es una unión de intuiciones, un factor multiplicador que siempre da como resultado el místico destello de la revelación, el salto del intelecto.

—¿Y si utiliza los resultados de esta conexión en provecho propio? —pregunta Coustakis.

—Nuestros contratos se lo prohíben —dice enérgicamente Skein—. No hay la menor posibilidad. Empecemos inmediatamente. Ahora.

El escritorio comunica que Nissenson, al otro extremo del mundo, en Sao Paulo, está preparado. El talento de Skein no varía con la distancia. Sumerge rápidamente a Coustakis en condición receptiva y se gira para observar las brillantes luces de sus unidades de acceso de datos. Aquellas pequeñas lucecitas, parpadeantes y brillantes, despiertan su talento, palpitan al ritmo eléctrico de su cerebro hasta que se eleva al nivel suficiente para permitir establecer una comunión. A medida que aumenta, el otro Skein que está mirando, el prisionero temporal oculto tras su frente, hace frenéticos esfuerzos para impedirle realizar el acto fatal. *Detente. Detente. Vas a sobrecargarte. Son demasiado fuertes para ti.* Pero es más fácil detener a un planeta en su órbita. El curso del pasado es inamovible; todo aquello ya ha ocurrido; el Skein que en silencio grita su sufrimiento no es más que un observador, necesariamente

pasivo, que está allí tan sólo para ver mutilarse a sí mismo.

Skein conecta a Nissenson a uno de los nódulos de su mente. Conecta a Coustakis a otro. Luego, suavemente, los pone en contacto.

No hay ningún medio de prever la intensidad de las fuerzas que dentro de un momento van a pasar por su cerebro. Ha hecho todo lo que podía, verificando los perfiles de personalidad de su cliente y del consultante, pero esto no le proporciona mucha información. Lo que tanto Coustakis como Nissenson pueden ser en tanto que individuos importa poco; es en lo que pueden convertirse una vez en comunión a lo que hay que temer. La intensidad sinérgica es imprevisible. Ha vivido durante un ciclo y medio con la posibilidad de ver su cerebro abrasado.

El contacto se establece.

Skein observador se estremece e intenta protegerse contra el *shock*. Pero no hay ninguna forma de escapar. De la mente de Coustakis llega la descripción del transmisor de materia con una exposición muy clara del problema de la difusión del rayo; Skein pasa todo aquello a Nissenson, que inmediatamente se dedica a buscar una solución. Pero cuando sus dos mentes se unen, Skein se da cuenta inmediatamente que no podrá controlar sus fuerzas aunadas. Esta vez, la sinergia va a destruirle. Pero no puede retirarse; no existe ningún cortacircuito mental. Está atrapado, empalado. La entidad Coustakis/Nissenson no va a soltarle, puesto que esto traería consigo su propia destrucción. Una oleada de energía mental se derrama abrumadoramente a lo largo del vector de comunión, de Coustakis hacia Nissenson, y rebota para regresar, palpitante, más fuerte aún, de Nissenson hacia Coustakis. Se establece una oscilación frenética. Skein se da cuenta de lo que está sucediendo: se ha convertido en el amplificador de su propio destino. El torrente de energía continúa ganando potencia cada vez que regresa de Coustakis a Nissenson, de Nissenson a Coustakis. Impotente, Skein ve cómo el efecto de acumulación de energía está creando una carga formidable. Y la descarga no tardará en producirse, y es él quien va a recibirla. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo? El *juggernaut* llena los corredores de su mente. Ya no sabe cuál extremo del circuito es Nissenson y cuál es Coustakis; no capta más que dos brillantes muros de poder mental entre los cuales él se

vuelve cada vez más y más delgado, un hilo vibrante de personalidad que se calienta, se calienta, ahora empieza a brillar, desprende una gran cantidad de calor, con partículas de identidad huyendo de él como otros tantos iones liberados...

Luego se descubre yaciendo en el suelo de su despacho, paralizado, con el rostro convulsivamente apretado contra la alfombra psicosensitiva, mientras Coustakis, arrodillado junto a él, grita incoherentemente:

—¿Skein? ¿Skein? ¿Skein? ¿Skein?

Como cualquier otro aparato cronométrico, nuestros relojes internos están sujetos a sus propios desórdenes particulares y, pese a la gran concordancia que existe entre el tiempo personal y el tiempo general, a resultas de un simple descuido pueden producirse divergencias. Mach hace notar que, si un doctor concentrara su atención en la sangre de un paciente, podría tener la impresión que ésta brotaba incluso antes que el bisturí llegara a tocar la piel y, por idénticas razones, ante dos estímulos simultáneos, el más débil es generalmente el que es percibido más tarde... Una vida normal exige la capacidad de recordar las experiencias en orden de mayor a menor importancia antes que en el que se han desarrollado. Además, exige que nuestros recuerdos potenciales sean razonablemente accesibles a la consciencia. Esos recuerdos potenciales no significan tan sólo una perpetuación en nosotros de las representaciones del pasado, sino también una incesante reacción entre esas representaciones y la incesante entrada de nuevas informaciones procedentes del mundo exterior. Al igual que nuestro pasado puede hallarse al servicio de nuestro presente, nuestro presente puede ser controlado a distancia por nuestro pasado. Utilizando las palabras de Shelley: «La Memoria es rápida como el Pensamiento y golpea como la serpiente».

—¿Skein? ¿Skein? ¿Skein? ¿Skein?

La botella está abierta y alguien le ayuda a salir. Su cabina está llena de intrusos. Skein reconoce al robot del capitán, al médico y a algunos pasajeros, al curtido hombrecillo de Pingalore y a la mujer de Globe Quince. La puerta de la cabina está abierta y sigue entrando más gente. El médico hace un gesto como si quisiera abofetearle, y una nube cegadora de partículas blancas y metálicas flota alrededor de la cabeza de Skein. La ligera sensación de

zumbido y de cosquilleo le devuelven a la consciencia.

—No ha respondido usted cuando la botella le anunció que habíamos pasado la zona de peligro —declaró el médico—. Hemos atravesado el canal.

—¿La travesía se ha realizado sin problemas? Estupendo. Estupendo. Me he debido quedar dormido.

—Si quiere pasar por la enfermería, por favor..., se trata tan sólo de una verificación de rutina..., una pasada por el diagnostat...

—No, no. ¿Quieren irse todos, por favor? Estoy completamente bien, se lo aseguro.

A regañadientes, murmurando al respecto, abandonan la estancia. Skein bebe un largo trago de agua fría hasta que siente que su cabeza se aclara de nuevo. Se planta firmemente de pie en medio de la cabina, intentando captar la menor sensación de movimiento hacia adelante. La nave avanza ahora a unos veinticinco millones de kilómetros por segundo. ¿Qué representan veinticinco millones de kilómetros? ¿Qué representa un segundo? Para ir de Roma a Nápoles se necesitaba toda una mañana por la autopista. De Tel-Aviv a Jerusalén se necesitaba desde el crepúsculo hasta la noche cerrada. Se requería todo el tiempo comprendido entre la comida y la cena para ir de San Francisco a San Diego, por el superpod. En cambio, ahora, mientras muevo mi pie tan sólo unos centímetros hacia adelante atravesamos veinticinco millones de kilómetros. ¿De dónde a dónde? ¿Y para qué? Hace veintiséis meses que no ve la Tierra. Cuando este viaje termine, los últimos restos de sus finanzas habrán quedado agotados. Tal vez se vea en la necesidad de establecerse en el sistema de Abbondanza; no tiene billete de regreso. Pero pese a todo sí puede desplazarse contra su voluntad dentro de su propio cráneo, saltando de un punto a otro a lo largo de la línea temporal, en las garras de las fugas.

Sale rápidamente de su cabina y se dirige al salón.

La nave es un crucero de segunda clase, ni demasiado lujoso ni decrepito. Lleva una veintena de pasajeros, la mayor parte de los cuales, como él, efectúan el viaje sin billete de regreso. No ha hablado directamente con ninguno de ellos, pero les ha oído muchas veces en el salón, y en estos momentos podría colgarle a cada uno su biografía personal carente de interés. La mujer que acude a reunirse con su marido convertido en pionero, y al que no

ha visto desde hace cinco años. El muchacho que vive de asignaciones y al que le han ordenado que ponga como mínimo una distancia de diez mil años luz entre él y sus padres. El empresario de ojos brillantes, un comerciante fenicio con sesenta siglos de retraso con respecto a su época, que quiere edificarse un imperio como intermediario de intermediarios. Los turistas. El burócrata. El coronel. Skein destaca claramente entre aquella colección: es el único que no ha realizado ningún esfuerzo para conocer ni para ser conocido, y el misterio de su aislamiento los mantiene en ascuas.

Lleva su depresión como un bocio amarillento, colgante y arrugado. Cuando sus ojos tropiezan por accidente con los de alguno de los demás pasajeros, parecen decir en silencio: ¿Ven mi deformidad? Soy mi propio superviviente. He sido destruido, y he vivido para ver de nuevo mi propia destrucción. Una y otra vez. Antes era un hombre saludable, fuerte. Mírenme ahora. Pero no he pedido vuestra piedad, ¿comprenden?

Inclinado sobre la barra del bar, Skein pulsa un botón para pedir un ron filtrado. Su bebida llega, y con ella el muchacho de las asignaciones, elegante, joven, insinuante. Guiña confidencialmente un ojo a Skein, como diciéndole: *Lo sé. Tú también estás huyendo.*

—Es usted de la Tierra, ¿no? —le pregunta a Skein.

—Lo era.

—Me llamo Pid Rocklin.

—John Skein.

—¿Qué hacía usted allá abajo?

—¿En la Tierra? —pregunta Skein, y se alza de hombros—. Era Comunicador. Lo dejé hace cuatro años.

—Oh —dice Rocklin, encargando una bebida—. Es un buen oficio, si uno posee el don.

—Yo poseía el don —dice Skein. Ese verbo en pasado, que no acentúa en exceso, es el máximo de autocompasión que se permitirá. Bebe su vaso, y encarga otro. Sobre el bar, una reluciente pantalla muestra el espacio, vacío aquí, más allá del Canal de Panamá, donde ayer había aún un millón de soles brillando sobre aquel fondo de ébano. Skein imagina poder oír el silbido de las moléculas que se deslizan sobre el casco a ochenta luces. Las ve como manchas brillantes, de millones de kilómetros de largo, haciendo *jzip!*, y *jzip!*, y *jzip!*, mientras la nave continúa avanzando.

De repente se ve rodeado por una niebla púrpura y se hunde tan rápidamente en una fuga futura que ni siquiera tiene tiempo de oponerle su habitual y fútil resistencia.

—¡Hey! ¿Qué le ocurre? —dice Pid Rocklin, avanzando hacia él —. ¿Se siente usted...? —y Skein abandona el Universo.

Está en un mundo que cree es Abbondanza VI, y su familiar compañero, el hombre calavérico, está a su lado, a la orilla de un mar anaranjado oleoso. Inician una vez más su discusión sobre el tiempo. El hombre calavérico debe tener como mínimo ciento veinte años; se diría que su piel cuelga sobre sus ojos, como si jamás hubiera sustentando carne, y su rostro es todo fosas nasales y brillantes ojos. Huesudas órbitas, angulosos pómulos, un cráneo abultado y calvo. Su cuello, no más grueso que la muñeca de un brazo, emerge de unos hombros que son todo arrugas.

—¿No te darás nunca cuenta que la casualidad no es más que una ilusión, Skein? —dice—. La noción que uno puede tener de una serie consecutiva de acontecimientos no es más que un engaño. Imponemos unas formas a nuestras vidas, hablamos de la flecha del tiempo, decimos que se desliza de A a G, luego de Q hasta Z, establecemos la creencia que todo es lineal. Pero es falso, Skein. Es falso.

—Siempre me has dicho lo mismo.

—Siento la obligación de despertar tu mente a la verdad. G puede llegar antes que A, y Z antes que ambas. A la mayor parte de nosotros no nos gusta verlo de esta manera, de modo que arreglamos las cosas según una sucesión que nos parece más lógica, al igual que un novelista situará el motivo antes del crimen, y el crimen antes del arresto. Pero el Universo no es una novela. No podemos obligar a la naturaleza a imitar el arte. Todo ocurre al azar, Skein, al azar, ¡al azar! Observa. ¿Ves esto que deriva en el mar?

Las anaranjadas olas arrastran el abotagado cadáver de un animal azulado y peludo. Unos ojos tristes muy abiertos, un hocico flácido, unos miembros rígidos. ¿Por qué no está hinchado de agua ahora? ¿Qué es lo que lo mantiene en la superficie?

—El tiempo es un océano —dice el hombre calavérico—, y los acontecimientos derivan hacia nosotros tan fortuitamente como los animales muertos sobre las olas. Nosotros los filtramos, tamizamos

aquello que nos parece que no tiene sentido, y nuestra consciencia los admite en lo que parece ser su adecuada sucesión —se echa a reír—. ¡El gran fraude! El pasado no es más que una serie de filmes deslizándose imprevisiblemente hacia el futuro. Y viceversa.

—No puedo aceptar esto —se obstina Skein—. Es una teoría demoníaca, caótica y nihilista. Es idiota. ¿Tenemos cabellos grises antes de ser niños? ¿Morimos antes de nacer? ¿Los árboles se vuelven semillas? Puedes negar la linealidad del tiempo tanto como quieras. No lo aceptaré.

—¿Puedes seguir diciendo esto después de todo lo que te ha pasado?

Skein inclinó la cabeza.

—Seguiré diciéndolo. Lo que me ha ocurrido es una enfermedad mental. Quizá yo esté loco, pero el Universo no lo está.

—Al contrario. Tan sólo ahora tu mente ha sanado y has comenzado a ver las cosas tal como son en realidad —insiste el hombre calavérico—. Lo malo es que te niegas a admitir la evidencia que has comenzado a sentir. ¡Tus filtros ya no funcionan, Skein! ¡Te has liberado de la ilusión de la linealidad! Ahora tienes una posibilidad de mostrar la ductilidad de tu mente. Aprende a vivir con la auténtica realidad. Deja de querer imponer estúpidamente un orden artificial al fluir del tiempo. ¿Por qué *debe* el efecto seguir a la causa? ¿Por qué la semilla *no debe* seguir al árbol? Porque sigues aferrándote a un despreciable sistema de falsa evaluación de la experiencia, inútil y superado, pese a que has conseguido liberarte de...

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

—¿... bien, Skein?

—¿Qué ha ocurrido?

—Ha estado usted a punto de caerse de su taburete —dice Pid Rocklin—. Se ha puesto muy pálido. He creído que le había dado algún tipo de ataque.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Oh, tres o cuatro segundos, imagino. Le he sujetado para que no cayera, y ha vuelto a abrir los ojos. ¿Quiere que le acompañe a su cabina? Aunque sería mejor que fuera a la enfermería.

—Perdone —dice Skein con voz ronca, y abandona el salón.

Cuando comenzaron las alucinaciones, poco después de la sobrecarga de Coustakis, al principio creyó que se trataba de problemas de memoria provocados por la terrible sacudida que había sufrido. La mayor parte de ellas reproducían muy claramente escenas de su pasado, que revivía durante los momentos de las fugas con una intensidad tal que tenía la impresión de ser enviado hacia atrás en el tiempo. No se trataba exactamente de recordar, sino que *revivía* la experiencia del pasado, siguiendo un guión del que no podía cambiar nada mientras hablaba, actuaba y reaccionaba. Aquella serie de extrañas incursiones en su memoria podían ser explicadas bastante fácilmente: su cerebro había resultado dañado, y viejos fragmentos de experiencia surgían a la superficie en un esfuerzo por desembarazarse de los restos provocados por el choque y cicatrizar las heridas. Pero así como las vueltas hacia atrás eran comprensibles, los saltos hacia adelante no lo eran en absoluto, y no las reconoció en ningún momento por lo que eran. Aquellas escenas en las que vagaba entre mundos extraños, aquellas fantasmagóricas conversaciones con personas a las que jamás había visto, aquellas visiones de cabinas de cruceros espaciales, aquellas salas de tránsito, aquellos hoteles poco familiares y aquellas estaciones terminales de líneas interestelares le parecía que eran tan sólo fantasmas, ilusiones que surgían al azar de su cerebro mutilado. Incluso cuando comenzó a darse cuenta que aquellas fugitivas miradas a lo desconocido poseían una estructura consistente no captó la verdad. Se veía a sí mismo realizar una especie de investigación, o quizá una peregrinación; aquellos fragmentos de vida no vivida que podía observar comenzaron a formar un conjunto coherente de viajes y de investigación. Y algunas escenas y algunas conversaciones se reproducían, a veces varias veces en un mismo día, y el guión era siempre el mismo, tan exacto que terminó por saber algunas de ellas palabra por palabra. Pese a la sólida consistencia de aquellos episodios, persistió en considerarlos como simples y breves fragmentos de pesadillas. No podía comprender por qué la herida recibida en su cerebro provocaba en él aquellos sueños despiertos de largos viajes espaciales y de planetas desconocidos, tan nítidos y momentáneamente tan reales, aunque no le parecieran más horribles que los retrocesos al pasado.

No fue hasta varios meses después del incidente con Coustakis que la verdad le alcanzó. Un día se halló presa de un episodio que consideraba como uno de sus fantasmas. Era un pasaje menor que ya había experimentado, totalmente o en parte, siete u ocho veces. En aquellas súbitas alucinaciones, se encontraba en un jardín público, en una soleada mañana de primavera, de pie ante un enorme edificio barroco, mientras un grotesco grupo de turistas no humanos pasaba junto a él en una gruñente y chirriante procesión de escafandras de inhalación, ruedas respiratorias y máscaras dispersadoras de iones. Eso era todo. Pero una citación a causa de una demanda judicial le obligó a trasladarse a una ciudad de Carolina del Norte, unos catorce meses después de la sobrecarga y, tras haberse presentado a la corte, se dedicó a pasear largamente por la sucia y decrepita metrópoli y llegó, como por arte de encantamiento, ante una enorme puerta de metal tras la cual pudo ver un denso y oscuro bosque: robles, rododendros y magnolias, plantados de modo elegante y formal. Una placa situada cerca de la puerta decía que era propiedad de un millonario del siglo XIX, ahora abierta al público y preservada en su estado original, pese a los empujes del crecimiento de la ciudad. Skein compró una entrada e ingresó, siempre a pie, paseando durante lo que le parecieron kilómetros por los frescos senderos cercados de hojas, hasta llegar a un recodo y emerger a la deslumbrante luz del sol, hallándose ante la masa gris de una colosal mansión, de más de cien habitaciones, tras una ornamentada fachada llena de columnas, con un masivo pórtico de donde descendía una gran escalinata en espiral. Avanzó estupefacto, ya que se trataba del edificio que había visto tantas veces en su ilusión, y mientras se acercaba vio las formas rojas, verdes y púrpuras que atravesaban el pórtico, aquellos personajes retorcidos, hinchados bajo las envolturas de sus trajes, aquella extraña horda de visitantes extraterrestres venidos a observar las maravillas de la Tierra. Cabezas sin ojos, ojos sin cabezas, con numerosos miembros o con ninguno, cuerpos como tumores y tumores que eran en realidad cuerpos, toda la imaginación del Universo manifestada en aquellas formas de vida aglomeradas, tan extrañas y que sin embargo le parecían tan familiares. Pero esta vez no se trataba de una alucinación. Aquella escena encajaba perfectamente en la sucesión de acontecimientos que componían

aquel día, en lugar de irrumpir como un sueño inoportuno. Y no se desvaneció tras algunos instantes: la escena permaneció, nítida y clara, sin devolverle a la vida «real». Aquélla era la auténtica realidad, y él ya la había vivido.

Tales cosas le ocurrieron de nuevo otras dos veces en las siguientes semanas, hasta que finalmente tuvo que aceptar la verdad en lo relacionado a sus fugas: estaba sujeto tanto a los saltos al futuro como a los saltos al pasado, y lo que percibía eran fragmentos de su propio mañana.

T'ang, el gran rey del Shang, preguntó a Hsia Chi:

—Al principio, ¿había ya cosas individuales?

—Si no hubiera habido cosas entonces —respondió Hsia Chi—, ¿cómo podría haberlas ahora? Si las próximas generaciones pretendieran que no había nada en nuestra época, ¿tendrían razón?

—Entonces, ¿las cosas no tienen antes ni después? —preguntó T'ang. Y Hsia Chi respondió:

—Los fines y los orígenes de las cosas no tienen límites a partir de los cuales sean definidas. El origen de una cosa puede ser considerado como el fin de otra; el fin de una cosa puede ser considerado como el origen de la próxima. ¿Quién puede hacer una clara distinción entre esos ciclos? No podemos saber lo que hay después de todas las cosas y antes de todos los acontecimientos.

Alcanzan y atraviesan la estación propulsora de tránsito de Perseo, que es una torbellineante anomalía celeste similar al Canal de Panamá, aunque no tan potente, y que aumenta la velocidad de la nave hasta algo más de cien luces. Es la última aceleración del viaje; la nave mantendrá esta velocidad durante dos días y medio, hasta que pase por Scylla, el principal centro de desaceleración en esta parte de la galaxia, donde se sumergirá en un esponjoso campo de fuerza de veinte minutos luz de diámetro y frenará a una velocidad sublumínica para entrar en el sistema de Abbondanza.

Skein pasa casi todo este tiempo en su cabina, comiendo muy raramente y durmiendo poco. Lee casi constantemente, tomando obsesivamente de la considerable biblioteca de la nave un enorme y heteróclito montón de libros. Rilke. Kafka. Eddington, *The Nature of The Physical World*. Lowry, *Hear Us O Lord From Heaven Thy Dwelling Place*. Elias. Razhuminin. Dickey. Pound. Fraisse, *La*

Psicología del Tiempo. Greene, *Dream and Delusion*, Poe. Shakespeare. Marlowe. Tourneur. *The Waste Land*. Ulysses. *Heart of Darkness*. Bury, *The Idea of Progress*. Jung. Buchner. Pirandello. *La Montaña Mágica*. Ellis. *The Rack*. Cervantes. Benheim. Fierst. Keats. Nietzsche. Su mente está llena de imágenes y de pasajes de poemas, en cuya superficie flotan fragmentos de diálogos y de dialéctica sin fundamento. Se sumerge brevemente en cada obra, como una polilla persiguiendo la luz. Las palabras forman una escamosa costra en la superficie interna de su cráneo. Considera que aquella pesada sobredosis literaria le ayuda en cierto modo a rechazar las fugas; su mente se siente agobiada, atada quizás a la movediza línea del presente por aquella inerte masa de genio prestado, y durante su frenético acceso de lectura se da cuenta que se desliza fuera de esta línea mucho más raramente que en el próximo pasado. Su mente gira y gira. *El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el Superhombre...*, una cuerda por encima de un precipicio. Mi paciencia está llegando al límite. ¡Mira, mira dónde la sangre de Cristo se derrama al firmamento! Una sola gota salvaría mi alma. No pensé que la muerte hubiera destruido tanto. Esos fragmentos que he tomado para sostener mis ruinas. *Hoogspanning. Levensgevaar. Peligro de Muerte. Electricidad. Danger.* Dame mi lanza. *Viejo Padre, viejo artesano, ayúdame, ahora y siempre.* ¿Te gusta este jardín? ¿Porque es tuyo? ¡Nosotros rechazamos a aquellos que destruyen! Y entonces descendieron hasta la nave, lanzaron la quilla contra las olas y avanzaron por el divino mar. No hay ninguna teoría «oficial» del tiempo, definida en los credos o reconocida universalmente por todos los cristianos. La cristiandad no se siente afectada por los aspectos puramente científicos de este tema ni, en gran medida, por su análisis filosófico, excepto en el sentido que éste está ligado a una visión fundamentalmente realista y por lo tanto no puede admitir, como hacen algunas filosofías orientales, que la existencia temporal no es más que una ilusión. *Un estremecimiento profundo ante la visión del muro abatido, el techo y la torre en llamas, y Agamenón muerto.* Majestuoso, el gordo Buck Mulligan aparece arriba en los peldaños, llevando un bol de jabón sobre el que hay un espejo y una navaja. *¿En qué profundos abismos o en qué lejanos cielos ardía el fuego de tu mirada? ¿Con qué alas se eleva? ¿Qué mano osará tomar ese brasero?* Estos fragmentos que he tomado para sostener

mis ruinas. Hieronymo está aún loco. Y *me sentí como cualquier observador del cielo descubriendo un nuevo planeta*. Recientemente se ha admitido también que el concepto físico de la información es idéntico al fenómeno de la inversión de la entropía. El psicólogo debe añadir aquí algunas observaciones: No me parece muy convincente afirmar que esta información es *eo ipso* idéntico a un *poder de organización* que deshace la entropía. *Datta. Dayadhvam. Damyata. Shantih shantih shantih.*

Sin embargo, cuando la nave ha rebasado Scylia y disminuye su velocidad hacia los planetas de Abbondanza, los períodos de fuga se hacen de nuevo más frecuentes, y se halla de nuevo atrapado en la trampa, oscilando entre las sombras fugitivas del ayer y las del mañana.

Tras la sobrecarga de Coustakis, intentó proseguir como antes, del mejor modo que pudo. Devolvió a Coustakis su dinero sin que éste se lo hubiera exigido, ya que no le había sido de ninguna ayuda ni podría serlo nunca más. La transmisión instantánea de la materia debería esperar. Pero Skein tomó otros clientes. Conseguía siempre establecer las comuniones, en cierto modo, y cuando el asunto era particularmente fácil podía incluso producir una respuesta sinérgica muy adecuada.

Sin embargo, su trabajo era a menudo poco satisfactorio. Los contactos se interrumpían de pronto, o bien, por el contrario, sus filtros se debilitaban y dejaban deslizarse el contenido completo de la mente de su cliente a la de su consultante. Tales desastres le obligaron a hacer grandes gastos médicos, y le acarrearón algunas demandas. Se vio obligado a aceptar una condición: si no había sinergia, no había tampoco dinero. Y la mitad de las veces no recibía nada por sus esfuerzos. Pero sus gastos seguían siendo los de antes: su despacho en la cúpula, su red de consultantes, su equipo de investigación y todo lo demás. Sus tentativas de mantener su empresa hacían que las reservas bancarias que había mantenido para prevenir dificultades como las presentes se fundieran como hielo.

Nadie pudo detectar ningún deterioro orgánico en su cerebro. Por supuesto, se sabía tan poco acerca del don de los Comunicadores que era imposible determinar gran cosa por medio del análisis médico. Si no podían localizar el centro gracias al cual

el Comunicador efectuaba sus comuniones, ¿cómo podían detectar el lugar que había sido dañado? Los archivos médicos no tenían ningún valor; había once casos precedentes de sobrecarga, pero cada uno de ellos era fisiológicamente único. Le dijeron que tal vez se curaría por sí mismo, y le despidieron. Algunos doctores le administraron tratamientos estúpidos: ejercicios de conteo, parpadear según un ritmo dado, saltar sobre la pierna izquierda, luego sobre la derecha, como si hubiera sufrido un ataque. Pero no se trataba de eso.

Durante un cierto tiempo fue capaz de mantener su negocio gracias a su reputación. Luego, cuando se empezó a saber que había sufrido un accidente y que ya no era tan bueno, los clientes dejaron de venir. Incluso la seguridad con respecto a que no iban a tener que pagar nada excepto en caso de éxito dejó de atraerles. Al cabo de seis meses se sentía feliz cuando tenía un cliente en toda una semana. Rebajó sus precios, y aparentemente esto no hizo más que empeorar las cosas, de modo que volvió a elevarlos casi hasta el nivel donde se hallaban en la época de la sobrecarga. Los asuntos marcharon un poco mejor por un breve tiempo, como si la gente tuviera la impresión que Skein estaba curado. Pero sus servicios seguían siendo imperfectos. Comuniones confusas y vacilantes, imprevistos saltos atrás, problemas de filtraje, insuficiencias de información o una sobreabundancia de intercambios.

—Contrate un seguro sobre su mente antes de ir a Skein —se comentaba ahora.

Las fugas vinieron a añadirse a sus dificultades profesionales.

Nunca sabía cuando las alucinaciones se iban a apoderar de él. Podía producirse durante una comunión, y de hecho se producía a menudo. Una vez se trasladó al momento de la comunión Coustakis-Nissenson, y ofreció a su aterrorizado cliente una repetición de su sobrecarga. Una vez, aunque no comprendió en aquel momento lo que le estaba ocurriendo, fue tomado por un salto al futuro y arrastró a su cliente con él a una jungla escarlata en un mundo de formaldehído, pero cuando Skein regresó a su presente el cliente se quedó en la jungla escarlata. Esta vez también hubo un proceso.

Los desplazamientos temporales le arrastraban a efectuar malas estimaciones. Aceptaba a clientes a los que no podía satisfacer, y perdía el tiempo con ellos. Rechazaba a gente a la que podría haber

podido ayudar en su propio interés. Como ya no estaba firmemente anclado en su presente, sino presa de oscilaciones aleatorias en un período de una veintena de años en el pasado o en el futuro, perdió la gran perspicacia sobre la que había basado antes sus juicios profesionales. Su rostro se ajó, enflaqueció. En cuatro meses fue presa de un torbellino de dudas espirituales que le condujeron a una completa sumisión, luego a un rechazo total de la fe. Cambiaba de abogado casi cada semana. Vendió sus bienes en condiciones invariablemente catastróficas para pagar las facturas que se iban acumulando.

Un año y medio después de la sobrecarga, anuló oficialmente su registro y cerró su oficina. Los procesos por daños y perjuicios duraron aún seis meses. Finalmente, con el dinero que aún le quedaba, tomó un billete en un crucero espacial y partió en busca de un mundo con arena púrpura y árboles de hojas azules en el cual, a menos que sus fugas le hubieran jugado una mala pasada, debía poder hallar el medio de reparar su mente rota.

Ahora la nave ha vuelto al espacio convencional de cuatro dimensiones, y se arrastra hacia el planeta a casi la mitad de la velocidad de la luz. En las pantallas se delinea como un collar de estrellas; el espacio está lleno aquí. El capitán le señalará Abbondanza a cualquiera que se lo solicite: un sol color anaranjado, mayor que el de la Tierra, rodeado por una docena de puntos brillantes que son sus planetas. Los pasajeros se muestran muy excitados. Murmuran, ríen, hacen suposiciones, anticipan. Nadie permanece silencioso, excepto Skein. Es consciente de algunas relaciones amorosas: él mismo ha debido rechazar algunos ofrecimientos en los últimos tres días. Ha dejado de leer e intenta purgar su mente de todo lo que ha metido en ella. Las fugas han empeorado. Debe escribirse notas a sí mismo, recordándose cosas como: *Eres un pasajero a bordo de una nave con destino a Abbondanza VI, donde llegarás dentro de unos días*, a fin de no olvidar cuál de aquellas tres líneas temporales inextricablemente mezcladas es la verdadera.

De repente, está con Nilla en aquella isla en el golfo de México, a bordo de un pequeño bote de excursiones. El tiempo no pasa por aquel lugar, uno podía jurar que se hallaba casi en el siglo xx. Las

cuerdas lacias y gastadas del aparejo. El abollado motor, convertido de combustión interna a turbina. Los bigotudos bandidos mexicanos que hoy serán sus guías. Nilla, enrollando nerviosamente su larga cabellera rubia y diciendo:

—¿No me marearé, John? El bote avanza directamente por sobre la superficie del agua, ¿no? ¿Ni siquiera planearé un poquito?

—Es terriblemente arcaico —dice Skein—. Por eso precisamente estamos aquí.

El capitán les ayuda a subir. Juan, Francisco, Sebastián. Hermanos. Los *hermanos*. Metros de blancos dientes reluciendo bajo sus colgantes bigotes. Con un horrísono rugido el bote se aleja del muelle. El pueblecito hecho de casas encaladas desaparece muy pronto de la vista, y avanzan a sacudidas hacia el este, a lo largo de la costa, con el agua verde de la orilla a su izquierda, el océano azul a la derecha. El sol matutino golpea con fuerza.

—¿Puedo tomar un baño de sol? —pregunta Nilla. Está poco segura de sí misma; él nunca la ha visto así, tan vacilante, tan nerviosa. México le ha quitado su aplomo neoyorkino.

—¿Por qué no? —dice Skein.

Ella deja caer sus ropas. Debajo no lleva más que un minúsculo pantaloncito de baño; sus pesados senos parecen blancos y vulnerables a la luz tropical, sus pequeños pezones tienen un color rosa pálido. Skein vaporiza sobre ella una loción protectora, y ella se tiende sobre el puente. Los *hermanos* la observan ávidamente y hablan entre sí en voz baja y gutural. No es español. ¿Maya, quizá? Aquí, los autóctonos no han conseguido aceptar nunca la desenvuelta desnudez de los turistas. Nilla, visiblemente molesta, se gira y se tiende boca abajo. Su larga y arqueada espalda reluce.

Juan y Francisco empiezan a gritar. Skein mira en la dirección que señalan. ¡Marsopas! Una docena de marsopas retozando ante la proa, justo delante del bote, saltando muy arriba y volviendo a caer con elegancia en el agua azul. Nilla lanza un grito de alegría y se precipita hacia la borda para contemplar mejor el espectáculo, cubriéndose los senos con los brazos.

—No tienes por qué hacer eso —murmura Skein. Pero ella sigue cubriéndose.

—Son adorables —murmura suavemente.

Sebastián se acerca a ellos.

—*Amigos* —dice—. Son amigos. Míos—. Las marsopas, brillando bajo el sol, desaparecen. El bote prosigue su marcha a sacudidas, acercándose a la magnífica orilla de la isla, desierta y sembrada de palmeras. Un poco más tarde echan el ancla, y él y Nilla se colocan sus gafas de buceo y van a nadar, admirando los jardines de coral. Cuando se izan de nuevo hasta el puente es casi mediodía. El sol difunde un calor tórrido.

—¿Comida? —pregunta Francisco—. ¿Una buena comida ahora?

—¡Me muero de hambre! —grita Nilla, riendo. Ya no oculta su cuerpo.

—Les prepararemos una buena comida —dice Francisco, sonriente, y él y Juan saltan por la borda. En la poco profunda agua, se les distingue claramente contra la blanca arena del fondo. Llevan fusiles de pesca submarina, y se sumergen conteniendo la respiración. Demasiado tarde, Skein se da cuenta de lo que están haciendo. Francisco extrae tras una roca una langosta que se debate furiosamente. Juan arponea un gran cangrejo de color pálido. Recoge también tres caracolas, asciende a la superficie, arroja sus presas por la borda. Francisco llega con la langosta. Los animales no están muertos; se arrastran lastimosamente sobre el puente a medida que se van desecando. Horrorizado, Skein se gira a Sebastián y le pide:

—Diles que paren. No tenemos tanta hambre como esto.

Sebastián, que está preparando una especie de ensalada, sonríe y se alza de hombros. Francisco ha traído otro cangrejo, más grande que el primero.

—¡No más! —dice Skein—. ¡Basta! ¡Basta!

Juan, chorreante, echa otras tres caracolas.

—Ustedes nos pagan bien —dice—. Nosotros les daremos una buena comida.

Skein agita la cabeza. El puente se convierte en un matadero para la vida del océano. Ahora, Sebastián está activamente ocupado con las caracolas, extrae su carne, y la deja caer en un gran bol para que se adoben en un líquido amarillo verdoso.

—¡Basta! —grita Skein. ¿Es ésta la palabra exacta en español? Sabe que se dice así en italiano. Los *hermanos* parecen divertidos. El mar está lleno de vida, parecen decirle. Les daremos una buena comida. De repente, Francisco aparece trayendo algo inmenso. ¡Una

tortuga! ¡Dieciocho, veinte kilos! La broma ha ido demasiado lejos.

—No —dice Skein—. Escuchen, tengo que prohibir esto. Esas tortugas son una raza casi extinta. ¿Comprenden? *Muerto. Perdido. Desaparecido.* No comeré tortuga. Échenla. Échenla.

Francisco sonríe. Agita la cabeza. Ata diestramente las aletas de la tortuga con una cuerda.

—No es para comer, *señor*. Es para nosotros. Para vender. *Mucho dinero.*

Skein no puede hacer nada. Francisco y Sebastián han comenzado a abrir los cangrejos y las langostas. Juan echa pimienta al bol donde se adoba la carne de las caracolas. Trozos de animales muertos jalonan el puente.

—¡Oh, me *muero* de hambre! —dice Nilla. Ahora se ha quitado también el pantaloncito de baño. La tortuga contempla toda aquella escena con sus redondos ojos. Skein se estremece. Auschwitz, piensa. Buchenwald. Para los animales, esto es Buchenwald cada día.

Arena púrpura, árboles de hojas azules. Un mar anaranjado que reluce un poco más lejos, al oeste, bajo un sol color limón.

—No está muy lejos —dice el hombre calavérico—. Puedes llegar hasta allí. Paso a paso.

—Estoy sin aliento —dice Skein—. Esas colinas...

—Yo tengo dos veces tu edad y no estoy cansado.

—Tú estás en mejores condiciones. Hace meses que viajo encerrado de nave en nave.

—Está muy cerca —dice el hombre calavérico—. A un centenar de metros de la playa.

Skein se obliga a continuar. El calor es horrible. Le cuesta caminar por la deslizante arena. Tropieza por dos veces con unas plantas negruzcas cuyas carnosas raíces forman un inextricable entretejido a pocos centímetros por debajo de la superficie de la arena; algunas retorcidas radículas emergen aquí y allá. Sufre incluso una breve fuga, un salto atrás de siete segundos a una estancia en Jerusalén. En alguna parte, en lo más profundo de su mente, se siente divertido: un salto atrás en un salto adelante. Alucinaciones concéntricas. Cuando emerge de nuevo, se pone en pie y se sacude la arena que mancha sus ropas. Diez pasos más adelante, el hombre calavérico se detiene y dice:

—Ahí es. Mira hacia abajo, hacia el pozo.

Skein ve un cráter en forma de embudo justo ante él. Debe tener unos cinco metros de diámetro al nivel del suelo, y la mitad al fondo, seis o siete metros más abajo. Lo que le impresiona es el hecho que el agujero está formado por una serie de círculos perfectos que forman un tronco de cono. Sus bordes son lisos y duros, casi vitrificados, y la arena tiene un color amarronado. En el pozo, apaciblemente tendido en el fondo plano, se halla algo que se parece a una ameba dorada del tamaño de un gato grande. Una hilera de ojos redondos de color negroazulado orla la joroba de su espalda. Un suave halo verde se difumina de todo su cuerpo.

—Desciende hasta él —dice el hombre calavérico—. La intensidad de su poder disminuye en función del cuadrado de la distancia; desde aquí ni siquiera puedes captarlo. Desciende. Deja que se ocupe de ti. Fusiónate con él. ¡Establece una comunión, Skein, establece una comunión!

—¿Y él va a curarme? ¿Para que pueda vivir como antes de todo esto?

—Si tú le dejas curarte, él lo hará. Esto es lo que desea hacer. Es un organismo completamente bienhechor. Es experto en reparar las mentes destrozadas. Déjalo entrar en tu cráneo; déjale descubrir el lugar dañado. Puedes tenerle confianza. Desciende.

Skein se estremece al borde del cráter. Abajo, la criatura ondula y se modifica, haciéndose primero ancha y aplastada, luego alta y gruesa, hasta reasumir finalmente su forma fundamentalmente circular. Su color aumenta en intensidad hasta el escarlata, y su halo se desliza hacia el amarillo. Como si se tensara y se ajustara a sí misma. Parece estar esperándole. Parece impaciente. Esto es lo que él ha buscado durante tanto tiempo, yendo de planeta en planeta. El hombre calavérico, la arena púrpura, el pozo, la criatura. Skein se quita sus sandalias. *¿Qué puedo perder?* Permanece por unos instantes sentado al lado del pozo; luego se deja caer, desliziéndose de tanto en tanto, y aterriza suavemente en el fondo, muy cerca de la criatura que está esperando. Inmediatamente capta su poder mental.

Penetra en la enorme y desolada caverna que es la catedral de Haghia Sophia. Algunos guías turcos aguardan apoyados contra las enormes columnas de mármol. Los turistas arrastran sus pies a

derecha e izquierda, leyéndose mutuamente, esto y aquello de los pequeños manuales de hojas de plástico. Un rayo de luz penetra por alguna improbable abertura e ilumina el púlpito musulmán. Skein cree oír un repiquetear de campanas y sentir el picor del incienso en su nariz. ¿Pero cómo puede ser? Hace más de mil años que no se celebra aquí ningún rito cristiano. Un turco aparece ante él.

—¿Desea que le enseñe los mosaics? —dice *Mosaics*—. ¿Ayudarle a comprender este espléndido edificio? Un dólar. ¿No? ¿Quizá cambiar dinero? Le haré un buen cambio. Dólares, marcos, eurocréditos, cualquier moneda. ¿Habla usted inglés? ¿Le enseño los mosaics?

El turco desaparece. Las campanas suenan cada vez más fuerte. Una hilera de sacerdotes encorvados, vestidos con ropas de seda blanca, aparece tras el altar, cantando en..., ¿en qué? ¿en griego? El techo está incrustado de gemas. Las placas de oro brillan por todas partes. Skein percibe la gran complejidad de aquella catedral, que ahora hormiguea con vida, todo un universo sumergido en aquella penumbra, un millar de capillas donde se apelotonan los adoradores, largas hileras para orinar en las criptas, un mercadillo en el balcón, collares de joyas cambiando de manos en transacciones murmuradas, bebés naciendo tras los sarcófagos de alabastro, campanillas tintineando, duques que se saludan con una inclinación de cabeza, nubes de incienso caracoleando hacia la cúpula, los personajes de los mosaicos, redivivos, haciendo la señal de la cruz, sonriendo, enviando besos, y las columnas moviéndose ahora, hinchándose y empezando a oscilar, y toda la colosal estructura deslizándose y vacilando y fundiéndose. Y un ballet de turcos.

—¿Quiere ver los mosaics?

—¿Cambiar dinero?

—¿Postales? ¿Recuerdos de Estambul?

Y un rostro norteamericano, rubicundo y sudoroso:

—Usted es John Skein, ¿no? El Comunicador. Trabajamos juntos en el problema de la cámara de fusión, en el cincuenta y tres.

Y Skein que agita la cabeza.

—Debe usted equivocarse —dice en italiano—. No soy tal persona. Perdone. Perdone —y se une a la fila de los sacerdotes que cantan.

Arena púrpura, árboles de hojas azules. Un mar anaranjado bajo un sol color limón. Mirando desde la terraza superior de la terminal, una hora después del aterrizaje, Skein ve una hilera de torres hoteles bordeando la cercana playa. Inmediatamente nota que hay algo que no funciona: no debería haber hoteles allí. El planeta correcto no tiene tales torres; así, entonces, éste no es tampoco el planeta correcto.

Una completa desorientación se apodera de él cuando intenta situarse en la cadena de acontecimientos. *¿Dónde estoy?* A bordo de un crucero en dirección a Abbondanza VI. *¿Qué es lo que veo?* Un mundo que ya he visitado. *¿Cuál?* El que tenía los hoteles. El tercero de siete, ¿no es así?

Ya ha visto antes este planeta, en sus saltos hacia adelante. Mucho antes de abandonar la Tierra para iniciar su búsqueda, contemplaba aquellos hoteles, aquella playa. Ahora vuelve a verlos en sus saltos hacia atrás. Esto le intriga. Tiene que intentar considerarse como un punto que se desplaza en el tiempo, contemplar la escena primero desde este punto de vista, luego desde el otro.

Examina su yo pasado en la terminal. Antes había sido su yo futuro. Qué confuso es todo, cómo se embrolla inútilmente.

—Busco a un viejo terrestre —dice—. Debe tener ciento o ciento veinte años. Su rostro se parece a una calavera..., nada de carne en él, realmente. Un hombre frágil. ¿No? Bueno, ¿puede decirme si este planeta posee una especie viva más o menos de este tamaño, una especie como una masa de gelatina dorada, que vive en pozos cerca de las playas y...? ¿No? ¿No? ¿Me dice que le pregunte a algún otro? Por supuesto. ¿Y quizá una habitación en un hotel? Puesto que he hecho todo este camino.

Comienza a sentirse cansado de ir a parar siempre a planetas equivocados. Qué absurdo, malgastar sus últimos recursos en la búsqueda de un mundo entrevisto en un sueño. Había creído que los planetas que poseían arenas púrpuras y árboles con hojas azules serían raros, pero no, en un universo infinito pueden encontrarse docenas de no importa qué, y ahora ha malgastado la mitad de su dinero y casi un año, visitando dos planetas y luego éste sin descubrir lo que estaba buscando.

Va al hotel donde le han reservado una habitación. La playa está

repleta de gentes tomando el sol, gentes que en su mayor parte vienen de la Tierra. «Escuchen», quiere decirles. «Tengo este problema con mi cerebro, una vieja herida, y me da esas visiones de mí mismo en el pasado y en el futuro, y una de esas visiones representa un lugar donde hay un hombre con un rostro como una calavera que me conduce hasta una especie de ameba que vive en un pozo y que puede curarme, ¿entienden? Y es un planeta donde hay una arena púrpura y árboles con hojas azules, exactamente como éste, y supongo que si busco durante mucho tiempo terminaré por encontrarlo, así como al hombre calavérico y a la ameba, ¿entienden? Y quizá éste sea el planeta correcto después de todo, pero yo no estoy en la región adecuada. ¿Qué es lo que puedo hacer? ¿Qué esperanzas creen que puedo tener realmente?» Éste es el tercer mundo. Sabe que deberá visitar muchos otros antes de hallar el adecuado. ¿Pero cuántos? ¿Cuántos? ¿Y cuándo sabrá finalmente que lo ha hallado?

De pie en la playa, silencioso, siente la confusión apoderarse de él y se desliza a una fuga, y es proyectado a otro mundo. Arena púrpura, hojas azules. Un gordo y amigable cónsul pingaloriano.

—¿Un hombre calavérico? No, no puedo decir que conozca a nadie así.

¿Qué mundo es éste?, se pregunta Skein. ¿Uno de los que ya he visitado, o uno de aquéllos en los que aún no he estado? Se siente aturdido por las numerosas densidades de las alucinaciones. El pasado, el presente y el futuro forman como un nudo que le ahoga. Planos de realidad huyendo, secuencias de vida entremezclándose. Arena púrpura, hojas azules. ¿Qué planeta es? ¿Cuál entre tantos? ¿Cuál? Está de vuelta en la atestada playa. Un sol color limón. Un mar anaranjado. Está de vuelta en su cabina a bordo del crucero. Ve una nota escrita de su puño y letra: *Eres un pasajero a bordo de una nave con destino a Abbondanza VI, donde llegarás dentro de unos días.* Así entonces, todo no era más que una visión. Se siente desconcertado por todos esos mundos idénticos. Arena púrpura, árboles con hojas azules. Le gustaría saber cómo llorar.

En lugar de tener un cliente y un consultante para la comunión de hoy, Skein tiene dos clientes. Un hombre y una mujer, Michaels y la señora Schumpeter. La comunión es de una naturaleza insólitamente íntima. Michaels ha estado casado seis veces, y varios

de sus matrimonios se han disuelto en circunstancias dolorosas. La señora Schumpeter, una mujer bastante rica, ama a Michaels, pero no tiene confianza en él; quiere echar primero una ojeada en su mente antes de posar su pulgar en el cubo matrimonial. Skein se encargará de ello. El pago ha sido hecho ya a su cuenta. Este tipo de negocios requiere unas ciertas precauciones. Si a ella no le gusta lo que halla en la mente de su pareja, puede que no se celebre el matrimonio, pero al menos Skein ya habrá cobrado.

Conecta a Michaels a un nódulo de su mente. La señora Schumpeter a otro. Skein abre sus filtros.

—Ahora van a encontrarse de nuevo por primera vez —les dice.

Michaels se precipita hacia ella. La señora Schumpeter se precipita hacia él. Skein no es más que el canal de comunicación. Por él pasan las ambiciones, las traiciones, los fracasos, el orgullo, los deterioros, las disputas, las mentiras, los celos, la generosidad, las vergüenzas y las locuras de aquellos dos seres humanos. Si lo desea, puede examinar los pecados más secretos de la señora Schumpeter y los deseos más tenebrosos de su futuro esposo. Pero nada de eso le importa. Ve tales cosas todos los días. No siente el menor placer en espiar a esos dos clientes. ¿Acaso un cirujano se excitaría ante la vista de las trompas de Falopio de la señora Schumpeter o del páncreas de Michaels? Skein se contenta con hacer su trabajo. Él no es un mirón, sino tan sólo un Comunicador. Se considera a sí mismo como un servicio público.

Cuando corta el contacto, tanto la señora Schumpeter como Michaels están anegados en lágrimas.

—¡Te quiero! —gime ella.

—¡Apártate de mí! —murmura él.

Arena púrpura. Hojas azules. Mar oleoso y anaranjado.

—¿No te darás nunca cuenta que la causalidad no es más que una ilusión, Skein? La noción que uno puede tener de una serie consecutiva de acontecimientos no es más que un engaño. Imponemos unas formas a nuestras vidas, hablamos de la flecha del tiempo, decimos que se desliza de A a G, luego de Q hasta Z, establecemos la creencia que todo es lineal. Pero es falso, Skein. Es falso.

—Siempre me has dicho lo mismo.

—Siento la obligación de despertar tu mente a la verdad. G

puede llegar antes que A, y Z antes que ambas. A la mayor parte de nosotros no nos gusta verlo de esta manera, de modo que arreglamos las cosas según una sucesión que nos parece más lógica, al igual que un novelista situará el motivo antes del crimen, y el crimen antes del arresto. Pero el Universo no es una novela. No podemos obligar a la naturaleza a imitar el arte. Todo ocurre al azar, Skein, al azar, ¡al azar!

—¿Medio millón?

—Medio millón.

—Usted sabe que no tengo tanto dinero en el banco.

—No perdamos el tiempo, señor Coustakis. Posee usted bienes. Puede hipotecarlos. Un crédito se obtiene fácilmente.

Skein espera a que el inventor haya obtenido su préstamo.

—Ahora podemos empezar —dice, y ordena a su escritorio—: Sitúen a Nissenson en estado receptivo.

—Antes, acláreme algo —dice Coustakis—. Ese hombre..., ¿verá todo lo que hay en mi mente? ¿Tendrá acceso a mis secretos personales?

—No. No. Filtro la comunión con el mayor cuidado. Nada pasará de su mente a la de él, excepto la naturaleza del problema que usted quiere que le resuelva. Y nada pasará de la de él a la de usted excepto la respuesta.

—¿Y si no hay ninguna respuesta?

—La habrá.

—¿Y si utiliza los resultados de esta conexión en provecho propio?

—Nuestros contratos se lo prohíben. No hay la menor posibilidad. Empecemos inmediatamente. Ahora.

—¿Skein? ¿Skein? ¿Skein? ¿Skein?

El viento empieza a soplar. La arena, arrastrada, tiñe el cielo de gris. Skein asciende la pared del pozo y se tiende en su borde, jadeante. El hombre calavérico le ayuda a levantarse.

Skein ha visto ya cientos de veces esas mismas imágenes.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta el hombre calavérico.

—Extraño. Bien. Mi cabeza parece aclararse.

—¿Ha habido comunión?

—Oh, sí. Sí.

—¿Y?

—Creo que estoy curado —dice Skein, maravillado—. Mi fuerza ha vuelto. Antes, ¿sabes?, me sentía realmente disminuido, una miniversión de mí mismo. Y ahora. Y ahora. —Proyecta hacia adelante una de sus terminaciones mentales. Encuentra la mente del hombre calavérico. Skein tiene la sensación de una pared opaca: puede tocar la mente del otro, pero no puede penetrar en ella—. ¿Tú también eres un Comunicador? —pregunta, sorprendido.

—En un cierto sentido. Sé que me estás tocando. Te sientes mejor, ¿no?

—Mucho. Mucho. Mucho.

—Te lo había dicho. Ahora tienes una nueva oportunidad, Skein. Tu talento te ha sido devuelto. Gracias a nuestro amigo en el pozo. Le gusta ayudar a la gente.

—¿Skein? ¿Skein? ¿Skein? ¿Skein?

Concebimos el tiempo ya sea como transitorio, ya sea como permanente. El problema es: ¿cómo conciliar ambos conceptos? Desde un punto de vista formal, no hay ninguna dificultad, ya que esas propiedades pueden ser conciliadas por el concepto de una duratio successiva. Cada unidad temporal tiene esta característica de una permanencia que fluye: una hora fluye mientras dura y durante tanto tiempo como dura. Su fluir es pues idéntico a su duración. El tiempo, desde este punto de vista, es transitorio; pero su paso dura siempre.

Durante los primeros meses de su dolencia sus fugas le condujeron muy a menudo al futuro. Se vio a sí mismo ante la gran mansión del siglo XIX, en una docena de despachos de abogados, en hoteles, en astropuertos, en naves espaciales, se vio discutiendo con el hombre calavérico acerca de la naturaleza del tiempo, estremeciéndose al borde del pozo, saliendo de él curado, errando de planeta en planeta, buscando cuál era el correcto, aquél con la arena púrpura y los árboles de hojas azules. Y con el tiempo, esos saltos hacia adelante penetraron en el flujo del presente; fue hasta aquella gran mansión, recorrió aquellos hoteles y aquellos astropuertos, erró entre aquellos planetas. Ahora, a medida que se acerca a Abbondanza VI, sufre numerosos saltos hacia atrás y relativamente pocos saltos hacia adelante, y esos saltos hacia

adelante parecen estar limitados a una duración bastante corta, que cubre su aterrizaje en Abbondanza VI, su primer encuentro con el hombre calavérico, su marcha hacia el pozo, y su salida de la morada de la ameba, finalmente curado. Nunca hay nada más allá de aquella escena final. Se pregunta si el tiempo va a detenerse para él en Abbondanza VI.

La nave aterriza en Abbondanza VI con medio día de adelanto sobre el horario previsto. Hay que someterse a las habituales operaciones de descontaminación, y mientras se efectúan, Skein descansa en su cabina, contando los minutos que le separan de la libertad. Está curiosamente seguro que éste se trata del mundo en el que va a encontrar al hombre calavérico y la bienhechora ameba. Por supuesto, ha sentido ya esa misma sensación antes, contemplando desde otras astronaves otros planetas que poseían la misma coloración, y cada vez se equivocaba. Pero la intensidad de esta certeza es ahora algo nuevo. Está seguro que su búsqueda está tocando a su fin.

—Se inicia el desembarco —anuncian los altavoces.

Se une a la fila de pasajeros que descienden. Los demás sonríen, se abrazan, murmuran; han hecho amigos e incluso se han emparejado durante el viaje. Él permanece apartado. Nadie le ha dicho adiós. Sale a una terminal brillantemente iluminada, un gran cubo de cristal que se parece a todas las otras terminales diseminadas por los miles de mundos que el hombre ha alcanzado. Podría igualmente hallarse en Chicago, en Johannesburgo o en Beirut: siempre la misma escena de maleteros, de ventanillas de reserva, de aduaneros, de personal de hoteles, de choferes de taxi, de guías. Una epidemia de semejanzas que se extiende por todo el Universo. Al salir de la oficina de la aduana, Skein se ve asaltado. ¿Desea un taxi, una habitación de hotel, una mujer, un hombre, un guía, un terreno para construir, un sirviente, un billete para Abbondanza VII, un vehículo privado, un intérprete, un banco, un teléfono? El tumulto sumerge a Skein en tres fugas consecutivas de diez segundos, todas ellas vueltas hacia atrás; se halla de nuevo en un día lluvioso en Tierra del Fuego, establece una comunión para ayudar a un productor de espectáculos aéreos a perfeccionar la puesta en escena de su última fantasía, y apoya su palma contra un cubo para dictar los términos de un contrato a Nicholas Coustakis.

Luego Coustakis se desvanece, la terminal reaparece, y Skein se da cuenta que alguien acaba de sujetarle por el brazo izquierdo, inmediatamente por debajo del codo. Unos huesudos dedos se clavan en su carne. Es el hombre calavérico.

—Ven conmigo —le dice—. Te llevaré hasta allá donde deseas ir.

—¿Esta vez no se trata de otro salto hacia adelante? —pregunta Skein, como se ha visto a sí mismo preguntar tan a menudo en el pasado—. Quiero decir, ¿estás realmente conmigo?

Y, como Skein ha oído responder tantas veces en el pasado, el hombre calavérico dice:

—No, esta vez no es otro salto hacia adelante. Estoy realmente aquí para llevarte.

—Gracias a Dios. Gracias a Dios. Gracias a Dios.

—Es por aquí. ¿Tienes a mano tu pasaporte?

Las mismas familiares palabras. Skein está preparado para descubrir que no se trata más que de otra fuga, y espera de un momento a otro regresar a la frustrante realidad. Pero no, la escena no se disipa. Permanece nítida. Permanece. Por fin ha alcanzando ese momento particular, y lo toma consigo y lo encierra, como una perla, en la concha del presente. Se apresura a salir de la terminal. El hombre calavérico le ayuda con las formalidades. ¡Qué delgado está! ¡Cómo brillan sus ojos, qué desecado es su rostro! Aquellas horribles y huesudas órbitas que surgen bajo la piel de la frente. Aquellas arrugadas mejillas. Skein espera oír de un momento a otro el entrecostar de sus costillas. Un violento puñetazo, y no quedará de él más que una nube de polvo blanco que caerá lentamente al suelo.

—Conozco tu problema —dice el hombre calavérico—. Te has visto atrapado en las fauces de la entropía. Ella te está devorando. El daño que ha sufrido tu mente te ha sumergido en una situación que no puedes dominar. *Podrías* dominarla si tan sólo aprendieras a adaptarte a la naturaleza de las percepciones que tienes actualmente. Pero no vas a hacerlo, ¿verdad? Y quieres ser curado. Bueno, puedes ser curado aquí, todo va bien. Al menos, más o menos curado. Te conduciré hasta allí.

—¿Qué quieres decir con: yo podría dominarla, si tan sólo aprendiera a adaptarme?

—Tu accidente te ha liberado. Te ha hecho descubrir la verdad acerca del tiempo. Pero te niegas a verla.

—¿Qué verdad? —pregunta Skein con voz neutra.

—Todavía sigues intentando pensar que el tiempo fluye simplemente desde alfa hasta omega, desde ayer hacia hoy y luego hacia mañana —dijo el hombre calavérico mientras avanzaban lentamente por la terminal—. Pero es falso. La idea del tiempo que fluye hacia adelante es una mentira que nos imponemos en nuestra infancia. Una abstracción aceptada de común acuerdo para que podamos enfrentarnos más fácilmente al problema. La realidad es que los acontecimientos llegan al azar, que el flujo cronológico no es más que la suma de nuestras alucinaciones, que si puede decirse que el tiempo «fluye» hay que decir que fluye en todas direcciones a la vez. Así, entonces...

—Espera —dijo Skein—. ¿Cómo explicas tú las leyes de la termodinámica? La entropía aumenta; la energía disponible disminuye constantemente; el Universo avanza hacia el último estasis.

—¿Realmente?

—La segunda ley de la termodinámica...

—Es una abstracción —dice el hombre calavérico—, que desgraciadamente no corresponde a la situación en el auténtico universo. No es una ley divina. Es una hipótesis matemática desarrollada por unos hombres que no eran capaces de percibir la verdadera situación. Hicieron lo mejor que pudieron para explicar los datos en un marco que podían comprender. Sus leyes son formulaciones de posibilidades, fundadas en condiciones que no aparecen más que en sistemas aislados y, por supuesto, en el buen sistema aislado la segunda ley es útil y muy esclarecedora. Pero en el Universo tomado en su totalidad, simplemente no es cierta. *No existe* la flecha del tiempo. La entropía *no* aumenta necesariamente. Los procesos naturales *pueden* ser reversibles. Las causas *no* preceden necesariamente a los efectos. De hecho, los conceptos de causa y efecto están vacíos. No hay ni causas ni efectos, sino tan sólo acontecimientos que se producen espontáneamente, y que nosotros disponemos en nuestras mentes según estructuras secuenciales comprensibles.

—No —murmura Skein—. ¡Esto es una locura!

—No existen las estructuras. Todo ocurre al azar.

—No.

—¿Por qué no quieres admitirlo? Tu cerebro ha sido dañado; lo que ha resultado destruido ha sido el centro de la percepción temporal, el que los humanos utilizan para imponer este orden irreal a los acontecimientos. Tus filtros temporales han quedado destruidos. El pasado y el futuro te son tan accesibles como el presente, Skein: puedes ir adonde quieras, puedes ver pasar los acontecimientos tal como lo hacen realmente. Lo único que ocurre es que no eres *capaz* de romper tus viejos hábitos de pensamiento. Intentas imponer aún a las cosas el orden entrópico convencional, cuando ya no tienes ninguna posibilidad de hacerlo, y el conflicto entre lo que percibes y lo que crees percibir es lo que te está volviendo loco. Dime, ¿no es así?

—¿Cómo sabes tanto sobre mí?

El hombre calavérico deja escapar una risita.

—Fui herido del mismo modo que tú. Hace mucho tiempo, fui arrancado de la línea temporal por una sobrecarga del mismo tipo que la tuya. Y necesité años para adaptarme a la nueva realidad. Al principio, me sentía tan aterrado como tú. Pero ahora comprendo. Me desplazo libremente en todos sentidos. Sé cosas, Skein —dejó escapar una irritante risita—. Ahora necesitas descansar. Una habitación, una cama. Tiempo para reflexionar un poco en todo esto. Ven conmigo. Ya no vale la pena apresurarse ahora. Estás en el planeta adecuado; muy pronto volverás a estar bien.

Además, la asociación del incremento de la entropía con la flecha del tiempo no es absolutamente circular; más bien ambos nos enseñan algo acerca de lo que les ocurrirá a los sistemas naturales en el tiempo, y de lo que debe ser el orden temporal para una serie de estados de un sistema. Así, podemos establecer a menudo un orden temporal entre un conjunto de acontecimientos utilizando la asociación tiempo-entropía, libres de toda referencia a los relojes y a las magnitudes de los intervalos temporales del presente. Haciendo la habitual distinción antes-después, procedemos frecuentemente apoyándonos en nuestra experiencia (incluso sin ningún conocimiento explícito del principio de la degradación de la energía): sabemos, por ejemplo, que para el hierro el estado de metal puro debe preceder a aquél de la superficie oxidada, o que las ropas se secarán después de haber sido expuestas al sol, y no

antes.

Una tensa, húmeda noche de truenos y tormenta temporales. Tendido, solo, en su demasiado amplia habitación de hotel, a cinco kilómetros de la playa púrpura, Skein se ve atrapado por las fugas.

—Escuchen, tengo que prohibir esto. Esas tortugas son una raza casi extinta. ¿Comprenden? *Muerto. Perdido. Desaparecido.* No comeré tortuga. Échenla. Échenla.

—Me siento feliz de comunicarle que le ha sido concedido un segundo ciclo, señor Skein. Claro que nunca ha habido la menor duda al respecto. Le deseamos una larga y feliz nueva vida.

—Desciende hasta él. La intensidad de su poder disminuye en función del cuadrado de la distancia; desde aquí ni siquiera puedes captarlo. Desciende. Deja que se ocupe de ti. Fúsióname con él. ¡Establece una comunión, Skein, establece una comunión!

—¿Desea que le enseñe los mosaics? ¿Ayudarle a comprender este espléndido edificio? Un dólar. ¿No? ¿Quizá cambiar dinero? Le haré un buen cambio.

—Antes, acláreme algo. Ese hombre, ¿verá todo lo que hay en mi mente? ¿Tendrá acceso a mis secretos personales?

—¡Te quiero!

—¡Apártate de mí!

—¿No te darás nunca cuenta que la causalidad no es más que una ilusión, Skein? La noción que uno puede tener de una serie consecutiva de acontecimientos no es más que un engaño. Imponemos unas formas a nuestras vidas, hablamos de la flecha del tiempo, decimos que se desliza de A a G, luego de Q hasta Z, establecemos la creencia del hecho que todo es lineal. Pero es falso, Skein. Es falso.

Desayuno en el frondoso porche. La luz matutina hace relucir al oeste los árboles con un resplandor azul ultramar. El hombre calavérico se acerca a él. Skein examina disimuladamente el flaco

rostro del otro. ¿No será todo aquello una ilusión? Quizá también *él* sea una ilusión.

Se dirigen hacia el mar. Alcanzan la playa mucho antes del mediodía. El hombre calavérico señala hacia el sur y avanzan siguiendo la línea de la costa; el caminar se hace a menudo penoso debido a que en algunos lugares la arena es demasiado blanda y deben dar un rodeo por el interior, escalando los acantilados de cuarzo. El monstruoso viejo parece infatigable. Cuando se detienen para descansar, sentados en la arena púrpura e intemporal, se inicia de nuevo el debate sobre el tiempo, y Skein oye las palabras que han resonado en su cráneo durante más de cuatro años. Es como si hasta ahora todo no hubiera sido más que un ensayo general, y fuera en este momento cuando subiera a escena para la representación.

—¿No te darás nunca cuenta que la causalidad no es más que una ilusión, Skein?

—Siento la obligación de despertar tu mente a la verdad.

—El tiempo es un océano, y los acontecimientos derivan hacia nosotros tan fortuitamente como los animales muertos sobre las olas.

Skein recita las respuestas apropiadas.

—No puedo aceptar esto. Es una teoría demoníaca, caótica y nihilista.

—¿Puedes seguir diciendo esto después de todo lo que te ha pasado?

—Seguiré diciéndolo. Lo que me ha ocurrido es una enfermedad mental. Quizá yo esté loco, pero el Universo no lo está.

—Al contrario. Tan sólo ahora tu mente ha sanado y has comenzado a ver las cosas tal como son en realidad. Lo malo es que te niegas a admitir la evidencia que has comenzado a sentir. ¡Tus filtros ya no funcionan, Skein! ¡Te has liberado de la ilusión de la linealidad! Ahora tienes una posibilidad de mostrar la ductibilidad de tu mente. Aprende a vivir con la auténtica realidad. Deja de querer imponer estúpidamente un orden artificial al fluir del tiempo. ¿Por qué *debe* el efecto seguir a la causa? ¿Por qué la semilla *no debe* seguir al árbol? Porque sigues aferrándote a un despreciable sistema de falsa evaluación de la experiencia, inútil y superado, pese a que has conseguido liberarte de...

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

A primera hora de la tarde se hallan ya a varios kilómetros del hotel, siguiendo tanto como pueden la línea de la playa. El suelo es irregular, accidentado, con formaciones rocosas que descienden casi hasta el borde del mar, y Skein observa que su marcha es mucho más fatigosa que en las visiones que ha tenido. Se detiene a menudo, jadeante, y el otro debe rogarle que se apresure.

—No está muy lejos —dice el hombre calavérico—. Puedes llegar hasta allí. Paso a paso.

—Estoy sin aliento. Esas colinas...

—Yo tengo dos veces tu edad y no estoy cansado.

—Tú estás en mejores condiciones. Hace meses que viajo encerrado de nave en nave.

—Está muy cerca —dice el hombre calavérico—. A un centenar de metros de la playa.

Skein se obliga a continuar. El calor es horrible. Resbala en la arena; el sudor le ciega; tiene una breve fuga retrospectiva.

—Ahí es —dice finalmente el hombre calavérico—. Mira hacia abajo, hacia el pozo.

Skein ve el cráter cónico, la ameba dorada.

—Desciende hasta él —dice el hombre calavérico—. La intensidad de su poder disminuye en función del cuadrado de la distancia; desde aquí ni siquiera puedes captarlo. Desciende. Deja que se ocupe de ti. Fusiónate con él. ¡Establece una comunión, Skein, establece una comunión!

—¿Y él va a curarme? ¿Para que pueda vivir como antes de todo esto?

—Si tú le dejas curarte, él lo hará. Esto es lo que desea hacer. Es un organismo completamente bienhechor. Es experto en reparar las mentes destrozadas. Déjale entrar en tu cráneo; déjale descubrir el lugar dañado. Puedes tenerle confianza. Desciende.

Skein se estremece al borde del cráter. Abajo, la criatura ondula y se modifica, haciéndose primero ancha y aplanada, luego alta y gruesa, hasta reasumir finalmente su forma fundamentalmente circular. Su color aumenta en intensidad hasta el escarlata, y su halo se desliza hacia el amarillo. Como si se tensara y se ajustara a sí misma. Parece estar esperándole. Parece impaciente. Esto es lo que él ha buscado durante tanto tiempo, yendo de planeta en

planeta. El hombre calavérico, la arena púrpura, el pozo, la criatura. Skein se quita sus sandalias. *¿Qué puedo perder?* Permanece por unos instantes sentado al lado del pozo; luego se deja caer, deslizándose de tanto en tanto, y aterriza suavemente en el fondo, muy cerca de la criatura que está esperando. Inmediatamente capta su poder mental. Algo roza contra su cerebro. Aquella sensación le recuerda sus primeras sesiones de entrenamiento, cuando los instructores le mostraban cómo desarrollar su don. Dedos sondeando su consciencia. Vamos, entren, les dice. Estoy abierto. Y entra en contacto con la criatura del pozo. Sin palabras. La comunión es un doble flujo de imágenes incomprensibles; formas saliendo y entrando en su mente. El Universo se oscurece. Ya no sabe exactamente dónde se halla el centro de su ego. Había imaginado su cerebro como una esfera, con él en el centro, pero ahora parece alargado, elíptico, y una elipse no tiene centro, tan sólo un par de focos, uno aquí y el otro allá, un foco en su cráneo y el otro..., ¿dónde?..., en aquella carnosa ameba. El gran bípedo con un cuerpo lleno de huesos. Qué extraño, qué grotesco. Pero sufre. Debe ser ayudado. Está herido. Está roto. Lo tomaremos con todo nuestro amor. Lo curaremos. Y Skein siente que algo resbala por los pliegues y las circunvoluciones de su cerebro. Pero ya no puede recordar si él es el humano o la ameba, el vertebrado o el invertebrado. Sus identidades están entremezcladas. Entra en fugas, viendo ayeres y mañanas, y todo es informe y está vacío; es incapaz de reconocerse o de comprender las palabras que son pronunciadas. Pero no tiene importancia. Todo ocurre al azar. Todo no es más que ilusión. Libera el nudo de dolor que retiene en ti. Acepta. Acepta. Acepta. Acepta.

Acepta.

Se libera.

Se disuelve.

Se arranca los jirones de ego, el constriñente exoesqueleto de su personalidad, y permite tranquilamente que se efectúen los ajustes necesarios.

Sin embargo, la posibilidad de una disminución puramente termodinámica de la entropía en un sistema aislado —sin entrar en detalles respecto a su rareza— presenta una objeción contra la definición de la dirección temporal en términos de entropía. Si un

sistema aislado consiguiera sufrir una disminución de entropía, en un estado dado consecuente de otro, deberíamos decir que el tiempo «vuelve hacia atrás», si nuestra definición de la flecha temporal estuviera basada fundamentalmente en términos de crecimiento de la entropía. Pero con una definición de la dirección hacia adelante del tiempo establecida en términos de condición actual y de intervalos temporales medidos en el presente, podemos fácilmente aceptar una disminución de la entropía; esto no sería más que una rara anomalía en los procesos físicos del mundo natural.

El viento empieza a soplar. La arena, arrastrada, tiñe el cielo de gris. Skein asciende la pared del pozo y se tiende en su borde, jadeante. El hombre calavérico le ayuda a levantarse.

Skein ha visto ya cientos de veces esas mismas imágenes.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta el hombre calavérico.

—Extraño. Bien. Mi cabeza parece aclararse.

—¿Ha habido comunión?

—Oh, sí. Sí.

—¿Y?

—Creo que estoy curado —dice Skein, maravillado—. Mi fuerza ha vuelto. Antes, ¿sabes?, me sentía realmente disminuido, una miniversión de mí mismo. Y ahora. Y ahora. —Proyecta hacia adelante una de sus terminaciones mentales. Encuentra la mente del hombre calavérico. Skein tiene la sensación de una pared opaca; puede tocar la mente del otro, pero no puede penetrar en ella—. ¿Tú también eres un Comunicador? —pregunta, sorprendido.

—En un cierto sentido. Sé que me estás tocando. Te sientes mejor, ¿no?

—Mucho. Mucho. Mucho.

—Te lo había dicho. Ahora tienes una nueva oportunidad, Skein. Tu talento te ha sido devuelto. Gracias a nuestro amigo en el pozo. Le gusta ayudar a la gente.

—¿Y qué haré ahora? ¿Dónde iré?

—No importa lo que hagas. No importa dónde. No importa cuándo. Eres libre para desplazarte a tu capricho a lo largo de la línea temporal. En estado de fuga controlada, dirigida, por decirlo de algún modo. Después de todo, si el tiempo no es lineal, si no existe una sucesión inmutable de acontecimientos...

—¿Sí?

—Entonces, ¿por qué no elegir la sucesión que más te interese? ¿Por qué aferrarte al conjunto de abstracciones en el que te ha mantenido tu yo precedente? Eres un hombre libre, Skein. Ve. Aprovéchalo. Deshaz tu pasado. Arréglalo. Mejóralo. No es tu pasado, al igual que tampoco este momento es tu presente. Todo es uno, Skein, todo es uno. Toma los pedazos que prefieras.

Decide verificar la veracidad de las palabras del hombre calavérico. Prudentemente, Skein salta tres minutos al pasado y se ve a sí mismo salir del pozo. Se desliza cuatro minutos al futuro y ve al hombre calavérico, solo, avanzando cansinamente hacia el norte a lo largo de la línea de la playa. Todo fluye. Todo es fluidez. Está libre. Está libre.

—¿Lo ves, Skein?

—Ahora puedo verlo —dice Skein. Ha salido de las fauces de la entropía. Es el dueño del tiempo, lo cual quiere decir que es su propio dueño. Puede desplazarse a voluntad. Puede oponerse a las fuerzas imaginarias del determinismo. De repente se da cuenta de lo que debe hacer ahora. Va a asegurar su libre albedrío; va a desafiar a la entropía en su propio terreno. Skein sonríe. Se libera de la línea del tiempo y flota libremente en lo que otros llamarían el pasado.

—Sitúen a Nissenson en estado receptivo —ordena a su escritorio.

Coustakis, parpadeando rápidamente, visiblemente incómodo, dice:

—Antes, acláreme algo. Ese hombre, ¿verá todo lo que hay en mi mente? ¿Tendrá acceso a mis secretos personales?

—No. No. Filtro la comunión con el mayor cuidado. Nada pasará de su mente a la de él, excepto la naturaleza del problema que usted quiere que le resuelva. Y nada pasará de la de él a la de usted excepto la respuesta.

—¿Y si no hay ninguna respuesta?

—La habrá.

—¿Y si utiliza los resultados de esta conexión en provecho propio?

—Nuestros contratos se lo prohíben. No hay la menor posibilidad. Empecemos inmediatamente. Ahora.

El escritorio comunica que Nissenson, al otro extremo del mundo, en Sao Paulo, está preparado. Skein sumerge rápidamente a

Coustakis en condición receptiva y se gira para observar las brillantes luces de sus unidades de acceso de datos. Éste es el momento en el que puede interrumpir la transacción. Gírate, Skein. Mira a Coustakis, sonríele suavemente e infórmale que la comunión será imposible. Devuélvele, su dinero, envíale a destruir la mente de otro Comunicador. Y continúa viviendo, feliz y completo durante el resto de tus días. Era en aquel momento, viendo una y otra vez aquella escena, en sus fugas, cuando Skein se gritaba silenciosa y desesperadamente a sí mismo que se detuviera. Ahora puede hacerlo, puesto que no se halla en fuga, no es una ilusión de desplazamiento temporal. Se ha desplazado realmente. Está allí, llevando consigo el conocimiento de todo lo que va a ocurrir, y es el único Skein en escena, el Skein que actúa. Levántate ahora. Rechaza el contrato.

No lo hace. Así desafía a la entropía. Así rompe las cadenas.

Observa las pequeñas lucecitas, parpadeantes y brillantes, que despiertan su talento, palpitando al ritmo eléctrico de su cerebro hasta que se eleva al nivel suficiente para permitir establecer una comunión. Y lo eleva aún más. Conecta a Nissenson a uno de los nódulos de su mente. Conecta a Coustakis a otro. Luego, suavemente, los pone en contacto. Es consciente de los riesgos, pero cree poder superarlos.

El contacto se establece.

De la mente de Coustakis llega la descripción del transmisor de materia con una exposición muy clara del problema de la difusión del rayo; Skein pasa todo aquello a Nissenson, que inmediatamente se dedica a buscar la solución. La fuerza reunida de sus dos mentes es grande, pero Skein deja fluir hábilmente el exceso de carga y mantiene la comunión sin excesivo esfuerzo, manteniendo a Coustakis y a Nissenson en contacto mientras se ocupan de sus problemas técnicos. Skein presta poca atención a sus excitadas mentes que avanzan hacia la respuesta. *Si usted. Sí, y entonces. Pero sí. Ya veo. Es posible. Y. Pese a todo, creo que podría. Me gusta. Esto nos conduce a. Por supuesto. El resultado inevitable. De todos modos, ¿es realizable? Creo que sí. Debería usted. Podré. Sí. Podré. Podré.*

—Le doy un millón de gracias —dice Coustakis a Skein—. Era tan simple, una vez hemos visto cómo debíamos afrontar el problema. No lamento en absoluto la suma que le he entregado. En

absoluto.

Coustakis sale, radiante de satisfacción. Skein, aliviado, dice a su escritorio:

—Voy a tomarme tres días de vacaciones. Hagan los ajustes necesarios con todas las cosas que queden pendientes.

Sonríe. Atraviesa el despacho, pone los amplificadores en marcha, gozando con la magnífica vista. La pesadilla ha terminado. El pasado ha sido corregido. La sobrecarga evitada. Tan sólo hacía falta un poco de confianza. Una clarificación. Una comprensión exacta del proceso.

De repente nota la aspirante sensación del inicio de una fuga temporal. Antes que pueda intervenir para dominar el fenómeno, se hunde en las tinieblas y se descubre al instante en un planeta de arena púrpura y árboles de hojas azules. Las anaranjadas olas chapotean un poco más allá. Está de pie a pocos metros de un pozo cónico y profundo. Mira hacia el fondo y ve a una criatura parecida a una ameba yaciendo junto a una silueta humana; una especie de tentáculos surgen del gelatinoso extraterrestre y rodean el cuerpo del hombre. Reconoce al hombre: es John Skein. La comunión termina en el fondo del pozo; el hombre inicia su ascensión por las paredes del pozo. El viento empieza a soplar. La arena, arrastrada, tiñe el cielo de gris. Contempla pacientemente a su otro yo más joven ascender hasta el borde del pozo. Ahora comprende. El circuito está cerrado, el nudo anudado, el anillo de identidad completo. Está destinado a pasar muchos años en Abbondanza VI, envejeciendo y enflaqueciendo. Él es el hombre calavérico.

Skein alcanza el borde del pozo y se tiende allá, jadeante. Ayuda a Skein a levantarse.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta.

CAMBIO CRUZADO EN EL MUNDO DE SÓLO-MARTES

Philip José Farmer

Phil Farmer posee una de las imaginaciones más llamativas y alegres de la ciencia ficción. Consideremos, por ejemplo, la cuestión de la superpoblación: suponiendo que no exista realmente forma de reducir el número de personas que comparten nuestra nave espacial Tierra, ¿no puede haber alguna otra forma para que, de todos modos, dispongamos cada uno de un poco de espacio? Farmer ha sugerido como una respuesta, una que puede funcionar al menos con la misma facilidad que los programas expuestos en la actualidad para enfrentarse con el problema. Claro está que su contestación también puede plantear nuevos problemas.

Pasar al miércoles era casi un imposible. Tom Pym había pensado en la posibilidad de vivir en otros días de la semana. Casi todos los que tenían un poco de imaginación lo hacían. Hasta había programas de TV que especulaban con ello. Tom Pym hasta había actuado en dos de esos programas. Pero no tenía un deseo genuino de salir de su propio mundo. Pero entonces se incendió la casa en que vivía.

Esto ocurrió el último de los ocho días de primavera. Al despertar vio a través de la puerta las cenizas y los bomberos. Un hombre con traje de amianto blanco le hizo señas de que no saliera.

Luego de quince minutos, otro hombre le indicó con un gesto que y a había pasado el peligro. Apretó el botón de la puerta y ésta se abrió de par en par. Tom Pym se hundió en las cenizas hasta los tobillos; debajo de la costra empapada de dos centímetros de espesor estaban un poquito calientes.

No era necesario preguntar qué había sucedido, pero de todos modos lo hizo.

El bombero dijo:

—Un cortocircuito, supongo. En realidad, no sabemos. Empezó poco después de medianoche, entre el momento en que el lunes se retira y entramos nosotros.

Tom Pym pensó que debía ser extraño ser bombero o policía. Sus horas eran tan diferentes, aun cuando también ellos estuvieran limitados por los muros de la medianoche.

Pero para entonces los otros estaban saliendo de sus enfriaderos o «ataúdes» como a menudo los llamaban. Todavía quedaban sesenta ocupados.

A las ocho tenían que entrar al trabajo. El problema de conseguir ropas nuevas y un lugar donde vivir tendría que ser postergado hasta las horas de descanso, porque el estudio de TV donde trabajaban estaba retrasado en la preparación del gran programa especial que debía salir al aire dentro de ciento cuarenta y cuatro días.

Desayunaron en un centro de emergencia. Tom Pym le preguntó a un asistente si sabía de algún lugar donde pudiese alojarse. Aunque el gobierno le proporcionaría uno, quizá no se tomase muy a pecho el conseguirle un lugar adecuado.

El asistente le mencionó una casa que quedaba a sólo seis calles de su anterior vivienda. Había muerto un maquillador y tenía entendido que la vacante aún no había sido cubierta. Tom se dirigió inmediatamente al teléfono, pues en ese momento su presencia no era necesaria, pero, según le informó el contestador, la oficina no abriría hasta las diez. El contestador era una pelirroja muy bonita, con ojos color turmalina y una voz muy sensual. A Tom le habría impresionado mucho más si no la hubiese conocido. Había desempeñado algunos papeles secundarios en dos de sus espectáculos y la voz enloquecedora no era de ella. Tampoco era de ella el color de sus ojos.

Al mediodía volvió a llamar, consiguió comunicación luego de una espera de diez minutos, y le preguntó a la señora Bellefield si presentaría una solicitud a su nombre. La señora Bellefield lo reprendió por no haber telefonado antes; no estaba muy segura de que se pudiese hacer algo ese día. Tom trató de explicarle su situación y luego renunció. ¡Burócratas! Esa noche fue a un albergue público durmió las cuatro horas estipuladas mientras el campo inductivo aceleraba sus sueños, se despertó y se metió en el cilindro vertical, de eternium. Estuvo allí durante diez segundos, atisbando a través de la puerta transparente, los otros cilindros con sus figuras inmóviles, y luego apretó el botón. Aproximadamente quince segundos después estaba inconsciente.

Tuvo que pasar tres noches más en el enfriadero público. Transcurrieron tres días del otoño; sólo quedaban cinco. No porque eso tuviese mucha importancia en California. Cuando vivía en Chicago, el invierno era como una manta blanca sacudida por una loca. La primavera era una explosión de verdor. El verano un brillante rugido y un hálito caliente. El otoño era el trastabillo de un bufón borracho con su disfraz de colorines.

Al cuarto día le comunicaron que podía mudarse a la casa por él elegida. Eso le causó sorpresa y placer. Sabía de una docena que había tenido que pasar todo un año —unos cuarenta y ocho días— esperando en una estación pública. Se mudó al quinto día, cuando le quedaban tres días de primavera para disfrutar. Pero tendría que dedicar sus dos días de asueto a comprar ropas, procurarse víveres y otros enseres, y relacionarse con sus convecinos. A veces deseaba no haber nacido con vocación teatral. Los de TV trabajaban cinco días consecutivos, algunas veces seis, en tanto que un lampista, por ejemplo, sólo gastaba tres de sus siete días.

La casa era tan grande como la otra y caminar las seis calles de más le sentarían bien. Alojaba a ocho personas por día, contándolo a él. Se mudó esa misma noche, se presentó, e hizo que Mabel Curta, quien trabajaba como secretaria de un productor, lo pusiera al tanto de la rutina de la casa. Luego de asegurarse que su enfriador había sido llevado al enfriadero, se sintió más tranquilo.

Mabel Curta lo había acompañado al enfriadero, pues se había constituido en su guía. Era una mujer baja, por demás curvilínea, de unos treinta y cinco años (tiempo de martes). Se había divorciado

tres veces, y el matrimonio ya no era para ella, salvo, claro está, que apareciera el señor Perfecto, Tom mismo estaba entre casamientos, pero no se lo dijo.

—Echémosle un vistazo a tu dormitorio —dijo Mabel—. Es pequeño, pero a prueba de ruidos, a Dios gracias.

Él la siguió y de pronto se detuvo. Ella volvió la cabeza desde el umbral y dijo:

—¿Qué pasa?

—Esta muchacha...

Había sesenta y tres cilindros de eternium, altos y grises. Tom Pym estaba contemplando a través de la puerta del más cercano a la joven alojada adentro.

—¡Mmmm! ¡Qué belleza!

Si Mabel sintió celos, los reprimió.

—¡Sí, de veras!

La joven tenía el pelo largo y negro, apenas ondulado, una cara capaz de ponerlo volado mil veces mil veces, una figura que tenía bastante, pero no demasiado, y piernas largas. Tenía los ojos abiertos: en la penumbra parecía ser de un color azul malva. Lucía un tenue vestido plateado.

El rótulo en el dintel de la puerta contenía sus datos. Jennie Marlowe. Nacida 2031 A.D., San Marino, California. Estaba por cumplir los veinticuatro. Actriz. Soltera. Vida de miércoles.

—¿Qué pasa? —dijo Mabel.

—Nada.

¿Cómo podría explicarle que un deseo que nunca podría ser satisfecho le atenazaba el estómago? ¿Enfermo de belleza?

Porque en nosotros la voluntad está regida por el destino. ¿Quién que una vez amó, no amó a primera vista?

—¿Qué? —dijo Mabel, y luego, tras una carcajada—: ¿Estás bromeando?

No estaba enojada. Comprendía que Jennie Marlowe no era más peligrosa como rival que si estuviese muerta. Y tenía razón. Era mejor para él que se ocupara de los vivos de este mundo. Mabel no estaba tan mal, cariñosa, en verdad, y luego de unos tragos, bastante estimulante.

Eran más de las 18 cuando por fin bajaron al salón de TV. La mayoría de los otros habitantes también estaban allí. Algunos se

habían puesto los audífonos; algunos miraban la pantalla sin dejar de hablar. Estaban pasando el noticiario, por supuesto. Todo el mundo se estaba enterando de lo que había sucedido el martes último y hoy. El Presidente de la Cámara de Representantes se retiraba al finalizar su período. Su vida útil había terminado y su salud declinante no daba signos de recuperación. Mostraron una foto del panteón de la familia en Mississippi con la tumba reservada para él. Cuando la ciencia algún día descubriese la forma de rejuvenecer, saldrá de su enfriamiento.

—¡Ése sí que será un día! —dijo Mabel. Se acomodó sobre las rodillas de Tom Pym.

—¡Oh, creo que la van a ganar —dijo Tom—. Ya están sobre la pista; ya han conseguido detener el envejecimientos de los conejos!

—No me refería a eso —dijo ella—. Claro que van a encontrar la forma de rejuvenecer a la gente. Pero ¿y después? ¿Los van a traer a todos de vuelta? Con toda la gente que tienen ahora, ¿van a duplicar, o triplicar, o acaso cuadruplicar la población? ¿No te parece que los van a dejar ahí, de pie? —Soltó una risita y agregó —: ¿Qué sería de las palomas sin ellos?

Tom le estrujó la cintura. En ese mismo momento se vio estrujando la cintura de aquella otra muchacha. La de ella sería suave y sin rastros de gordura.

Olvídala. Piensa en el ahora. Mira las noticias.

Una tal señora Wilder había apuñalado a su marido y luego a sí misma con un cuchillo de cocina. Los dos habían sido enfriados inmediatamente después de la llegada de la policía, y llevados al hospital. Se estaba investigando un atraso de trabajo en las oficinas del gobierno del condado. La denuncia era que la gente del lunes no preparaba las computadoras para la del martes. Se había sometido el caso a las autoridades competentes de ambos días. La base Gánímedes informaba que la Gran Mancha Roja de Júpiter estaba emitiendo pulsaciones débiles, pero bien definidas, que no parecían ser casuales.

Los últimos cinco minutos del programa estuvieron dedicados a resumir los acontecimientos sobresalientes de los otros días. La señora Cuthmar, la encargada del albergue, cambió de canal para ver una comedia de enredos sin que ninguno de los presentes protestara.

Tom se retiró del salón, luego de comunicarle a Mabel que se iba a la cama temprano solo, y para dormir. Mañana tendría un día pesado.

En puntillas cruzó el vestíbulo y subió las escaleras y entró en el enfriadero. Las luces eran suaves, había muchas sombras y reinaba el silencio. Los sesenta y tres cilindros semejaban antiguas columnas de granito en una cámara subterránea de una ciudad sepultada. Cincuenta y cinco rostros eran borrones blancos detrás del metal translúcido. Algunos tenían los ojos abiertos; la mayoría los había cerrado mientras esperaban el campo que irradiaba la máquina de la base. Miró a través de la puerta de Jennie Marlowe. Volvió a sentirse enfermo. Inaccesible; nunca sería para él. El miércoles estaba a sólo un día. No, estaba sólo a un poco menos de cuatro horas y media.

Tocó la puerta. Era resbaladiza y apenas un poco fría. Ella lo miraba fijo. De su brazo derecho doblado colgaba la correa de un gran bolso. Cuando la puerta se abriese, ella saldría, lista para marcharse. Algunos se duchaban y se componían la cara tan pronto como despertaban y luego se metían directamente en el enfriador. A las cinco, cuando el campo se irradiaba automáticamente, salían un minuto después, listos para el día.

Ojalá él también pudiera salir de su «ataúd» a la misma hora.

Pero estaba bloqueado por el miércoles.

Se alejó. Se estaba portando como un chiquillo de dieciséis años. Había tenido dieciséis hacia unos ciento seis pero eso no cambiaba las cosas. Fisiológicamente tenía treinta.

Cuando empezaba a subir al segundo piso, estuvo a punto de volver para echar otra mirada. Pero se tomó a sí mismo por el cuello de la camisa y se arrastró escaleras arriba hasta su cuarto. Allí decidió que tenía que dormirse en seguida. Tal vez soñaría con ella. Si los sueños son realizaciones de deseos, se la traerían. No se había «probado» aún que los sueños siempre expresaran deseos, pero si se había demostrado que privado de soñar el hombre se vuelve loco. Y así los somniums irradiaban un campo que ponía al hombre en un estado que le permitía conseguir todo el sueño, y todos los sueños, que necesitaba para un período de cuatro horas. Luego se lo despertaba y un momento después entraba en el enfriador donde el campo suspendía todas las actividades atómicas

y subatómicas. Y en ese estado permanecía para siempre si no entraba en funcionamiento el campo activador.

Durmió, y Jennie Marlowe no fue a acompañarlo. O si lo hizo, Tom no lo recordaba. Se despertó, se lavó la cara, bajó ansioso al enfriador, donde se encontró con toda la gente de la casa, fumando un último cigarrillo, hablando, riéndose. Luego se meterían en sus cilindros, y un silencio semejante al que reina en el corazón de una montaña los envolvería a todos.

A menudo se había preguntado qué sucedería si no entraba en el enfriador. ¿Qué se sentiría? ¿Pavor? En toda su vida no había conocido otra cosa que martes. ¿Acaso el miércoles se abalanzaría sobre él, rugiendo, como una ola gigantesca? ¿Lo levantaría en vilo y lo lanzaría para estrellarse contra los arrecifes de un tiempo desconocido?

¿Qué pasaría si inventaba una excusa y volvía arriba y no bajaba hasta que se hubiese activado el campo? Entonces, no podría entrar. La puerta de su cilindro no volvería a abrirse hasta la hora señalada. Siempre le quedaba la posibilidad de correr hasta los enfriadores públicos de emergencia que se encontraban a tres calles de distancia. Pero ¿si se quedaba en su cuarto, en espera del miércoles?

Esas cosas sucedían. Si el infractor de la ley no tenía una excusa valedera, se lo procesaba. «Infringir el tiempo» era un delito un grado menor que el asesinato y aquéllos a quienes no se les aceptaban las excusas eran enfriados para siempre. Todos los infractores, cuerdos o insanos, eran enfriados. O mañanados, como decían algunos. Los criminales mañanados esperaban inmovilizados e inconscientes, y se los conservaba indemnes hasta que la ciencia contase con técnicas adecuadas para curar a los insanos, los neuróticos, los criminales, los enfermos. Mañana.

—¿Cómo era el miércoles? —le preguntó Tom á un hombre que irremediabilmente había quedado atrás a causa de un accidente.

—¿Cómo puedo saberlo? Estuve sin conocimiento, salvo unos quince minutos. Estaba en la misma ciudad y por supuesto nunca había visto las caras de los camilleros de la ambulancia, pero tampoco los he visto nunca por aquí. Me enfriaron y me dejaron en el hospital para que el martes cuidara de mí.

Ha de haberlo pasado mal, pensó Tom. Malo. Sólo pensar en eso

era una locura. Pasar al miércoles era casi un imposible. Casi. Pero podría hacerse. Llevaría tiempo y paciencia, pero podría hacerse.

Se detuvo Un instante frente a su enfriador. Los otros le dijeron:

—¡Hasta la vista! ¡Hasta pronto! ¡Hasta el martes!

Mabel le gritó:

—¡Buenas noches, amor!

—Buenas noches —murmuró Tom.

—¿Qué? —gritó ella.

—¡Buenas noches!

Miro de soslayo la hermosa cara detrás de la puerta. Luego sonrió. Le quedaban 17 minutos. Las alarmas del intercomunicador ululara. ¡Todo el mundo listo! ¡Hora de emprender el viaje de seis días! ¡Corran! ¡Recuerden los castigos!

Tom los recordaba, pero quería dejar un mensaje. El grabador estaba sobre una mesa. Lo activó, y dijo:

—Querida señorita Jennie Marlowe. Me llamo Tom Pym, mi enfriador está al lado del suyo. Yo también soy actor; en realidad, trabajo en el mismo estudio que usted. Sé que es presuntuoso de mi parte, pero nunca he visto una mujer tan hermosa como usted. ¿Su talento está a la altura de su belleza? Me gustaría ver algunas copias de sus actuaciones. ¿Tendría la amabilidad de dejarme algunas en la habitación cinco? Estoy seguro de que al ocupante no le molestará. Suyo, Tom Pym.

Lo volvió a pasar. Era sin duda bastante escueto y eso tal vez es exactamente lo que correspondía. Un mensaje demasiado florido o demasiado insistente la haría recelar. Dos veces se había referido a su belleza, pero sin hacer demasiado hincapié. Y el halago a su orgullo de actriz sería difícil de resistir. Nadie lo sabía mejor que él.

Se encaminó a su cilindro, silbando. Dentro, apretó el botón y miró el reloj. Faltaban cinco minutos para la medianoche. La luz de la enorme pantalla sobre la computadora de la central de policía no se encendería por él. Dentro de diez minutos, los agentes de policía del miércoles saldrían de sus enfriadores y empezarán sus guardias.

Había un intervalo de diez minutos entre los dos días en la central de policía. En esos pocos minutos se podía desatar un pandemonium, y a veces ocurría. Pero un precio había que pagar por mantener los muros del tiempo.

Abrió los ojos. Las rodillas le flaquearon un poco y se le

bamboleó la cabeza. La activación tenía una velocidad de un millón de microsegundos... desde el eternium a carne y sangre casi instantáneamente y el corazón nunca se enteraba de que había estado detenido durante tanto tiempo. Aun así, la respuesta de los músculos para volver a la posición vertical era un poquito lenta.

Apretó el botón, abrió la puerta, y fue como si su botón hubiese inaugurado el día. Mabel se había maquillado la noche anterior, así que estaba fresca como la aurora. Le dijo un cumplido y ella sonrió, feliz. Pero le anunció que se reuniría con ella a la hora del desayuno. En mitad de la escalera se detuvo y esperó hasta que el vestíbulo quedó vacío. Luego se escurrió otra vez escaleras abajo y entró en la sala de enfriamiento. Conectó el grabador:

Una voz, ronca pero a la vez melodiosa, dijo:

—Estimado señor Pym: He recibido unos cuantos mensajes de otros días. Fue divertido hablar a través del abismo entre los mundos, si no le importa que exagere un poquito. Pero en realidad no tiene sentido una vez que pasó la novedad. Si uno se interesa en la otra persona, se está condenando a una frustración. Esa persona no puede ser nada más que una voz en un grabador y una fría cara cerosa en un ataúd de metal. Me estoy poniendo poética. Perdóneme. Y si la persona no le interesa ¿para qué seguir comunicándose? En ninguno de los dos casos tiene sentido. Y tal vez yo sea hermosa. De todos modos, le agradezco el cumplido. Pero también soy sensata.

»Ni siquiera debí molestarme en responder. Pero me gusta ser amable; no quise herir sus sentimientos. Así que, por favor, no me deje más mensajes.

Esperó, mientras el grabador giraba en silencio. A lo mejor estaba haciendo una pausa de efecto. Ahora vendría una risita sofocada o una ronca carcajada melosa, y ella diría: «Sin embargo, no quiero decepcionar a mi público. Las pruebas están en su habitación».

El silencio se prolongaba. Apagó el aparato y se encaminó al comedor para desayunar.

La hora de la siesta en el estudio era de 14:40 a 14:45. Se echó en la cama y apretó el botón. Al cabo de un minuto estaba dormido. Esta vez sí soñó con Jennie; era una figura titilante que se corporeizaba desde las sombras y flotaba hacia él. Era aún más

hermosa de como la viera en su enfriador.

Esa tarde la filmación se prolongó más de lo previsto, de modo que volvió a casa justo a tiempo para la cena. Ni siquiera el estudio se atrevería a retener a un hombre después de la hora de la cena, especialmente porque sólo estaba autorizado a servir comida al mediodía.

Tuvo tiempo para mirar a Jennie un minuto antes de que la voz de la señora Cuthmar rechinara por el intercomunicador. Mientras bajaba al vestíbulo, pensó: «Me estoy metiendo hasta las orejas. Es ridículo. Soy un hombre mayor. Quizá... quizá debiera ver a un psico. Seguro, presenta la solicitud y espera hasta que un psico tenga tiempo para ti. Digamos unos trescientos días a partir de ahora, si tienes suerte. Y si el psico no te da resultado, entonces solicita otro y espera seiscientos días».

Solicitud. Retardó el paso. Solicitud. ¿Y si en lugar de pedir un psico pedía un traslado? ¿Por qué no? ¿Qué podía perder? Era probable que se lo rechazasen, pero al menos podía intentarlo.

Tampoco era cosa fácil conseguir un formulario para hacer la solicitud. Pasó dos días de asueto haciendo cola en la Oficina Central Urbana antes de obtener los formularios correspondientes. La primera vez, le entregaron un formulario equivocado y tuvo que reiniciar todo el trámite desde el principio. No había una cola aparte para los que querían cambiar de día. No había suficientes interesados como para justificarla. Así que tuvo que hacer cola en el mostrador de la oficina de Asuntos Diversos de la Sección Movilidad del Departamento de Intercambio Vital, Dirección General de Permutas y Traslados. Ninguno de estos títulos tenía nada que ver con la emigración a otro día.

La segunda vez que le entregaron el formulario, se negó a moverse de la ventanilla hasta haber verificado el número del formulario y pedir al empleado un doble control. Hizo caso omiso de las protestas de los que esperaban en la cola. Luego se encaminó a un lado del inmenso salón e hizo cola delante de máquinas perforadoras. Al cabo de dos horas consiguió sentarse ante una maquinita en forma de escritorio sobre la cual había una gran pantalla. Insertó el formulario en la ranura, miró en la pantalla la proyección del formulario y apretó los botones que marcaban en los espacios correspondientes las respuestas adecuadas. Después de eso,

todo cuanto le quedaba por hacer era echar el formulario por una ranura y confiar que no se extraviase. O confiar en que no tendría que repetir el trámite por haber perforado mal el formulario.

Esa noche, apoyó la cabeza contra el duro metal y le murmuró al rostro rígido detrás de la puerta:

—Debo amarte de veras para pasar por todo esto. Y tú ni siquiera lo sabes. Y lo que es peor, si lo supieras, acaso te importase un comino.

Para probarse a sí mismo que no había perdido del todo la cabeza, esa noche fue con Mabel a una fiesta ofrecida por Sol Voremwolf, un productor. Voremwolf acababa de aprobar un examen para ingresar en el servicio civil con un coeficiente de A-13. Esto significaba que a su debido tiempo, con un poco de suerte se convertiría en vicepresidente ejecutivo del estudio.

La fiesta fue todo un éxito. Tom y Mabel volvieron a casa una media hora antes de la de entrada a los enfriadores. Tom había hecho un esfuerzo para no excederse en el consumo de excitantes y licor, y no se dejó tentar por Mabel. A pesar de todo sabía que al desenfriarse estaría medio pasado y tendría que tomar algunos antídotos horripilantes. A causa de la falta de sueño, tendría mala cara y se sentiría como el demonio en el estudio.

Se libró de Mabel con una excusa y bajó al salón de los enfriadores antes que los demás. No porque eso le sirviera de algo si lo que quería era enfriarse más temprano. Los enfriadores sólo entraban en actividad a horas determinadas.

Se apoyó en el cilindro y palmeó suavemente la puerta.

—Durante toda la noche traté de no pensar en ti. Quería serle leal a Mabel. Es desleal salir con ella y pensar en ti todo el tiempo.

Todo es lícito en el amor...

Grabó otro mensaje para ella, y luego lo borró. ¿Qué sentido tenía? Sabía que tenía la lengua pastosa. Quería presentarse ante ella lo mejor posible.

¿Pero qué? ¿Qué le importaba a ella?

La respuesta era que a él le importaba, aunque no hubiera en ello ninguna razón, ninguna lógica. Amaba a esa mujer prohibida, intocable, lejana en el tiempo y no obstante tan próxima.

Mabel había entrado sin hacer ruido. Le dijo:

—¡Estás enfermo!

Tom se separó del cilindro de un salto. ¿Por qué lo había hecho? No tenía nada de qué avergonzarse. Entonces, ¿por qué estaba tan furioso con Mabel? Su turbación era comprensible, no su cólera.

Mabel se rió de él y eso lo alegró. Ahora podría pelearse con ella. Lo hizo, y ella dio media vuelta y se marchó. Pero a los pocos minutos volvió con los otros. Pronto sería medianoche.

Entonces Tom ya estaba adentro del cilindro. Pocos segundos más tarde, salió, empujó hacia atrás sobre sus ruedas el cilindro de Jennie e hizo girar el suyo de modo que quedase frente al de la muchacha. Volvió a entrar, apretó el botón y allí se quedó. La doble puerta distorsionaba apenas la imagen. Pero ella parecía aún más lejana en distancia y en tiempo, y más inalcanzable.

Tres días más tarde, ya bien avanzado el invierno, recibió una carta. El buzón del vestíbulo zumbó en el momento en que Tom entraba por la puerta principal. Retrocedió y esperó hasta que la carta estuvo impresa y cayó de la ranura. Era la respuesta a su solicitud de traslado al miércoles.

Denegada. Razón: no tenía ningún motivo razonable para pedir el traslado.

Eso era verdad. Pero él no podía consignar su motivo real. Habría sido aún menos efectivo que el que había dado. Había perforado el recuadro nº 12. RAZÓN: EMIGRAR A UN MEDIO EN EL CUAL MIS TALENTOS ENCONTRARÍAN PROBABLEMENTE UN CAMPO MÁS PROPICIO.

Echó maldiciones y se enfureció. Era su derecho humano, su derecho civil trasladarse a cualquier día que se le antojase. Es decir, debería ser su derecho. ¿Qué importancia tenía que un traslado requiriese tanto esfuerzo? ¿Qué importancia tenía que exigiese el traspaso de sus documentos de identidad y de todos los legajos relativos a su persona desde su nacimiento? ¿Qué impor...

Podía enfurecerse todo lo que quisiera, nada iba a cambiar con ello. Estaba empantanado en el mundo del martes.

Todavía no, murmuró para sí. Todavía no. Afortunadamente no hay límite para el número de solicitudes que puedo presentar en mi propio día. Mandaré otra.

Green que me van a ganar por cansancio, ¿eh? Bueno, yo los voy a cansar a ellos. El hombre contra la máquina. El hombre contra el

sistema. El hombre contra la burocracia y la fría dureza de la ley.

Los veinte días del invierno pasaron veloces. Los ocho días de primavera se fueron en un soplo. Era otra vez verano. El segundo día de los doce del verano, recibió una respuesta a su segunda solicitud.

No era ni negativa ni afirmativa. Consignaba que si él creía que pasándose al miércoles mejoraría psicológicamente porque así se lo decía su astrólogo, tendría que conseguir que un psico refrendase el análisis del astrólogo. Tom Pym pegó un salto e hizo chasquear en el aire los talones de sus sandalias. ¡Gracias a Dios vivía en una época que no catalogaba de charlatanes a los astrólogos! La gente —las masas— habían proclamado que la astrología era una necesidad y que debería ser legalizada y honrada. La ley se había sancionado y gracias a ella Tom Pym tenía una oportunidad.

Bajó a la sala de los enfriadores y besó la puerta del cilindro y le contó a Jennie Marlowe las buenas nuevas. Ella no respondió, aunque a él le pareció que los ojos le brillaban un poquito más. Por supuesto, eso era pura imaginación, pero a él le gustaba su imaginación.

Conseguir un psico para una consulta y pasar por las tres sesiones le llevó otro año, otros cuarenta y ocho días. El doctor Sigmund Traurig era amigo del doctor Stelhela, el astrólogo, y eso le facilitó las cosas a Tom.

—He estudiado detenidamente la carta astrológica del doctor Stelhela y analizado a fondo su obsesión por esa mujer —dijo—. Concuero con el doctor Stelhela en que usted siempre será infeliz en martes, pero en lo que no concuerdo del todo con él es que usted vaya a ser más feliz en miércoles. Sin embargo, usted está fascinado por la señorita Marlowe, así que pienso que debería emigrar al miércoles. Pero sólo si firma estos papeles comprometiéndose a ver allí a un psico para una terapia prolongada.

Sólo más tarde Tom Pym comprendió que el doctor Traurig quería probablemente sacárselo de encima porque tenía demasiados pacientes. Pero éste era un pensamiento poco caritativo.

Tuvo que esperar mientras los papeles pertinentes eran transmitidos a las autoridades del miércoles. Su batalla estaba ganada sólo a medias. Los otros funcionarios podrían rechazarlo. Y si lograba su propósito, entonces ¿qué? También ella podría

rechazarlo sin darle una segunda oportunidad.

Era impensable, pero podía ser.

Acarició la puerta y luego le estampó un beso.

—Pígmalión podía al menos tocar a Galatea —dijo—. Seguramente los dioses, esos grandes burócratas estúpidos, se apiadarán de mí, que ni siquiera puedo tocarte. Seguramente.

El psico le había dicho que era incapaz de establecer un vínculo verdadero y perdurable con una mujer, como les sucedía a tantos hombres de este mundo en relaciones fáciles, pero fugaces. Se había enamorado de Jennie Marlowe por varias razones. Quizá se pareciera a alguien a quien él había querido cuando era muy joven. ¿Su madre, tal vez? ¿No? Bueno, no tenía importancia. Lo descubriría en miércoles... tal vez. La verdad profunda e importante era que Tom amaba a la señorita Marlowe porque ella nunca podría rechazarlo, ponerlo de patitas en la calle, ni volverse fastidiosa, quejosa, llorosa, ni gritarle, insultarlo, y así sucesivamente.

La amaba porque era inalcanzable y muda.

—La amo como Aquiles ha de haber amado a Helena cuando la vio en lo alto de la muralla de Troya —dijo Tom.

—No sabía que Aquiles había estado alguna vez enamorado de Helena de Troya —dijo secamente el doctor Traurig.

—Homero nunca lo dijo, pero yo sé que tiene que haberse enamorado. ¿Quién pudo verla y no amarla?

—¿Cómo demonios quiere que yo lo sepa? ¡Nunca la vi! Si hubiese sospechado que esas alucinaciones se intensificarían...

—¡Yo soy un poeta! —dijo Tom.

—¡Superimaginativo querrá decir! Hmmm. ¡Debe ser una hechicera! Yo no tengo nada que hacer esta noche. Le diré una cosa... me ha despertado la curiosidad... esta noche iré a su casa y le echaré un vistazo a esa belleza fabulosa, su Helena de Troya.

El doctor Traurig se presentó inmediatamente después de la cena y Tom Pym lo acompañó a través del vestíbulo al salón de enfriamiento, que estaba en el fondo de la gran casa, como un guía ansioso por mostrar a un crítico célebre un Rembrandt recién descubierto.

El doctor permaneció largo rato frente al cilindro. Soltó varios mmm y varias veces estudió el rótulo con los datos. Luego dio la vuelta y dijo:

—Ya veo lo que quiere decir, señor Pym. Muy bien. Le daré el visto bueno.

—¿No es algo espléndido? —le dijo Tom en el porche—. Es algo fuera de este mundo, literal y figuradamente, claro está.

—Hermosísima. Pero me temo que usted corra el riesgo de sufrir una terrible decepción, un gran dolor quizá, quizá, quién sabe, hasta la locura, por mucho que odie utilizar este término tan acientífico.

—Correré el riesgo —dijo Tom Pym—. Sé que parezco chiflado, pero ¿dónde estaríamos si no fuese por los chiflados? Fíjese en el hombre que inventó la rueda, en Colón, en James Watt, en los hermanos Wright, en Pasteur, en cualquiera que a usted se le ocurra.

—Difícilmente pueda usted comparar a esos precursores de la ciencia, con su pasión por la verdad, con usted y su deseo de casarse con una mujer. Pero, como he podido observar, es extraordinariamente hermosa. Ese mismo hecho, sin embargo, me hace ser muy cauteloso. ¿Por qué no está casada? ¿Qué fallo tiene?

—¡Por mí, puede haber estado casada una docena de veces! —dijo Tom—. ¡Lo importante es que ahora no lo está! Quizá haya tenido una desilusión y ha jurado esperar hasta conocer al hombre de sus sueños. Quizá...

—No hay quizá que valga, usted es un neurótico —le dijo el doctor Traurig—. Pero a decir verdad creo que para usted sería más peligroso no emigrar al miércoles que el hacerlo.

—¡Entonces dirá que sí! —dijo Tom, asiendo la mano del doctor y estrechándosela con vehemencia.

—Quizá. Tengo ciertas dudas.

El doctor tenía una expresión ausente. Tom se rió y soltó la mano del doctor y le palmeó el hombro.

—¡Diga la verdad! ¡Lo dejó de una pieza! ¡Si no le hubiera pasado eso, usted estaría muerto!

—Está bastante bien —dijo el doctor—. Pero tiene que hacerse a la idea. Si va al miércoles y ella lo rechaza, usted podría hundirse en el más profundo de los abismos, por mucho que odie emplear una expresión tan poética.

—No. No es verdad. No estaré para nada peor. Mejor, en realidad. Por lo menos la podré ver en carne y hueso.

La primavera y el verano pasaron como un relámpago. Entonces, una mañana que nunca olvidaría, la carta de aceptación. Con ella las instrucciones de cómo llegar al miércoles. Eran bastante sencillas. Tenía que hacer ir a los técnicos a su enfriador en algún momento del día para que reajustasen el cronógrafo alojado en la base. No entendía por qué no podía, simplemente, quedar fuera del enfriador y esperar el miércoles, pero a esa altura había renunciado a tratar de sondear la mentalidad burocrática.

No pensaba decírselo a nadie de la casa, principalmente a causa de Mabel. Pero Mabel se enteró por alguien del estudio. Lloró cuando lo vio a la hora de la cena y corrió escaleras arriba para encerrarse en su habitación. Tom se sentía culpable, pero no la siguió para consolarla.

Esa noche, con el corazón palpitante, abrió la puerta de su enfriador. Para entonces, los otros ya estaban al tanto; había sido incapaz de guardar el secreto. En realidad, se alegraba de haberlo dicho. Parecían felices por él, y trajeron bebidas e hicieron muchas ruedas de brindis. Por último, Mabel bajó, enjugándose las lágrimas, y dijo que ella también le deseaba suerte. Que siempre había sabido que él no estaba realmente enamorado de ella. Pero deseaba de veras que alguien se enamorase de ella con sólo verla en su enfriador.

Cuando supo que Tom había ido a ver al doctor Traurig, dijo:

—Es un hombre muy influyente. Sol Voremwolf lo tuvo como analista. Dice que hasta tiene influencia en otros días. Dirige *Tendencias de la Psique*, una de las pocas revistas leídas por otra gente.

Otra, por supuesto, significaba los que vivían del miércoles al lunes.

Tom dijo que para él había sido una suerte conseguir a Traurig. Tal vez hubiera utilizado su influencia para lograr que las autoridades del miércoles dieran curso a su solicitud con tanta celeridad. Los muros entre los mundos rara vez se abrían, pero se sospechaba que los muy influyentes lo hacían cuando querían.

Ahora, trémulo, se detuvo otra vez delante del cilindro de Jennie. La última vez, pensó, que la veo en frío. La próxima vez será carne tibia, colorida, palpable.

—¡Ave atque vale! —dijo en voz alta. Los otros lo aclamaron.

Mabel dijo:

—¡Qué cursi! —Todos pensaron que él se refería a ellos, y tal vez los había incluido.

Entró en el cilindro, cerró la puerta, y apretó el botón. Mantendría los ojos abiertos, así...

Y ya era miércoles. Aunque lo que veía era exactamente igual, era como estar en Martes.

Abrió la puerta y salió. Las siete personas tenían caras que él conocía y nombres que había leído en sus rótulos. Pero le eran desconocidos.

Se disponía a presentarse, cuando se detuvo en seco.

El cilindro de Jennie Marlowe había desaparecido.

Asió por el brazo al hombre que tenía más cerca.

—¿Dónde está Jennie Marlowe?

—Suélteme. Me está lastimando. Se fue. Al martes.

—¡Martes! ¿Martes?

—Seguro. Hacía tiempo que estaba tratando de salir de aquí. Tenía la idea fija de que este día le daba mala suerte. No era feliz, de eso no cabe duda. Hace apenas dos días dijo que por fin le habían aceptado la solicitud. Al parecer, un psico del martes había movido influencias. Vino aquí, la vio en su enfriador y eso fue todo, hermano.

Los muros, la gente y los enfriadores empezaron a bambolearse. El tiempo se inclinaba aquí y allá. Tom no estaba en miércoles; tampoco estaba en martes. No estaba en ningún día. Estaba atrapado dentro de sí mismo en una fecha disparatada que jamás debió existir.

—¡No puede hacer eso!

—Ah ¿no? ¡Acaba de hacerlo!

—Pero... ¡uno no puede trasladarse más que una vez!

—Eso es problema de ella.

Era el suyo, también.

—¡Nunca debí traerlo aquí para que la viera! —dijo Tom—. ¡Ese puerco! ¡Ese puerco sin ética!

Tom Pym permaneció inmóvil durante largo rato y luego se encaminó a la cocina. El entorno era el mismo, a no ser por la gente.

Más tarde fue al estudio y consiguió un papel en una comedia de

enredos que era, en realidad, exactamente igual a todas las del martes. Esa noche miró el noticiario. El presidente de los EE.UU. tenía otro nombre y otra cara, pero las palabras de su discurso podían haber sido las del Presidente del martes. Le presentaron a la secretaria de un productor; no se llamaba Mabel, pero bien hubiera podido tener ese nombre.

La única diferencia aquí era que Jennie se había marchado, y ése era todo un mundo de diferencia para él.

MÁS VASTOS Y MÁS LENTOS QUE LOS IMPERIOS

Ursula K. LeGuin

Desde la publicación de su novela *La mano izquierda de la oscuridad*, la cual obtuvo tanto el premio Hugo como el Nébula, Ursula Le Guin y su estrella han permanecido en una ascensión constante y acelerada.

Al leer cualquiera de sus cuentos y novelas vemos inmediatamente la causa, porque es una escritora con donaire, naturalidad y excelente y clara meditación. Aquí, en una narración de exploración de un planeta remoto, Ursula Le Guin teje una trama fascinante y eficaz desde los ramales de la lógica y el humor.

Estás, mirando un reloj. Éste tiene manecillas y cifras dispuestas en un círculo. Las manecillas se mueven. Pero no puedes afirmar si se mueven del mismo modo o bien si una de ellas se mueve más aprisa que la otra. ¿Qué significa esto? Existe una relación entre las manecillas y el círculo de cifras y el nombre de esta relación lo tienes en la punta de la lengua; porque las manecillas tienen algo que ver con las cifras, ¿o bien estas cifras con las manecillas? ¿Qué da a entender este *con*? Son cifras y tu vocabulario no ha mermado en absoluto ya que, por supuesto, puedes contar, uno, dos, tres, cuatro, y más, si bien el problema estriba en que no puede decirse cuál es el cierto. Cada uno es único: él mismo. ¿Por dónde empezar?

Cada uno es único y, por tanto, ¿cuál es la explicación?

La tuve hace un instante; algo entre ellos. Pero no existe nada en medio. Sólo aquí y allí, uno y uno, y no hay nada allá: Maya ha muerto, y ahora todo es aquí uno.

Pero si todo está aquí y ahora y todo es uno significa que no hay término y por tanto, si no empezó no puede finalizar. ¡Oh, Dios mío, libérame en este instante de todo esto!

Estoy intentando describir las sensaciones de una persona de tipo medio ambientada en un vuelo NAFAL. Puede existir algo mucho peor que ello para alguien cuya proporción del tiempo sea sutil. Para otros puede ser un sedante, algo así como una droga que libera la mente de la tiranía de las horas, y para unos pocos, la experiencia resultará ciertamente misteriosa: el derrumbamiento del tiempo y su relación que les conduce directamente a la intuición de lo eterno.

Pero el místico es un ave extraña y la más cercana aproximación a Dios de la mayoría de la gente en un tiempo paradójico, es una inarticulada y angustiosa plegaria que le permite liberarse.

Ellos se acostumbraron a drogar a la gente preparándola para estos extensos vuelos, si bien dejaron de practicarlos al aperebirse de sus efectos. Porque lo que sucede a una persona drogada, enferma o herida durante un vuelo aproximado a la velocidad de la luz es, por supuesto, indeterminable. Un vuelo de diez años-luz no representaría lógicamente ninguna diferencia para alguien afectado de sarampión o herido de un balazo. El cuerpo humano envejece únicamente unos escasos minutos. ¿Por qué el enfermo de sarampión al desembarcarlo de la nave es un leproso y el hombre herido un cadáver? Nadie lo sabe, con excepción quizá del cuerpo, el cual conserva la lógica de la carne y sabe que va ulcerándose y sangrando o bien que ha sido drogado y condenado a la estupidez por diez años.

Así se produjeron muchos imbéciles y, como consecuencia, se estableció el *efecto Rey Pescador*, dejando de utilizar drogas y transportando al enfermo, herido o a la mujer embarazada. Porque uno debía estar en buenas condiciones de salud para ir hasta NAFAL y considerarlo correcto. Perl no era necesario ser cuerdo. Fue durante las primeras décadas de la Liga cuando los terrestres, tal vez en un intento de mantener en alto su apaleado ego colectivo,

lanzaron naves que realizarían viajes enormemente largos, mucho más allá de las estrellas. Buscaban mundos que no hubieran sido colonizados ni explotados, como lo habían sido todos los mundos conocidos, por los Founders on Hain, mundos auténticamente extraños; y todas las tripulaciones de aquellas naves de investigación estaban trastornadas. ¿Quiénes si no hubieran salido a recoger información que no sería recibida sino al cabo de cuatro, cinco o seis siglos? ¿Y recibida por quién? Esto era antes de que se inventara el comunicador instantáneo; quedarían aislados tanto en el espacio como en el tiempo. Ninguna persona en su sano juicio que hubiera experimentado el deslizamiento del tiempo, aunque sólo hubiera sido durante unas pocas décadas y entre mundos cercanos, se ofrecería voluntaria para un viaje de medio milenio. Los investigadores eran escapistas; inadaptados; introvertidos.

Diez de ellos subieron a bordo del transbordador en Smeming Port, en Pesm, e hicieron diversos e ineficaces intentos de conocerse durante los tres días que tardaba el transbordador en alcanzar su nave, *Gum*. *Gum* es un apodo lowcetiano, que quiere decir, más o menos, nene o animalito casero. En el equipo había un lowcetiano, un hairycetiano, dos hainisianos y cinco terrestres; la nave era de construcción cetiana, pero fletada por el Gobierno de la Tierra. Su tripulación subió a bordo a través de un tubo, uno a uno, como aprensivos espermatozoides que fueran a fertilizar el universo. El transbordador se fue y el *Gum* comenzó su viaje. Voló durante algunas horas por el borde del espacio a unos pocos cientos de millones de kilómetros de Pesm y luego, bruscamente, desapareció.

Cuando al cabo de diez horas y veintinueve minutos, o sea, 256 años, *Gum* reapareció en el espacio normal, se contaba con que estuviera en las cercanías de la Estrella KG-E-96651. Con toda seguridad habría también una adorable estrella de luz dorada. Y en algún lugar, dentro de una esfera de cuatrocientos millones de kilómetros, habría también un planeta verde, Mundo 4470, como indicó un cartógrafo hacía bastante tiempo. Lo que tenía que hacer la nave era buscar el planeta. No era tan fácil como parecía. En el espacio planetario, la *Gum* no podría ir a una velocidad cercana a la de la luz; si lo hiciera, tanto ella como la Estrella KG-E-96651 y el Mundo 4470 podían acabar explotando. Tendría que viajar utilizando cohetes a propulsión, a unos pocos cientos de miles de

kilómetros por hora. El Navegante Matemático Asnanifoil sabía muy bien dónde tendría que estar el planeta y calculaba que lo alcanzarían en diez días-E. Entretanto, los miembros del equipo de Investigación podrían conocerse aún mejor.

—No puedo soportarle —decía Porlock, el Científico Duro (químico, físico, astrónomo, geólogo, etc.), mientras su bigote se iba cubriendo de pequeñas gotas de saliva—. Ese hombre está loco. No logro entender por qué se le permitió ser miembro de este equipo, a menos que se trate de un experimento deliberado de incompatibilidad, planeado por la Autoridad, utilizándonos a nosotros como cobayos.

—Nosotros utilizamos, generalmente, hámsters —dijo Maimón, el Científico Blando (psicología, además de psiquiatría, antropología, ecología, etc.), cortésmente; era uno de los hombres de Hainish—, en lugar de cobayos. En fin, ya sabes que Osden es verdaderamente un caso muy raro. De hecho, es el primer caso de completa curación del síndrome de Render, una variedad de autismo infantil que se pensaba era incurable. El gran analista terrestre Hammergeld sostenía que la causa de la condición autista se debía, en su caso, a una capacidad empática supernormal, y desarrolló el tratamiento apropiado. Osden fue el primer paciente que siguió ese tratamiento, y de hecho estuvo viviendo con el doctor Hammergeld hasta los dieciocho años. La terapia fue un éxito total.

—¿Un éxito?

—Pues sí, claro. Él ya no es autista.

—¡No; ahora es intolerable!

—Bueno, mira —dijo Mannon, mirando con aprensión las gotas de saliva del bigote de Porlock—, la reacción defensiva-agresiva normal que se establece cuando dos extraños se encuentran (como, por ejemplo, Osden y tú) es algo de lo que apenas se es consciente; costumbres, maneras, falta de atención, es algo que se pasa por alto; tú has aprendido a ignorarlo, hasta el punto de que incluso negarías que existe. Sin embargo, Osden, que es un empático, lo siente. Siente sus sentimientos y los tuyos, y le es difícil decir cuál es de cuál. Digamos que existe un elemento normal de hostilidad hacia cualquier extraño en la reacción emocional de ti hacia él cuando os encontráis, además de un espontáneo sentimiento de desagrado

hacia su aspecto, o sus ropas o la forma de dar la mano..., o cualquier cosa por el estilo. Él siente este desagrado. Como se le ha hecho olvidar su defensa autística, lo resuelve con un mecanismo agresivo-defensivo, en respuesta al tipo de agresión que tú proyectas sin proponértelo sobre él —Mannon siguió explicando cosas así durante largo rato.

—No hay nada que justifique que nadie sea un bastardo como él —dijo Porlock.

—¿Y no puede ignorarnos? —preguntó Harfex, el biólogo, otro hainishiano.

—Sucede como con la acción de escuchar —respondió Olleroo, ayudante del Científico Duro, dejando de pintarse las uñas con laca fluorescente—. Nadie tiene párpados en las orejas. Nadie puede desconectarse de la empatía. El oye nuestros sentimientos, quíéralo o no.

—¿Sabe lo que estamos *pensando*? —preguntó Eskwana, el Ingeniero.

—No —le contestó Porlock—. ¡La empatía no es telepátia! Nadie ha llegado a ser telépata.

—Hasta el momento —puntualizó Mannon con su sonrisita—. Poco antes de dejar yo Hain llegó un informe muy interesante de uno de los mundos recientemente descubiertos. Un tal Rocannon informa de algo que podría ser una técnica telepática susceptible de ser aprendida existente entre una raza de homínidos mutantes; yo sólo vi una sinopsis en el boletín del HILP, pero... —Y continuó hablando. Los demás habían aprendido que podían hablar mientras Mannon lo hacía; a él no parecía importarle, aunque se perdiera la mayor parte de su disertación.

—Entonces ¿por qué nos odia? —preguntó Eskwana.

—Nadie te odia a ti, querido —dijo Olleroo, pintándole una uña a Eskwana con su laca fluorescente. El Ingeniero enrojeció y sonrió vagamente.

—Actúa como si nos odiase —dijo Haito, la Coordinadora. Era una mujer de aspecto delicado, de pura ascendencia asiática, con una voz sorprendentemente ronca, profunda y suave—. Si sufre con nuestra hostilidad, ¿por qué la incrementa con ataques e insultos constantes? No puedo decir que confíe mucho en la cura del doctor Hammergeld, Mannon; el autismo sería preferible...

Se detuvo. Osden acababa de entrar en la cabina principal.

Parecía que le habían despellejado. Tenía la piel extrañamente blanca y fina; sus venas destacaban como un mapa de carreteras en rojo y azul. Su manzana de Adán, los músculos que le rodeaban la boca, los huesos y los ligamentos de sus muñecas y manos, todo se le apreciaba tan claramente como si estuvieran hechos para una lección de anatomía. El cabello tenía una tonalidad herrumbrosa pálida, como la sangre muy seca. Tenía ojeras y las pestañas sólo se le veían bajo cierta luz. Lo que más se le notaba eran los pómulos, los párpados surcados por las venas y los ojos sin color. No tenía los ojos rojos porque no era albino, pero tampoco eran azules o grises; los colores habían desaparecido de los ojos de Osden, dejando en ellos una claridad fría como de agua, infinitamente penetrable. Nunca miraba directamente a nadie. Su cara carecía de expresión, como un dibujo de anatomía, o como si estuviera desollado.

—Estoy de acuerdo —dijo con una voz alta y áspera de tenor— en que incluso el autismo sería preferible a esta niebla de emociones ordinarias y de mal gusto con la que me rodeáis. ¿Por qué estabas diciendo ahora que me odias, Porlock? ¿No puedes mirarme? Continúa con las prácticas de autoerotismo en la forma en que lo estabas haciendo la pasada noche, eso te hará bien. ¿Quién demonios ha movido mis cintas? No quiero que nadie roque mis cosas.

—Osden —dijo Asnanifoil, el hairycetiano, con su peculiar voz baja—, ¿por qué eres tan insoportable?

Ander Eskwana bajó la cabeza y se cubrió la cara con las manos. La tensión le asustaba. Olleroo miraba con una expresión ausente y sin embargo ansiosa, el eterno espectador.

—¿Y por qué no iba a serlo? —replicó Osden. No miraba a Asnanifoil, y se mantenía físicamente tan alejado de todos ellos como le permitían las dimensiones de la cabina—. Ninguno de vosotros constituye en sí mismo razón alguna para que yo cambie de actitud.

Asnanifoil se encogió de hombros; los cetianos no eran muy inclinados a aceptar lo obvio. Harfex, hombre paciente y reservado, dijo:

—Una razón de peso puede ser que debamos pasar juntos varios años. La vida será mejor para nosotros si...

—¿Acaso no has entendido que no me importáis un comino? —le atajó Osden. Luego tomó sus cintas y salió. Eskwana se había ido repentinamente a dormir. Asnanifoil estaba dibujando figuras en el aire con el dedo y murmurando el Ritual.

—No puede explicarse su presencia en el equipo sino como un complot por parte de la Autoridad terrestre. Acabo de darme cuenta ahora. Esta misión va a fallar —le susurró Harfex a la Coordinadora, echando miradas furtivas sobre su hombro. Porlock tenía los ojos llenos de lágrimas. Ya les había dicho que todos estaban locos, pero pensaron que exageraba.

Sin embargo, tenían razón. Los Investigadores esperaban que sus compañeros de equipo fueran inteligentes, bien preparados, inestables y personalmente simpáticos. Habrían de trabajar juntos en espacios reducidos, y se esperaba que las depresiones, paranoias, manías, fobias y compulsiones de unos y de otros fueran lo suficientemente moderadas como para permitir unas buenas relaciones personales, al menos durante gran parte del tiempo. Osden podía ser inteligente, pero su preparación era escasa y su personalidad desastrosa. No podía exhibir en su favor más que aquel don singular suyo, su poder de empatía; hablando con propiedad, su amplio margen de receptividad bioempática. Este don no era específico; podía captar emociones y percepciones de cualquiera que las sintiera. Podía compartir la sensualidad con un ratón blanco, dolor con un pájaro aplastado y ftofobia con un murciélago. La Autoridad había decidido que sería muy útil en un mundo extraño; sería interesante saber lo que siente alguien cercano y los sentimientos que se tienen hacia esa persona. El título de Osden era nuevo: era el Sensor del equipo.

—¿Qué es emoción, Osden? —le había preguntado un día Haito Tomiko en la cabina, intentando entrar en contacto con él—. ¿Qué es exactamente lo que captas de nosotros con tu sensibilidad empática?

—Porquería —respondió él en voz alta y exasperada—. Los excrementos psíquicos del reino animal. Estoy vadeando a través de vuestras heces.

—Lo único que intentaba es conocer algunos hechos —dijo ella. Pensó que el tono de su voz había sido admirablemente tranquilo.

—Vosotros no vais tras los hechos. Estáis intentando llegar hasta

mí. Con una mezcla de un poco de miedo, un poco de curiosidad y una gran cantidad de desagrado. Como podríais acercaros a un perro muerto o ver los gusanos retorcerse. ¿Queréis comprender de una vez por todas que no quiero que os acerquéis a mí, que deseo estar solo? —Su piel se cubrió de manchas rojas y violeta, mientras elevaba la voz—. ¡Revuélcate en tu propia porquería, perra! —le gritó, mientras ella permanecía en silencio.

—Cálmate —dijo ella, todavía tranquila; pero tuvo que salir y dirigirse a su departamento. Estaba claro que él había acertado sus motivaciones; su pregunta no había sido más que un pretexto, un simple esfuerzo por interesarle. ¿Pero qué había de malo en ello? ¿No implicaba aquello un respeto por el otro? En el mismo instante de formularse aquella pregunta había sentido una poderosa sensación de repulsión hacia él; e incluso casi pena hacia él, hacia aquel pobre bastardo arrogante y emponzoñado, el señor Sin-Piel, como le llamaba Olleroo. Pero ¿con qué esperaba encontrarse comportándose como se comportaba? ¿Amor?

—Supongo que no puede soportar que nadie sienta piedad por él —dijo Olleroo, tumbada, acariciándose el pecho.

—Entonces no podrá establecer ninguna relación humana. Todo lo que su doctor Hammergeld hizo fue sacar al exterior a un autista...

—Pobre desgraciado —dijo Olleroo—. Tomiko, ¿no te importa si Harfex viene un rato esta noche?

—¿No puedes ir tú a su departamento? Estoy harta de ir a sentarme a la cabina principal con ese maldito nabo.

—Le odias, ¿verdad? Me imagino que él lo nota, pero es que anoche dormí también con Harfex y Asnanifoil puede sentirse celoso, ya que ellos comparten la cabina. Aquí sería mejor.

—Pues dales gusto a los dos, entonces —dijo Tomiko con la acritud de la modestia ofendida. Su subcultura terrestre, la del este asiático, era puritana; ella lo había heredado de casta.

—Me gusta estar solo con uno cada noche —le contestó Olleroo con inocente serenidad. Beldene, el Planeta Jardín, no había descubierto nunca la castidad.

—Entonces inténtalo con Osdén —dijo Tomiko. Su inestabilidad personal apenas había sido nunca tan clara como en aquel momento: era un profundo desagrado de sí misma que se

manifestaba en forma destructiva. Se había declarado voluntaria para aquel trabajo porque, con toda probabilidad, no serviría para nada hacerlo. La pequeña beldenense levantó la vista, con el pincel de las uñas en la mano y los ojos muy abiertos.

—Tomiko, eso que has dicho es muy desagradable.

—¿Por qué?

—¡Sería una vileza! ¡No me siento atraída por Osden!

—No sabía que eso te importara —dijo Tomiko con indiferencia, aunque sí que lo sabía. Recogió algunos de sus papeles y salió de la cabina, puntualizando—: Espero que tú y Harfex, o quien sea, acabéis pronto; estoy cansada.

Olleroo se había puesto a llorar. Lo hacía con facilidad. Tomiko no había llorado desde que tenía diez años.

Aquella no era una nave feliz; pero la situación mejoró cuando Asnanifoil y su computadora encontraron el Mundo 4470. Allí estaba, como una joya de un verde oscuro, como algo verdadero en el fondo de un Pozo de gravedad. Mientras miraban cómo crecía el disco de jade, una sensación de comunidad les invadió. El egoísmo de Osden, su premeditada crueldad, les servía ahora para unirlos.

—Tal vez —dijo Mannon— le han enviado para que nos sirva de acicate. Lo que los terrestres llaman víctima propiciatoria. Tal vez su influencia nos sea beneficiosa, después de todo. —Y nadie le contradijo, tan preocupados estaban de no herir los sentimientos de los otros.

Entraron en órbita. No había luces en la parte en que era de noche; sobre los continentes no había ninguna de esas líneas y montones que hacen los animales que construyen.

—No hay hombres —murmuró Harfex.

—Claro que no —le espetó Osden, que tenía una pantalla para él solo y la cabeza dentro de una bolsa de polieteno. Sostenía que el plástico cortaba el sonido empático que recibía de los demás—. Estamos a dos siglos luz del límite de la Expansión hainishiana, y fuera de él no hay hombres. Y además, ¿crees que la Creación hubiera podido cometer el mismo error absurdo dos veces?

Ninguno le prestaba demasiada atención; miraban con cariño aquella inmensidad de jade que discurría bajo ellos, donde había vida, aunque no humana. Entre los hombres siempre existían problemas, y lo que veían no era desolación sino paz. Incluso Osden

no parecía tan inexpresivo como de costumbre; estaba temblando.

Descendieron sobre el mar; reconocieron el aire; aterrizaron. Una llanura de algo parecido a la hierba, verde y grueso, rodeaba la nave, rozaba las cámaras extensibles, manchando las lentes de un fino polen.

—Parece una pura fitosfera —dijo Harfex—. Osden, ¿captas algún sentimiento?

Todos se volvieron hacia el Sensor. Había dejado la pantalla y se estaba sirviendo una taza de té. No respondió. Rara vez respondía a las preguntas.

La rigidez quitinosa de la disciplina militar resultaba totalmente inconcebible para esos equipos de Científicos Locos; su cadena de mando descansaba en cierto modo entre el procedimiento parlamentario y la orden informal, y hubieran ignorado totalmente las decisiones de cualquier oficial de servicio. Sin embargo, por una inescrutable decisión de la Autoridad, la doctora Haito Tomiko había recibido el título de Coordinador, y ahora ejercía su prerrogativa por primera vez.

—Señor Sensor Osden —dijo—, por favor, conteste al señor Harfex.

—¿Cómo podría «captar» ninguna sensación del exterior —dijo Osden sin volverse— con las emociones de nueve homínidos neuróticos pululando a mi alrededor como gusanos en una lata? Cuando tenga algo que decirlos, os lo diré. Soy consciente de mi responsabilidad como Sensor. Pero si persistes en darme órdenes, Coordinador Haito, reconsideraré mi responsabilidad.

—Muy bien, señor Sensor. Confío en que de ahora en adelante las órdenes no sean necesarias. —La voz de toro de Tomiko sonaba tranquila, pero Osden pareció tambalearse de espaldas a ella: como si la ira de la mujer le hubiera golpeado con fuerza física.

Se probó que las previsiones del biólogo eran correctas. Cuando comenzaron a realizar los correspondientes análisis no encontraron animales ni entre los microorganismos. Allí nadie se comía a nadie. Todas las formas de vida que existían eran fotosintetizadoras o saprófagas; vivían de la luz o de los seres muertos, no de la vida. Plantas: infinitas plantas, pero ninguna de las especies conocidas por los visitantes. Infinitas tonalidades de verde, violeta, púrpura, marrón y rojo. Infinitos silencios. Lo único que se movía era el

viento, acariciando las hojas, un viento cálido cargado de esporas y polen, extendiendo el dulce polvo verde pálido por las praderas de enormes hierbas, páramos sin matorrales, bosques sin flores que jamás nadie pisó, que jamás contempló nadie. Un mundo cálido y triste, triste y sereno. Los Investigadores caminaban como excursionistas sobre llanuras soleadas de filicaliformes violeta, hablándose suavemente. Sabían que sus voces rompían un silencio de millones de años, el silencio del viento y las hojas, las hojas y el viento, soplando y cesando de soplar, una y otra vez. Conversaban en voz baja, pero, siendo humanos, no podían evitar conversar.

—Pobre viejo Osden —decía Jenny Chong, biólogo y técnico, mientras pilotaba un helijet sobre el cuadrante polar norte—. Todo ese fantástico mecanismo de alta fidelidad en su cerebro y sin nada que recibir.

—Me comentó que odia las plantas —dijo Olleroo con una risita.

—Supuse que le gustaban, puesto que no le molestan tanto como nosotros.

—Yo no puedo decir lo mismo de esas plantas —dijo Porlock, mirando las ondulaciones purpúreas del bosque circumpolar—. Todas iguales. Sin cambios. Un hombre solo ahí perdería la cabeza.

—Pero todo está vivo —dijo Jenny Chong—. Y Osden odia todo lo que está vivo.

—Él no es realmente tan malo —dijo Olleroo, magnánima.

Porlock la miró de reojo y preguntó:

—¿No te has acostado nunca con él, Olleroo?

Olleroo se puso a llorar y gritó:

—¡Los terrestres sois unos obscenos!

—No, no lo ha hecho —dijo Jenny Chong, defendiéndola—. ¿Lo has hecho tú, Porlock?

El químico se echó a reír, mientras las correspondientes gotas de saliva aparecían en su bigote.

—Osden no puede soportar que le toquen —dijo Olleroo amargamente—. Una vez le rocé sin querer y me apartó bruscamente, como si yo fuera una cosa sucia. No somos más que cosas para él.

—Es malo —dijo Porlock, mirando a las dos mujeres—. Acabará destruyendo este equipo, sabotéándolo, de una forma u otra. Recuerda mis palabras. ¡No está hecho para convivir con otras

personas!

Aterrizaron en el Polo Norte. Un sol de medianoche caía sobre unas suaves colinas. Hierbas cortas, secas y de un rosa verdoso se extendían en todas direcciones, lo cual equivalía a decir una sola dirección: sur. Subyugados por el increíble silencio, los tres Investigadores cogieron sus instrumentos y recogieron muestras, como tres virus moviéndose en el seno de un gigante inmóvil.

Nadie le pidió a Osden que les acompañara en sus vuelos o sus expediciones fotográficas, y él nunca se ofreció a acompañarles, de modo que apenas abandonaba la base. Introdujo los datos botánicos taxonómicos de Harfex en las computadoras de la nave e hizo de ayudante de Eskwana, cuyo trabajo consistía principalmente en reparaciones y mantenimiento. Eskwana había comenzado a dormir mucho, veinticinco horas o más de las treinta y dos que tenían los días, durmiéndose mientras reparaba una radio o comprobaba los circuitos de un helijet. La Coordinadora se quedó un día en la base para observarle. No había nadie más allí a excepción de Poswet To, que sufría ataques epilépticos; Mannon la había introducido aquel día en un circuito de terapia en estado catatónico preventivo. Tomiko introducía informes en el almacén de datos y vigilaba a Osden y a Eskwana. Pasaron dos horas.

—Deberías utilizar la micro 860 para cerrar esa conexión —dijo Eskwana con su voz suave y vacilante.

—¡Obviamente!

—Lo siento. Pero como vi que tenías ahí la 840...

—Y la colocaré en su lugar cuando saque la 860. Cuando no sepa cómo hacerlo, Ingeniero, pediré tu consejo.

Al cabo de un minuto Tomiko lanzó una mirada a su alrededor. Eskwana estaba dormido, con la cabeza apoyada en la mesa.

—Osden.

El blanco rostro no se volvió, ni habló, pero por la postura del hombre se notaba que estaba escuchando.

—No es posible que no te des cuenta de la vulnerabilidad de Eskwana.

—Yo no soy responsable de sus reacciones psicóticas.

—Pero sí eres responsable de las tuyas. Eskwana es esencial para nuestro trabajo aquí, y tú no. Si no puedes controlar tu hostilidad, procura no estar con él.

Osdén dejó a un lado sus herramientas y se levantó.

—¡Con placer! —dijo con su voz vengativa—. No podrías imaginar lo que es *experimentar* los irracionales terrores de Eskwana. ¡Tener que compartir su terrible cobardía, tener que amedrentarse con él ante cualquier cosa!

—¿Estás intentando justificar tu crueldad con él? Creí que tenías más dignidad. —Tomiko se dio cuenta de que estaba temblando de ira—. Si es cierto que tu poder empático te hace compartir la desgracia de Ander, ¿por qué no induce nunca la más ligera compasión por tu parte?

—Compasión —dijo Osdén—. Compasión. ¿Qué es lo que sabes tú acerca de la compasión?

Ella le miraba, pero él evitaba su mirada.

—¿Quieres que verbalice tu actual situación emocional con respecto a mí? —preguntó—. Puedo hacerlo de una forma más precisa de lo que podrías tú. Estoy adiestrado para analizar esas respuestas a medida que las recibo. Y las recibo.

—¿Pero cómo puedes esperar que sienta afecto por ti si te comportas como lo estás haciendo?

—¿Y qué importa cómo me comporte, estúpida cerda, acaso piensas que eso significa algo? ¿Crees que la naturaleza humana es un pozo de amor? Para mí no hay más alternativa que ser odiado o ser despreciado. Como no soy ni una mujer ni un cobarde, prefiero ser odiado.

—Carroña. Autocompasión. Todo hombre posee...

—Pero yo no soy un hombre —la atajó Osdén—. Ahí estáis todos vosotros. Y aquí estoy yo. Yo soy *único*.

Desbordada por aquel torrente de solipsismo abismal, ella permaneció en silencio durante unos momentos; luego dijo sin ira ni piedad, cínicamente:

—¿Serías capaz de matarte, Osdén?

—Ésa sería tu forma de actuar, Haito —dijo él en un tono de burla—. Yo no soy un depresivo y el seppuku^[1] no es mi plato favorito. ¿Qué quieres que haga yo aquí?

—Vete. Ahórranos tu presencia. Coge un vehículo aéreo y un administrador de datos y vete a contar especies. En el bosque; Harfex ni siquiera ha mirado aún los bosques. Elige un área de cien metros cuadrados, nadie entrará en tu radio de acción. Estarás fuera

de toda conexión empática. Comunícate todos los días a las ocho y a las veinticuatro en punto.

Osdén se fue, y no supieron nada de él durante cinco días, aparte de dos lacónicas señales diarias comunicando que se encontraba bien. El humor de la gente de la base cambió. Eskwana se mantenía despierto dieciocho horas al día. Poswet To sacó su laúd estelar y cantó las armonías celestiales. (La música llevaba a Osdén al borde de la locura). Mannon, Harfex, Jenny Chong y Tomiko dejaron de tomar tranquilizantes. Porlock destiló no sé qué cosa en su laboratorio y se lo bebió todo entero. Tuvo un desvanecimiento. Asnanifoil y Poswet To mantuvieron una Epifanía Numérica durante toda la noche, esa orgía mística de matemáticas superiores que supone el mayor placer del alma religiosa cetiniana. Olleroo se acostó con todos. El trabajo marchaba bien.

El Científico Duro regresó a la base corriendo, después de haber trabajado con las carnosas y altas graminiiformes.

—Algo... en el bosque... —Se le salían los ojos de las órbitas, jadeaba y le temblaban los dedos y el bigote—. Una cosa grande. Moviéndose, detrás de mí. Yo estaba trabajando cuando vino hacia mí. Era como si nadara entre los árboles. Detrás de mí. —Miraba a los demás con los ojos opacos por el terror o el cansancio.

—Siéntate, Porlock. Tranquilízate. Y ahora, vuelve a contárnoslo. Has *visto* algo...

—No con claridad. Fue sólo un movimiento. Un... un... No sé lo que puede haber sido. Algo que poseía movimiento propio. Entre los árboles, los arboriformes o como quiera que los llamemos. En el borde del bosque.

Harfex parecía enfadado.

—No hay nada aquí que pueda atacarte, Porlock. No hay ni siquiera microzoos. No *puede* haber un animal tan grande.

—¿No es posible que vieras caer de repente un epifito, una enredadera que se desplomara detrás de ti?

—No —dijo Porlock—. Se dirigía hacia mí, a través de las ramas, muy rápido. Cuando me volví despegó de nuevo. Hizo un ruido, una especie de chasquido. ¡Si no se trata de un animal, Dios sabe lo que puede haber sido! Era grande, tan grande como un hombre. Me parece que era rojizo. No lo pude ver, no estoy seguro.

—Era Osdén —dijo Jenny Chong— haciendo de Tarzán. —Se

echó a reír nerviosamente, y Tomiko reprimió una fuerte carcajada. Pero Harfex no sonreía.

—Uno se encuentra incómodo bajo los arboriformes —dijo con su voz educada, contenida—. Yo me he dado cuenta de ello. Puede que por eso haya dejado de trabajar en los bosques. Existe una cualidad hipnótica en los colores y en los ritmos de ramas y hojas, especialmente las helicoidales; y los generadores de esporas están colocados de una forma tan regular que no parece natural. Subjetivamente hablando, lo encontré casi desagradable. Me pregunto si un fuerte efecto de ese tipo podría producir una alucinación...

Porlock movió la cabeza y se humedeció los labios.

—Estaba allí —dijo—. Había algo, moviéndose con un fin. Intentaba atacarme desde atrás.

Cuando Osden llamó, puntual como siempre, a las veinticuatro en punto aquella noche, Harfex le informó de lo sucedido.

—¿Has captado algo que pueda apoyar la impresión de Porlock de una forma viva y en movimiento en el bosque?

Sssss, dijo la radio sardónicamente.

—No. Mierda —contestó Osden con su desagradable voz.

—Has permanecido en el bosque mucho más tiempo que nosotros —dijo Harfex con su inagotable educación—. ¿Estás de acuerdo con la impresión que yo tengo de que el ambiente del bosque es más bien perturbador y puede tener un efecto alucinógeno sobre las percepciones?

Sssss.

—Estoy de acuerdo en que las percepciones de Porlock se alteran fácilmente. Que se quede en su laboratorio. Allí causará menos problemas. ¿Alguna otra cosa?

—No, por el momento —dijo Harfex, y Osden cortó la comunicación.

Nadie dio crédito a la historia de Porlock, pero tampoco pudo rebatirla nadie. Lo cierto es que algo grande había intentado atacarle por sorpresa. Eso era difícil negarlo, porque estaban en un planeta extraño, y todo el que había entrado en el bosque había sentido un cierto escalofrío bajo los «árboles». («Llamadlos árboles —había dicho Harfex—. En realidad son lo mismo, aunque, naturalmente, diferentes»). Todos estuvieron de acuerdo en que se

habían sentido incómodos, o que habían tenido la sensación de que alguien les miraba entre los árboles.

—Tenemos que aclarar esto —dijo Porlock, y pidió voluntarios para internarse en el bosque con él para explorar y observar. Olleroo y Jenny Chong se ofrecieron voluntarias si podían ir las dos. Harfex las envió al bosque que estaba cerca de donde habían acampado, una gran extensión que cubría gran parte del Continente D. Les prohibió que llevaran armas blancas. No tendrían que salirse de un semicírculo de cincuenta kilómetros, que incluía el lugar por donde investigaba Osden. Se comunicarían con la base dos veces al día, durante tres días. Porlock informó haber visto de refilón algo que parecía una gran figura semierecta moviéndose a través de los árboles en dirección al río; Olleroo estaba segura de haber oído algo moviéndose cerca de la tienda la segunda noche.

—No hay animales en este planeta —dijo Harfex con terquedad, Entonces Osden dejó de hacer su llamada matutina.

Tomiko estuvo esperando algo menos de una hora y luego voló con Harfex al área donde había informado estar Osden la noche anterior. Pero cuando el helijet sobrevolaba las impenetrables e ilimitadas extensiones de hojas purpúreas, sintió un pánico desesperante.

—¿Cómo vamos a encontrarle ahí?

—Informó que estaba junto al río. Busquemos el vehículo aéreo, puesto que él debe de estar acampado cerca, y no puede alejarse demasiado de su campamento. Contar especies es un trabajo lento. Ahí está el río.

—Y ahí está el vehículo —dijo Tomiko, captando un brillo ajeno a aquella naturaleza entre los colores y las sombras vegetales—. Por allí debe de estar, entonces.

Descendieron. El mar de vida se cerró sobre sus cabezas.

Cuando sus pies tocaron el suelo del bosque, ella desabrochó la funda de su pistola; luego, viendo que Harfex estaba desarmado, no sacó la pistola, pero mantuvo su mano sobre ella. No se oía el más mínimo ruido, aunque estaban a unos pocos metros del lento y amarronado río, y la luz era escasa. Grandes troncos de árboles se repartían por la zona con gran regularidad, casi simétrica; unos parecían cubiertos por una fina piel, otros eran sedosos, otros esponjosos, grises, marrón verdoso o marrones, unidos por lianas y

festonados con epifitas, ramas parecidas a las de los sauces, rígidas, llenas de hojas oscuras, formando conjuntos de veinte y treinta metros de espesor. El suelo era elástico como un colchón, totalmente cubierto de raíces y de una hierba de hojas pequeñas y carnosas.

—Ahí está su tienda —dijo Tomiko, asustada por el propio sonido de su voz en medio de aquel silencio. En la tienda estaba el saco de dormir de Osden, un par de libros y una caja de comida. Tomiko pensó que tendrían que llamarle, gritar su nombre, pero no se atrevió siquiera a sugerirlo; tampoco lo hizo Harfex. Dieron una vuelta alrededor de la tienda, cuidando de no perder de vista aquellas inmensas formas, aquellos troncos que se agrupaban junto a ellos. Tomiko encontró el cuerpo de Osden a unos treinta metros de la tienda, al llamarle la atención el brillo de su libro de notas. Estaba tendido boca abajo entre dos enormes raíces de árbol. Tenía la cabeza y las manos cubiertas de sangre, en parte seca, en parte todavía fresca.

Harfex apareció junto a ella, con su pálida piel casi verde bajo aquella luz.

—¿Muerto?

—No. Ha sido golpeado. Por detrás. —Los dedos de Tomiko recorrieron su cráneo ensangrentado, sus sienes—. Con un arma o un utensilio. No logro encontrar fracturas.

Cuando le dio la vuelta, los ojos de Osden se abrieron. Ella le sujetaba, muy cerca de su cara. Los pálidos labios del hombre temblaron. Un miedo mortal invadió a Tomiko. Lanzó dos o tres fuertes gritos, e intentó huir corriendo, tropezando, hacia la terrible espesura. Harfex la alcanzó, y con el efecto de su voz y el contacto de su mano, su miedo fue disminuyendo.

—¿Qué te sucede? ¿Qué te sucede? —le preguntaba él.

—No lo sé —dijo ella, sollozando. Su corazón le latía aún fuertemente y no lograba ver con claridad—. El miedo..., el... Me invadió el pánico. Cuando vi sus ojos.

—Los dos estamos nerviosos. No comprendo esto...

—Ya me encuentro bien. Vamos, tenemos que trasladarle para poder curarle.

Actuando de prisa, llevaron a Osden a la orilla del río y le cubrieron con una manta; colgaba como un saco, retorciéndose un

poco sobre el oscuro mar de hojas. Le colocaron en el helijet y despegaron. En un minuto se hallaban en campo abierto. Tomiko cerró su pistolera. Lanzó un profundo suspiro y sus ojos se encontraron con los de Harfex. —Estaba tan aterrada que casi me desmayo. Nunca había hecho nada semejante.

—Yo también... estaba irracionalmente asustado —dijo el hainishiano, y en efecto parecía tembloroso y envejecido—. No tan mal como tú, pero de forma igualmente irracional.

—Fue cuando entré en contacto con él, al sujetarle. Durante un momento pareció estar consciente.

—¿Empatía...? Espero que pueda decirnos qué fue lo que le atacó.

Osdén yacía como un muñeco roto cubierto de sangre y barro mientras salían apresuradamente del bosque.

Hubo más pánico desatado cuando llegaron a la base. La absurda brutalidad del ataque resultaba siniestra y aterradora. Puesto que Harfex había establecido sin lugar a dudas que no existía ninguna posibilidad de vida animal, comenzaron a especular acerca de plantas conscientes, monstruos vegetales, proyecciones psíquicas. La fobia latente de Jenny Chong se despertó y ya no pudo hablar más que de los Egos Oscuros que seguían a la gente por la espalda. Olleroo, Porlock y ella habían vuelto a la base; nadie tuvo la idea de salir de nuevo.

Osdén había perdido bastante sangre durante las tres o cuatro horas que había permanecido solo, y las graves contusiones le habían puesto en un estado de semicoma. Cuando finalmente volvió en sí y le fue bajando la fiebre, llamó varias veces al «doctor» con voz átona: «Doctor Hammergeld...» Cuando se despertó totalmente, al cabo de dos largos días, Tomiko llamó a Harfex a su departamento.

—Osdén, ¿puedes decirnos qué fue lo que te atacó?

Sus pálidos ojos estaban fijos en un punto más allá de la cara de Harfex.

—Fuiste atacado —le dijo Tomiko cariñosamente. Aquella mirada era odiosamente familiar, pero ella era médico, protectora del que sufre—. Puede que no lo recuerdes aún. Algo te atacó. Estabas en el bosque...

—¡Ah! —gritó, mientras sus ojos centelleaban y sus facciones se

contorsionaban—. El bosque..., en el bosque...

—¿Qué sucedió en el bosque?

Tomó aliento. Su cara se iluminó, ya plenamente consciente. Al cabo de un momento, dijo:

—No lo sé.

—¿Viste lo que te atacó? —preguntó Harfex.

—No lo sé.

—Lo recordarás ahora.

—No lo sé.

—Puede que las vidas de todos nosotros dependan de ello. ¡Debes decirnos lo que viste!

—No lo sé —repetía Osdén, sollozando débilmente.

Estaba demasiado agotado como para ocultar expresamente la respuesta. Allí cerca, Porlock mordía su bigote intentando escuchar lo que se decía en la habitación.

Harfex se inclinó sobre Osdén y dijo:

—Vas a decirnos... —Tomiko tuvo que intervenir enérgicamente.

Harfex se controló mediante un doloroso esfuerzo. Salió en silencio y se dirigió a su departamento, donde con toda seguridad se tomó una dosis doble o triple de tranquilizantes. Los demás hombres y mujeres, repartidos por el gran edificio, que tenía un amplio salón y diez dormitorios, no decían nada, pero parecían deprimidos. Osdén, como siempre, los tenía a su merced. Tomiko le miró con un odio que le quemaba en la garganta como si fuera bilis. Su monstruoso autismo se había introducido en las emociones de los demás y su absoluto egoísmo era peor que cualquier deformidad de la carne, por horrible que ésta fuera. Igual que un monstruo congénito, no debería haber vivido. No debería estar vivo. Debería haber muerto. ¿Por qué no le habrían abierto la cabeza?

Mientras tanto, él yacía allí, blanco y sin fuerzas, con las manos caídas a los lados y sus descoloridos ojos muy abiertos. Había lágrimas en ellos. Bruscamente, Tomiko se dirigió hacia él. Él intentó apartarla.

—No —dijo con una voz débil, e intentó levantar las manos para protegerse la cabeza—. ¡No!

Ella se sentó junto a la cama y al cabo de unos instantes puso su mano sobre la del hombre. Él intentó retirarla, pero no tuvo fuerzas.

Se produjo un largo silencio entre ellos.

—Osden —murmuró ella—. Lo siento. Lo siento mucho. Quiero sentir afecto por ti. Permítemelo, Osden. No deseo herirte, escucha, ahora lo comprendo. Fue uno de nosotros. Estoy en lo cierto, ¿verdad? No, no respondas, dime solamente si me equivoco; pero no me equivoco... Cierto que hay animales en este planeta. Diez. No me importa quién ha sido. Eso no tiene importancia. Podría haber sido yo mima, hace un momento solamente. Me he dado cuenta de ello. No comprendo cómo ha sucedido, Osden. No puedes darte cuenta de lo difícil que resulta para nosotros comprender... Pero escucha. Si hubiera amor, en vez de odio o miedo... ¿Nunca habrá amor?

—No.

—¿Por qué no? ¿Por qué no puede suceder nunca? ¿Somos tan débiles los seres humanos? Es terrible. No importa, no importa. No te preocupes. Descansa. Al menos ahora no había odio, ¿verdad? Había simpatía, interés, buenos deseos. Lo sentiste, ¿verdad, Osden? ¿Es eso lo que sentiste?

—Entre... otras cosas —dijo de forma casi inaudible.

—Supongo que había ruidos procedentes de mi subconsciente... Escucha, cuando te encontramos en el bosque, cuando intenté darle la vuelta a tu cuerpo, volviste parcialmente en ti y yo sentí horror de ti. Durante un minuto estuve loca de miedo. ¿Fue tu miedo hacia mí lo que yo sentí?

—No.

Su mano estaba todavía sobre la del hombre, y éste se encontraba casi relajado, a punto de dormir, como quien ha tenido un gran dolor y se lo están aliviando.

—El bosque —murmuró; ella apenas podía entenderle—. Miedo.

Ella no continuó presionándole, pero siguió manteniendo su mano sobre la de Osden y se quedó mirándole mientras se dormía. Era consciente de lo que sentía y de lo que, por ello, él debía sentir. Ella confiaba en eso: no hay más que una emoción que pueda reinvertirse totalmente, polarizarse en un momento. En hainishiano existía una palabra para designarlo: *ontá*, que valía para el odio y para el amor. Ella no estaba, por supuesto, enamorada de Osden. Lo que sentía por él era *ontá*, odio polarizado. Ella mantenía su mano entre las suyas y la corriente fluía entre ambos, la tremenda

electricidad del toque que él siempre había temido. Al quedarse dormido, el anillo de músculos que rodeaban su boca y que parecían un grabado de anatomía, se relajó, y Tomiko vio en su cara lo que ninguno de ellos había visto nunca antes: una sonrisa. Luego desapareció. Él siguió durmiendo.

Mejóro. Al día siguiente ya se sentaba y estaba hambriento. Harfex quería interrogarle, pero Tomiko se lo impidió. Colgó una sábana de politeno sobre la puerta del cubículo, como muchas veces había hecho el propio Osden.

—¿Es verdad que esto te evita la recepción empática? —le preguntó ella.

Y él le contestó con el tono seco y cauteloso que ambos estaban ahora utilizando:

—No.

—Entonces no es más que una advertencia.

—En parte. Es más bien autosugestión. El doctor Hammergeld pensó que sería eficaz... Puede que lo sea en cierta medida.

Una vez sintió el amor. Un niño aterrorizado, sofocado por las emociones agresivas de los adultos, un niño que se ahogaba, salvado por un hombre. Un hombre que le enseñó a respirar, a vivir. Un hombre que le dio todo, protección y amor. Fue Padre/Madre/Dios.

—¿Vive todavía? —le preguntó Tomiko, pensando en la increíble soledad de Osden, y en la extraña crueldad de los grandes doctores. Quedó sorprendida cuando escuchó una carcajada débil, forzada.

—Murió hace unos dos siglos y medio —respondió Osden—. ¿Olvidas dónde estamos, Coordinadora? Todos hemos dejado a nuestras familias atrás...

Al otro lado de la cortina de politeno los otros ocho seres humanos del Mundo 4470 se movían lentamente. Sus voces eran ahogadas. Eskwana dormía; Poswet To estaba en terapia; Jenny Chong intentaba disponer las luces de su cubículo de tal manera que no proyectaran ninguna sombra.

—Están todos asustados —dijo Tomiko, asustada—. Están haciéndose mil conjeturas acerca de qué sería lo que te atacó. Una especie de patata-mono, de espinaca gigante, no sé... Incluso Harfex. Puede que tengas razón en no querer contarles la verdad.

Este mundo sería peor, porque perderían la confianza entre ellos. Pero ¿por qué somos todos tan débiles, tan incapaces de enfrentarnos con los hechos, y nos desmoronamos con tanta facilidad? ¿Estamos todos realmente locos?

—Pronto lo estaremos más.

—¿Por qué?

—Hay algo.

Cerró la boca y los músculos de sus labios se pusieron rígidos.

—¿Un ente sensible?

—Una sensibilidad.

—¿En el bosque?

Él asintió.

—¿Qué es...?

—El miedo. —De nuevo pareció inquieto—. Cuando caí allí, ya lo sabes, no perdí el conocimiento del todo. O tal vez fui recuperándolo poco a poco. No lo sé. Se parecía más bien a un estado de paralización progresiva.

—Estabas inmovilizado.

—Yo estaba sobre el suelo. No podía levantarme. Tenía la cara metida en la suciedad, en ese suelo blanduzco. Aquella materia estaba en mis ojos y nariz. No podía moverme. No podía ver nada. Como si estuviera dentro del suelo. Como si estuviera encajado en él, como si formara parte de él. Sabía que me encontraba entre dos árboles pese a que nunca los había visto. Supongo que podía sentir las raíces. Debajo de mí, en el suelo, enterradas en el suelo. Era capaz de darme cuenta de que tenía las manos llenas de sangre y que era la sangre la que ensuciaba mi cara. Sentí el miedo. Fue en aumento. Como si finalmente hubieran sabido que yo estaba allí, yaciendo sobre ellas, bajo ellas, entre ellas, la cosa que ellas temían, y que sin embargo era parte de su miedo. No podía detener el proceso de seguir reenviándoles el miedo y éste seguía aumentando, y yo no podía moverme, no podía echar a correr. Como tampoco ellos. Tomiko sintió que el miedo erizaba sus cabellos.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos, Osdén?

—Ellos, ello..., no lo sé. El miedo.

—¿De qué estaba hablando? —le preguntó Harfex cuando Tomiko le informó de su conversación. Ella todavía no quería que Harfex le interrogase, notando que debía proteger a Osdén de la

arremetida de las poderosas y superreprimidas emociones del hainishiano. Desgraciadamente, eso fue como combustible arrojado al lento fuego de la ansiedad paranoide que ardía en el pobre Harfex, y creyó que ella y Osden estaban confabulados y que escondían un hecho de gran importancia o peligro para el resto del equipo.

—Es como el ciego que intenta describir un elefante. Osden no ha visto ni oído aquella... aquella cosa sensible, lo mismo que nos ha pasado a nosotros.

—Pero él lo sintió, mi querida Haito —dijo Harfex con rabia mal reprimida—. No enfáticamente, sino en su cerebro. La cosa llegó y le golpeó con un instrumento contundente. ¿No captó nada de ella?

—¿Qué es lo que debería haber visto, Harfex? —preguntó Tomiko, pero él no quiso entender su tono significativo; incluso había bloqueado esa comprensión—. Lo que se teme es ajeno. El asesino es un alienígena, un extraño, no uno de nosotros. ¡El mal no está en mí! El primer golpe ya le dejó fuera de combate —continuó Tomiko débilmente—, no pudo ver nada. Pero cuando volvió en sí, solo en el bosque, sintió un gran miedo. No su propio miedo, sino una sensación empática. Está seguro de eso. Y también está seguro de que no lo captó de nosotros. De forma que, evidentemente, las formas de vida nativas no son totalmente insensibles.

Harfex la miró un momento, ceñudo.

—Intentas asustarme, Haito. No comprendo tus motivos. —Se levantó y se alejó de la mesa del laboratorio, caminando lentamente, vacilante, como si tuviera ochenta años en vez de cuarenta.

Ella paseó su mirada, paseó su mirada por los demás. Sintió cierta desesperación. Su nueva, frágil y profunda interdependencia de Osden le proporcionaba, y estaba bien segura de ello, cierta fuerza. Pero si ni tan siquiera Harfex podía mantener la cabeza en su sitio, ¿cómo iban a hacerlo los demás? Porlock y Eskwana estaban encerrados en sus cubículos, y los demás trabajaban o se ocupaban en algo. Había algo extraño en sus posiciones. Al principio la Coordinadora no supo decir qué era, pero luego vio que todos estaban sentados dando la cara al bosque. Mientras jugaba al ajedrez con Asnanifoil, Olleroo había corrido su silla de tal forma que estaba casi junto a él.

Se dirigió hacia Mannon, que se hallaba diseccionando algunas raíces marrones, y le dijo que estuviera atento a lo que veía. Él asintió y dijo con una brevedad inusitada:

—Mantengo vigilado al enemigo.

—¿Qué enemigo? ¿Qué es lo que sientes, Mannon? —Ella había tenido una súbita esperanza al recordar que él era psicólogo, y tal vez podría interpretar mejor aquel fondo oscuro de insinuaciones y empatías donde se perdían los biólogos.

—Siento una ansiedad violenta con una orientación espacial específica. Pero no soy un empático. Por ello, la ansiedad es explicable en términos de una particular situación de *stress*, como el ataque sufrido por uno de los miembros del equipo en el bosque, y también en términos de situación de *stress* total, que es mi presencia en un entorno totalmente ajeno, por lo cual las connotaciones arquetípicas de la palabra «bosque» proporcionan una metáfora inevitable.

Horas más tarde, Tomiko se despertó al oír gritar a Osden sumido en una pesadilla; Mannon le estaba tranquilizando, y ella se volvió a sumergir en sus propios sueños oscuros. Por la mañana Eskwana no se despertó. No pudo ser despertado con drogas estimulantes. Se hundió cada vez más en su sueño, temblando suavemente de vez en cuando, hasta que quedó quieto, enroscado sobre sí mismo, con un dedo en los labios, ido.

—Dos días; dos noches. Diez indios pequeños, nueve indios pequeños... —Éste era Porlock.

—Y tú eres el siguiente pequeño indio —le espetó Jenny Chong—. ¡Ve a analizar tu orina, Porlock!

—Nos está volviendo locos a todos —dijo Porlock, levantándose y agitando el brazo izquierdo—. ¿No lo notáis? ¡En nombre del cielo, estáis todos ciegos! ¿No notáis lo que está haciendo, las emanaciones? Todas proceden de él, de su habitación, de su mente. ¡Nos está haciendo enloquecer de miedo!

—¿De quién estás hablando?— preguntó Asnanifoil, abalanzándose sobre el pequeño terrícola.

—¿Es preciso que diga su nombre? Pues bien, es Osden. ¡Osden! ¡Osden! ¿Por qué creéis que intenté matarle? ¡En defensa propia! ¡Para salvarnos a todos! Porque ninguno ve lo que nos está haciendo. Está saboteando la misión haciendo que discutamos, y

ahora está haciéndonos enloquecer proyectando miedo sobre nosotros de forma que no podamos dormir ni pensar, como la carcasa de una radio que no hiciera sonido alguno, pero que emitiese todo el tiempo, y que no te dejara dormir, ni pensar. Haito y Harfex están ya casi bajo su control, pero el resto aún puede salvarse. ¡Y yo voy a hacerlo!

—Pues no lo estás haciendo muy bien —dijo Osdén, a medio vestir, lleno de vendajes, en la puerta de su cubículo—. Yo mismo hubiera podido hacerme más daño. Por todos los demonios, Porlock, no es de mí de quien hay que tener miedo, sino de lo que hay ahí fuera, ¡ahí, en los bosques!

Porlock hizo un absurdo intento de atacar a Osdén; Asnanifoil le hizo retroceder, sujetándole mientras Mannon le administraba un sedante. Se lo llevaron mientras gritaba algo acerca de radios gigantes. Al cabo de un minuto el sedante hizo su efecto y Porlock se sumó al pacífico silencio de Eskwana.

—Muy bien —dijo Harfex—. Ahora, por mis dioses, vas a decirnos lo que sabes, y todo lo que sabes.

—Yo no sé nada —dijo Osdén.

Parecía a punto de desvanecerse. Tomiko le obligó a sentarse antes de que hablara.

—Después de estar tres días en el bosque pensé que estaba recibiendo ocasionalmente alguna especie de afecto sutil.

—¿Por qué no informaste de ello?

—Pensé que me estaba volviendo loco, como todos vosotros.

—También eso deberías haberlo informado.

—Me hubierais hecho regresar a la base y no podía arriesgarme a ello. Vosotros os habíais dado cuenta de que el hecho de que se me incluyera en esta misión había sido un error. No soy capaz de convivir con otras nueve personalidades neuróticas en un recinto tan pequeño y cerrado. Fue un error por mi parte el ofrecerme como voluntario a la Investigación Extrema, y la Autoridad cometió el error de aceptarme.

Ninguno dijo nada; pero Tomiko observó, esta vez con certeza, un titubeo en los hombros de Osdén y que se atirantaban sus músculos faciales, como si registrara la amargura de que todos estuvieran de acuerdo con lo que estaba diciendo.

—Además, yo no quería regresar a la base porque sentía una

gran curiosidad; aunque me hubiera vuelto psicótico, ¿cómo podía captar afectos empáticos donde no había ser alguno que los emitiera? Entonces no eran malos. Eran muy vagos. Sutiles. Como un trazo en una habitación cerrada, un aleteo visto de reojo. En realidad, nada.

Durante un momento cobró ánimos al notar cómo le escuchaban. Ellos escuchaban, de modo que él hablaba. Estaba totalmente en sus manos. Si les desagradaba, se haría odioso; si se burlaban de él, se convertiría en algo grotesco; si le escuchaban, contaría historias. Obedecía las exigencias de sus emociones, reacciones, estados de ánimo. Eran siete, demasiados para vencerlos, de modo que estaría constantemente a su capricho. No podía encontrar coherencia. Incluso cuando su relato les atraía más, fallaba la atención de alguno de ellos; tal vez Olleroo estaba pensando que no era atractivo; Harfex estaría buscando el significado ulterior de sus palabras; la mente de Asnanifoil, que no lograba sentirse atraída durante largo tiempo por lo concreto, estaría escapando hacia la eterna paz de los números; y Tomiko estaría distraída por la piedad, por el miedo. La voz de Osden se quebró. Perdió su tono de amenaza.

—Yo... yo pensé que serían los árboles —dijo, y luego se detuvo.

—No son los árboles —dijo Harfex—. No tienen un sistema nervioso superior al de las plantas hainishianas descendientes de las de la Tierra. Ninguno.

—Los árboles no te han dejado ver el bosque, como dicen en la Tierra —señaló Mannon, sonriendo traviesamente. Harfex le miró—. Qué me dices acerca de esos nudos de las raíces que nos han sumido durante veinte días en la perplejidad..., ¿eh?

—¿Qué sucede con ellos?

—Son indudablemente conexiones. Conexiones entre los árboles. ¿Correcto? Ahora bien, supongamos, lo cual es realmente improbable, que no sabes nada acerca de la estructura del cerebro animal. Y que te dan una célula para examinarlo. ¿Serías capaz de descubrir lo que era? ¿Podrías saber que la célula es capaz de sentir?

—No, porque no es cierto. Una sola célula es capaz de respuesta mecánica a los estímulos. Nada más. ¿Estás tratando de establecer la hipótesis de que esos individuos arboriformes son las «células» de

una especie de cerebro, Mannon?

—No exactamente. No hago más que subrayar que están todos intercomunicados, tanto por esos nudos de las raíces como por los verdes epifitos que tienen en las ramas. Una unión de una complejidad y una extensión física increíbles. Porque incluso la hierba tiene esas conexiones en las raíces, ¿no es cierto? Sé que la sensación o la inteligencia no son una cosa; no se las puede separar o analizar fuera de las células del cerebro. Es una función de las células conectadas. En cierto sentido, es la conexión: la cualidad de conectarse. No existe. No estoy intentando decir que exista. Pero me pregunto si Osden podría ser capaz de describirlo.

Entonces Osden se levantó y comenzó a hablar como si estuviera en trance:

—Sensación sin sentidos. Ciega, sin nervios, sin movimiento. Una cierta irritabilidad, respuesta al tacto. Respuesta al sol, a la luz, al agua y a los elementos químicos que se encuentran en la tierra en torno a las raíces. No es comprensible para una mente animal. Presencia sin mente. Consciencia de ser, sin objeto ni sujeto. Nirvana.

—Entonces, ¿por qué captaste miedo? —preguntó Tomiko en voz baja.

—No lo sé. No puedo ver cómo surge la consciencia de los objetos en los demás: una respuesta imperceptible... Pero durante días hubo una especie de desasosiego. Y luego, cuando caí entre los dos árboles y mi sangre llegó a las raíces... —El rostro de Osden se cubrió de sudor—. Recibí el miedo, sólo miedo.

—Si tal función existiera —dijo Harfex— no sería capaz de concebir una entidad material, ni de responder a ella. No podría ser consciente de nosotros, como nosotros no lo somos del infinito.

—El silencio de esas inmensas extensiones me aterroriza —murmuró Tomiko—. Pascal fue consciente del infinito, mediante el miedo.

—Puede que para el bosque —dijo Mannon— nosotros seamos fuego. Huracanes. Peligro. Para una planta, lo que se mueve rápidamente es peligroso. Los seres sin raíces serían ajenos, terribles. Y si posee mente, parece bastante probable que fuera consciente de la presencia de Osden, cuya propia mente estaba abierta a la conexión con todos los demás en tanto que es

consciente de ello, y que cayó de dolor y miedo en ello, realmente dentro de ello. No os extrañe que *eso* temiera...

—No —dijo Harfex—. ¡No hay ningún ser, ninguna criatura, nadie! Lo más que podía haber es una función...

—No había más que miedo —dijo Osden.

Permanecieron en silencio, y escucharon el silencio del exterior.

—¿Es eso lo que yo sentí todo el tiempo detrás de mí? —preguntó Jenny Chong.

Osden asintió.

—Todos lo sentisteis, pese a vuestra sordera. Eskwana ha quedado sin sentido porque posee cierta capacidad empática. Podría emitir si aprendiera a hacerlo, pero es demasiado débil. Nunca será nada más que un médium.

—Escucha, Osden —dijo Tomiko—, tú puedes emitir. Emítele, pues, al bosque, al miedo que hay allí fuera..., dile que no vamos a hacerle daño. Puesto que había, o hay, una especie de afecto que se traduce en lo que nosotros sentimos como emoción, ¿no puedes transmitírselo tú a tu vez a eso? Envía un mensaje. Dile que no hacemos daño, que somos amistosos.

—Deberías saber, Haito, que nadie puede emitir un mensaje empático falso. No puedes enviar algo que no existe.

—Pero nosotros no intentamos hacer ningún daño. Somos amistosos.

—¿Lo somos? ¿En el bosque, cuando me recogisteis, os sentíais amistosos?

—No. Aterrorizados. Pero eso es... eso, el bosque, las plantas, no mi propio miedo, ¿no?

—¿Y cuál es la diferencia? Fue todo lo que sentisteis. ¿Te das cuenta —dijo Osden, elevando la voz exasperado— de por qué yo os desagrado y vosotros me desagradáis a mí? ¿Os dais cuenta de que yo retransmito todos los afectos negativos o agresivos que sentís hacia mí desde que me visteis por primera vez? Yo os devuelvo vuestra hostilidad. Lo hago como forma de autodefensa. Como Porlock. Es autodefensa, aunque es la única técnica que he desarrollado para reemplazar mi defensa original de total separación de los demás. Desgraciadamente, ello crea un circuito cerrado, que se mantiene a sí mismo y se refuerza. Vuestra reacción inicial ante mí fue de antipatía instintiva; ahora, claro está, se ha

convertido en odio. ¿Podéis haceros cargo de mi punto de vista? La mente del bosque que hay fuera transmite solo terror, y el único mensaje que yo puedo enviarle es terror, ¡porque cuando quedo expuesto a él no puedo sentir otra cosa más que terror!

—Entonces, ¿qué debemos hacer? —preguntó Tomiko.

Y Mannon le respondió apresuradamente:

—Cambiar el campamento a otro continente. Si allí también hay mentes-planta, tardarán en percatarse de nosotros, como ésta ha tardado; o tal vez no se dé cuenta de nuestra presencia en absoluto.

—Sería un alivio —observó Osdén ahogadamente. Los demás habían estado mirándole con una curiosidad nueva. Se había mostrado como era en realidad, y ellos le habían visto: un hombre indefenso cogido en una trampa. Tal vez, como Tomiko, se habían dado cuenta de que la propia trampa, su cruel egotismo, era obra de ellos, no de él. Ellos habían construido la jaula y le habían encerrado dentro, y como un mono enjaulado, les lanzaba su basura por los barrotes. Si al conocerle le hubieran ofrecido confianza, si hubieran sido lo suficientemente fuertes como para ofrecerle amor, ¿qué es lo que hubiera aparecido ante ellos?

Pero ninguno lo había hecho, y ahora era ya demasiado tarde. Si le hubieran dado tiempo, Tomiko podría haber construido con él una lenta resonancia de sentimiento, una consonancia de confianza, una armonía; pero no había tiempo, tenían que hacer su trabajo. No había una habitación lo suficientemente grande para construir una cosa de tal magnitud, y ellos debían hacerlo con simpatía, con piedad, con un pequeño intercambio de amor. No había sucedido. Ella podía ver ahora cómo su rostro se iluminaba con su resentimiento feroz provocado por su curiosidad, tal vez incluso por la piedad que ella le demostraba.

—Vete a descansar. Esa herida está sangrando de nuevo —le dijo ella, y él obedeció.

Al día siguiente guardaron sus cosas, dispusieron el *Gum* para conducción mecánica y lo condujeron alrededor del Mundo 4470, sobre las tierras rojas y verdes, sobre los abundantes y verdes mares. Habían elegido casi al azar el continente G: toda una pradera, veinte mil kilómetros cuadrados de graminiformes movidas por el viento. En un radio de cientos de kilómetros no había ningún bosque, y no existían árboles o matorrales en la llanura. Las

formaciones de plantas no se producían más que en extensas colonias de especies que nunca se entremezclaban, exceptuando algunas saprofitas y otras que se reproducían por esporas. Por la noche el equipo ya había establecido el nuevo campamento. Eskwana dormía aún y Porlock continuaba bajo los efectos de los sedantes, pero los demás estaban bien.

—¡Aquí se puede respirar!, —repetían una y otra vez.

Osdén se levantó y se dirigió tembloroso a la salida; allí se apoyó y quedó contemplando la oscura masa de hierba que no era hierba, a la débil luz del amanecer. Flotaba en el ambiente un ligero olor dulzón a polen; no había más sonido que el suave silbido del viento. Su vendada cabeza le dolía un poco. Finalmente todo quedó oscuro y las estrellas no fueron más que ventanas iluminadas en la distante casa del Hombre. El viento había cesado, no había sonido alguno. Entonces escuchó.

En la larga noche, Haito Tomiko escuchaba. Estaba tumbada, escuchando la sangre de sus arterias, la respiración de los que dormían, el sonido del viento, la oscura corriente de las venas, los sueños que avanzaban, la inmensa estática de las estrellas que aumentaba a medida que el universo moría lentamente, el sonido de la muerte al caminar. Saltó de la cama y huyó de la soledad de su cubículo. Eskwana dormía solo. Porlock soñaba en voz alta pronunciando palabras en su oscura lengua natal. Olleroo y Jenny Chong jugaban a las cartas con el rostro contraído. Poswet To estaba en el nicho de terapia. Asnanifoil dibujaba un mandala, la Tercera Forma de los Mejores. Mannon y Harfex estaban sentados junto a Osdén.

Le cambió a Osdén los vendajes de la cabeza. Su rojizo cabello, en aquellos lugares en que no había tenido que afeitarse, parecía extraño. Ahora tenía hebras blancas. Mientras le curaba sus manos temblaban. Nadie había dicho nada todavía.

—¿Cómo es que el miedo está también aquí? —pregunto ella, y su voz sonó falsa en el silencio aterrador de la noche vegetal.

—No son sólo los árboles; las hierbas también...

—Pero nos encontramos a doce mil kilómetros de donde estábamos esta mañana, al otro lado del planeta.

—Es todo una sola cosa —dijo Osdén—. Un enorme pensamiento verde. ¿Cuánto tarda un pensamiento en ir de un lado

a otro del cerebro?

—Esto no piensa; no está pensando —dijo Harfex, desanimado—. Es simplemente una red de procesos. Las ramas, la vegetación epifítica, las raíces con esas uniones nodales entre los individuos: todos ellos deben de ser capaces de transmitir impulsos electroquímicos. No hay plantas individuales, pues, propiamente hablando. Incluso el polen forma parte de la unión, no cabe duda; una especie de sensación transportada por el viento. Pero no es concebible. Que toda la biosfera de un planeta constituya una red de comunicaciones, sensitiva, irracional, inmortal, aislada...

—Aislada —dijo Osden—. ¡Eso es! Ése es el miedo. No se trata de que nosotros seamos seres con movimiento, o destructores, sino que, sencillamente, somos. Somos otros. Y aquí nunca ha habido nadie.

—Tienes razón —dijo Mannon, casi en un susurro—. No ha tenido observadores. Ni enemigos. Ni más relaciones que consigo mismo. Solo para siempre.

—Entonces, ¿cuál es su función en la supervivencia de las especies?

—Tal vez ninguna —contestó Osden—. ¿Por qué te vuelves teológico, Harfex? ¿No eres un hainishiano? ¿Acaso no es la complejidad la medida del gozo eterno?

Harfex no captó la indirecta. Parecía enfermo.

—Tenemos que abandonar este mundo —dijo.

—Ahora sabréis por qué yo siempre deseaba apartarme de vosotros —dijo Osden con una especie de genialidad morbosa—. No es agradable, es... ¿el miedo de los otros...? Si hubiera una inteligencia animal... Puedo comunicarme con los animales. Lo he hecho con cobras y tigres; su inteligencia superior es una ventaja. Debí haber sido seleccionado para un zoo, no para formar parte de un equipo humano. ¡Si pudiera conectar con esas malditas y estúpidas patatas! Si no fuera todo tan aplastante... Captaría algo más que el miedo, ¿sabéis? Antes de que el pánico me invadiera sentí... una gran serenidad. Entonces no me di cuenta de toda su magnitud. Captar toda la luz del día y toda la noche. Todos los vientos y los períodos de calma. Las estrellas de invierno y las de verano al mismo tiempo. Tener raíces y no enemigos. Ser una totalidad. ¿No comprendéis? Nada de invasiones. Nada de otros. Ser

un todo...

Tomiko pensó que antes nunca había hablado.

—Estás indefenso contra eso, Osden —dijo ella—. Tu personalidad ya ha cambiado. Eres vulnerable a ello. Puede que nosotros no nos volvamos locos, pero tú sí, si no nos vamos de aquí.

Él vaciló, luego miró a Tomiko; era la primera vez que la miraba a los ojos con una mirada prolongada, clara como el agua.

—¿Es que la salud mental me ha hecho algún bien alguna vez? —dijo él en tono de burla—. Pero tienes algo de razón, Haito.

—Deberíamos irnos —murmuró Harfex.

—Si me adentro en ello —musitó Osden—, ¿podría comunicarme?

—Por «adentrarte» —dijo Mannon con una voz rápida y nerviosa — supongo que quieres decir dejar de reenviar la información empática que recibes de la entidad-planeta: dejar de rechazar el miedo y absorberlo. Lo cual te mataría en un momento o te conduciría de nuevo a un aislamiento psicológico total, al autismo.

—¿Y qué? —dijo Osden—. Su mensaje es *rechazo*. Pero mi salvación es rechazo. Eso no es inteligente, pero yo sí.

—Eso es erróneo. ¿Qué puede un solo cerebro humano contra algo tan extenso?

—Un único cerebro humano puede percibir un modelo a escala de estrellas y galaxias —dijo Tomiko—, y lo interpreta como Amor.

Mannon les miraba alternativamente a uno y a otra; Harfex permanecía en silencio.

—Sería mejor en el bosque —dijo Osden—. ¿Quién de vosotros quiere llevarme allí?

—¿Cuándo?

—Ahora. Antes de que os vengáis abajo u os volváis violentos.

—Lo haré yo —dijo Tomiko.

—Ninguno de nosotros lo hará —dijo Harfex.

—Yo no puedo —dijo Mannon—. Estoy... estoy demasiado asustado. Estrellaría el aparato.

—Me llevaré a Eskwana. Si puedo llevar esto adelante, él me servirá de médium.

—¿Aceptas el plan de Sensor, Coordinador? —preguntó Harfex.

—Sí.

—Yo lo desapruebo. Sin embargo, iré contigo.

—Creo que nos vemos impulsados a ello, Harfex —dijo Tomiko, mirando a Osden a la cara, la fea máscara blanca transfigurada, anhelante como la cara de un amante.

Olleroo y Jenny Chong estaban jugando a las cartas para apartar sus pensamientos de sus camas encantadas, de su miedo en aumento, charlando como niños asustados.

—Esa cosa está en el bosque, va a venir a llevarte...

—¿Asustadas de la oscuridad? —se burló Osden.

—Pero mira a Eskwana, y a Porlock, e incluso a Asnanifoil...

—No puede haceros daño. Es un impulso que pasa a través de las sinapsis, el viento que pasa a través de las ramas. No es más que una pesadilla.

Despegaron en un helijet. Eskwana iba, todavía dormido, en el departamento posterior. Tomiko pilotaba. Harfex y Osden miraban en silencio la oscura línea del bosque al fondo de la llanura.

Se acercaron a la línea oscura, la cruzaron; ahora la oscuridad estaba bajo ellos.

Ella buscó un lugar donde aterrizar, mientras volaba bajo, luchando contra su imperioso impulso de volar muy alto, de escapar. La profunda vitalidad del mundo-planta era mucho más fuerte allí, en el bosque, y su pánico les golpeaba en inmensas oleadas oscuras. Frente a ellos apareció un pálido sendero y una pequeña elevación desnuda que sobresalía encima de la más alta de las oscuras sombras que la rodeaban; los no-árboles, las raíces; las partes del todo. Hizo un mal aterrizaje. Sus manos se apoyaban húmedas sobre los mandos, como si las hubiera Introducido en un líquido frío.

En torno a ellos se elevaba ahora el bosque, negro en la oscuridad.

Tomiko se acurrucó y cerró los ojos. Eskwana se removió en su sueño. La respiración de Harfex se hizo rápida y profunda y permaneció sentado, rígido, incluso después de que Osden abriera la puerta.

Osden se levantó. Apenas se le veía la espalda y la vendada cabeza a la tenue luz del panel de mandos mientras se dirigía a la salida.

Tomiko estaba temblando. No podía levantar la cabeza.

—No, no, no, no, no, no, no —repetía en un susurro—. No. No.

No.

Silenciosamente, Osden se movió, atravesó la puerta y se sumergió en la oscuridad. Se había ido.

«¡Estoy llegando!», dijo una gran voz sin sonido.

Tomiko lanzó un grito. Harfex tosió; parecía estar intentando levantarse, pero no lo hacía.

Tomiko se refugió en sí misma, en el centro de su ser; y fuera no había nada más que el miedo.

Cesó.

Levantó la cabeza; lentamente separó las manos. Se irguió. La noche era oscura y las estrellas brillaban sobre el bosque. No había nada más.

—Osden —dijo ella, pero nadie le respondió. Volvió a hablar, más alto, mucho más alto. No hubo respuesta.

Comenzó a darse cuenta de que a Harfex le pasaba algo. Intentó encontrar su cabeza en medio de la oscuridad, porque el hombre se había deslizado de su asiento, cuando de repente, en la quietud mortal, en el oscuro compartimiento posterior, una voz dijo: «Bueno».

Era la voz de Eskwana. Ella encendió las luces interiores y vio que el Ingeniero yacía acurrucado y dormido, con la mano sobre la boca.

La boca se abrió y habló.

—Todo bien —dijo.

—Osden...

—Todo va bien —dijo la suave voz procedente de la boca de Eskwana.

—¿Dónde estás?

Silencio.

—Regresa.

Empezaba a soplar el viento.

—Voy a quedarme aquí —dijo la suave voz—. Tú no puedes quedarte...

Silencio.

—¡Te quedarás solo, Osden!

—Escucha —la voz se había hecho más ligera, como si se perdiera en el sonido del viento—. Escucha. Te aprecio.

Ella le llamó, pero no hubo respuesta. Eskwana seguía tumbado.

Harfex también.

—¡Osden! —gritó ella, asomándose a la puerta, al oscuro silencio del bosque—. Volveré. Debo llevar a Harfex a la base. ¡Volveré, Osden!

Silencio y el agitar de las hojas por el viento.

Acabaron la investigación prescrita del Mundo 4470, los ocho; les llevó cuarenta y un días más. Al principio, Asnanifoil y una de las mujeres iban al bosque diariamente, en busca de Osden, pero Tomiko no estaba muy segura de cuál era exactamente la región en la que aterrizaron aquella noche de terror. Dejaron alimentos para Osden, comida suficiente para cincuenta años, ropa, tiendas, instrumentos. No buscaron más; no había modo de encontrar a un hombre solo, si éste deseaba esconderse, en aquellos innumerables laberintos y oscuros corredores vegetales. Podían haber pasado junto a él y no haberle visto.

Pero sabían que estaba allí, porque ya no existía el miedo.

Racional, y valorando la razón mucho más después de aquella intolerable experiencia, Tomiko intentaba comprender racionalmente lo que Osden había hecho. Pero las palabras escapaban a su control. Él había metido el miedo dentro de sí, y al aceptarlo lo había trascendido. Había entregado su yo a lo ajeno, en donde no cabía el mal. Él había aprendido a amar al Otro, y por eso había entregado todo su yo. Pero ése no era el vocabulario de la razón.

Las personas del equipo de investigación caminaban bajo los árboles, a través de las extensas colonias de vida, rodeados por un silencio aterrador, una calma total que era semiconsciente de su presencia y totalmente indiferente a ella. Allí no había horas. La distancia no importaba. Había mundo suficiente, y tiempo... El planeta giraba entre la luz del sol y la gran oscuridad; vientos de invierno y de verano soplaron, llevando el pálido polen sobre los océanos tranquilos.

La *Gum* volvió después de muchas investigaciones, años y años luz, a lo que hacía algunos siglos había sido Smeming Port, en Pesm. Aún había hombres allí para recibir (incrédulos) los informes del equipo y registrar sus pérdidas: la del Biólogo Harfex, muerto de

miedo, y la del Sensor Osden, que se había quedado como colono.

LA CUARTA PROFESIÓN

Larry Niven

Aunque ya me referí anteriormente a este autor y su reputación como un escritor orientado hacia la ciencia, tal reputación no es totalmente congruente con la labor de Niven. Para estar seguro de ello, existe siempre una vigilancia de las obras de realidad científica, incluso en sus narraciones de fantasía o ficción. Pero al mismo tiempo, Niven se apercibe de que una excelente narración requiere cualidades creíbles para que sus ideas tengan vida. Éste es un excelente ejemplo de las aptitudes reforzadas y evolutivas: una novela de una raza superior de seres extraños y de un ser humano corriente. (¿Realmente corriente?).

Aquel miércoles, la campanilla de la puerta sonó al filo del mediodía.

Me senté en la cama... y me atacó la más curiosa de las resacas. Mi cabeza no daba vueltas. Mi sentido del equilibrio estaba estremecedoramente alerta. Pero al mismo tiempo, mi mente estaba congestionada con todas las cosas que ahora sabía: hechos que no tenían relación entre sí se revolvían en mi cabeza.

Era algo similar a caminar por la cuerda floja, mientras simultáneamente se intentaba resolver una novela de misterio de Agatha Christie. En realidad, no hacía ninguna de esas cosas. Simplemente me senté en el lecho, parpadeando.

Me acordaba del Monje y las píldoras. ¿Cuántas píldoras había tomado?

La campanilla sonó otra vez.

Caminar hacia la puerta fue una extraña aventura. La mayoría de la gente no concede importancia a su equilibrio corporal. El mío estaba clamando por atención, suplicando que alguien lo comprobara... dando un salto mortal hacia atrás, por ejemplo. Yo me resistí. No tengo músculos para saltar así.

No podía recordar que hubiera tomado una píldora de acróbata.

El hombre afuera de mi puerta era grande, rubio y corpulento. En su mano ancha y de dedos gruesos —aunque más bien cortos—, exhibía una placa desconocida para mí, a la altura de la cámara. Sus ojos eran de un azul claro, y el rostro macizo y sincero. Un rostro que reconocí de inmediato, porque lo había visto la noche anterior en el *Long Spoon*, en una mesa individual situada en un rincón.

Sentado allí me había parecido un personaje sombrío e introvertido, como si su chica le hubiera dejado para irse con el tipo equivocado. Había tenido un aspecto a propósito para dejarle solo. Me apercibí de él únicamente porque no había bebido lo suficiente para verse así.

Hoy, en cambio, irradiaba una paciencia inagotable, como la de un cadáver. Y llevaba aquella insignia. Le dejé entrar.

—William Morris —dijo al identificarse—. Servicio Secreto. ¿Es usted Edward Harley Frazer, propietario del bar *Long Spoon*?

—Sólo en parte propietario.

—Desde luego; concuerda con lo que sé. Siento molestarle, señor Frazer. Lo vi allí como cantinero... —dijo, mientras echaba un vistazo a la arrugada ropa interior que yo vestía.

—Siéntese, por favor —le dije, ofreciéndole una silla.

Lejos estaba yo de querer sentarme. Estando ya de pie, no podía pensar en otra cosa más que en permanecer de pie. Mi equilibrio se había vuelto sobrenatural, y mis talones no descansaban sólidamente sobre el suelo, como es lo normal. De hecho, escasamente lo tocaba. Todo mi peso reposaba en los dedos de mis pies, y mi cuerpo insistía en permanecer así.

Pero al fin me senté en el borde de la cama..., aunque lo sentí como si ejecutara una exhibición de trampolín. El equilibrio, la gracia, la pulida soltura... ¡Oh, diablos!

—¿En qué puedo servirle, señor Morris? Ha dicho del Servicio Secreto... ¿No se ocupa de proteger al Presidente?

Su respuesta sonó como memorizada.

—Efectivamente. Entre varios otros asuntos, tales como perseguir a los falsificadores, es cierto que protegemos al Presidente y sus familiares más inmediatos. Incluso al recién electo y aún no asumido, y también al vicepresidente si nos lo pide. —Hizo una breve pausa—. También acostumbramos a proteger a los dignatarios extranjeros.

Su visita cobraba sentido ahora.

—Está aquí debido al Monje.

—Exacto —Morris bajó la mirada hacia sus manos. Era esperable que mostrara cierta profesional firmeza para armonizar con esa credencial, pero no se la veía por ningún lado—. Éste es un caso... algo extraño, Frazer. Lo hemos aceptado porque usualmente nuestra misión es proteger a los visitantes extranjeros, y también porque nadie más lo haría.

—Así pues, estuvo usted anoche en el *Long Spoon* custodiando a ese visitante del espacio exterior.

—Exacto.

—Y... ¿dónde estuvo usted la noche anterior?

—¿Fue entonces cuando se presentó por primera vez?

—Así es —le respondí, rememorando—. El lunes por la noche.

Llegó una hora después de que abriéramos el bar. Caminaba como deslizándose, con el borde de su túnica a ras del suelo. Parecía moverse sobre ruedas. Su figura era tan desgarrada, que uno retorció los ojos de un lado para otro buscando de imaginarlo derecho.

Hay algo raro respecto al atavío que les otorgó su apelativo a los Monjes. La capucha está abierta al frente, como para ocultar la mirada bajo su sombra... y la parte delantera de la túnica también se muestra abierta. Pero el flojo ropaje oculta más de lo que debiera. Queda demasiado en sombras.

Cuando vino directo hacia mí, tuve la impresión de que su vestimenta se abría al caminar, pero... no parecía haber *nada* en su interior.

En el *Long Spoon* reinó de pronto un profundo silencio. Todos y cada uno de los parroquianos presentes miraban al Monje, mientras éste se acomodaba en el taburete de uno de los extremos del bar y pedía algo.

Se veía como algo fuera de este mundo, y realmente lo era..., pero parecía sobrenatural. Tenía la costumbre más extraña para beber. En mi establecimiento, mantengo un suministro de las bebidas más usuales en tres grandes estantes, más o menos puestas en orden. El Monje repasó ordenadamente de derecha a izquierda la fila superior de botellas, pidiendo una copa de cada una. Tomaba el licor invariablemente solo, a temperatura ambiente. Bebía tranquilamente, impávido, con una apariencia de total concentración.

Sus únicas palabras fueron para encargarme otra cosa. Nada más.

No mostró más que una mano, la del vaso. Y aquella mano parecía la garra de un pollo, si bien más gruesa y de piel como grumosa, con articulaciones muy flexibles y dotada de cinco dedos en lugar de cuatro.

Al tiempo de cerrar, el Monje estaba a cuatro botellas del final de la fila superior. Me pagó con billetes de a dólar, y salió andando con firmeza, con el bordillo de su túnica casi rozando el suelo. Puedo testificar como experto que iba sobrio, ya que el alcohol no le había afectado en modo alguno.

—Aquel lunes por la noche —continué— nos chocó mucho a todos. Morris, ¿qué hacía ese Monje en un bar de Hollywood? Pensábamos que todos estaban en Nueva York.

—Nosotros también.

—¿Cómo?

—No supimos que éste estaba en la Costa Oeste hasta que apareció en los periódicos, ayer por la mañana. Esto le explica el motivo de que usted no viera reporteros ayer: los mantuvimos lejos. Fui anoche al bar para hacerle algunas preguntas, Frazer, pero abandoné mi intención cuando vi que el Monje estaba allí.

—¿Interrogarme? ¿Por qué? ¡Todo lo que hice fue servirle lo que pidió!

—Muy bien, partamos de eso, entonces. ¿No temió usted que el alcohol pudiera matar al Monje?

—Eso se me ocurrió, en efecto.

—¿Y bien?

—Simplemente, le serví lo que me pidió. Es una acción propia de él, y nadie sabe nada respecto a los Monjes. Ni siquiera sabemos

qué forma tienen; dejémosles pues que se arreglen como les parezca. Si el alcohol les ocasiona problemas, pues... Bien, eso era asunto de él. Permitámosle que verifique la química, pensé.

—Suenan razonable.

—Me alegro.

—Bien, ése el motivo de mi visita de hoy —prosiguió Morris—. Conocemos muy poco de los Monjes. Hasta hace dos años, ni siquiera sabíamos que existieran.

—¿De veras? No hace más de un mes que comencé a leer sobre ellos.

—No hubiera sido tan pronto, si no fuera porque todos los astrónomos se encontraban mirando hacia aquella dirección, estudiando una reciente nova que apareció en Sagitario. Por ello descubrieron la nave estelar de los Monjes un poco antes de lo esperable, aunque ya había entrado en la órbita de Plutón.

»Han estado comunicándose con nosotros por más de un año. Hace dos semanas, entraron en la órbita lunar. Por lo que hemos podido averiguar sólo tienen una nave estelar, y de allí salió una nave de desembarco. Esta última se ha posado en el océano, frente de la isla de Manhattan y muy cerca del edificio de las Naciones Unidas; su tripulación se supone que corresponde a todos los Monjes presentes hoy en el mundo.

»Señor Frazer, ni siquiera sabemos cómo hizo el extraterrestre que lo visitó para llegar hasta la costa Oeste. Cualquier información que pudiera proporcionarnos sería de gran ayuda. ¿No notó nada extraño en él durante estas dos últimas noches?

—¿Nada *extraño*? —pregunté, sonriendo—. ¿En un Monje?

Tardó un momento en asimilar la ironía de mi pregunta, y entonces su sonrisa palideció.

—Me refiero a algo extraño para el *comportamiento* de un Monje.

—Sí, puede ser... —contesté, intentando concentrarme. Pero fue una mala idea. Fragmentos de lo ocurrido zumbaban en mi cabeza, intentando unirse.

—Charlemos de ello, si le parece —seguía diciendo Morris—. El Monje volvió en la noche del martes. ¿A qué hora?

—Serían las nueve treinta. Traía una cajita de... píldoras, ARN...

No había caso. Muchas cosas me asaltaron la mente de inmediato, todas ellas inconexas. Sabía el nombre de la *prenda para*

llevar ante los desconocidos, su origen y también su propósito. Sabía todo acerca de los Monjes y el alcohol. También los nombres de sus cinco colores primarios, y por un instante quedé como ciego bajo el recuerdo de aquellos colores que ningún hombre vería jamás.

Morris se había puesto de pie junto a mí; parecía preocupado.

—¿Qué sucede? ¿Se siente bien?

—Pregúnteme lo que quiera. —Hablabo yo en voz alta y de forma extraña, jadeando bajo una risa tonta—. Los Monjes tienen cuatro extremidades, y todas ellas son manos, cada una con un calloso talón detrás de los dedos. Conozco sus nombres, Morris, los de cada mano y cada dedo. Y también cuántos ojos posee un Monje: uno. Y lo que creemos que es su cráneo es sólo una gran oreja, aunque no tienen una palabra para *oreja*, pero sí términos médicos: una cavidad resonante colocada entre los lóbulos del cerebro...

—Parece mareado. No habrá estado tomando de su propia mercadería, ¿verdad, Frazer?

—Nada de eso. No estoy aturdido, sino todo lo contrario. Mi mente parece una brújula: distingo direcciones absolutas. Morris, tienen que haber sido las píldoras.

—¿Píldoras?

Morris tenía orejas pequeñas y cuadradas, y tal vez no me había escuchado bien antes. Pero yo daba la impresión de estar borracho.

—Él tenía una cajita llena de... píldoras educacionales.

—Tranquilo. —Apoyó su mano sobre mis hombros—. Tómelo con calma. Comience por el principio del asunto. Prepararé un poco de café.

—Bien. —La idea del café sonó maravillosa, de pronto—. Veo, la cafetera está lista; sólo hay que enchufarla. Siempre la dejo preparada antes de acostarme.

Morris desapareció tras el tabique que separaba la cocina del salón-dormitorio en mi reducido apartamento. Su voz me llegó desde allí.

—Volvamos al principio: él regresó el martes por la noche...

—Efectivamente, el martes por la noche —repetí yo.

—Eh, el café ya está colado. Debió enchufarlo mientras dormía. Siga hablando.

—Comenzó a consumir desde donde se había detenido, cuatro botellas antes de que acabara la fila superior. Hubiera jurado que

estaba sobrio; su voz no lo delataba...

Su voz no lo delataba porque era sólo un murmullo, demasiado baja para percibirla bien. Su traductor hablaba como una computadora, juntando palabras sueltas de una voz humana grabada. Hablaba lentamente y con sumo cuidado. Pero eso es lógico; al fin y al cabo, era un idioma extraño.

El Monje bebió, y al quinto trago, cuando pasó al estante siguiente, entró en contacto con los whiskies de centeno, los *bourbons* y los irlandeses, y varios de los licores. Luego probó los vodkas.

Al llegar a ese punto, tomé coraje y le pregunté por lo que estaba haciendo.

Se explicó extensamente. La nave estelar de los Monjes cumplía una aventura comercial, una misión mercante siguiendo una hilera de estrellas. Él era el catador del equipo. Se sentía muy complacido por las mercancías que había probado aquí. Probablemente ordenarían grandes cantidades, y luego las desecarían y congelarían para un mejor almacenaje. Para reconstituirlas, bastaría añadirles alcohol y agua.

—Entonces ya no necesita probar todos los vodkas —le dije—. El vodka no es mucho más que alcohol y agua.

Me dio las gracias por la información.

—Sucede algo parecido con la mayoría de las ginebras, exceptuando las saborizadas —continuó.

Serví alineados cuatro vasos de ginebra frente a él. Una de ellas era *Tangeray*, otra era de esas holandesas que previenen el resfrío, como algunos licores, las otras eran corrientes. Le dejé con eso mientras atendía a otros clientes.

Suponía que aquella noche nos atestaríamos de gente. Habría corrido la voz, seguramente: bebe una copa en el *Long Spoon* y verás a La Cosa del Espacio Exterior. Sin embargo, el bar se mantuvo medio vacío. Louise lo atendía cómodamente.

Me sentía orgulloso de Louise. Al igual que durante la noche anterior, se comportó como si no sucediera nada anormal. La atmósfera era contagiosa. Casi percibía el pensamiento de los clientes, algo así como: «Nos agrada la privacidad cuando bebemos». Y las Cosas del Espacio Exterior quedan incluidas dentro de la misma consideración.

Era extraño comparar su actual despreocupación con la forma en que los ojos de la multitud se habían fijado en el extraño, cuando le vieron por primera vez.

El Monje acabó de probar las ginebras.

—Me preocupan las fracciones volátiles —dijo—. Algunos de estos licores perderán sabor debido a la condensación.

Le respondí que probablemente tenía razón, preguntándole a mi vez:

—¿Cómo pagáis vuestros cargamentos?

—Pagamos con conocimientos.

—Estupendo. ¿Qué clase de conocimientos?

El Monje rebuscó bajo su túnica, extrajo una caja plana parecida a un muestrario, y la abrió. Estaba llena de píldoras. Había un frasco grande de cristal que contenía unas doscientas píldoras idénticas, pequeñas, triangulares y de color rosa. Sin embargo, la mayor parte de la caja estaba ocupada por unas píldoras redondas más grandes, de todos los colores, envueltas en algo transparente y marcadas individualmente con la vaga caligrafía de los Monjes.

No había dos etiquetas iguales, y alguna de las anotaciones parecían realmente complejas.

—Esto es conocimiento —dijo el Monje.

—Ah —respondí, preguntándome si me estaría tomando el pelo. Un alienígena puede tener sentido del humor, ¿verdad? Y no hay forma de saber si está mintiendo.

—Cierta complejo de moléculas orgánicas tiene mucho que ver con la memoria —prosiguió el Monje—. El ácido ribonucleico. Y está presente y activo en los sistemas nerviosos de la mayoría de los seres orgánicos. ¿Le gustaría aprender mi idioma?

Yo asentí.

Él extrajo una píldora y rompió el envoltorio, que flotó hacia el mostrador como un trozo de celofán. El Monje la depositó en mi mano, añadiendo:

—Ahora que no ya está protegida ha de tragársela inmediatamente, antes de que el aire la eche a perder.

La píldora estaba marcada como si fuera una diana de tiro, con círculos rojos y verdes; era grande y abultada para tragar.

—Usted debe estar loco —dijo Bill Morris, estupefacto.

—A mí me parece lo mismo ahora, pero... piense en ello. Era un

Monje, un alienígena, un emisario ante la raza humana. No me hubiera dado algo peligroso, no sin considerar previamente y con mucha atención las posibles consecuencias.

—¿No lo habría hecho? ¿Está seguro?

—Es lo que me pareció en aquel momento.

Y recordé entonces todo sobre los Monjes y su relación con el alcohol. Era la información de una píldora de aprendizaje, que afloraba como si lo hubiera sabido de toda la vida. Llegaba demasiado tarde...

—Un lenguaje informa mucho respecto a quien lo habla, acerca de la forma en que piensa y vive. El lenguaje de los Monjes aclara muchas cosas sobre ellos, Morris.

—Llámeme Bill —dijo él, con voz algo irritada.

—Como quiera. Considere a los Monjes y el alcohol, por ejemplo. El alcohol actúa sobre ellos de la misma manera que lo hace en una persona: hambreado levemente a las células del cerebro. Pero en los Monjes se absorbe más lentamente. Por ejemplo, uno de ellos puede permanecer sobrio durante una semana luego de una noche de parranda.

»Yo sabía que estaba sobrio cuando se fue el lunes por la noche, pero para la noche del martes debía estar ya bastante alegre.

Sorbí mi café. Hoy tenía un sabor distinto, mejor que antes, como si los recuerdos de los anodinos suministros alimenticios a bordo de la nave de los Monjes implantados en mi cerebro hubieran actuado como un estimulante para mi sentido del gusto.

—Pero usted no lo sabía entonces —prosiguió Morris.

—¿Saberlo yo? Simplemente confié en su sentido de la responsabilidad.

Morris sacudió la cabeza compasivamente, aunque me pareció como si interiormente se estuviera riendo de mí.

—Después de eso seguimos hablando, y yo engullí algunas píldoras más.

—¿Por qué?

—Porque me sentí confiado luego de la primera.

—¿Se sintió como cuando uno bebe?

—No precisamente ebrio, pero mi mente no podía pensar en línea recta. Verá, tenía la cabeza llena de palabras del idioma Monje, intentando hacerla encajar con sus exactos significados. Me

sentía aturdido con imágenes no humanas, y palabras que no podría jamás pronunciar.

—¿Cuántas píldoras tomó, exactamente?

—No lo recuerdo a ciencia cierta...

—¿Se atiborró de ellas, acaso?

Algo surgió en mi mente.

—Recuerdo haberle dicho: «¿Qué tiene ahí que sea realmente inusual?»

Morris ya no se divertía.

—Considérese afortunado de hablar todavía. Con los riesgos que ha corrido, podría haber amanecido como un babeante idiota esta mañana.

—Sin embargo, parecía algo razonable en aquel momento.

—¿De veras no recuerda cuántas píldoras tomó?

Negué con la cabeza. Quizá ese movimiento soltó algo en mi interior.

—Aquel frasco de píldoras triangulares... Ya sé lo que eran. Borradores de memoria.

—¡Santo Dios! Pero usted no...

—No, no, Morris. No le vacían a uno la cabeza. Sólo eliminan las memorias otorgadas por la píldora consumida. El ARN contenido en la píldora educativa queda marcado de algún modo, de forma que la borradora lo busca y lo elimina.

Morris tragó saliva y dijo:

—Es increíble. Las píldoras educativas son de por sí bastante descabelladas, pero eso... Comprende lo que deben haber hecho, ¿verdad? Liganon un radical en todas y cada una de las moléculas ARN de esas píldoras educativas. El principio activo de la píldora borradora ha de ser una enzima que actúa exclusivamente con ese radical... —percibió mi expresión y añadió—: No importa, créame. Han debido poseer las píldoras educativas por cien años antes de que se les ocurriera trabajar en el borrador.

—Es muy probable. Esas píldoras deben ser muy antiguas.

Él me asaltó:

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque... el sustantivo «píldora educativa» en su idioma tiene sólo una sílaba. Hay docenas de palabras asociadas: para las diferentes clases de píldoras, para el accidente de ingerir una

píldora errónea, para los efectos colaterales que sufren las diferentes especies, cuando han tomado las píldoras... Hay una palabra para la píldora educativa de un animal, y otra para la de un esclavo... Morris, creo que mis recuerdos comienzan a estabilizarse.

—Oh, bien.

—Evidentemente, los Monjes han de haber estado vendiendo píldoras a los alienígenas por miles de años. Y no me extrañaría que fuera por decenas de miles.

—¿Cuántas clases diferentes de píldoras tendría él?

Traté de recordar, pero mi mente empezaba a congestionarse...

—No sé si había más de una de cada clase. En la caja tenía cuatro nutridos sobres transparentes, sujetos en forma similar a gruesas hojas de un libro, y cada uno tenía varias filas de bolsitas, con una píldora individual. Los sobres quizá tuvieran unas quince bolsitas en a lo largo por... digamos, ocho a lo ancho. Creo que deberíamos llamar a Louise; probablemente lo recordará mejor que yo, aunque no las vio ni la mitad del tiempo.

—¿Se refiere a Louise Schu, la camarera? Es posible. Cuando menos, podría hacer que usted recordara algo más.

—Supongo.

—Llámelas entonces; díglele que nos encuentre aquí. Vive en Santa Mónica, ¿no es verdad? —Morris se sentía ahora más cómodo, haciendo su trabajo acostumbrado.

El teléfono de Louise sonaba todavía cuando Morris añadió:

—Espere un minuto. Díglele que nos reuniremos en el *Long Spoon*, y que le retribuiremos por la molestia que le causamos.

Louise respondió, protestando que le habíamos interrumpido el mejor de los sueños. Insistí en que se le pagaría por la incomodidad, y ella me preguntó en qué clase de lío la había metido.

Después que hube colgado el auricular, pregunté a Morris:

—¿Por qué en el *Long Spoon*?

—He pensado en algo. Yo fui uno de los últimos clientes que salió anoche. No creo que hayáis limpiado el establecimiento.

—Me sentía algo raro anoche. Aseamos un poco, creo recordar.

—¿Vacíasteis las papeleras?

—Usualmente no lo hacemos. Viene un chico cada mañana a fregar los pisos, vaciar las papeleras y lo que haga falta. El problema es que el chico estuvo con gripe estos días; Louise y yo

hemos ido más temprano, entonces.

—Bien. Vístase, Frazer. Iremos al *Long Spoon* y contaremos los envoltorios del Monje que hallemos en las papeleras; no creo que sea difícil identificarlos. Entonces sabremos cuántas píldoras tomó usted.

Me di cuenta mientras me vestía: la actitud de Morris había cambiado súbitamente. Se comportaba en forma posesiva. Se mantenía cerca de mí, como para evitar que alguien pudiera secuestrarme... o que yo desapareciera.

Es posible que fuera mi imaginación, pero comencé a desear no saber nada referente a los Monjes.

Me detuve para vaciar y limpiar la cafetera antes de irnos. Era un hábito: cada tarde ponía la cafetera en el lavavajillas antes de salir, para que al regresar a casa —a las tres de la madrugada— estuviera lista para cargarla.

Retiré el filtro, aparté la máquina y miré asombrado el café. Se veía reciente, apenas humedecido por el vapor. No había sido usado todavía...

Había otro individuo del Servicio Secreto junto a mi puerta: un tipo alto, del medio Oeste, de gran dentadura. Se llamaba George Littleton. Luego de que Bill Morris nos presentó, no volvió a pronunciar palabra, quizá porque yo tenía el aspecto de que iría a morderle.

Y lo hubiera hecho. Mi equilibrio me hostigaba como un dolor de muelas, y no podía olvidarlo por un instante.

Al bajar por el ascensor, podía *sentir* cómo giraba el mundo. Parecía que tuviera en mi mente un mapa cuatridimensional: yo en el centro, y el resto del universo paseándose alrededor, a diversas y cambiantes velocidades.

Subimos a un Lincoln Continental; George se puso al volante. El mapa de mi mente se volvió tres veces más activo, registrando cada toque de freno o de acelerador.

—Vamos a incluirle en la plantilla —me decía Morris—, si le parece bien. Usted sabe más de los Monjes que cualquier otra persona. Le clasificaremos como consultor, y le pagaremos mil dólares al día por decirnos cuanto recuerde respecto a ellos.

—Quiero... tener el derecho de renunciar cuando haya relatado todo lo que sé.

—De acuerdo.

Morris mentía, por supuesto; me retendrían tanto tiempo como creyeran necesario. De todas formas, yo no podía hacer otra cosa en aquel momento. Ni siquiera sabía el motivo por el que me sentía tan seguro de eso.

—¿Qué pasará con Louise? —pregunté.

—Por lo que yo recuerdo, se pasó la mayor parte del tiempo atendiendo las mesas. No creo que sepa gran cosa. Pero vamos a pagarle mil dólares por un par de días, tanto si sabe algo como si no.

—Muy bien —respondí, y traté de recostarme en el asiento.

—Usted es quien nos interesa, Frazer. Ha tenido una suerte excepcional. Esa píldora de idiomas que tomó nos proporcionará una enorme ventaja cuando tengamos que tratar con ellos. Tendrán que aprender mucho de nosotros, mientras que nosotros ya sabremos bastante. Frazer, ¿cómo se ve un Monje sin la túnica?

—Nada humano. Se mantienen alzados para guardar cierto parecido con nosotros. Y poseen un abultamiento a un lado, que da la sensación de cierto equipamiento bajo la túnica, pero no lo es, sino que es parte de su sistema digestivo. Y la cabeza es del tamaño de una pelota de básquetbol, y está medio hueca.

—¿Son entonces cuadrúpedos?

—Sí. Cuadrúpedos trepadores. Evolucionaron a partir de ancestros selváticos, que vivían en árboles parecidos a gigantescos dientes de león. Pueden lanzar piedras con cualquiera de sus extremidades. Viven aún en Centro, que es su planeta. No está usted anotando nada...

—Hay una cinta en marcha.

—¿De veras? —sentía que me tomaba el pelo.

—Será mejor que lo crea. Podemos aprovechar cualquier cosa que usted recuerde. Todavía no sabemos cómo su Monje se escabulló hacia California.

Mi Monje, ciertamente.

—Me convocaron con urgencia, ¿no se lo dije? —continuó—. Visitaba a unos parientes en Carmel cuando mi superior me llamó, ayer por la mañana. Diez horas más tarde, sabía todo lo que se sabe acerca de los Monjes. Exceptuándolo a usted, Frazer.

»Hasta ayer, creíamos que todo Monje estaba o bien en el

edificio de las Naciones Unidas o a bordo de su trasbordador. Hemos visitado esa nave, Frazer... es decir, han ido varios hombres, todos ellos astronautas entrenados, vistiendo trajes de exploración lunar. Seis Monjes en total bajaron a la Tierra..., a menos que otros se ocultaran en algún lugar a bordo de la naveta. ¿Puede imaginar alguna razón para que lo hicieran?

—No.

—Nadie pudo hacerlo. Aún queda añadir otra cosa: los seis Monjes han sido vistos esta mañana, todos en Nueva York. Su Monje volvió a casa durante la noche última.

Aquello me sacudió.

—¿Cómo lo hizo?

—No lo sabemos. Estamos controlando los vuelos de línea, aunque suene algo infantil. ¿No cree usted que cualquier azafata se daría cuenta si un Monje subiera a bordo de un avión? ¿No cree que avisaría en seguida a la prensa?

—Seguro.

—También estamos chequeando los avistamientos de platillos volantes...

Me reí. Pero de pronto, aquello parecía lógico.

—Si eso no resulta —continuó Morris—, hemos de considerar seriamente el teletransporte. ¿Podría usted...?

—¡Eso es! —respondí, sin la menor sorpresa. Llegó como lo hace un recuerdo, desde el fondo de la mente, como si siempre hubiera estado allí—. Me dio una píldora de teletransporte. Y eso explica la causa de que haya adquirido el absoluto don del rumbo. Debido a esta facultad, puedo saber dónde me hallo en medio del universo.

Morris me miró, los ojos muy abiertos.

—Acaso... ¿puede usted teletransportarse? —preguntó.

—No desde un vehículo en movimiento —respondí, con un reflejo de temor—. Eso significaría la muerte. Conservaría la velocidad a la que voy.

—Oh. —Se apartó imperceptiblemente de mí, como si me hubieran brotado cuernos en aquel instante.

Iban fluyendo otros recuerdos, y proseguí:

—Los humanos no pueden teletransportarse, de todos modos. Esa píldora está destinada a otro mercado.

Morris se relajó visiblemente.

—Pudo haberlo dicho antes, hombre...

—Es que lo recordé ahora.

—¿Por qué la tomó, si estaba destinada a alienígenas?

—Probablemente por el talento de la ubicación, pero... no lo recuerdo, realmente. Verá, suelo extraviarme con facilidad... Claro, ya no me sucederá más. Morris, me sentiría más seguro parado en una cuerda floja que lo que estaría usted cruzando una calle con el semáforo en verde.

—¿Podría haber sido eso lo que pidió como «inusual»?

—Quizá —respondí, aunque de alguna manera estaba seguro de que no era así.

Louise esperaba en el sucio estacionamiento vecino al *Long Spoon*. Salía de su Mustang cuando llegamos. Agitó un brazo como si fuera un semáforo y vino apresuradamente hacia nosotros.

—Alienígenas en el bar *Long Spoon*, ciertamente —yo le había enseñado aquella palabra—. Ed, te repito que los clientes no son humanos. ¡Hola! Es el señor Morris, ¿verdad? Le recuerdo a usted. Estuvo aquí toda la noche, y bebió sólo cuatro copas.

Morris sonrió.

—Sí, pero le di una buena propina. Llámeme Bill, ¿de acuerdo?

Louise Schu era una rubia risueña; rubia por elección, no de nacimiento. Trabajaba en el *Long Spoon* hacía cinco años. Muy pocos de los clientes habituales sabían mi nombre, pero todos conocían el de ella.

El peor enemigo de Louise eran los diez kilos de más que arrastraba como relleno. Había hecho régimen por varias décadas. Incluso dos años atrás lo había tomado en serio, y dejó de simular. Adelgazó durante los meses siguientes. A base de morderse las uñas y pasar hambre a cada segundo, había logrado reducir su peso a unos cincuenta y siete kilos. Esa noche lo celebró comiendo y, según contó después, volvió en dos días a los sesenta y cinco.

Con sobrepeso o no, sería una maravillosa esposa para cualquiera. Yo mismo pensé en casarme con ella alguna vez. Pero mi primer matrimonio había sido un fracaso, era demasiado reciente y el divorcio me había afectado mucho. Y también estaba la pensión alimenticia. A causa de ella tenía que vivir en una caja de zapatos, y era el principal motivo para no contraer matrimonio nuevamente.

Mientras Louise abría el establecimiento, Morris echó una moneda en la máquina automática y extrajo un periódico.

El *Long Spoon* era un revoltijo. Louise y yo habíamos retirado los vasos, limpiado las mesas y vaciado los ceniceros en los cestos de residuos, pero los vasos estaban todavía sucios y los cestos aún llenos de basura.

Morris comenzó a extender las hojas del periódico sobre un área del suelo. Yo me detuve a mirarlo, las manos en los bolsillos.

Littleton salió de atrás del mostrador trayendo ambos cestos, y volcó el contenido uno después del otro sobre el periódico. Los dos agentes comenzaron a separar la basura.

De repente, las yemas de mis dedos rozaron un trozo del celofán del Monje. La noche anterior había llevado estos mismos pantalones debajo del delantal.

Algún instinto impidió que les alertara del hecho. Extraje las manos de mis bolsillos... pero vacías.

Louise se había acercado para auxiliar a los otros, que cribaban la basura con los dedos. Me uní a ellos.

—Cuatro —exclamó Morris—. Creo que eso es todo. Registraremos el bar también.

Y yo pensé: cinco.

Pensé: he aprendido cinco nuevas profesiones durante la noche anterior. ¿Por qué me empeñaría en ocultar una de ellas?

Si mi juicio era tan malo que me hiciera ingerir una píldora de teletransporte, destinada a algo provisto de demasiados ojos, ¿qué más pude haber tragado durante la última noche?

Podría ser que hubiera aprendido a ser un publicitario, un ladrón soberbiamente entrenado, o un verdugo de palacio adiestrado en torturas. O bien pudiera haber optado por algo realmente desagradable, como la profesión de Hitler o la de Alejandro el Grande.

—No veo nada por aquí —exclamó Morris tras el mostrador.

Louise se encogió de hombros. Morris entregó los cuatro fragmentos a Littleton, añadiendo:

—Entrega esto a Douglass. Llámanos desde allí. —Se dirigió a Louise y a mí—. Los someteremos a un análisis químico, por si alguno fuera un celofán de caramelos. Tal vez hayamos perdido de vista uno o dos. Por el momento, asumiremos que son cuatro.

—Muy bien —dije.

—¿Le parece correcto, Frazer? ¿Podrían ser tres... o quizá cinco?

—No lo sé. —Y realmente, por lo que podía recordar, no lo sabía.

—Cuatro, entonces. Hemos identificado dos, hasta ahora. Una pastilla era un curso de teletransporte para alienígenas. La otra, un curso del idioma Monje. ¿Correcto?

—Sí, eso parece.

—¿Qué más le dio él?

Sentía que mis recuerdos volvían atrás, pero revueltos y sin ilación. Negué con la cabeza. Morris parecía frustrado.

—Disculpe —dijo Louise—. ¿Puede echarse un trago en horas de trabajo?

—Sí —respondió Morris, sin vacilar.

Louise y yo tampoco estábamos de servicio, así que ella preparó tres *gin-tonics* y los sirvió en uno de los reservados.

Morris abrió una chata cartera, que era a medias un magnetófono.

—No perderemos nada con hacerlo. Louise, vamos a hablar de lo que sucedió anoche.

—Espero poder ayudar.

—¿Qué ocurrió aquí luego de que Ed tomara su primera píldora?

—Hum. —Louise me miró de reojo—. No sé en qué momento la tomó. Hacia la una observé que obraba de modo extraño. Estaba atrasado con los pedidos, y entregaba las bebidas equivocadas. Recordé entonces que había obrado así durante cierto tiempo el pasado otoño, cuando fue su divorcio...

Sentí que mi rostro se endurecía. Ese recuerdo que ella había resucitado me ocasionó un dolor inesperado. Yo no soy un gran bebedor, pero mis fines de semana habían sido muy largos este último año. Louise me había disuadido de beber mientras servía a la clientela. Por ello había dejado el alcohol, y cuando pasó lo más malo regresé a atender el bar.

—Anoche pensé que volvía a lo mismo —decía ella—. Lo cubrí un poco, le repetí los pedidos cuando lo creí necesario y le vigilé mientras preparaba las bebidas, para que no se equivocara.

»Se pasó un buen rato hablando con el alienígena..., pero Ed lo hacía en inglés, mientras que el otro sólo emitía susurros por su

garganta. ¿Se acuerda cuando televisaron el discurso de aquel Monje, la semana pasada? Pues sonaba como eso.

»Luego vi que Ed aceptaba una píldora y la ingería con un vaso de agua... —se volvió, me tocó el brazo y exclamó—: ¡Pensé que te habías vuelto loco! Traté de detenerte...

—No lo recuerdo.

—El bar estaba prácticamente vacío entonces. Te reíste de mí, y dijiste que la píldora te enseñaría a no extraviarte. No lo creí, pero el Monje puso en marcha su aparato traductor y dijo lo mismo.

—Hubiera preferido que me detuvieras.

Ella pareció molesta.

—Hubiera preferido que no dijeras eso. También yo tomé una píldora.

Me ahogué. Lo que dijo me había sorprendido con la boca llena de *gin-tonic*. Me palmeó la espalda y tal vez me salvó la vida.

—¿No recuerdas eso tampoco? —dijo ella.

—Después de ingerir la primera, apenas recuerdo nada coherente.

—¿De veras? No parecías muy «cargado». Por lo menos, mientras estuve vigilándote.

Morris intervino entonces:

—Louise, la píldora que tomó usted... ¿le dijo el Monje qué cosa iba a producirle?

—Nunca lo dijo. Estábamos hablando de mí... —se detuvo a pensar. Después, desconcertada y riéndose de sí misma, añadió—: Ignoro cómo sucedió..., pero de pronto, le estaba contando la historia de mi vida. A un Monje. Me pareció que intentaba ser simpático.

—¿El Monje?

—Sí, el Monje. Y en cierto momento, extrajo una píldora y me la ofreció, diciendo que me ayudaría. No sé por qué, pero le creí y la tomé.

—¿Notó algún síntoma? ¿Ha aprendido algo nuevo esta mañana, algo que no sabía antes? —insistió Morris.

Ella negó con la cabeza, desconcertada e incluso algo agresiva. Haber aceptado esa píldora debía parecerle una completa locura a la luz fría y gris de este atardecer.

—Bien —prosiguió el agente—. Frazer, usted tomó tres píldoras,

y ya sabemos para qué eran dos de ellas. Usted, Louise, tomó una y no tenemos idea de qué utilidad tenía. —Cerró sus ojos durante un instante y después me miró—. Vamos a ver, Frazer, si no puede recordar lo que tomó, ¿puede por lo menos recordar si rechazó alguna? ¿Le ofreció el Monje algo que...?

Se detuvo al ver mi rostro, porque lo que dijo había hecho que algo vibrara en mi mente.

El extraño había estado hablando en su propio idioma, aquel susurro que no requiere ser más que eso, ya que los sonidos básicos del idioma Monje son tan poco ambiguos que pueden distinguirse fácilmente, incluso para el oído humano. «Esto enseña una técnica apropiada de natación. Un ____ puede alcanzar velocidades de dieciséis a veinte __ por __ utilizando este estilo. El curso incluye también unos ejercicios apropiados».

—He rechazado un curso de natación para peces inteligentes —dije entonces.

Louise soltó una risita sofocada y Morris se avinagró un poco:

—Bromea usted.

—No, no bromeo. Y hubo algo más.

Esta vez, el método de sumergirme en busca de datos no resultó tan mareante como lo había sido al despertarme. Los recuerdos importados ya estarían acomodándose, llenando los escondrijos de mi mente, enlazándose y quedándose en sus respectivos lugares.

—Yo le preguntaba algo acerca de la forma que tenían los seres de otros planetas. No la de los Monjes, usted entiende; eso sería de mala educación, especialmente con unas gentes de las que no se conoce todavía su sensibilidad. Yo quería saber sobre otros alienígenas. Entonces el Monje me ofreció tres cursos sobre técnicas de combate sin armas. Cada uno conllevaba un tratado extensivo de anatomía básica.

—¿Y no se los quedó usted?

—No. ¿Para qué? Por ejemplo, uno de ellos me enseñaba a destruir una especie de gusano inteligente, armado, aunque sólo en caso de que yo fuera a mi vez un gusano inteligente, aunque desarmado. No estaba tan loco como para tomar esa píldora.

—Frazer, hay hombres que darían gustosos un brazo y una pierna por cualquiera de esas píldoras que usted rechazó.

—Oh, seguro. Y usted hace apenas un rato me dijo que era una

locura tragar una píldora educativa alienígena.

—Lo siento —contestó Morris.

—Fue usted quien dijo que podrían haber extraviado mi mente. Quizá lo hicieron, incluso...

Dije eso, porque mi hipersensible sentido del equilibrio estaba todavía produciéndome un malestar de los mil demonios. Sin embargo, la reacción de Morris resultaba todavía más molesta; parecía que pensara: «Frazer puede empezar a balbucir en cualquier momento, así que será mejor apretarle para extraer todo lo que tuviera algún valor, mientras hay oportunidad».

Pero su cara no mostraba nada de ello. ¿Me estaría volviendo paranoico?

—Cuénteme más sobre las píldoras —prosiguió Morris—. Parece como si tuvieran una acción retardada. ¿Cuánto tiempo deberemos esperar hasta estar seguros de que sabemos todo lo que ingirió?

—Él dijo algo de eso...

Tanteé por aquel camino y la respuesta llegó al cabo.

Actúa como un recuerdo, había dicho el Monje. Había apagado su traductor, y hablaba en su propio idioma, ahora que yo podía comprenderle. El sonido del chirriante artefacto hablando inglés le molestaba, y ése fue el motivo por el que me dio la píldora.

Pero el susurro era bajo y el lenguaje nuevo, por lo que debía escuchar con mucha atención para comprenderlo. Lo recordaba con toda claridad ahora.

La información de las píldoras formará parte de tu memoria. Por ello, no conocerás todo lo que has aprendido hasta que lo vayas necesitando. Entonces aparecerá. La memoria actúa por asociación, había dicho.

Y además: Existen cosas que un maestro no puede enseñar. Siempre hay diferencias entre el conocimiento adquirido en la enseñanza y el que resulta de efectuar directamente la tarea.

—Teoría y práctica —dije a Morris—. Sé muy bien lo que quiso decir. No hay un curso para barman en este país que pueda enseñarte a no agregar el azúcar a un cóctel *Old Fashioned* durante las horas pico del trabajo.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Eso depende de la categoría del bar, por supuesto; no podrían admitirse tales prisas en un local de lujo. Pero en un bar corriente,

cualquiera que pida una bebida complicada en las horas difíciles, merece lo que consigue. Obliga a trabajar lentamente al barman en un momento crucial, cuando cada segundo cuesta dinero. Entonces, no se le agrega el azúcar a ese trago. Hacerlo cuesta demasiado dinero.

—El tipo ya no volvería más.

—¿Y qué? Si pide eso a tal hora no es de los clientes habituales; si lo fuera, tendría mejor criterio.

Tuve que sonreírme. Morris se veía sobresaltado y horrorizado. Le había mostrado un pecado nuevo.

—Es algo que todo barman debiera conocer. Ve a un curso para ellos es como una escuela vocacional: se supone que le enseñan a sobrevivir como mezclador de tragos. Pero el cóctel requiere azúcar, y en la escuela o bien agrega usted el azúcar o le darán un rapapolvo.

Morris sacudió la cabeza, los labios apretados.

—Entonces el Monje le advirtió de que estaba adquiriendo teoría, y no práctica.

—Es precisamente lo contrario. Véalo de esta forma, Morris...

—Bill, por favor.

—De acuerdo, Bill. La píldora de teletransporte no puede capacitar al sistema nervioso humano para el proceso. Incluso a pesar de mi increíble equilibrio, y ciertamente es increíble, no me proporciona los músculos para dar diez rápidas volteretas. Pero conozco lo que se «siente» con el teletransporte. Es sobre lo que me previno el Monje: las píldoras proporcionan el adiestramiento, pero no nos cambian físicamente, por lo que es preciso vigilar los reflejos.

—Confío en que no se habrá transformado usted en un asesino entrenado...

Uno debe ser cuidadoso con los reflejos recientemente adquiridos, había dicho el Monje.

—Louise —la encaró Morris—, no sabemos todavía qué clase de educación recibió usted anoche. ¿Alguna idea?

—Quizá reparo máquinas del tiempo. —Sorbió su bebida y miró en forma reservada al agente, por sobre el borde del vaso.

—Eso no me sorprendería —respondió Morris, devolviéndole la sonrisa.

El muy idiota. Lo decía en serio.

—Si desea saber lo que había en la píldora, ¿por qué no se lo pregunta al Monje? —Ella le dio tiempo a Morris para sorprenderse, pero no para que la pudiera interrumpir—. Todo cuanto tenemos que hacer es abrir el bar y esperar. Porque anoche él no terminó con el segundo estante, ¿no es así, Ed?

—No, por Dios, no lo hizo...

Louise hizo un gesto con el brazo en derredor.

—Pero esto es un revoltijo. Nunca lo tendremos limpio a tiempo. No sin ayuda. ¿Qué dice de eso, Bill? Usted es funcionario del gobierno. ¿Puede conseguirnos un equipo que limpie el sitio antes de las cinco?

—No sabe lo que me pide... ¡Ya son las tres y cuarto!

El *Long Spoon* parecía de veras una zona de desastre, aunque de todas formas los bares no están pensados para verse a plena luz del día. Y como nuestras vidas habían cambiado de arriba abajo, y también debido a que el bar era claramente inhabitable, habíamos pensado en cerrar por esa noche, pero... ahora era ya demasiado tarde.

—Tip-Top, la empresa de limpieza —recordé—. Acostumbran a enviar un equipo de cuatro hombres con sus respectivos elementos. Cobran quince pavos por hora... Pero no los tendríamos aquí a tiempo.

Morris se levantó bruscamente.

—¿Está esa empresa en la guía telefónica?

—Claro que sí.

Morris fue hacia la cabina, y cuando se metió allí pregunté a Louise:

—¿Tienes alguna idea respecto a lo que tomaste anoche?

Louise me miró fijo.

—¿Te refieres a la píldora? ¿Por qué lo dices tan serio?

—Hemos de resolverlo antes de que lo haga Morris.

—¿Por qué?

—Si él se sale con la suya —proseguí—, clasificarán mi cerebro como «alto secreto», porque sé demasiadas cosas. Llegaré a ser una especie de prisionero político durante el resto de mi vida... y tú también, si acaso anoche aprendiste las cosas equivocadas.

Lo que Louise hizo a continuación, me pareció halagador y muy

reconfortante: giró su rostro hacia Morris en la cabina telefónica y le dirigió una mirada tan cargada de envenenado odio que debía haber marchitado al tipo.

Ella me creía. No necesitaba pruebas para ponerse totalmente de mi parte.

Pero... ¿por qué estaba yo tan seguro de eso? Había consumido la mayor parte del día tratando de adivinar los pensamientos de los demás. Quizá tuviera algo que ver con mi tercera o cuarta profesión aprendida...

—Tenemos que descubrir qué clase de píldora has tomado —le dije—. De otra forma, tanto Morris como el Servicio Secreto pasarán el resto de su vida siguiéndote a todas partes, sólo por la posibilidad de que sepas algo importante. Es lo que harán conmigo. Lo único que saben es que yo aprendí algo útil, y por tanto estarán picoteando en mi cerebro hasta que el infierno se congele.

Vinieron unos aullidos de Morris desde la cabina telefónica.

—¡Ya vienen hacia aquí! ¡Cuarenta pavos la hora, con pago anticipado en cuanto lleguen!

—¡Estupendo! —grité a mi vez.

—Voy a llamar a Nueva York —dijo, mientras cerraba nuevamente la puerta corredera de la cabina.

Louise se reclinó sobre la mesa.

—Ed, ¿qué haremos ahora?

La forma en que lo dijo llamó mi atención. Estábamos ambos inmersos en el maldito asunto... pero existiría una salida, y ella estaba *segura* de que yo podría localizarla... por el tono de su voz, la forma en que se inclinó hacia mí y la presión de su mano alrededor de mi muñeca. *Nosotros*. Percibía la fuerza y la confianza crecer en mí, mientras al mismo tiempo pensaba: *Ella no hubiera hecho esto ayer*.

—Vamos a limpiar todo esto, para luego abrir —dije—. Entretanto, intenta recordar lo que aprendiste anoche. Puede que no fuera más que algo inofensivo, como coger trilchos con una red magnética.

—¿Cómo has dicho? ¿Tril...?

—Una especie de mariposas espaciales.

—Oh. Pero... supón que aprendí a construir un motor más rápido que la luz...

—Bien, resultaría algo cruel impedir que Morris lo averiguara, pero tú no has aprendido eso. Las expresiones que son comunes para viajar más rápido que la luz, tales como «hipermotor», o «curvatura del espacio», por ejemplo, no tienen traducción en idioma monje, excepto en sus matemáticas. Ni siquiera puedes decir en el idioma de ellos la expresión «más rápido que la luz».

—Ah...

Morris regresó sonriendo como un idiota.

—Nunca adivinarían lo que los Monjes quieren ahora de nosotros.

Nos miraba a ambos alternativamente, sonriendo, dejando que el suspense creciera de modo intolerable.

—Un cañón láser gigante —dijo al fin.

Louise se quedó boquiabierta.

—¿Se refiere a un láser de lanzamiento? —pregunté.

—Exacto, un láser de lanzamiento. Y quieren que lo construyamos en la Luna. Les darán a nuestros ingenieros las píldoras para comprender los planos, y para construirlo. Pagarían con píldoras, además.

Yo necesitaba recordar algo respecto a los láseres de lanzamiento..., pero aún no sabía cómo había hecho para identificarlos siquiera...

—Han hecho la propuesta a las Naciones Unidas —proseguía Morris—. De hecho, están llevando a cabo todos sus asuntos a través de las Naciones Unidas para evitar que se les acuse de favoritismo, según dicen, y para esparcir el conocimiento tanto como sea posible.

—Pero... hay naciones que no pertenecen a la ONU —objetó Louise.

—Los Monjes lo saben. Nos han preguntado si alguna de ellas realizaba viajes espaciales. Ninguna los hace, por supuesto. Cuando supieron eso, dejaron de interesarse por ellas.

—Está claro —dije, recordando—. Una especie que no puede desarrollar el vuelo espacial no es mucho mejor que los animales.

—¿Eh?

—Esto según su forma de pensar.

—Pero... ¿para qué lo quieren? —preguntó Louise—. ¿Para qué necesitan un cañón láser, y en nuestra Luna?

—Es un poco complicado —respondió Morris—. ¿Recordáis cuando su nave apareció por vez primera, hace dos años?

—No —respondimos casi al mismo tiempo.

Morris estaba sorprendido.

—¿No lo leísteis? Apareció en todos los periódicos. «Importante astrónomo revela que una extraña nave espacial se aproxima a la Tierra». ¿Lo recordáis ahora?

—No.

—¡Por el amor de Dios! Aquello me hizo saltar. Fue similar a cuando los radioastrónomos descubrieron los púlsares, ¿recordáis eso? Apenas salía yo de la Escuela Superior...

—¿Púlsares?

—Hum. Disculpadme —respondió Morris, con suma cortesía—. Ha sido error mío. Tengo tendencia a creer que todo aquel que se cruza conmigo es un aficionado a la ciencia ficción. Pues bien: los púlsares son estrellas que emiten pulsaciones rítmicas de radioenergía. Y por ello los radioastrónomos pensaron en principio que estaban recibiendo señales del espacio exterior.

—¿Es usted aficionado a la ciencia ficción? —preguntó Louise.

—Efectivamente. Mi primer arma fue una pistola de cohetes Gyro-Jet. Y la adquirí porque me leía todo lo de Buck Rogers.

—¿Buck quién? —pregunté, luchando para mantener seria mi expresión. Morris dirigió la vista al cielo. Sin duda sería allí donde encontraría fuerzas para continuar.

—Verán..., aquel famoso astrónomo del que hablaba se llama Jerome Finney. Por supuesto, no dijo nada acerca de que la nave venía en dirección a la Tierra, porque los periódicos siempre distorsionan mucho estas cosas. Sólo informó de que un objeto artificial, de origen extraterrestre, había ingresado al sistema solar.

»Lo que realmente aconteció fue que algunos meses antes, el observatorio de Jodrell Bank había localizado una nueva estrella en la constelación de Sagitario. Ésa es la dirección del núcleo galáctico... ¿Qué sucede, Frazer?

De modo que volvíamos a los apellidos... Claro, yo no era un amante de la ciencia ficción.

—Eso es correcto —informé—. Los Monjes proceden del centro galáctico.

Y «recordé» entonces el cielo en las noches del planeta Centro,

llameante de estrellas. Probablemente, mi cliente Monje no pudo ver ese espectáculo en su vida, salvo por medio de una píldora educacional y por razones patrióticas, igual que enseñamos a nuestros niños la bandera del país.

—De acuerdo —asintió Morris, y continuó—. Bien, los astrónomos estaban estudiando una cercana nova y, por tanto, pudieron captar al intruso un poco antes de lo que hubiera sido probable. Mostraba un extraño espectro, radicalmente diferente al de la nova y mucho más estable. Incluso se volvía más extraño a lo largo del tiempo. La luz se tornaba cada vez más brillante, pero al mismo tiempo su espectro iba derivando hacia el rojo. Pasaron meses antes de que alguien identificara el espectro.

»Fue Jerome Finney quien al fin se dio cuenta. Demostró que el espectro en cuestión era la luz de nuestro propio sol, aunque sin el color azul. Algún tipo de espejo venía hacia nosotros, moviéndose a gran velocidad, pero reduciéndola a medida que se acercaba.

—¡Ah! Ya lo tengo. ¡Viajaban con una vela de luz!

—¿Dónde está el hallazgo, Frazer? Pensé que usted ya sabía de ello.

—No, no lo sabía. Es la primera vez que oigo del asunto. Nunca leo los suplementos dominicales.

Morris estaba exasperado.

—¡Nunca los lee! Sin embargo, sabía lo suficiente para denominar «láser de lanzamiento» a un cañón láser...

—Me preguntaba hace un momento por qué se le llama así.

Me miró por unos segundos. Luego cambió de expresión y dijo:

—Lo olvidé. Usted sacó eso del curso de idioma Monje.

—Supongo que sí.

Morris volvió al asunto.

—Los periódicos le hicieron pasar unos meses terribles al pobre Finney. ¿Tampoco lee usted los chistes políticos? En fin... Sin embargo, cuando la nave del Monje se aproximó más, empezó a emitir señales. Era un velero interestelar, que usaba la luz del sol contra su vela reflectora para frenar... y venía hacia nosotros.

—Señales. ¿Con puntos y rayas? Se podría hacer combando la vela.

—Debe haber leído algo sobre eso...

—¿Por qué? Es bastante obvio.

Ahora Morris parecía totalmente perturbado. Pero cualesquiera fueran sus razonamientos, lo dejó correr.

—La vela tiene un espesor de unas pocas moléculas, y estando desplegada mide cerca de ochocientos kilómetros de diámetro. Una nave solar puede alcanzar velocidades interestelares gracias a la presión de la luz, pero eso lleva mucho tiempo y la aceleración no es muy alta.

»A los Monjes les tomó dos años frenar a la velocidad de nuestro sistema. Han de haber comenzado mucho antes de que nuestros telescopios les localizaran, pero aun así viajaban demasiado de prisa cuando cruzaron la órbita de la Tierra. Tuvieron que atravesar la órbita de Mercurio y pasar al otro lado del pozo de gravedad del sol, frenando todo el camino antes de que pudieran acercarse a la Tierra.

—Lógico —respondí—. Su velocidad interestelar debe acercarse a la mitad de la velocidad de la luz; de otra forma, no se podría comerciar en forma efectiva.

—¿Qué?

—Hay formas de alcanzar el margen adicional de velocidad. No se tiene que depender inevitablemente de la luz del sol, si se parte de un sistema civilizado. Cada sistema civilizado posee un láser de lanzamiento, con base en una Luna. Cuando el Sol ya está demasiado alejado para proporcionar a la nave un impulso razonable, el diámetro del haz que emerge del cañón láser se ha expandido lo suficiente para proporcionar a la vela una fuerte aceleración sin vaporizarla.

—Naturalmente —dijo Morris, pero se veía algo confundido.

—Por tanto, si la nave solar se dirige hacia un sistema extraño, se pasará la mayor parte del trayecto desacelerando. No se puede contar con que un sistema desconocido tenga un láser de lanzamiento. La cosa sería distinta si uno se dirige hacia un punto civilizado.

Morris asintió.

—Lo bueno del cañón láser —continué— es que si algo falla, hay un mundo civilizado cerca para repararlo. Se puede navegar por las estrellas cargado con mercaderías, y dejar tranquilamente en casa el motor de lanzamiento... ¿Por qué me están mirando así?

—No lo tome a mal —respondió Morris—, pero ¿cómo puede

saber tanto acerca del vuelo interestelar un barrigudo encargado de bar?

—¿Cómo? —no entendí su razonamiento.

—¿Por qué la nave del Monje tuvo que sumergirse tan profundamente dentro del sistema solar?

—Oh, eso. Es por el viento solar. Sucede lo mismo alrededor de cualquier sol amarillo. Con una vela de luz, se puede obtener empuje tanto del viento solar como de la presión luminosa, generada por fotones. El problema es que el viento solar consiste en núcleos de hidrógeno, no en fotones. La luz rebota contra la vela sólo en la parte reflectora, pero el viento solar simplemente la golpea, tanto la vela como los obenques que la sujetan a la nave.

Morris asintió pensativamente. Louise parpadeaba como si estuviera viendo doble.

—No se puede virar en contra. Escorzar la vela no sirve de gran cosa. Para frenar contra el viento solar, hay que dirigirse directamente hacia el sol —expliqué.

Morris asintió nuevamente. Noté que sus ojos estaban tan vidriosos como los de Louise.

—¡Oh! —exclamé—. Diablos, hoy tengo un día estúpido. Morris, esto fue debido a la tercera píldora...

—Entiendo —respondió, asintiendo una vez más, con los ojos todavía vidriosos—. Ésa debe ser la rara profesión, *realmente* rara, que usted buscaba: tripulante de una nave interestelar. ¡Dios mío!

Por sus palabras tenía que estar disgustado, pero me sonó a envidioso. Apoyaba los codos sobre la mesa, y la barbilla en sus puños; es una postura que distorsiona la boca y vuelve inescrutable la expresión. Pero no me gustaba lo que podía leer en sus ojos.

No quedaba nada del hombre recto y honesto al que había permitido entrar en mi apartamento aquel mediodía. Morris era un patriota ahora, un altruista y también un fanático. Debía lucir sus estrellas para su propio país y para toda la humanidad. Nada debía interponerse en su camino, y mucho menos yo.

¿Estás leyendo las mentes de nuevo, Frazer? Tal vez el actuar como capitán de una nave interestelar implica el sondeo de las mentes de la tripulación, para ser capaz de sofocar una rebelión antes de que cualquier imbécil llegue al vehemente extremo del *mpff glip habbabub*, o como quiera que lo dijese un Monje; tiene algo

que ver con filtrar el aire respirable.

Mis impulsos a hacer acrobacias tal vez fueran producto de la misma píldora: entrenamiento para la caída libre. Había mucha información en aquella píldora. Ésa era la profesión que yo había ocultado; no la de verdugo de palacio —que no era de utilidad para un gobierno demasiado sutil para necesitar de tales técnicas—, sino la de capitán de una nave interestelar: un premio demasiado valioso para quien no había alcanzado siquiera la Luna.

Y yo había sido el último en saberlo. Demasiado tarde, Frazer.

—Capitán —anuncié—. No un simple tripulante.

—Es una pena. Un tripulante sabría mucho más sobre cómo reparar una nave. Frazer, ¿cuántos tripulantes ha de gobernar?

—Ocho y cinco.

—¿Trece?

—Sí.

—¿Por qué ha dicho usted ocho y cinco?

La pregunta me cogió desprevenido. ¿No tenía...? Ah.

—Es el sistema numérico de los Monjes, en base ocho. Realmente la base es dos, pero agrupan los dígitos en tercetos para formar la base de ocho.

—Base dos. El sistema de las computadoras.

—¿De veras?

—Sí. Frazer, han de haber utilizado computadoras por mucho tiempo. ¡Eones!

—Entiendo.

Observé entonces que Louise había recogido los vasos y preparaba otros tragos; me pareció bien, necesitaba uno. Ella había dejado el suyo, que estaba a medio llenar. Pensando que no le importaría, bebí un trago de él.

Tenía la misma apariencia que un *gin-tonic*, pero sólo era agua gasificada con una rodaja de limón. Louise debía haber vuelto a su dieta, aunque lo raro era que cuando lo hacía solía anunciarlo con bombos y platillos.

Morris volvió nuevamente al asunto.

—De modo que tenemos una tripulación de trece individuos. ¿Son Monjes, humanos o alguna otra cosa?

—Monjes —respondí, sin hesitar.

—Mala suerte. ¿Hay seres humanos en el espacio?

—No. Muchas especies son bípedas, pero ninguna es como las demás y tampoco como nosotros.

Louise trajo las bebidas, las puso ante nosotros y se sentó sin decir nada.

—Usted dijo antes que las especies que no pueden realizar vuelos espaciales no son mejores que los animales.

—Así piensan los Monjes —le recordé.

—De acuerdo. A mí me parece un tanto exagerado, pero vamos a dejarlo ahí. ¿Puede ser que una raza consiguiera el vuelo espacial y luego lo perdiera?

—Eso sucede. Hay muchas formas en que una especie puede retrotraerse al estado animal. Sufriendo una guerra atómica, por ejemplo. También si sus mentes no soportan la complejidad necesaria. O pueden quedarse sin alimentos, y la hambruna mundial destruirlo todo. O los desperdicios generados por los nuevos procesos y máquinas pueden arruinar su ecología.

—Volver al estado animal. Perfecto. Pero... ¿qué pasa con las naciones? Supongamos que hay dos naciones vecinas de la misma especie, pero sólo una posee el vuelo espacial...

—Entiendo. Es un buen punto. Morris, sólo existen dos estados sobre la Tierra que pueden negociar con los Monjes sin pasar por las Naciones Unidas: nosotros y Rusia. Si Rhodesia, Brasil o Francia lo intentaran serían humillados públicamente.

—Eso podría ocasionar un incidente internacional —Morris apretó las mandíbulas, adoptando pose de héroe—. Tenemos medios para evitarnos problemas, así que tal cosa no sucedería.

—Hay algunas naciones a las que no me importaría ver que les sucediera tal cosa —dijo Louise.

Morris adoptó un aire pensativo... y me pregunté si todos habrían comprendido la advertencia que hice.

Llegó el equipo de limpieza. Habíamos usado antes los servicios de la empresa Tip-Top, pero aquellas cuatro muchachas de piel oscura no eran el equipo usual. Tuvimos que explicarles con detalle lo que queríamos que hicieran. No era su culpa; normalmente limpian domicilios privados, no bares.

Morris pasó algún tiempo comunicándose con Nueva York. Debía estar usando una tarjeta de crédito; no creía que pudiera llevar encima tantas monedas.

—Esto puede haber evitado una pequeña guerra —manifestó al regresar.

Volvimos al reservado, pero Louise se quedó para dirigir al equipo de limpieza.

Las cuatro muchachas trigueñas se movían a nuestro alrededor con sus cubos, botellas de spray y trapos, charlando en español, y dejando las superficies brillantes por donde pasaban. Y Morris reanudó su inquisición conmigo.

—¿Qué tipo de motor impulsa a la navea trasbordadora?

—Una bomba de hidrógeno lenta, emergiendo de un confinamiento magnético.

—¿Fusión nuclear?

—Sí. Los motores de posición de la nave principal también usan fusión. Todos ellos parten de la misma botella magnética. Ignoro cómo funciona. El combustible se obtiene del agua o del hielo.

—Fusión. Pero... ¿no hay que separar el deuterio y el tritio?

—¿Para qué? Se derrite el hielo, se hace pasar una corriente por el agua y así se consigue hidrógeno.

—Vaya cosa —dijo Morris, suavemente.

—El láser de lanzamiento actúa en idéntica forma —recordé. ¿Qué más necesitaba recordar sobre los láseres de lanzamiento? Algo tremendamente importante...

—¡Mierda! Frazer, si pudiéramos construir los láseres que quieren los Monjes podríamos utilizar la misma técnica para construir plantas energéticas de fusión, ¿no es así?

—Seguro. —Me sentía espantado. Tenía la boca seca, me latía el corazón. Casi adivinaba la causa—. Un momento. ¿Qué intenta decir con «si pudiéramos»?

—¡Y nos pagarían por construirlo! Es una condenada vergüenza. ¡No tenemos las herramientas!

—¿Qué quiere decir con eso? ¡Tenemos que construir el láser de lanzamiento!

—¿Qué le ocurre, Frazer? —preguntó Morris, sorprendido.

El terror tenía ahora nombre.

—¡Santo Dios! ¿Qué les habéis dicho a los Monjes? Escúcheme, Morris... Tiene que lograr que el Consejo de Seguridad prometa construir el láser de lanzamiento...

—¿Quién cree que soy yo, el Secretario General? No hay manera

de construirlo, y no sólo por las limitaciones en la configuración de lanzamiento de nuestros cohetes Saturno... —Morris pensó que, finalmente, yo había enloquecido. Parecía querer sumergirse en la pared del reservado.

—Lo harán cuando *usted* les explique lo que está en juego. Y podemos verdaderamente construir un láser de lanzamiento, siempre que el mundo entero se lo proponga. ¡Morris, piense en el bien que se puede conseguir! ¡Energía casi gratis, partiendo del agua del mar! Y los veleros de luz moviéndose dentro del sistema...

—Vea, Frazer..., estoy de acuerdo en que es un cuadro magnífico. Podríamos navegar hasta las lunas de Júpiter y Saturno. Utilizando la potencia del láser podríamos fundir los asteroides para extraer sus metales... —Por un momento, sus ojos habían adquirido una mirada vaga y soñadora, pero ahora regresaban hacia lo que aceptaban como realidad—. Es el tipo de cosas que uno imagina desde que era un niño. Algún día lo conseguiremos, pero por ahora... no estamos preparados.

—Hay dos caras en una moneda —dije—. Ahora bien, sé que lo que diré a continuación le va a parecer extraño..., pero recuerde que existen motivos para ello. Excelentes motivos.

—¿Motivos? ¿Para qué?

—Cuando una nave comercial viaja —expliqué—, lo hace solamente de un sistema civilizado a otro. Hay formas de confirmar si un determinado sistema posee el grado de civilización adecuado para construir un láser de lanzamiento. La radio, por ejemplo. La Tierra emite tanto flujo radial como una pequeña estrella.

»Cuando los Monjes detectan tales emisiones procedentes de una estrella próxima, envían entonces una nave comercial. Por el tiempo que la nave llega, el planeta emisor está civilizado, por lo general, aunque no tanto como para que los Monjes no puedan aprovechar los conocimientos que están buscando.

»¿No entiende que ellos *necesitan* el láser de lanzamiento? La nave que nos visita partió desde una colonia de los Monjes. En nuestra zona de la galaxia, tan lejos del centro, las estrellas están muy apartadas entre sí. Su nave partió usando el láser y la luz de aquella estrella, aunque para frenar utilizó sólo la luz de nuestro sol, porque no podían contar con que nuestro sistema poseyera un láser. Si tuvieran que lanzar una nave contando sólo con la luz de la

estrella, probablemente no lo harían. El detalle es que sólo un ciclo cerrado tan reducido como el subyacente en una nave estelar de los Monjes puede soportar tan largo período de viaje.

—Usted dijo que los Monjes no siempre pueden asegurar que la estrella de destino esté civilizada.

—Por supuesto que no. A veces una civilización alcanza el nivel que permite la construcción de un láser de lanzamiento, y permanece el tiempo suficiente para emitir una masa de ondas radiales detectable, pero revierte luego al estado animal. Éste es el quid de la cuestión, y si les decimos a los Monjes que no podemos construir el láser... nos considerarán sencillamente como animales.

—Suponga que nos negamos a ello... No que no *podemos*, sino que no *queremos* hacerlo.

—Eso sería estúpido. Hay demasiadas ventajas implícitas. Por ejemplo, la fusión controlada...

—Frazer, ¡piense en el coste! —dijo Morris, con voz sombría. Quería el láser, pero sinceramente no creía que se pudiera construir —. Piense lo que los políticos dirán acerca del coste... y además, ¿cómo explicarán a los contribuyentes el motivo de semejante inversión?

—Sería estúpido —repetí—, y también poco hospitalario. La hospitalidad es de gran consideración entre los Monjes. Ya puede ver que si no lo hacemos, estamos cocinados. O por ser considerados animales estúpidos, o culpables de quebrantar la hospitalidad. Y la nave de los Monjes necesita más luz para su vela que la que nuestro sol puede proporcionar. No pueden partir, ¿entiende?

—¿Entonces?

—Entonces es cuando el capitán utiliza un dispositivo que hace explotar el sol.

—¿Explotar... el sol? —dijo Morris.

El agente parecía no saber qué hacer. Entonces, de súbito, rompió a reír a grandes carcajadas... y las muchachas que estaban limpiando el *Long Spoon* se volvieron y mostraron sus sonrisas.

Había decidido no creerme.

Me acerqué a él y delicadamente empujé su vaso, que se vació en su regazo. Estaba medio vacío, pero la mojadura fue suficiente para cortar en un instante aquella risa suya. Antes de que empezara

a insultarme, le dije con voz fría:

—No estoy jugando. Los Monjes harán explotar nuestro sol si no les construimos un láser de lanzamiento. Ahora llame a su jefe y explíqueme el asunto.

Las mujeres nos miraron, temerosas ahora. Louise comenzó a acercársenos, pero se detuvo, indecisa.

Morris sonó casi tranquilo.

—¿Por qué me ha arrojado el vaso?

—Ha sido un tratamiento de *shock*. Quería que me prestara toda su atención. ¿Va a telefonear a Nueva York?

—Todavía no —dijo Morris. Miró la mancha que se iba extendiendo sobre sus pantalones, pero luego la dejó de lado—. Recuerde, tendría que convencerles..., y ni yo mismo me lo creo. ¡A nadie se le ocurriría detonar un sol porque no se cumplió con las reglas de la hospitalidad!

—No, no, Morris. Tienen que hacer explotar el sol para pasar al sistema siguiente. Negarse a construir un láser es cosa seria. Y además, la explosión del sol podría destruir la nave...

—¡Destruir la nave, dice! Y ¿qué hay del planeta, maldita sea?

—Usted no lo está mirando en la forma correcta...

—Espere un momento. Su nave es comercial, ¿no? ¿Qué clase de idiotas serían los Monjes si exterminaran un mercado tan sólo para poder llegar al siguiente?

—Si no podemos construir un láser, no representamos un mercado para ellos.

—Pero podríamos serlo para su siguiente visita...

—¿Cuál siguiente visita? Parece que no se da cuenta del *tamaño* del mercado de los Monjes. La demora de las comunicaciones entre Centro y su colonia más cercana a nosotros es de alrededor de... — Me detuve para convertir las unidades—... sesenta y cuatro mil años. Para cuando una nave termina su viaje, la mayoría de los mundos que ha visitado ya la han olvidado.

»Y cuando al fin arriba al punto de partida, ¿con qué se encontrará? El mundo que la construyó pudo haber fracasado como colonia, o rediseñado el puerto espacial para ponerlo al servicio de una clase diferente de naves, o retrocedido al estado animal; incluso a los Monjes les podría suceder. La nave tendría que pasar al sistema siguiente para reajustarse.

»Cuando se comercia con las estrellas, *no hay* una nueva visita.

—Caramba —exclamó Morris.

Louise había puesto de nuevo a las mujeres a trabajar. En un rincón de mi mente oí sus risueños comentarios: si Morris lucharía, si sería capaz de vencerme, etc.

—¿Cómo funciona? —preguntó el agente—. Es decir, ¿cómo le hacen para que un sol pase a nova?

—Hay un artefacto del tamaño de una locomotora, fijado a... a la estructura principal, supongo que ése sería el nombre. Apunta directamente a popa, y puede rotar unos dieciséis grados o algo así en cualquier dirección. Se lo pone en marcha cuando se alcanza la órbita del planeta de partida; el matemático de la tripulación calcula la intensidad necesaria. Se irradia el sol durante el primer año o algo así, y cuando éste al fin explota, la nave se encuentra ya lo suficientemente alejada como para aprovechar el empuje sin quemarse.

—Pero... ¿cómo funciona?

—Sólo hay que encenderlo. La potencia proviene del mismo tubo de fusión que alimenta el sistema de chorros de actitud... ¡Oh! Lo que quiere saber es cómo hace explotar un sol. Eso no lo sé. ¿Por qué debería saberlo?

—Del tamaño de una locomotora... y hace explotar soles...

Morris sonaba un poco histérico. El pobre bastardo empezaba a creermelo. Yo no me había inmutado, porque lo sabía ya desde la noche anterior.

—Cuando Finney descubrió la vela de luz de los Monjes... —dijo — ...apareció justamente en dirección de una *nova* reciente en Sagitario. Por alguna rara casualidad, ¿fue un mercado que no les resultó útil?

—No tengo la más remota idea.

Eso terminó de convencerle. Si acaso me lo hubiese estado inventando, le habría dicho que sí.

Morris se levantó y salió del reservado sin pronunciar palabra. Se detuvo un instante para coger una servilleta del bar, en su camino a la cabina telefónica.

Tras del mostrador, me preparé una bebida fuerte: «Cutty» sobre hielo picado, y un chorro de soda. Quería probar su potencia.

A través de la puerta de cristal vi que Louise se apeaba del

coche, cargada de paquetes. Eché soda sobre un poco de hielo, agregué unas gotas de limón y ya tenía listo el símil *gin-tonic* cuando ella entró.

Soltó su carga sobre el mostrador.

—Para el café irlandés... —dijo. Le ofrecí el vaso y repuso—: No, Ed, gracias. Con uno basta.

—Pruébalo.

Me miró con extrañeza, pero probó lo que le ofrecía.

—Soda... Bueno, me has cogido.

—¿De nuevo a dieta?

—Sí.

—Nunca has respondido sí a esa pregunta en tu vida. ¿Quieres contarme los detalles?

Sorbió su bebida.

—Comentar de la propia dieta a otra persona es aburrido; hace tiempo que debí darme cuenta de eso. ¡A trabajar! Te darás cuenta de que sólo disponemos de veinte minutos.

Abrí una de las bolsas de papel que había traído y empecé a llenar la nevera con cajitas de crema batida. Otra de las bolsas contenía café. La caja cuadrada y plana tenía que ser una pizza.

—¡Pizza! ¡Vaya dieta! —dije.

Ella estaba preparando las cafeteras de vidrio.

—Es para ti y Bill.

Abrí el paquete y mordí una porción. Era de lujo, cubierta con todo, desde anchoas a salami. Caliente y crocante, y yo muerto de hambre.

Comí a bocados mientras trabajaba.

Ya no quedan muchos bares que hagan un buen café irlandés; da demasiado trabajo. Se necesitan grandes cantidades de crema batida y café molido, una nevera, un mezclador, cierta cantidad de esas figuras de vidrio en forma de ocho para hacer el café, muchos platos calientes y, lo más caro de todo, sitio suficiente detrás de la barra para disponer todo eso. Se aprende a mantener una cantidad de vasos listos, lo que representa poner el azúcar en ellos cuando se tiene un momento libre, para ahorrar tiempo al momento de servir. Claro que esos momentos son los que uno aprovecharía para fumar un pitillo, lo que significa que tienes que olvidarte de ello. También se aprende a no mover mucho los brazos, porque hay muchas cosas

calientes a tu alrededor y puedes quemarte. Aprendes a montar la crema a medias, sólo un toque al mezclador, porque hay que hacerlo constantemente y si te pasas... la crema se convierte en mantequilla.

No hay muchos bares que quieran tomarse las molestias, y por eso resulta un buen negocio. El adicto promedio al irlandés prolongará su viaje más de veinte minutos para llegar al *Long Spoon*. Y se tragará su café en cinco minutos, porque de lo contrario se enfriaría. Para un whisky con soda, en cambio, se emplea una media hora.

Mientras estábamos preparando el café, hallé tiempo para preguntar:

—¿Has recordado alguna cosa?

—Sí —dijo ella.

—Cuéntame.

—No me refiero a saber qué había en la píldora. Yo sólo... puedo hacer cosas que antes no podía. Creo que ha cambiado mi manera de pensar. Ed, estoy preocupada...

—¿Preocupada?

Las palabras le salieron rápidamente.

—Siento como si estuviera enamorada de ti desde hace tiempo. Pero no es así... ¿Por qué de repente lo siento?

Me pareció que el estómago se me hundía. También yo tuve esos pensamientos... y había procurado quitármelos de la cabeza, una y otra vez. No podía darme el lujo de enamorarme. Me costaría muy caro... y me haría demasiado daño.

—Ha sido así todo el día. Me asusta, Ed. Supongamos que sintiera lo mismo con todos los hombres, ¿qué pasaría? ¿Qué pasaría si el Monje creía que yo podría ser una buena prostituta?

Me reí mucho más fuerte de lo que debía. Y Louise se empezó a enfadar de veras antes de que pudiera dejar de reírme.

—Vamos a ver... ¿También estás enamorada de Bill Morris? —le dije.

—¡No! Claro que no...

—Entonces, olvida esa idea. Él tiene más dinero que yo, y cualquier mujerzuela le querría más por ello..., si es que quieren a alguien, lo que no creo, porque esas zorras generalmente son frías.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó.

—Lo leí en una revista.

Louise pareció tranquilizarse. Comencé a darme cuenta de lo tensa que en realidad había estado.

—De acuerdo —dijo ella—. Pero... eso quiere decir que realmente estoy enamorada de ti.

Traté de salir de la crisis.

—¿Por qué nunca te has casado? —le pregunté.

—¡Oh! —Pareció que iba a dejar de lado el tema, pero cambió de opinión—. Todos los hombres con quienes salía querían acostarse conmigo. Eso no estaba bien, así que... —Parecía un poco perpleja—. ¿Por qué pensaba que no estaba bien?

—Por la forma en que te educaron.

—Sí, pero... —se detuvo.

—¿Y ahora qué opinas?

—Bueno, no iría a dormir con cualquiera..., pero si un hombre vale la pena para salir, valdría la pena para casarse, y si es así, pues... dormir con él será útil, ¿no es verdad? Sería una locura casarse con alguien con el que no se ha dormido antes, ¿no?

—Bueno... yo lo hice.

—Ah, y mira cómo resultó... ¡Oh, Ed, perdona, lo siento! Pero lo que has dicho...

—Sí —dije, con la respiración tensa.

—Mira, yo también pensaba de esa manera, pero... algo ha cambiado.

No habíamos hablado precipitadamente, sino entre pausas y silencios, y hubo que sortearlos. Tuve tiempo de comer tres porciones de pizza. Louise tuvo tiempo de luchar con su conciencia... pero perdió, y tomó una porción de la caja.

Sólo que no se la comió. Allí estaba la pizza, frente a ella, y ni la había mirado ni olido, lo que no era corriente en Louise.

Medio en broma le dije:

—Te diré mi teoría. Años atrás debes haber sublimado tu urgencia de sexo por la de la comida. La mayoría de nosotros sacrificamos el apetito ante el deseo de sexo..., pero tú hiciste al revés.

—Entonces, la píldora me ha... desublimado, ¿eh? —miró su porción, muy pensativa. Claramente había desaparecido su interés

por ella—. Eso es lo que digo. No es común que la pizza no me tiente.

—«Esos ojos verde oliva»...

—«Hipnóticos, eso es lo que son».

—Una prostituta sabe mantenerse en forma... —Inmediatamente me arrepentí de haberlo dicho. No era gracioso—. Discúlpame — dije.

—Está bien.

Cogió una bandeja con velas en vasos rojos, las que fue colocando sobre las mesas, pequeñas y cuadradas. Se movía con gracia, y estaba hermosa a la media luz del *Long Spoon*. Sus caderas se movían sólo lo suficiente para eludir las esquinas de las mesas.

La había herido. Pero me conoce hace tiempo; sabe que soy de los que inevitablemente meten la pata cuando hablan.

Conocía bien a Louise, y sabía que era una chica bonita. Pero nunca me había parecido tan hermosa como esa noche.

Regresó por el mismo camino, encendiendo las velas a su paso. Finalmente dejó la bandeja, se recostó en la barra y dijo:

—Lo siento, pero no puedo bromear sobre eso si no estoy segura.

—Deja de preocuparte, ¿de acuerdo? No sé lo que te habrá dado el Monje, pero lo hizo para ayudarte.

—Te amo.

—¿Qué?

—Te amo.

—De acuerdo. Yo también... te amo. —Uso esas palabras tan raramente, que se me atascan en la garganta, como si mintiera, aunque sean verdaderas—. Escucha... quiero casarme contigo. No menees la cabeza, quiero casarme contigo.

Le hablé en susurros, con tono atormentado. Ella dijo, en el mismo tono:

—No, hasta que sepa lo que contenía la píldora. Compréndelo, Ed: no puedo confiar en mí misma hasta saberlo.

—Yo tampoco —dije, con desgano—. Pero no podemos esperar, no disponemos de tiempo.

—¿Qué?

—Ah, tú no estabas cerca cuando lo decía a Morris. Dentro de poco, entre tres y diez años a partir de ahora, los Monjes pueden hacer que nuestro sol estalle.

Louise no contestó. Sólo frunció el ceño.

—Eso depende del tiempo que quieran perder comerciando con nosotros —continuó—. Si no podemos construirles un láser de lanzamiento, aun podemos engañarles, convencerles de que esperen un poco. Las expediciones de los Monjes han esperado tanto como...

—Oh, Dios mío... lo dices en serio. ¿Era por esto que peleabais tú y Bill?

—Sí.

Louise se estremeció. A pesar de la escasa luz me di cuenta de lo pálida que estaba. Luego dijo algo curioso:

—De acuerdo, me casaré contigo.

—Bien —dije yo.

Pero noté de pronto que estaba temblando. Casado. Otra vez. Yo. Louise vino hacia mí y colocó sus manos sobre mis hombros; y yo la besé.

Había estado esperando... ¿cinco años?... para hacer esto. Ella se acomodaba maravillosamente en mis brazos. Sus manos se cerraron fuertemente sobre mis hombros, masajeándolos. La tensión huyó de mí, no sé hacia dónde. Casados. Nosotros. Al menos, tendríamos entre tres y diez años de vida en común.

—Ahí viene Morris —dije.

Louise retrocedió un poco.

—No pueden detenerte, tú no has hecho nada. ¡Oh, cómo *deseo* saber lo que contenía la píldora que tomé! Supón que soy una asesina entrenada...

—¿Y si yo lo soy? Tendremos que vigilarnos, el uno al otro.

—Oh, ya sabemos quién eres tú. Eres el comandante de una nave estelar, un extranjero preparado para el teletransporte y un traductor del habla de los Monjes.

—Y algo más. Tengo una cuarta profesión. Tomé cuatro píldoras, no tres.

—¿Eh? ¿Por qué no se lo dijiste a Bill?

—¿Bromeas? Mareado como estaba anoche, a lo mejor tomé un curso de revolucionario... Que Dios me ayude si Morris lo descubre.

—¿Crees que se trata de eso? —sonrió.

—No, claro que no.

—¿Por qué lo hicimos? ¿Por qué nos tragamos aquellas píldoras? Debimos haberlo pensado mejor, ¿no te parece?

—Tal vez el Monje también tomó la suya..., una píldora que enseña a un Monje a parecer alguien de confianza a los extranjeros en general.

—Yo confié en él —dijo Louise—. Le recuerdo, parecía muy simpático. ¿De veras harían estallar el sol?

—Sí que lo harían.

—Esa cuarta píldora... Tal vez te enseñó la manera de evitarlo.

—Vamos a ver... Sabemos que tomé un curso de idioma Monje, un curso de teletransporte para marcianos y un curso para dirigir una nave impulsada por vela de luz. Sobre esta base..., bien, es probable que cambiara de opinión, e hiciera un curso de karate para gusanos.

—Bueno, al menos eso no te perjudicaría. Tranquilízate... Ed, si recuerdas haber tragado las píldoras, ¿cómo es que no recuerdas lo que contenían?

—Bien, no lo sé. Pero no recuerdo nada.

—¿Cómo sabes que tragaste cuatro, entonces?

—Por esto.

Metí las manos en el bolsillo y saqué el trocito del celofán de los Monjes... e inmediatamente me di cuenta de que contenía algo. Algo duro y redondo.

Lo estábamos mirando cuando se asomó Morris.

—Debí metérmela astutamente en el bolsillo —les dije a ambos—. En algún momento durante la noche, cuando me sentía lo suficientemente ruin para robarle algo a un Monje.

Morris dio vuelta la píldora entre sus dedos como si fuese una preciosa joya. Era de color azul pálido, marcada a un lado con un triángulo color naranja.

—No sé si mandar a que la analicen, o tomármela aquí mismo. Necesitamos un milagro. Tal vez esto nos diría...

—Olvídelo. No fui lo bastante listo para recordar que esas píldoras se deterioran rápido. El envoltorio está roto. Hace por lo menos doce horas que esta píldora no sirve.

Morris soltó un taco.

—Haga que la analicen —sugerí—. Encontraréis ARN, y tal vez aún se pueda descubrir qué es lo que emplean los Monjes como matriz. Muchos de los recuerdos han de estar intactos todavía, probablemente... pero no se trague la maldita cosa, le haría trizas el

seso. Todo lo que se necesita son unos pocos cambios al azar en un pequeño porcentaje del ARN.

—No tenemos tiempo para mandarla a Douglass esta noche. ¿Podemos guardarla en la nevera?

—Sí, démela.

Introduje la píldora en una bolsita de plástico, hice salir el aire por la boca, luego le hice un nudo y la metí en la nevera. El leve vacío y el frío ayudarían a conservar la cosa. Era algo que tendría que haber hecho la noche anterior.

—Bien, se acabaron los milagros —dijo Morris, con amargura—. Volvamos al asunto. Esta noche tendremos algunos hombres en el exterior y unos pocos aquí dentro. Usted no sabrá quiénes son, pero puede intentar descubrirlos, si se le antoja. Hemos de sacarnos de encima a muchos de vuestros clientes; se les dirá que lean los periódicos si quieren saber el porqué. Espero que no perjudicará demasiado al negocio...

—Puede ser nuestra fortuna. Tal vez seamos famosos en breve. ¿Habéis hecho lo mismo anoche?

—Sí. No queríamos tener el local demasiado lleno. A los Monjes no les gustarían los cazadores de autógrafos.

—Ah. Era por eso que el lugar estaba casi vacío.

Morris consultó su reloj.

—Ya es hora de abrir. ¿Estamos todos listos?

—Siéntese a la barra —invité—. Y mantenga un aire indiferente, maldita sea.

Louise fue a encender las luces.

Morris se sentó casi al centro de la barra. Su mano recia y cuadrada se aferraba al borde del mostrador.

—Déme otro *gin tonic*, pero flojo; después de éste, suprima la ginebra.

—De acuerdo.

—Indiferente. ¿Por qué he de estar indiferente? Frazer, tuve que decirle al presidente de los Estados Unidos de América que se aproximaba el fin del mundo, a menos que él hiciera algo. ¡Tuve que decírselo en persona!

—¿Se hizo a la idea?

—Espero que sí. Me exasperaba su tranquilidad, me dieron deseos de gritarle. ¡Dios mío, Frazer! ¿Qué ocurrirá si no podemos

construir el láser de lanzamiento? ¿O si lo intentamos, y fracasamos?

Le di una respuesta antigua y clásica:

—La estupidez es siempre un crimen capital.

—¡Maldito sea usted, y su arrogante actitud, y sus monstruos asesinos también! —me gritó en plena cara..., pero al segundo siguiente se había calmado—. No importa, Frazer. Después de todo, usted piensa como el capitán de una nave estelar.

—¿Cómo? No le comprendo...

—El capitán de una nave estelar ha de hacer que un sol se convierta en nova para salvar su navío. No lo puede evitar, está en la píldora.

¡Maldita sea! Tenía razón, me daba cuenta de ello. La píldora había afectado mi raciocinio. Hacer estallar un sol que proporcionaba vida a otra raza *tenía* que ser una inmoralidad. ¿No era así?

¡No podía confiar en mi sentido de lo bueno y lo malo!

Entraron cuatro hombres, y eligieron una de las mesas grandes. ¿Agentes de Morris? No. Agentes inmobiliarios, hablando de negocios.

—Hay algo que sigue preocupándome —dijo Morris, haciendo una mueca—. Entre las cosas que me han dejado hecho un guiñapo, como por ejemplo impedir el fin del mundo, hay otra que sigue en pie.

Puse ante él un vaso de *gin-tonic* flaco. Lo probó y dijo:

—Está bueno. Verás, mientras esperaba que una serie de caracoles humanos me comunicaran con el presidente, finalmente me di cuenta de qué se trataba. Frazer, ¿eres universitario?

—No. Me eduqué en el colegio Webster High.

—Bueno, no hablas como un barman... Empleas bien las palabras.

—¿Lo hago?

—A veces. Has dicho que harían «explotar el sol», pero luego sabías de lo que yo hablaba cuando dije «nova». Has hablado de que extraen la potencia de una bomba H, pero resulta que *sabes* lo que es la fusión.

—Seguro.

—Posiblemente sea una tontería por mi parte, pero he tenido la

impresión de que aprendías las palabras en cuanto yo las pronunciaba. *Parlez-vous français?*

—No. No hablo ningún idioma extranjero.

—¿De veras?

—No. ¿Qué piensa que nos enseñan en Webster High?

—*Je parle la langue un peu*, Frazer. *Et vous?*

—*Merde de cochón!* Morris, *je vous dit...* Caramba.

No me dio tiempo para pensar. Preguntó:

—¿Qué quiere decir «fanac»?

Sentía mi mente de nuevo algo torpe.

—Puede ser cualquier cosa —dije—. Sacar un *fanzine*, escribir a la columna de lectores, ayudar a engañar a alguien... Morris, ¿qué es lo que sucede?

—Pues que ese curso de idiomas que has tomado es más extenso de lo que creíamos.

—¡Claro, eso es! Ahora me acuerdo... Esas mujeres de la limpieza hablaban español, y yo entendí lo que decían...

—El español, el francés, el idioma de los Monjes, los lenguajes técnicos, incluso el esperanto. Lo que recibiste fue un curso generalizado para entender cualquier idioma al momento de oírlo. No me imagino cómo puede eso funcionar sin el uso de la telepatía.

—¿Leer el pensamiento? Pues... no sé.

Ese día ya había sentido varias veces que adivinaba con demasiada certeza los pensamientos de alguien.

—¿Puedes leerme la mente?

—No... no es así, exactamente. Siento el... *modo* en que piensa, no lo que está pensando. Escúcheme, Morris, no me gusta la idea de ser un prisionero político...

—Bueno, de eso podremos hablar más tarde. —*Cuando mi situación para comerciar sea mejor*, eso es lo que Morris pensaba. *Cuando no necesite tu ayuda para timar al Monje*—. Lo importante es que podrías leer lo que está pensando un extraterrestre. Eso podría ser crucial.

—Tal vez él pueda leer en mi mente, entonces. Y en la de *usted*.

Dejé que Morris sudara con eso mientras preparaba unas bebidas para que Louise las sirviera. Ya había clientes en cuatro mesas. El *Long Spoon* se llenaba rápidamente, y sólo había detectado a dos tipos del Servicio Secreto.

—¿Tienes alguna idea de lo que tomó ayer noche Louise Schu? Las profesiones que aprendiste ya las tenemos bien determinadas, pero la de ella...

—Tengo una vaga idea. —Miré a mi alrededor. Louise tomaba órdenes de una mesa alejada—. Sólo estoy atando cabos, en realidad. ¿Lo guardará en secreto? Al menos por ahora...

—¿Te refieres a ella? De acuerdo..., por ahora.

Preparé cuatro bebidas y Louise se las llevó. Entonces dije a Morris:

—Tengo en mente una profesión. No tiene un nombre definido, como teletransportista, capitán de nave estelar o traductor. No hay motivo para ello, ¿verdad? Estamos tratando con alienígenas.

Morris bebió un sorbo de su trago, aguardando.

—Tratándose de una mujer —dije yo—, puede ser una profesión que un hombre no desempeñaría. Sería *ama de casa*..., pero en realidad eso no lo cubre todo, apenas una parte.

—¿Ama de casa? Me estás tomando el pelo.

—No, no lo hago. Usted no se daría cuenta del cambio operado en Louise, porque nunca la había conocido antes de anoche.

—Vamos a ver, ¿en qué cambio estás pensando? Aparte del hecho de que es bonita, de lo que me he dado cuenta.

—Sí, lo es, Morris. Pero anoche tenía veinte kilos de más. ¿Crees que los ha perdido todos durante la mañana?

—Bien. Es bonita, aunque un poco regordeta... —Morris la miró por encima de su hombro, volviendo la cabeza—. ¡Ya lo creo que está gordita! ¿Porqué no me fijé en ello antes?

—Hay otra cosa... A propósito, aquí tiene pizza.

—Gracias. —Mordió una porción—. Hum, todavía está caliente. ¿Y bien?

—Ella misma la compró. Ha estado mirándola por largo rato, pero no la ha probado. Ayer no hubiese podido actuar así.

—Tal vez ha desayunado bien.

—Oh, seguro.

Yo sabía que no. Ha comido cosas dietéticas. Durante años había ido acumulando una verdadera colección de alimentos de dieta pero, en realidad, nunca trató de vivir de ellos. Pero ¿cómo podía hacerle creer eso a Morris, si jamás he estado en el apartamento de Louise?

—¿Algo más?

—Pues... ha adquirido una excelente comunicación no verbal. Ésa es una habilidad muy femenina. Uno se entera de cosas sólo por el tono de su voz, o por la forma en que apoya los codos, o...

—Pero... si una de tus nuevas habilidades es leer la mente, pues...

—Oh, diablos... Bueno, Louise se ponía muy nerviosa si alguien la tocaba. Y ella jamás tocaba a nadie. —Sentí que me sofocaba un poco, pues no me gusta hablar de temas personales.

Morris radiaba escepticismo.

—Todo eso me parece muy subjetivo. En realidad, suena como que tratas de creértelo, Frazer. ¿Por qué iba Louise a tomar ese curso que dices? Porque no me has descrito a un ama de casa. Has descrito más bien a una chica que busca persuadir a alguien que se case con ella... —captó que mi semblante se alteraba—. ¿Dije algo malo?

—Hace diez minutos hemos decidido casarnos.

—Oh, felicidades —dijo Morris, y esperó.

—Está bien, usted gana. Hasta hace diez minutos ni siquiera nos habíamos besado. Jamás lo intenté, ni ella tampoco. ¡No, maldito sea, no me lo creo! ¡Sé que me ama, lo sé!

—No lo estoy negando —dijo Morris, con calma—. Será por eso que tomó la píldora. Debe haber sido algo fuerte, Frazer. Hemos sabido algo de tu vida; hoy eres reacio al matrimonio.

Aquello era bien cierto.

—Si me amaba desde antes —dije—, si es que realmente me amaba, yo nunca lo supe. Y no me imagino cómo pudo enterarse de ello un Monje.

—¿Cómo podía siquiera saber algo de tal «profesión»? ¿Por qué iba a traer consigo una píldora con ese efecto? Vamos, Frazer, tú eres el experto en Monjes, explícamelo.

—Pues... tienen que aprender de los seres humanos. Tal vez por medio de entrevistas, tal vez por... Bueno, los Monjes pueden cargar una memoria alienígena en un espacio de computadora, e interrogarla luego. Tal vez han hecho eso con algunos de vuestros diplomáticos.

—¡Oh, grandioso!

Apareció Louise con un pedido; preparé las bebidas y las

coloqué en la bandeja. Me guiñó el ojo y se marchó con ellas, contoneándose deliciosamente, seguida por muchos ojos.

—Morris... La mayoría de los diplomáticos... los que tratan hoy con los Monjes, son hombres, ¿verdad?

—Casi todos. ¿Por qué?

—Sólo algo que se me ocurrió...

Era una idea difícil de comprender. Desde el punto de vista de un hombre, todos los cambios ocurridos en Louise habían sido para mejorar. Los Monjes debían haber entrevistado a muchos humanos de sexo masculino. Bien, ¿por qué no? Eso la haría más apetecible para el hombre que quisiera conquistar.

—Creo que lo tengo.

Morris alzó la vista rápidamente.

—¿Y bien?

—Que se enamore de mí forma parte de la instrucción que le otorgó la píldora. Es una prueba: Louise ha servido de conejillo de Indias.

—No sé lo que pudo ver en ti —dijo Morris, pero perdió la sonrisa—. Hablas en serio, Frazer. Pero eso no me da la respuesta...

—Es un curso de adoctrinación para la esclavitud. Hace que una mujer se enamore del primer hombre que ve, en forma permanente, y le enseña a serle útil. Los Monjes han de estar analizando producirlas en cantidad y venderlas a los hombres.

Él lo pensó un poco, y luego dijo:

—¡Eso es atroz! ¿Qué podemos hacer?

—Bueno, no podemos decirle a Louise que la han convertido en una esclava doméstica, Morris. Intentaré conseguir una píldora que borre su memoria. Si no la consigo... me casaré con ella, supongo. Oh, no me mire de esta manera —dije en voz baja, pero furioso—. Yo no le hice eso. Y no puedo abandonarla ahora.

—Lo sé. Es sólo que... Oh, pónme ginebra en el próximo trago.

—No mire ahora —dije.

A través del vidrio de la puerta, había oscuridad y movimiento. Una forma encapuchada, sombra sobre sombra, sobrenatural, una silueta semihumana y retorcida...

Entró deslizándose, con el borde de su túnica rozando el suelo. No se veía de él nada más que la gris túnica flotante, la oscuridad de la capucha y la sombra allí donde se abrían sus ropajes. Los

vendedores de bienes raíces interrumpieron su conversación y lo contemplaron pasmados. Uno de ellos echó mano a sus pastillas para el corazón.

El Monje se dirigió hacia mí como un espíritu vengador. Se sentó en el taburete que le habíamos reservado, al extremo de la barra.

No era el mismo.

Era muy parecido en todos los aspectos al extraterrestre que había estado allí las dos últimas noches. De hecho, Louise y Morris no se habían percatado..., pero no era el mismo Monje.

—Buenas noches —le dije.

Correspondió en voz baja con un saludo equivalente, en idioma Monje. Su traductor estaba dispuesto sólo en un sentido, traduciendo mis palabras en sus susurros, pero prescindiendo de convertir lo que el extraño decía.

—Creo que toca empezar con el whisky de cebada —dijo.

Me di la vuelta y comencé a servir la bebida. Sentía el peligro en mi cuello. Cuando me volví con el trago en la mano, él sujetaba una herramienta del tamaño de un puño, que debió traer oculta en la túnica. Parecía una pelota aplastada, con profundas ranuras para sus cinco dedos con garras y dos tubos paralelos que apuntaban en mi dirección. Unas lentes brillaban en el extremo de los tubos.

—¿Conoce usted esta herramienta? Es un... —y la nombró.

Yo conocía el nombre. Era una herramienta radiante, un láser multifrecuencia. Uno de los tubos era el sistema de puntería; adquiriría un blanco, y luego conservaba centrada su posición por medio de unos pequeños engranes en el cuerpo del artefacto.

Morris lo había visto. No lo reconoció, y no sabía qué hacer con ello, y yo no tenía forma de hacerle una señal.

—Sí, la conozco —confirmé.

—Debe tomar estas dos píldoras —el Monje las tenía preparadas en la otra mano; eran pequeñas, triangulares y de color rosa—. He de estar seguro de que se las ha tragado, o de lo contrario tendrá que tomar más. Lo malo es que una sobredosis podría afectar su memoria natural. Acérquese.

Me acerqué. Todos los presentes en el *Long Spoon* nos contemplaban, sin osar moverse. Cualquier señal habría descargado cuatro pistolas sobre el Monje..., pero yo caería frito por un delgado haz de rayos X.

El Monje adelantó una tercera garra y cerró los dedos en torno de mi cuello. No con suficiente fuerza para estrangularme, pero lo bastante duro.

Morris lanzaba juramentos en voz baja, sin nada que hacer. Podía sentir la agonía en su mente.

El Monje susurró:

—Conoce el mecanismo del gatillo. Si aflojo ahora la presión, se dispararía. Usted es el blanco. Si puede evitar que me ataquen cuatro agentes del gobierno, será mejor que lo haga.

Hice un gesto hacia Morris: *No hagáis nada*. Lo captó, y asintió ligeramente sin mirarme.

—Usted puede leer el pensamiento —dije al Monje.

—Sí —repuso, y me di cuenta al instante de lo que estaba ocultando. Podía leer el pensamiento de todo el mundo, *excepto el mío*.

Eso era demasiado para los engaños intentados por Morris. Pero el Monje no podía leerme la mente, y yo sí podía penetrar en la de él.

Y leyendo en su alma alienígena, comprendí que moriría si no tomaba las píldoras.

Las coloqué sobre mi lengua, una a una, tragándolas en seco. Bajaron con dificultad. Morris observaba lo que ocurría sin poder hacer nada. El Monje vigiló cómo bajaban por mi garganta, unos bultitos moviéndose bajo sus dedos.

Y cuando ambas píldoras habían superado el dedo del Monje, hice un milagro.

—Los recuerdos y enseñanzas que ha adquirido desaparecerán dentro de dos horas —dijo el alienígena.

Cogió el vaso y lo ocultó en su capuchón. Cuando reapareció estaba a medias vacío.

—¿Por qué me ha robado esos conocimientos? —le pregunté.

—No pagó usted por ellos.

—Me habían sido cedidos gratuitamente.

—Se los cedió quien no tenía derecho a hacerlo —replicó el Monje.

Estaba planeando marcharse. Yo tenía que hacer algo. Sabía, porque lo había razonado con mucho cuidado, que este Monje estaba envuelto en una empresa maligna. Tenía que lograr que se

quedara un poco más y me escuchara; de lo contrario, no podría convencerle.

De todas maneras, la cosa no iba a ser sencilla. Era un tripulante; su actitud ética le había sido proporcionada por medio de una píldora ARN, junto con su habilidad profesional.

—Ha hablado usted de derechos —le dije, en su propio idioma—. Vamos a discutir esos derechos.

Las exóticas palabras resbalaron extrañamente por mi garganta; me hicieron cosquillas, pero mis oídos me aseguraban que estaban bien dichas. El Monje se sorprendió.

—Sabía que comprendía nuestro lenguaje, pero no que lo hablara.

—¿Sabe usted qué clase de píldora he tomado?

—Una de idiomas. No sabía que llevara eso en su estuche.

—Él no acabó de probar todos los tragos de la Tierra. ¿Le sirvo alguna otra cosa?

Lo sentí adivinar mis motivos, y equivocarse. Pensó que intentaba aprovecharme de su curiosidad para venderle mi mercancía. Al fin y al cabo, ¿qué tenía que temer de mí? Todos los poderes mentales que me habían proporcionado las píldoras, desaparecerían dentro de un par de horas. Puse un vaso delante suyo.

—¿Qué opina de los láseres de lanzamiento? —comencé.

Al poco rato, la discusión se hizo bastante técnica.

—Tomemos un caso particular —recuerdo haber dicho—. Imaginemos una cultura que hubiese hecho uso del vuelo estelar durante varias hexacuartenas de años... o incluso ocho veces ese tiempo. Entonces, un asteroide golpea en un océano del planeta, precipitando una edad de hielo... —eso había ocurrido una vez, y él lo sabía—. Un desastre natural no permite distinguir entre una especie consciente y una sin conciencia, ¿verdad? A no ser que lo sucedido afecte directamente al tejido cerebral...

Al principio, lo retuvo la curiosidad. Luego fui yo quien le intrigaba. No podía soltarse de mi conversación: jamás había conversado sobre los temas que le exponía. Era un tripulante de un velero estelar, estaba sobrio y discutía con el frenesí de un evangelista.

—Entonces, volvamos al caso general —comenté—. Una especie

que no puede construir un láser de lanzamiento, es un mundo de simples animales, claro... y ambos sabemos que aun los Monjes podrían degenerar en animales.

Sí, ya sabía eso.

—Entonces, construid vosotros mismos vuestro láser de lanzamiento. Si acaso no podéis..., es que vuestro barco está capitaneado y tripulado por animales.

A las postres, era yo el único que hablaba. Todo en la susurrante lengua de los Monjes, cuyos sonidos se distinguen tan fácilmente que incluso yo, que debía retorcer mi garganta, sólo requería susurrar. Me parecía que hubiera tragado hojas de afeitar usadas.

Morris lo había entendido bien: no se inmiscuyó. Yo no podía decirle nada, usando palabras, gestos o siquiera un contacto mental... porque el Monje podía leer sus pensamientos. Pero se quedó sentado ahí, bebiendo *tonics* y más *tonics*, esperando que algo sucediera. Entretanto, yo discutía en susurros con el Monje.

—Pero... ¡la nave! —susurraba él—. ¿Qué hay de la nave? —sufría tanto como yo, pues la nave debía ser protegida...

A la una y cuarto de la madrugada, el Monje ya había probado la mitad de las botellas de la estantería baja. Se deslizó del taburete, pagó el importe de sus bebidas con billetes de un dólar, se dirigió hacia la puerta y salió.

Sólo le faltan la guadaña y el reloj de arena, pensé al verle salir. Y yo necesitaba un buen descanso..., pero no iba a conseguirlo.

—Que nadie le detenga —dije a Morris.

—Nadie lo hará, pero le seguirán.

—No tiene objeto. La túnica que usan para moverse entre alienígenas es bastante más que una vestidura. Es una estructura que les ayuda a soportar esta gravedad, y les confiere una forma similar a la humana. También es una coraza y un filtro de aire, y les procura invisibilidad.

—¿Qué?

—Ya se lo contaré cuando tenga tiempo. Así es como pudo llegar hasta aquí, probablemente. Uno de los tripulantes se dividió en dos; una parte se quedó allí y la otra vino a visitarnos. Disponía de dos semanas.

Morris se levantó y se quitó la chaqueta deportiva. Tenía la camisa empapada de sudor.

—¿Valdrá la pena hacerte un lavaje de estómago? —me preguntó.

—No lo creo. La mayor parte de la enzima destructora del ARN ya debe estar en mi sangre. Será mejor emplear el tiempo anotando todo lo que aún pueda recordar sobre los Monjes, si es que algo queda. Pasarán nueve o diez horas antes de que desaparezca todo —dije.

Lo cual era una gran mentira, naturalmente.

—Está bien. Déjame poner el dictáfono en marcha otra vez.

—Os costará dinero.

Morris me miró, muy serio de pronto.

—Oh. ¿Cuánto?

Lo había pensado ya muy detenidamente.

—Cien mil dólares. Y si está pensando en discutir, recuerde de quién es el tiempo que estamos desperdiciando.

—No pensaba hacerlo.

Sí que iba a hacerlo, pero cambió de opinión.

—Mejor —dije—. Haremos *ahora* la transferencia del dinero, mientras aún pueda leer sus pensamientos.

—De acuerdo.

Me hizo sitio en la cabina telefónica, pero no acepté. El cristal no me privaría de leer en la mente de Morris.

Salió en silencio; daba la impresión de que debía preguntar algo que temía saber.

—Bien, ¿qué hay de los Monjes? ¿Y de nuestro sol?

—A éste que vino lo convencí; es por eso que os pedí que no le molestaran. Él convencerá a otros.

—¿Cómo lo has logrado?

—No ha sido sencillo. —Me sentía al punto de entregar mi alma por un poco de sueño—. Él debe proteger la nave; la píldora de su profesión lo puso en sus genes. Yo también lo siento así, debido a mi adoctrinamiento como capitán... y sé qué tan fuerte es el mandato.

—Entonces...

—No sea imbécil, Morris. La nave se encuentra perfectamente a salvo en órbita alrededor de la luna. Un velero de luz sólo está en peligro cuando viaja entre las estrellas, lejos de toda ayuda.

—Hum.

—No fue eso lo que lo convenció. Sólo lo obligué a que considerara racionalmente la ética de la situación.

—¿De veras? Supongamos que alguien le quita esa convicción...

—Tal cosa podría ocurrir. Por eso será mejor si construimos el láser de lanzamiento.

Morris asintió, aunque no muy feliz.

Las doce horas que siguieron fueron muy duras.

Durante las primeras cuatro, hablé de todo lo que pude recordar sobre el sistema de teletransporte, tecnología, vida familiar y ética de los Monjes, sus relaciones con los otros alienígenas, detalles sobre ellos, las direcciones en que se hallaban varios mundos habitados y sin habitar... todo. Morris y sus hombres del Servicio Secreto —los que habían pretendido ser clientes— se sentaron a mi alrededor escuchando el relato, igual que niños exploradores alrededor del fuego de un campamento. Louise nos preparó café y se retiró a dormir en uno de los reservados.

Luego me permití olvidarlo todo, poco a poco.

A las nueve de la mañana estaba tendido mirando al techo, mientras dictaba trozos inconexos de información cada treinta segundos o así. A eso de las once mi estómago era una laguna negra de café tibio, me dolían los ojos más que todo el resto del cuerpo y ya no producía nada.

Había sido convincente, y lo sabía.

Pero para Morris no era suficiente. Me creía; sentí que de veras creía en mí. Sin embargo siguió la rutina acostumbrada, porque al fin y al cabo no podía perjudicarle eso. Si ya no le resultaba útil, si no tenía más para entregar, no tenía por qué jugar al amigo. ¿Qué podía perder?

Por ello me acusó de inventarlo todo. Incluso de trucar las píldoras que me había obligado a tomar el segundo Monje. Me obligó a mantenerme despierto, y por poco me descubrió, en base al cansancio. Empleó palabras raras, matemática y frases en latín, y toda una sarta de oscuras jergas.

Pero no llegó a ninguna parte. No hubo forma de atraparme.

A las dos de la tarde, hizo que alguien me llevara a casa.

Sentía todos los músculos doloridos, pero tuve que luchar para mantenerme consciente. De lo contrario, mi cerebelo me hubiese hecho rotar sobre los dedos de los pies, para orientarme

automáticamente contra un posible cambio en la gravedad artificial. El esfuerzo fue doble, por eso me dolía todo. Sentí el dolor durante horas, sentado con los hombros hundidos y la cabeza colgando. Pero si Morris me hubiera cogido andando como un especialista en saltos ornamentales...

El hombre del Servicio Secreto me acompañó hasta mi habitación y me dejó ahí.

Desperté en plena oscuridad, y sentí que había alguien en mi habitación. Alguien que no me quería mal. Louise, de hecho. Volví a dormirme.

Desperté de nuevo a la madrugada. Louise estaba sentada en mi sillón de lecturas, con los pies apoyados en la esquina de la cama. Sus ojos me miraban.

—¿Quieres el desayuno? —me preguntó.

—Sí. No hay gran cosa en la nevera... —dije.

—Yo traje algo.

—Excelente —dije, y de nuevo cerré los ojos.

Cinco minutos más tarde decidí que ya había dormido bastante. Me levanté y fui a ver lo que ella hacía.

Estaba friendo tocino, había pan untado con mantequilla listo para tostarse en el hornillo, y los huevos ya rotos y en un cazo esperaban que la sartén se calentara. Louise estaba llenando el colador de café.

—Un momento. Dame eso —dije. Sujeté la cafetera, que sólo contenía agua. Cerré los ojos e intenté recordar.

Ah.

Sabía que lo había hecho bien aún antes de que el calor llegara a mis manos. La cafetera contenía ahora un cálido y aromático café.

—Estábamos equivocados respecto a la primera píldora —dije a Louise. Ella me miraba, muy sorprendida—. Lo que ocurrió la segunda noche fue esto: el Monje llevaba un traductor, pero no le gustaba lo más mínimo. El inglés que escupía el artefacto le chillaba en su única oreja. Podía apagarlo y evitar la traducción en ese sentido, dejando abierto el canal en Monje que le explicaba lo que yo decía, pero primero tenía que enseñarme su idioma, y carecía de la píldora para ello. Tampoco poseía un curso general de idiomas, si tal píldora existiera, cosa que dudo.

»Estaba ya un poco bebido, pero encontró algo que podía servir.

La profesión que me otorgó la primera píldora es similar a la que te enseñó aquella que tú has tomado. Me refiero a que es muy antigua, y no tiene un nombre sencillo de definir, pero sería algo así como *profeta*.

—¿Profeta? —dijo Louise.

Estaba haciendo algo extraordinario: escuchaba completamente concentrada lo que yo decía, y al mismo tiempo freía los huevos.

—O discípulo; tal vez apóstol resulte más acertada. Sea como fuere, incluye el don de lenguas, que es lo que el Monje buscaba. Sin embargo, también incluye otros talentos.

—¿Cómo transformar el agua fría en café caliente?

—Hacer milagros, exacto. Empleé el mismo talento para hacer desaparecer las píldoritas rosadas de amnesia antes de que llegaran a mi estómago. Pero el talento más importante del apóstol es la persuasión.

»Anoche convencí al tripulante Monje de que hacer estallar un sol es algo intrínsecamente *malo*. Morris teme que alguien de su nave pueda quitarle ese convencimiento, pero yo no creo que tal cosa sea ya posible. El talento de leer la mente que entrega la píldora de *profeta* va más allá de eso: yo leo *almas*.

»El Monje de anoche es ahora mi apóstol. Tal vez convenza a toda la tripulación de que estoy en lo cierto. O incluso maldiga al *hachiroph ship*, el artefacto hacedor de novatas. Que es lo que yo intentaré hacer.

—¿Maldecirlo?

—¿Te imaginas que estoy bromeando, o algo así?

—Oh, no... —sirvió el café—. ¿Dejaría de funcionar?

—Sí.

—Perfecto —dijo Louise.

Yo sentía la fuerza de su propia fe, su fe en mí. Le otorgaba la serenidad de la monja ideal.

Cuando se volvió hacia la mesa para servir los huevos, dejé caer una píldora triangular en su taza de café.

Terminó de hacer el desayuno y nos sentamos.

—Entonces... todo ha terminado —dijo Louise.

—Todo ha terminado —dije, y tomé un poco de zumo de naranja. Es maravilloso lo que catorce horas de sueño pueden hacer por el apetito—. Ahora ya puedo volver a mi cuarta profesión, la

única que realmente me importa.

Ella me miró sorprendida.

—La de cantinero. La primera, la última y la más importante. Soy un cantinero, y vas a casarte con un cantinero.

—De acuerdo —contestó, relajándose.

En cosa de dos horas, el adoctrinamiento esclavo desaparecería de su mente. Volvería a ser la de antes: libre, independiente, incapaz de seguir una dieta y algo tímida.

Pero la píldora rosada no destruiría sus recuerdos verdaderos. Dentro de dos horas, Louise aun sabría que yo la amaba..., y después de todo, tal vez se casara conmigo.

—Tendremos que contratar un ayudante —dije—. Y aumentar los precios. Se matarán por entrar al *Long Spoon* cuando la historia se haga conocida.

Louise estaba absorta en sus pensamientos.

—Bill Morris tenía muy mala cara cuando me fui del bar. Deberías decirle que ya puede dejar de preocuparse.

—Oh, no, nada de eso. Quiero que siga asustado. Morris tiene que convencer al resto del mundo de que hay que construir el láser de lanzamiento, en lugar de arrojar bombas a la nave de los Monjes. Necesitamos ese cañón láser.

—Mmm... Qué buen café. ¿Para qué necesitamos un láser de lanzamiento?

—Para llegar a las estrellas.

—Eso es asunto de Morris. Tú eres un cantinero, ¿recuerdas? Tu cuarta profesión.

Negué con la cabeza.

—Ni tú ni Morris os dais cuenta de lo enorme que es el mercado de los Monjes, ni de cómo está de desperdigado. ¿Cuántas novias has visto en tu vida? Muy pocas, ¿verdad? Eso significa que existen pocas de sus naves mercantes en el inmenso firmamento.

»Además, hay otros seres allí además de los Monjes. Seres a los que los Monjes temen, y probablemente otros que aún desconocen. Algunos tan peligrosos, que la única protección contra ellos sería que nos encontremos muy lejos de aquí, alrededor de alguna otra estrella, cuando el desastre ocurra en la Tierra.

»El sistema de vuelo espacial de los Monjes es nuestro futuro y nuestra inmortalidad. Resultaría barato a cualquier precio...

—Te brillan los ojos —suspiró ella.

Parecía a medias hipnotizada, y completamente convencida. Y en ese momento supe que por el resto de mi vida tendría que mantener bajo dominio mi tendencia a predicar.

Introducción, Terry Carr.

Encuentro con Medusa (A Meeting with Medusa © 1971) Arthur C. Clarke.

Un día para recordar

«Porque está allí»

El mundo de los dioses

Las voces de la profundidad

Las ruedas de Poseidón

Medusa

Instrucciones de primera clase

Entre dos mundos

La navaja de Occam (Occam's Scalpel © 1971) Theodore Sturgeon.

En las garras de la entropía (In Entropy's Jaws © 1971) Robert Silverberg.

Cambio cruzado en el mundo de Sólo-Martes (The Sliced-Crosswise Only-On-Tuesday World © 1971) Philip José Farmer.

Más vastos y más lentos que los imperios (Vaster Than Empires and More Slow © 1971) Ursula K. Le Guin.

La cuarta profesión (The Fourth Profession © 1971) Larry Niven.

Notas

[1] Palabra japonesa equivalente a *harakiri*, suicidio realizado abriéndose el vientre con una daga. (N. del T.) < <